

MUNDO EN PELIGRO



PALACIO de fantasia

BENJAMIN APPEL



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



Benjamin Appel

PALACIO DE FANTASÍA

Título original: *The Funhouse*

Benjamin Appel, 1959
Traducción: F. Sesén

Estamos en el año 2039 y el Estado del Placer se halla en plena floración. Incluso la jornada laboral de dos horas diarias es opcional. El hombre vulgar y corriente puede pasarse la vida entera en una perpetua persecución del placer. Vistiendo trajes de «Usalo-Y-Tíralo-Después» (Un tejido hecho de wafton, nikrolon y daffin, del que por un dólar se obtienen dos trajes, cada uno de ellos para arrojarlo a la basura una vez usado), acompañado de su hermosísima esposa (transformada en una de las bellezas standard por una cantidad irrisoria, en cualquier Salón de El Jardín del Edén) y fortificado con el Diccionario Nacional de Bolsillo del Humor y una caja de comprimidos Ria-U, el hombre común puede reírse de sus problemas.

Excepto un hecho terrible...

En algún lugar del mundo hay una cajita negra. Pesa exactamente veinticuatro libras. Es un detonador capaz de hacer estallar todas las bombas nucleares y de fisión existentes en la Tierra...

Y está en manos de un loco que ha decidido destruir el mundo exactamente el día 4 de julio...

...Y SOLO QUEDAN ONCE DIAS PARA ESA FECHA

«Dentro de la tradición de las "No-Utopías" del siglo veinte, visiones de horror geniales escritos por los célebres Jack London, Aldous Huxley y George Orwell, Benjamín Appel ha creado un relato a veces humorista y a veces espeluznante de la vida en la Científica América durante el siglo XXI. Esta narración entra de lleno dentro del género del más puro humorismo macabro de la Ciencia-Ficción. Pero es que esta "fantasía" contiene también predicciones brillantísimas de lo que podría ocurrir a la vida americana, y de lo que podría suceder a la mentalidad americana.»

¡SE NOS ACERCA... EL ESTADO DEL PLACER...!

En esta mordaz y satírica novela, un gran escritor americano describe, con anticipación, el día —con toda seguridad no muy lejano— en que las máquinas se habrán hecho cargo del trabajo de producción y en que el Gobierno consistirá en una batería de Máquinas de Pensar o Cerebros Electrónicos y la gente disfrutará de unas perpetuas y alegres vacaciones...

«¡Visiten el Parque de Atracciones Atómico (¡y no se pierdan el Túnel del Amor de los Protones-Neutrones!)... », «Prueben el Juego Ruso, el pasatiempo plagado de espías y balas verdaderas!... » «Vean París y Tokio, las exóticas ciudades «del placer» edificadas en Miami, Florida...»

Porque esta será la América del Futuro, un país transformado por completo en un gigantesco recinto ferial. Todo el mundo la denominará: «El Palacio de

las Fantasías»...

¿Y por qué no?

El Cielo en la Tierra...

Pero... ¿lo será?

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Debería de asentar de inmediato que, al escribir este histórico testimonio, me encuentro bajo todos los prejuicios que puede tener un ciudadano americano de la Reserva.

Los hechos acerca de nuestra manera de vivir son conocidos por la generalidad. Sin embargo, hay muchos que olvidan que la Reserva fue establecida sólo en 1979, después que el trabajo diario durante dos horas, tomó estado legal en los Estados Unidos. Fue en 1979, un año grande y glorioso, cuando nuestros abuelos, que creían en las virtudes de los antiguos pioneros, pidieron al Congreso una porción de tierra en donde pudiesen vivir y trabajar —catorce o dieciséis horas diarias si se les antojaba— como hicieron los primeros colonizadores de este país.

El Congreso aprobó la solicitud y se creó la Reserva. Cosa que se convertiría luego en una fuente de diversión para el vulgo, tanto para los americanos como para las gentes del exterior [1]. Sin embargo, si se reían de nosotros porque éramos anticuados sin remedio, nosotros, a nuestra vez, sentíamos un profundo desprecio hacia unas gentes que sólo vivían para la holganza y la diversión en el Estado del Placer que había sucedido al Estado del Progreso del siglo XX. Yo, como americano de la Reserva, por vocación y casta, no constituía una excepción. Jamás había estado fuera de mi Reserva hasta el 23 de junio del año 2039, cuando como Jefe de Policía de la Reserva me hicieron salir en misión de servicio para mi país.

Servicio, fe y esperanza... por eso estoy escribiendo este testimonio presencial acerca de la búsqueda del A-I-D, el invento más terrible de toda la historia de la humanidad. Aseguro además que no busco con estas líneas fama o gloria, sino demostrar con el ejemplo lo que puede conseguir un hombre que no tema trabajar con ahínco.

¡El robado A-I-D se recuperará! Me niego en redondo a pensar que haya todavía una posibilidad de conseguir la destrucción total.

En este año 2039, hasta los niños conocen los hechos que conciernen al A-I-D, sin embargo, no estará de más que los repita.

El A-I-D pesa exactamente 10’886 kilogramos, es decir, 24 libras, correspondientes a las 24 horas del día... un toque satírico debido a la imaginación del inventor.

El A-I-D es un detonador. Además, si leemos en inglés las siglas que denominan este ingenio tendremos la palabra castellana equivalente a «Ayuda». ¡Bonita forma de ayudar, la que ha construido el nefasto investigador que creó el A-I-D!

No es el A-I-D la superbomba, como muchos creen. Si el mecanismo cronométrico no es ajustado, el mecanismo es inofensivo. Repito, el A-I-D es un detonador, pero o bien libertando los rayos gamma o los mesones en su bobina termoide-atómica, a ciencia cierta no lo sabemos, el caso es que puede

hacer que estallen todas las bombas de fusión o fisión almacenadas en el mundo y que constituyen la desgraciada herencia del pasado.

¡Aviso a todos los habitantes del planeta!

1. — ¡Informad a las autoridades de cualquier paquete raro o misterioso de tamaño medio que veáis!

2. — ¡Emplead por lo menos dos horas al día en los grupos oficiales de búsqueda, organizados por vuestro Gobierno!

3. — ¡La Humanidad tiene una última oportunidad de salvarse!

Y a la humanidad la salvaré yo, un humilde individuo, que casi he realizado solo todo el trabajo [2].

CAPITULO I

COMIENZA LA BUSQUEDA

El día 23 de junio del año 2039 fue una fecha histórica... si este planeta continúa teniendo historia.

Ese día descubrí lo que había en el fondo del caso que hasta entonces se conocía tan sólo como «Los asesinatos del 4 de julio»[3].

Mi relación con el caso había empezado en el quinto asesinato, el del Alcalde de Atlanta, Georgia, que fue encontrado muerto en una sala de baile de la ciudad dedicada en especial al estudio y realización de la danza primitiva africana. Al día siguiente, 21 de junio, apareció el sexto cadáver, en un almacén del Museo Artístico Dominical de San Francisco, California, organismo subvencionado por el estado. El 22 de junio se halló el séptimo cadáver en la Pista Utilitaria[4] de Baltimore, Maryland.

Estos tres asesinatos, como los cuatro que les precedieron, habían sido perpetrados en apariencia por la misma persona o personas. La marca de fábrica del ASESINO, por así denominarla, les acompañaba a todos y era un pedazo de papel en el que había el siguiente mensaje:

A LAS AUTORIDADES:
TODO EL MUNDO MORIRA EL 4 DE JULIO.

Las víctimas, excepto la primera, un Senador de los Estados Unidos, eran todas importantes funcionarios municipales.

El 23 de junio, con el Comisario Elvis Sonata[5], regresé a Washington y en el Cuartel General de la Ley y el Orden, discutimos acerca del séptimo cadáver, el de Baltimore.

—Exactamente como los demás —dijo el Comisario, con una sonrisa.

Ellos sonreían siempre. Desde el día que salí de la Reserva apenas había visto una docena de rostros deprimidos entre tristes, aburridos o pensativos.

Me dio el papel que acompañaba al muerto. Copia del cual había sido hallado sujeto al pelo o entre los dedos de las anteriores seis víctimas.

—Elvis —dije muy serio—. Usted ha estado ocultándome una información de vital importancia. ¿Es acaso porque no estamos de acuerdo con lo que

respecta a nuestras creencias particulares? Si así fuera, que me aspen si sé para qué me ha hecho salir de mi Reserva.

—Usted es Jefe de Policía de la Reserva, Crockett —repuso.

—¿De veras? ¡Es esta la primera vez en sesenta años que Washington llama a uno de nosotros!

—Más vale tarde que nunca, como dijo la solterona en su noche de bodas —me soltó aquel chistecito idiota del mismo modo que canta un pájaro: sin pensar.

Ellos siempre cuentan chistes, siempre lo consideran todo como buscando «el lado más brillante de la vida». De resultas de eso, tienen lo que yo describiría como rostros risueños, rostros sin personalidad. No necesitan poseer carácter. Forman una nación en perpetuo fin de semana. A pesar de que la mayor parte de ellos poseen empleos, los consideran como medios tan sólo para alcanzar un fin, una técnica para aumentar su diversión. Incluso las dos horas diarias de trabajo de 1979... ¡eran por completo voluntarias en 2039!

¡Qué distintos a nosotros! Nosotros trabajamos con tanto ahínco como en los grandes días en que el Oeste era el Oeste. Y teníamos que trabajar duro porque toda la maquinaria inventada después de 1879, un siglo antes, en 1979, año del Gran Retomo, como le llamábamos, estaba prohibida. La nuestra era la sociedad ideal. Trabajo, Valor y Familias Numerosas. Cierto, teníamos criminales, pero gracias a Dios, el crimen entre nosotros era un crimen honesto porque todavía teníamos honestas tentaciones. Entre nosotros la tentación no había sido reducida a gratificación, como en el Exterior.

Miré unos momentos airado su rubicundo rostro, tan insípido, tan indulgente consigo mismo.

—Respóndame a esta pregunta, Elvis. ¿Esos asesinatos son obra de los St. Ewagiow?[6]

Guardó silencio.

—Se trata del culto a la muerte, ¿verdad? —dije.

Metió la mano en su bolsillo y sacó un librito encuademado en rojo, blanco y azul —El Diccionario de Humor Nacional de Bolsillo—, lo consultó y leyó en voz alta:

—«Culto de los Muertos... Bulto de los Puertos... »

Y comenzó a reírse solo, a carcajadas mientras seguía mirando los retruécanos, juegos de palabras y otras anotaciones humorísticas que hacían remota referencia al artículo consultado. Pero antes que pudiera decir «¡Me troncho!» (su frase favorita en los accesos de risa), le cogí por las solapas y le sacudí con fuerza.

Creedme, como funcionario de la Policía de la Reserva que ha perseguido a los ladrones de caballos por senderos montañosos una semana sin parar, mis músculos están bien desarrollados.

En fin, las solapas de su americana se desgarraron y me quedé con un pedazo de tela entre las manos. (Elvis llevaba una de esas prendas ligeras «Úsalas y tíralas después» que se adquieren a un dólar la pareja. Estaba

confeccionada de «Calentrón», «Nikrilón» y «Suavitex». El clima controlado del Exterior había eliminado la necesidad de usar ropas más consistentes. La temperatura todo el año era de 21° centígrados, una perpetua primavera, a diferencia de nosotros que, gracias a Dios, todavía vivíamos bajo el imperio de las tradicionales cuatro estaciones.) El comisario miró fijamente el pedazo de tela de mis manos y volvió a reír estrepitosamente de sí mismo mientras que yo reprimía el impulso de lanzarle los trapos a la cara. ¡A eso llamaban ellos tela! Y de repente me di perfecta cuenta de mi tosco y casero atuendo gris. Sentí morriña. Pensé en las largas veladas de invierno en las que Ruth, mi esposa, permanecía sentada tejiendo en la rueca, con los niños atareados en fabricar jabón.

—Divertido... divertido... —dije con amargura.

El Comisario se secó los ojos.

—Lo más que puedo decirte, Crockett, es que se trata de un apuro nacional —afirmó en lo que para él era un tono solemnísimo—. La amenaza «Todo el mundo morirá el 4 de julio» no es ninguna baladronada estúpida. Nos quedan exactamente once días para impedir el desastre.

Me miró largo tiempo y quizás fueran imaginaciones mías pero durante un segundo me pareció ver que sus ojos se le humedecían. No es que llorara, ni siquiera que pareciese lacrimoso, sino una diminuta lágrima en cada pupila que se había abierto paso en contra de su voluntad. Los lloros del Comisario, aun en esta limitada manera, fueron algo que no pude soportar. Ellos no tienen aplicación para las lágrimas. ¿Acaso no había dicho él durante las investigaciones correspondientes al cadáver de Atlanta que las lágrimas son soluciones salinas que sólo enturbian la precisa observación de los hechos científicos [7], sino que además constituían una crítica tácita a la labor del Gobierno?

—¡Elvis! —exclamé muy conmovido—. ¡Once días!

Pero mientras hablaba, lo vi hojear las páginas de su librito rojo, blanco y azul. Probablemente buscando un chiste relacionado con el número once. Esa típica reacción me puso furioso. Pensé que era mi deber conseguir la información que me estaba ocultando, un deber por encima de todo para con las personas de mi país. A mi pueblo, a los verdaderos americanos.

Pensé en cómo nuestros progenitores habían entrado en la Reserva en el año 1979 para escapar al entonces nuevo y aniquilador de almas trabajo diario de ocho horas. Hombres que dejaron una nación ya corrompida y sumida en una olla de pasatiempos, en donde incontables adultos se jubilaban a los treinta años, es decir, en la flor de su vida. Los Nuevos Pieles Rojas, nos llamaron, vaticinando que no nos quedaríamos en la Reserva más allá de unos pocos años y que con nuestras propias manos derribaríamos la cerca mantenida mediante energía atómica que pidieron nuestros predecesores fuese alzada para protegerse de los grupos de curiosos del Exterior. Pensé en aquel precioso territorio nuestro, labrado con nuestro sudor, en el corazón del continente —su frontera oriental corre a través de Valley City, en North

Dakota, Yankon, en South Dakota, y North Píate, de Nebraska; su frontera occidental corta por el medio a Montana y Wyoming; la del sur llega hasta noventa kilómetros de la ciudurbe [8] que había florecido en tomo a Denver, Colorado; y la frontera septentrional, gracias a un tratado con el Canadá, llega hasta Moosejaw, Saskatchevan y Portage La Prairie, Manitoba.

Sí, ciento un pensamientos de los días de la fundación de la Reserva fluyeron torrenciales por mi corazón y llegué a una relampagueante decisión... la clase de decisión típica de los hombres criados en los grandes espacios abiertos.

Me puse en pie y di al Comisario un puñetazo en la mandíbula. Cayó al suelo y mientras le metía en la boca el pedazo de trapo de su americana, comencé a silbar, porque no hay satisfacción mayor que realizar un trabajo de manera adecuada. Sabía con exactitud lo que deseaba. El contenido del cerebro del Comisario.

Lo levanté colocándole en su silla y lo até con el Cordón para Casos de Apuro [9] que reglamentariamente llevan todos los agentes de la Ley y el Orden. A mi llegada me habían entregado un carrete de dicho cordón. Luego examiné el Tel-Com o Teléfono Comunicador de su escritorio y oprimí el botón marcado CCI. Unos segundos más tarde una voz electrónica me habló desde algún lugar del edificio.

—Ciencia —dijo con placidez—. Ciencia, Ciencia... ¿Está preparado, Comisario? ¿Preparado? ¿Preparado? Autores, Balística, Controles...

Al oír la palabra Controles solté el botón. Hubo un momento de silencio y luego una segunda voz electrónica empezó a hablar.

—Controles, Controles... ¿Está usted preparado. Comisario? ¿Preparado? ¿Preparado? —aquella voz comenzó a enumerar una larga lista de controles todos empezando con la letra «A». Lo que yo deseaba estaba en la «C». Oprimí el botón correspondiente del Tel- Com. La voz se detuvo como para tomar su electrónico aliento y luego empezó:

—Cerebro-efectos, Cerebro-efectos... ¿Está usted preparado, Comisario? ¿Preparado? ¿Preparado? Amnesia, comprimidos de... Antibióticos, Neurilos con... Biología Cerebral... Confesores cerebrales...

¡Confesores cerebrales! Eso era lo que yo quería. Al cabo de unos minutos llamaron a la puerta. Me levanté y abrí con precaución. Ante mí estaba un típico autómata cuadrúpedo de los que habían sido creados para efectuar los trabajos más groseros. Sin cabeza, con un pistón oscilando de arriba abajo allá donde debería haber estado el cuello y, montado sobre el pistón, un ojo verde y otro ojo rojo.

—Yo me haré cargo, agente —dije—. Gracias.

—Gracias a usted, Comisario —me respondió con una voz gutural y femenina. El ojo rojo destelló apagándose, el verde se encendió y con un rápido movimiento se alejó por el pasillo.

Coloqué sobre el escritorio él Confesor General. Parecía un chisme fácil de manipular. (Debo mencionar que a mi llegada de la Reserva recibí un cursillo

básico sobre técnicas policiales en los Cuarteles Generales de L. y O.) Ajusté la rugosa banda craneal en la frente del Comisario, aflojé los dos grabadores occipitales [10] y los deslicé por la banda hasta que quedaron directamente encima de sus sienes, en donde los aseguré firmemente. Un único cable conectaba los grabadores occipitales con la caja de control. Manipulé el mando principal hasta que la flecha marcó ACCIONES VOLUNTARIAS. Ahora aquellas quedaban neutralizadas. Cogí los auriculares conectados con la caja de control, tomé el micrófono e hice mi primera pregunta:

—Comisario, ¿es cierto que existe una llamada situación crítica nacional?

Una voz débil, la voz de un hombre inconsciente, no su voz en realidad, no su voz ordinaria... sino su VOZ-C o voz cerebral... sonó en los auriculares,

—Sí —dijo.

—¿En qué consiste esta situación apurada nacional?

—Han robado él A-I-D —repuso la Voz-C.

—¡Robado! —exclamé.

Como en respuesta al horror de mi vea, la Voz-C repitió como un eco triste.

—Robado. Robado de la India y traído a los Estados Unidos.

—¿Quién lo robó? —todavía hoy puedo oír el temblor de las palabras de mi pregunta.

—Los St. Ewagiow.

Lancé un gemido ante la idea de que el A-I-D estuviera en manos de los del culto de la muerte. ¡Y en los Estados Unidos!

—¿Está aquí el A-I-D? —inquirí, secándome el sudor de mi frente.

—Sí escondido en alguna parte de la nación. Barnum Fly... Barnum Fly... Barnum Fly... —la Voz-C repitió este nombre una docena de veces.

—¿Quién es Barnum Fly?

—El enemigo público número uno. Véase el «dossier» de mi escritorio.

—¿En dónde de tu escritorio?

—Tercer cajón a la derecha. Debajo de las fotos.

Y asi concluyó la memorable conversación del 23 de junio.

Abrí el tercer cajón y me quedé asombrado al ver la primera foto [11], la de una rubia desnuda, que me sonrió y me saludó con la mano y con voz provocativa susurró:

—Cariño, fíjate bien en mis curvas...

Con rapidez volví la foto boca abajo, cortando en seco la insinuante voz. Pero otras palabras, también femeninas, lujuriosas, provocativas, que pronunciaba una trigueña también desnuda desde la foto siguiente, me dejaron impresionado:

—¡Cielito!... vivo en la Avenida Connecticut... número 2340...

Cogí todo el paquete de fotos y las puse boca abajo en el tablero, maldiciendo interiormente el impulso diabólico que animaba tales fotos.

El nombre de Fly me sonaba como algo familiar, aunque vagamente. Al hojear el «dossier» lo localicé en mis recuerdos. Casi me desmayo de la

impresión. Por lo menos me quedé unos instantes, no sé cuántos, incapaz de reaccionar. El murmullo de una Voz femenina me sacó de aquella especie de trance. Desde la butaca en donde debí caer sentado, vi al Comisario tras el escritorio, habiéndose quitado de la cabeza el Confesor Cerebral y contemplando algo que tenía entre las manos. Una de las fotografías animadas.

—Elvis... —le expliqué.

Se encogió de hombros y, de mala gana, terminó su entrevista con la susurrante y voluptuosa muchacha.

—Debería estar enfadado contigo —dijo con una sonrisa.

No hay nada más irritante que la sonrisa de perdón de un hombre que debería estar hecho una fiera. Además, mi amor propio profesional había quedado herido, porque de alguna manera se había libertado de las ligaduras efectuadas con el Cordón para Todos Usos.

—Debería estar enfadado —repitió—. Pero me siento demasiado bien después de compartir contigo ese maldito secreto. ¡Crockett, no te puedes imaginar en qué tensión he vivido!

—Barnum Fly —musité.

En lo único que podía pensar era que según el «dossier» Barnum Fly fue uno de los nuestros, a pesar de que en la Reserva su nombre de pila era Nathaniel. Se lo cambió por Barnum [12] cuando consiguió permiso para marcharse al Exterior. Esa era nuestra costumbre. Una vez al año, después de la cosecha, todos los que se mostraban reservacionistas insatisfechos tenían derecho a marcharse. Como hizo Nathaniel Fly cuando la langosta devoró sus sembrados y su esposa e hijos murieron de tifus.

—Ahora comprendo por qué necesitáis —dije con amarga vergüenza—. Un hombre de la Reserva para coger a otro hombre de la Reserva. Lo que no entiendo es para qué tanto secreto.

—¿No te lo imaginas? —me preguntó con suavidad.

Denegué con la cabeza.

—Ellos me pusieron toda clase de dificultades para traerte —dijo.

—¿Ellos?

Señaló hacia el techo.

—La Dirección.

Le comprendí. La «Dirección», «Ellos», era una referencia a dónde estaban las Máquinas Pensadoras [13] en los pisos superiores.

—¡Los jaleos que he tenido con Ellos! —dijo. (Entendí a la perfección la costumbre del Exterior de recalcar toda referencia a las Máquinas Pensadoras.)—. Me vi obligado a apelar al Tribunal Supremo [14] y si no me hubiera conquistado el apoyo del Presidente no estarías aquí, Crockett.

Jamás en mi vida recibí un reconocimiento igual de mi reputación como funcionario de policía. Muy conmovido, le di las gracias y luego dejé que mis recelos se hicieran dueños del campo.

—Me mandaste a buscar —dije con torpeza—, porque tu cargo de

Comisario se tambalea. No has logrado detener a esos asesinos. El A-I-D sigue aún sin aparecer.

—Me preocupa mi empleo —admitió—. Pero, créeme, me preocupa mucho más lo que ocurrirá si no recuperamos el A-I-D. Todos acabaremos si no pescamos a Barnum Fly a tiempo. Tú y yo y el propio Tribunal Supremo. Está en la Luna, pero si la Tierra se convierte en polvo, ¿a quién recurrirán los de nuestro satélite natural? ¡Es algo terrible sólo de pensarlo! Por eso luché en favor de tu candidatura, Crockett Aceptaré cualquier ayuda que se me ofrezca. ¡La razón es sencilla! ¡No quiero morir el 4 de julio!

Debí palidecer porque se sacó del bolsillo una cajita rectangular. Dentro había una fila de pequeños comprimidos blancos rotulados en púrpura brillante: RIA-U.[15] Tomé uno y me lo comí. A los pocos segundos me sentí tranquilo e incluso animado.

—Elvis, he de hacerte algunas preguntas. Primera, ¿cómo logró el tal Fly robar el A-I-D? ¿Cuáles fueron sus motivos? ¿Por qué se ha aliado con los St. Ewagiow?

—Todo está en su «dossier», pero te daré una cápsula-sumario. Cuando se vino con nosotros procedente de la Reserva hace veinticinco años, Barnum Fly era ambicioso, trabajador, comprensible si se tiene en cuenta su pasado de inmigrante —El Comisario sonrió ante su bromita pero instantáneamente, para su favor, la sonrisita se borró de sus labios—. Al cabo de pocos años se convirtió en un agente teatral de éxito. Su especialidad fueron los animales domesticados. En cooperación con nuestros psicólogos animalistas, se adiestró al llamado Ballet Simiesco de Barnum Fly logrando que representase por primera vez y según las actuaciones humanas precedentes el ballet el Lago de los Cisnes. Eso le hizo famoso. Lo admitieron en el Instituto...

—¿Qué Instituto?

—Nunca me acuerdo de que eres forastero. El Instituto de Ciencias Aplicadas. Todos nuestros grandes hombres del mundo del espectáculo son licenciados del Instituto. Déjame que te lo explique un poco. En el Instituto, los alumnos se concentran en el problema básico de adaptar la ciencia a los entretenimientos. La gente llama Magicientifistas a estos graduados. El historial académico de Barnum Fly fue brillante, y alcanzó aun mayor brillo tras su graduación. El Parque de Diversiones Atómico [16] es un producto de su inteligencia y, por ello, los Gobernantes le recompensaron con nuestro mayor honor: La Medalla al Placer Distinguido del T. M. D. S. P. Sin embargo, no quedó satisfecho, como descubrimos después. El 10 de enero de este año, las investigaciones del Senador Clark Gable Fresset [17] demostraron que era el cabecilla secreto de un grupito de graduados del Instituto que habían alcanzado algún éxito en apoderarse del control de cierto número de pequeñas naciones, Costa Rica, Yemen y Ghana, entre ellas.

—¿Cómo lo lograron?

—Exportando nuestro género de vida. Perdóname, Crockett, pero sólo un hombre de la Reserva podría ser tan codicioso. Nuestro lema nacional, «Cada

Hombre que se Ocupe de su Placer», incluye también el concepto de que cada nación tenga su propio sistema de nacionalismo. Perdóname por mostrarme tan riguroso conmigo mismo, Crockett.

—¿Por qué sentenciar condenatoriamente a todo un pueblo, por culpa de un renegado, Elvis?

—Volvamos a Barnum Fly —dijo—. Junto con sus compañeros fue juzgado en secreto y declarado culpable. La sentencia, sin embargo, quedó en suspenso, en virtud de los grandes servicios que había prestado al país. Fue en este punto cuando el más íntimo de sus colaboradores, el magicientifista M. E. Bangani, que había sido su maestro en el Instituto, presenté un testimonio ante el Gobierno y aseguró que Fly estaba perfeccionando un juego subversivo con el que esperaba alcanzar para sí el poder en los Estados Unidos.

—¿Dijiste un juego?

—Sí. Lo llamaba tentadoramente «Usted Puede Ser También Una Máquina de Pensar». Esta traición, claro, era por completo imperdonable. Se le sentenció a dos años de prisión, nuestra pena máxima. ¡Dos años de privación de placer! Ni siquiera la brillante mentalidad de Fly pudo resistir la impresión. Gritó que defendería a los St. Ewagiow. Por eso se le añadieron dos meses más de condena, ya que caía dentro del delito de asociarse verbalmente con sociedades ilegales. Una investigación ulterior discriminó que ya había establecido una alianza con los St. Ewagiow. Ellos le prepararon la fuga de la cárcel y como tú ya sabes, el Senador Fresset fue hallado muerto el 28 de mayo.

—Y ahora hay ya siete de estos asesinatos del 4 de julio —dije pensativo.

—Vamos tras el hombre más peligroso del mundo, Crockett. Un egomaníaco preparado para destruir la civilización si no puede dominarla. Utilizo la palabra «maníaco» literalmente. Colócate en su lugar. Como magicientifista, ¿qué triquiñuela podría superar al A-I-D? El telón se levanta el 4 de julio el día de la fiesta nacional de la Independencia de los Estados Unidos, con abundancia de cohetes y fuegos de artificio, y, con un gesto de tu mano, este planeta y cuanto contiene en tierras y océanos se desvanece en medio de una nube de humo. ¡Oh, Dios! —gimió y tomando la caja de Ria-U se metió en la boca dos comprimidos—. Tómate otro, Crockett, lo necesitarás.

Me lo tragué y sentí como una sonrisa enfermiza asomaba a mis crispados labios.

—No queda ya casi nada que añadir. Durante el segundo juicio de Barnum Fly, nuestros agentes en los St. Ewagiow nos informaron que el A-I-D había sido robado y traído a los Estados Unidos.

—¿Por qué no lo detonaron en la India?

—Eso sólo lo podemos conjeturar. Recuerda, el inventor es un americano, al que ellos llaman Redentor Universal. ¿No puede ser que los St. Ewagiow sientan que la redención debería empezar aquí en honor al Profesor Kane? Quizás algunos de los compinches de Fly entre los magicientifistas lograron echarle las manos encima, no dejando más remedio a los St. Ewagiow que

aceptar el plazo dado por el egomaníaco. ¡Once días! Eso es cuanto nos queda.

Me tragué otro Ria-U, pero tras la sonrisa de relajación animosa de mis labios me noté acongojado. El Comisario cogió la caja y se tomó una pastilla.

—El fulano profesor ese inventó la gracia que acaba con todas las gracias —dijo—. El A-I-D, o veinticuatro libras de puro e inalienable humor. ¿Sabes lo que dijo cuando puso su invento bajo custodia? «¡Mi detonador tiene una afinidad con la infinidad!» ¡Infinidad! —el Comisario soltó una carcajada histérica—. Infinidad y redención...

Me serví un par de comprimidos más de Ria-U y me fue posible reír con él. Me sequé las lágrimas de alegría de los ojos mientras pensaba en los Estados Unidos, sus Estados Unidos y mis Estados Unidos, convertidos en polvo y desparramados por el espacio.

—¡Redención! —ululaba—. ¡Redimir al mundo haciéndolo volar a pedazos! ¿No te parece un juego divertido, si piensas bien en él? El juego de la muerte, el juego definitivo en donde no hay ganadores ni perdedores...

¡Oh!, les aseguro que ambos nos partíamos de risa.

Entonces, zumbó el Com-Tel y la voz de un empleado autómata nos informó que habían hallado el octavo cadáver en la Suite Nupcial Real N.° 17 [18] del Waldorf-Astoria, en la ciudad de Nueva York. Parecía como si Barnum F., antes Nathaniel F., estuviese «trabajando horas extraordinarias», para decirlo utilizando una antigua expresión.

Cuando llegamos al Waldorf-Astoria nos encaminamos directamente al piso cuarto, o piso Marilyn Monroe, llamado así en honor a otra gran artista del siglo veinte. La Suite Nupcial Real N.° 17, con su acolchado rojo y sus adornos moldurados brillantes en forma de coronas de oro, estaba llena de funcionarios de la L. y O. y técnicos de los laboratorios. El cadáver estaba en el dormitorio bajo una fastuosa sábana cuyos bordados consistían en dos coronas, macho y hembra, acopladas en una profana cópula. En circunstancias ordinarias yo me habría ruborizado al advertirlo.

Cogí la sábana. Me temblaba la mano, tenía el rostro acalorado y febril. Me di cuenta de que todos estaban sorprendidos ante mi emoción. Para ellos era yo un agente de policía de un territorio retrógrado y primitivo. Es posible que así fuere. Pero sabiendo lo que yo sabía acerca de los asesinos del 4 de julio, tenía derecho a sentirme, para ser claro, un poco abrumado por la responsabilidad. Yo representaba a la humanidad. No es que no estimara la capacidad del Comisario y sus colaboradores, pero me parece noble decir que ningún ser del mundo Exterior era capaz de un trabajo continuado. El día laborable voluntario de dos horas definía a la vez sus ambiciones y sus limitaciones.

Uno de los técnicos del laboratorio entendió mal mis emociones. Emitió una sonrisita para los demás y susurró un comentario. Le miré con desdén y, embarazado, dijo con tono profesional:

—Un asesino sanguinario, Jefe. Calculo que la víctima perdió unos dos

litros de sangre...

—¡Malditos sean sus cálculos! —grité y de pronto mis nervios saltaron y empecé a llorar como un niño. Es decir, como un niño de la Reserva, porque los niños del Exterior jamás lloran [19].

Todos me miraron desaprobadores, incluso el Comisario. Supe lo que aquellos accesorios de las Máquinas Pensantes tenían en su cabeza. Para su gusta yo no era demasiado científico, sino un retrógrado de una primitiva América en donde la criminología dependía aún del presentimiento individual o del fogonazo de la intuición. Por sí mismos seguirían las instrucciones grabadas de su Departamento Electrónico de la L. y O. y si pillaban al criminal lo presentarían ante un tribunal y el juez, tras consultar un compendio de casos similares preparados por otro Departamento, dictaría sentencia. Si la defensa psiquiátrica era buena, el criminal sería confinado en una de las granjas R. H. C. F. [20] del condado, en donde pasaría el tiempo cortando muñequitos de papel, como antes en el Exterior había cortado carne y huesos. En la Reserva sólo había una condena para los asesinos. Los ahorcábamos.

Me sequé las lágrimas. No me avergüenza admitir que lloré. Luego, alcé la sábana y examiné el cadáver. Éra una mujer. Atado a los dedos de su pie derecho había un papelito con las clásicas palabras:

A LAS AUTORIDADES:
TODO EL MUNDO MORIRA EL 4 DE JULIO.

Examiné el papel y pensé en cómo, uno por uno, aquel miserable renegado de Barnum F. iba arrojando a las narices de las autoridades todos aquellos lastimosos cadáveres. Era como si estuviera realizando alguna macabra e insana broma.

Los técnicos de laboratorio se pusieron a trabajar con sus aparatos, analizando las marcas del aliento y las huellas de radar. Ya les había visto antes en su tarea rastreadora. Consultaron al Comisario, que se me acercó y me dijo:

—Eso lo aclara todo, Crockett.

—¿Aclara el qué?

—El porqué estaba sola en la suite nupcial. El hombre que le acompañó era el Jefe de Bomberos y debía haber sido la víctima, pero, por desgracia para la chica, se produjo un incendio en el Muelle de los Astilleros de Pequeñas Embarcaciones. Se ha seguido el mismo procedimiento de otras veces. Los ciudadanos prominentes son los destinados al sacrificio.

—Elvis, ¿se te ha ocurrido pensar que tenemos datos de sobras, pero que lo que necesitamos es tener sospechosos?

Me llevó aparte y me susurró:

—¿De qué estás hablando? Tú y yo conocemos la identidad del asesino.

Los otros no nos prestaban atención. No eran curiosos.

—Elvis, ¿a quién querría ver nuestro hombre?

—Según nuestro plan maestro...

—¿Qué plan maestro?

—El plan maestro de la Dirección. No parezcas tan ofendido, Crockett. No he tenido ocasión de contártelo todo. De todas maneras, la Dirección ha analizado el problema de los sospechosos desde los pun tos de vista matemático y cuantitativo, correlacionando la incidencia de posibilidades con todas las estadísticas disponibles...

—¡Por Dios! ¿Quieres hablar en claro americano?

—En este mismo instante nuestros operadores están vigilando a todos los sospechosos. Los antiguos amigos de Barnum Fly. Sus socios, Magicientifistas como él. Sus esposas. Se casó ocho veces y tuvo nueve hijos.

—¿No las habréis rebajado mucho?

—¿Qué quieres decir?

—Hablo de las pistas principales.

—Procedemos según el principio de que cada sospechoso es una pista interesante.

—No hay tiempo para eso, Elvis. Quiero que acudas a la Dirección y les pidas que reconsideren sus hechos y que me den algo que ellos puedan clasificar como el Sospechoso Número Uno, luego que me in diquen el Sospechoso Número Dos, etc. ¡Mejor será que vaya yo mismo a la Dirección!

—No sería aconsejable, dado el modo de sentir que ellos tienen hacia ti, Crockett. No, yo mismo hablaré a la Dirección. ¿Por qué no te vas a dormir un poco? Tenemos una habitación en este hotel.

Me pareció una buena idea, pero cuando me vi frente a la puerta del cuarto —la Habitación 889, en el octavo piso, o piso «I Pagliacci», llamado así en memoria de los grandes payasos del siglo dieciocho inmortalizados por un canzonetista italiano, Verdi [21]

—comprendí que estaba ocupado en apariencia. Un «28»[22] relucía en medio de la puerta. Llamé al empleado del extremo del pasillo, le enseñé mi insignia de la L. y O. y me abrió la puerta con su llave.

El cuarto estaba ocupado. Durmiendo en la cama había una mujer vestida con un camisón rojo con chistes sicalípticos bordados en blanco. La miré y durante un segundo creí que iba a desmayarme. Porque aquella mujer era mi esposa Ruth, a quien había dejado en la Reserva.

Luché por dominar mi primer impulso... Cerrando los ojos recordé las palabras de mi predecesor como Jefe de Policía, un tal Boone Truckley: «¡Precipítate en sacar tu revólver, pero no en sacar conclusiones!» Sólo entonces abrí los ojos y me acerqué al lecho.

¿Sería capaz mi recatada esposa de utilizar un camisón como aquél? Me pregunté. ¡Nunca! Era de un rojo vivísimo y de una simple mirada me di cuenta que los chistes y las historietas eran de una clase tal, que ni siquiera la más descarada de nuestras mujeres se habría atrevido a descifrar sin avergonzarse. De pronto; experimenté una sensación de alivio: Las manos de

mi esposa estaban toscas y callosas de lavar, hilar, cardar y realizar otras cien pesadas tareas. Las manos de aquella mujer eran blancas y delicadas, manos de mariposa, manos típicas de una mujer del Exterior.

Sin embargo, a excepción de las manos, ella era idéntica a mi Ruth. Una rubia de buen ver, unos treinta años, camino de convertirse en una hembra redondita, es decir, lo que los hombres llamamos una rubia cañón.

Inmediatamente empecé a registrar la habitación en busca de indicios. En el suelo había una botella de medio litro vacía. Una segunda botella, dos tercios llena, estaba sobre el escritorio junto a una combinación de Parlo-Scripto, una de esas máquinas a las que se habla y escriben correctamente lo dicho gracias a una memoria electrónica que permite corregir en el acto los defectos de pronunciación y las faltas de ortografía. En la máquina había una hoja de papel con las líneas que reproduzco a continuación porque demostraron tener cierta influencia en los acontecimientos que tuvieron lugar durante los restantes día hasta el 4 de julio:

«Gladys Ellsberg, especialista en biografías. Gladys Ellsberg, prostituta, pura de corazón, viciosa».

—¿Quién es usted? —la oí preguntar desde la cama.

—No me oyó entrar y en cambio me ha oído ahora —dije—. ¿Qué clase de sueño es el suyo?

—El que se me antoja, cariño —respondió—. ¿No ha visto el cartel número «28»?

Me estaba mirando con dos ojos que eran idénticos a los de mi esposa. Grandes ojos azules un poco saltones, el izquierdo algo bizqueante. Era sorprendente. Sólo sus manos demostraban que se trataba de una impostora. Esa mujer era una de sus mujeres y aunque no era hermosa como todas las hembras lo son en el Exterior desde que los Salones Jardín del Edén [23] ganaron la demanda ante el T. M. D. S. P. Aquella Gladys Ellsberg parecía una cosa real, un artículo natural que no hubiera elegido su rostro y cuerpo del último catálogo del Jardín del Edén [24]. Sus pestañas, aunque largas, no eran del tamaño de moda aquella temporada —de dos centímetros a dos centímetros y medio de longitud en los párpados inferiores que al cerrarse tapaban toda la órbita—. Su pelo amarillo oscuro parecía natural, como sus senos [25] que se veían un poco demasiado rollizos, temblando algo como corresponde a una mujer que comienza la madurez de su vida.

¡Era la viva imagen de mi esposa Ruth! La sangre afluyó a mi cabeza mientras miraba aquella bien lograda doble. Me sentí culpable y confuso. No pude ocultar mis emociones. En la Reserva llamamos al pan, pan, y al vino, vino, y yo echaba de menos a mi mujer como cualquier otro hombre podría echar de menos a su esposa... y allí la tenía, ella... idéntica... a excepción de aquellas manos que la traicionaban.

Me estaba sonriendo, con la sonrisa fácil de todas ellas, quizás algo divertida, quizás algo abrumada, quizás deseando que la hiciera el amor, del modo natural que ellas lo deseaban en este país de la Enmienda Vigésimo

Octava. ¿Y yo? (Ruth, no quiero ocultar nada. Este testimonio presencial ha de contener una insobornable verdad.) Yo sentí la tentación. Acababa de llegar del cuarto piso de aquel hotel con la octava víctima y el octavo mensaje anunciando el fin del mundo para el 4 de julio...

—Me parece que te conozco —dijo ella, suspicazmente.

—¿Quién es usted? —pregunté.

—Una escritora. Escribo biografías de personas famosas, de tipos verdaderamente célebres... artistas, escritores, poetas, psiquiatras, bohemios, etc., etc.

Debí parecer inexpresivo porque añadió ansiosa:

—Quizás leíste mi última obra acerca de B. S. Wong-Nottingshire, ¿verdad? ¡Imagínate! ¡Trepar a cuatro de los picos más altos del Himalaya, incluyendo el Monte Everest, en dos semanas! ¡Sólo un inglés de antepasados tibetanos pudo haberlo hecho! —saltó de la cama con los ojos entrecerrados —. ¡Ya sé quién eres! ¡Crocket Smith! ¡He visto docenas de fotos tuyas en los periódicos y todas misteriosas! ¿Por qué estás aquí?

No dije nada.

—¿Has pensado ya en alguien para que te haga tu biografía?

—No soy ningún artista —repuse—. Y usted no es la escritora que pretende ser.

Sonrió, pero aquella sonrisa ya no me tentó. Tenía miedo de su clase de mujer, de esa clase precisamente que podía haber sido mi esposa, un señuelo para atrapar mis emociones, pero que por cuanto yo sabía era una miembro de los St. Ewagiow. Luego, recordé que el propio Comisario me había apremiado para que ocupara aquella habitación y todo me pareció claro. «Ellos» habían designado a una de sus mujeres policías para que me espiase y habían ordenado a un Jardín del Edén que produjera una doble de mi querida esposa Ruth. Eso no era jugar limpio. Era asestar a un hombre un golpe bajo. Y el Comisario, que pretendía ser mi amigo, había dado su asentimiento a este sucio plan.

Sin decir palabra, me encaminé hacia la puerta. Ella me obstruyó el paso.

—¿Por qué te vas? —preguntó.

—¿Por qué? —dije con desdén—. Tú no eres nada más que una despreciable espía de la policía.

—Cada escritor es un espía —repuso tranquila—. Husmeamos en las vidas de nuestros personajes, reales o imaginarios. Tomemos un trago, ¿o está eso prohibido en la Reserva?

Dudé, preguntándome si debería tratar de averiguar algo más sobre ella. ¿No era ese mi deber?

—¿De manera que piensas que soy una espía? ¿Y qué importa para quién trabajamos mientras nuestras vidas personales nos pertenezcan por completo? ¿O es que tu gente no cree en la vida íntima y personal?

Mientras permanecía allí plantada, con aquel llameante camisón, me recordaba más que nunca a mi esposa. Me sentí sucumbiendo a sus encantos,

los viejos encantos familiares que habían sido reproducidos tan exactamente en aquella mujer desconocida. Es cierto, mi conciencia me estaba remordiendo, pero contra su todavía pequeña vocecita invoqué en silencio la Enmienda Vigésimo Octava. Después de todo los funcionarios de la policía están obligados a respetar las leyes del país que visitan.

Cogí la botella de whisky y bebí. No era tan bueno como nuestro whisky de maíz, pero podía pasar. Cuando dejé la botella, Gladys me sonrió y avanzó hacia mí. Di un paso atrás y ella dijo:

—Cariño, no seas tan moral—. Se echó a reír y me señaló las palabras bordadas en blanco de su camisón, aquellas que quedaban situadas precisamente encima de su ombligo—. Lee esto, cariñín.

Leí:

«Entre los derechos naturales de cada nación, uno de los más inalienables es el de la fornificación».

Ella soltó otra carcajada y dijo:

—¿No te gustan los cuentos verdes? Sobre mi cadera izquierda cae el mejor cuento de cuantos se han escrito referentes a los viajantes de comercio.

De nuevo flotó hacia mí y yo quedé plantado mientras ella se arrimó hasta casi pegarse a mi cuerpo, sus ojos azules, tan iguales a los dé mi mujer, fijos en los míos, suplicantes, exigentes. La besé y cuando separé mis labios me acarició la mejilla y susurró:

—No quise dejarles que me remoldearan las manos, cariñito... Mis manos, no... así son más suaves... para las caricias.

Aquella clara confesión fue demasiado para mí. La aparté. Ella soltó una carcajada como si yo fuera un crío y sin decir palabra se quitó el camisón.

—¿Quién diablos te crees que soy? —grité—. ¿Uno de los de tu clase?

Riendo me arrojó el camisón.

—Lee el cuento de los recién casados. Queda debajo del pecho izquierdo. ¡Oh! ¿Cómo lo vas a encontrar ahora? —Sin dejar de reír se me acercó.

Esperé a que llegase a mi alcance, entonces le di una bofetada.

—¡Da parte de mí a «Ellos»! —grité y salí impetuoso del cuarto.

Aquella noche, cuando vi al Comisario Sonata, admitió que era responsable de lo de Gladys Ellsberg. Dijo que cuando decidió traerme de la Reserva, la Dirección le advirtió de lo importante que es activar los deseos naturales en cualquier hombre.

Retrasos en el Salón Jardín del Edén le habían impedido entregarme antes a Gladys Ellsberg.

II

EL SOSPECHOSO NUMERO UNO

Con todo, el 23 de junio fue un día completo. El Comisario había estado en la Dirección y Ellos evaluaron los datos concernientes a los colegas, parientes, esposas, hijos, enemigos de Barnum Fly, catalogándolos sucesivamente como sospechosos. La primera persona en la lista era Cleo Fly, una hija de su tercera esposa.

—Estaba muy unido a esa chica —dijo el Comisario y tomando un informe de su escritorio, leyó—:

«Las probabilidades de que B. F. esté en contacto con C. F. corresponden a la fórmula 9/4 x:y».

—¿Qué representa esa «y»? —pregunté impaciente.

—Afecto filial.

Cleo F. vivía en el Gran Miami, la antigua zona de placer que se había convertido en una de las más grandes ciudades de aquel Estado del Placer. Se decidió que me trasladara allí inmediatamente. El Comisario me acompañó al aeropuerto.

—Tengo otra conferencia con la Dirección —dijo—. Prometo reunirme contigo en cuanto pueda. Informa a los Cuarteles Generales de la L. y O. en la «Rué de la Paix» [26].

El siguiente avión en salir era una enorme Aeronave Turista cuya principal atracción era su pequeña velocidad, no mayor que la de los aeroplanos de hace un siglo. El vuelo lento daba a los pasajeros oportunidad de utilizar los dispositivos médicos de estos aparatos y así renovar sus energías antes de quemarlas en el Gran Miami. Di cinco o seis cabezaditas en la sala de estar en donde cuarenta o cincuenta parejas descansaban, charlando y bromeando, mientras masticaban comprimidos de diversos tipos que les ofrecían solícitas las azafatas-enfermeras. Las mujeres eran todas ilustraciones salidas del catálogo de un Jardín del Edén. Sus acompañantes eran más variados, desde los tipos altos y delgados a los atonelados con narices y orejas que eran eso precisamente: narices y orejas.

Como dije, di una serie de cabezadas pero no me sirvieron de mucho. Sentía recelos acerca de las exactas relaciones entre el Comisario y la Dirección. Por último me retiré a mi camarote y en la oscuridad vi una forma, sin rostro, pero no sin pechos. La mujer de mi cama —no podía ser más que mujer— llevaba uno de esos modernísimos sostenes de Roentespuma[27]de moda aquella temporada.

Encendí la luz y me quedé mirando la dormida figura de la doble de mi esposa, Gladys Ellesberg. Bajo la iluminación del camarote sus senos habían dejado de ser visibles. Parecían haberse desvanecido tras el negro camisón que llevaba. La miré y maldije en silencio al Comisario por lo cínico y sinuoso burócrata que era. Turbado, saqué un cigarro del bolsillo y tras dar

unas cuantas bocanadas me quedé sorprendido al ver lo bien que me sentía. El cigarro formaba parte de un puñado que me había regalado Sonata al partir. Lo examiné con recelo. En la faja de dicho cigarro, con letras púrpura, estaba escrita la marca: «RIA-U». Maldición, pensé, y acercándome a Gladys le soplé en la cara una espesa nube de humo.

Ese humo puede relajarte cuando se le aspira de manera adecuada pero si se le expele con fuerza el efecto es contrario. Se despertó y se puso a toser, logrando decir medio sofocada:

—¿No sabes más travesuras infantiles?

—¡Malditos seáis todos! —repliqué y crucé hasta el ojo de buey.

En lo alto del firmamento estrellado los lagos artificiales de la luna eran retazos de plata, las torres de las cupuladas ciudades brillaban con mil destellos.

De mal humor recordé que en una de esas torres del enclave americano se alojaba el Tribunal Máximo o T. M. D. S. P., si es que uno es capaz de llamar alojamiento a la instalación conjunta de una serie de Cerebros Electrónicos o Máquinas Pensantes. Sin embargo, tales dispositivos eran los dioses nuevos, los Gobernantes de América.

A tan escasa altura no había mucho que ver, además de algún ocasional satélite del espacio o «sputnik»[28]. Uno de esos con la forma de una botella gigantesca, familias, ancestralmente americana, flotaba bastante cerca. Dos palabras brillantes relucían contra el fondo inmenso de la noche estrellada, aunque algo descoloridas —con toda evidencia, la electricidad atómica comenzaba a escasear, puesto que faltaban las dos letras iniciales, una en cada una de las brillantes palabras.

O
C
A
O
L
A

—Pronto estaremos en París —oí que susurraba Gladys detrás de mí, y, un segundo después sus brazos se deslizaban en torno a mi cintura—. No te censuro que te hayas enfadado, cariñito. Pero no podemos gritar, regañar y darlo todo por concluido.

Soltó una risita tras su lamentable frase. La aparté. Sonriendo se acercó al interruptor y apagó la luz. En el oscuro camarote las fibras roentgénicas de su sostén empezaron a funcionar. Guiado por sus luminosos senos, tan rotundos y voluptuosos, unos pechos de mujer no ya florecientes y prometedores, sino maduros en toda su plenitud, los senos de mi propia esposa, me adelanté hasta el interruptor y volví a encender la luz.

Soltó una carcajada y percibí un rumor procedente de donde ella estaba y

deduje que estaba quitándose el camisón. En cuanto a los sostenes, debía haberlos arrojado sobre una silla porque podía distinguir con toda claridad la estructura molecular de la madera.

—Odio a las espías de la policía —dije.

—¿Te he pedido yo referencias personales, cariñito? ¿Supongamos que trabajo para el Comisario Sonata? ¿No trabajas también tú para él? ¿O es que no sabes cómo vivir?

—¡Al infierno con todos vosotros!

Eso la irritó.

—¿Por qué no te vuelves al mundo del que has venido?—me espetó y comenzó a dirigirme cuantos insultos anti-reservacionistas le vinieron a la mente llamándome incluso neo-pielroja, neo-zionista [29], etc.

Por tercera vez encendí la luz y una nueva voz, una vocecilla cómica [30], dijo:

—Decídete de una vez, encanto. O me dejas encendida o me apagas definitivamente.

Ante mí, sobre la cama, había una airada mujer prácticamente desnuda.

—Odias a los espías de la policía, ¿verdad?, pero, ¿qué es lo que tú eres? ¿Para qué vamos a Miami?

—En eso tienes razón —tuve que admitir.

Al instante se deshizo en sonrisas. Extendió sus brazos. (Ruth, perdóname. Ella se parecía tanto a ti...).

Lo último que oí fue su voz en medio de un bostezo.

—El sueño debería estar prohibido. Es una pérdida de tiempo. Vida, libertad y persecución de la felicidad...

Se despertó cuando nos acercábamos a Gran Maimi. Casi no la reconocí al verla tan completamente vestida con un conjunto verde oscuro sin ninguna roentespuma ni artificio de esa índole, a excepción del sombrero, pequeñito, verde, con un reloj de oro enclavado en él y con una larga pluma saliendo del reloj, parecida al cálamo de un escritor, amarillo brillante, decorada con signos de dólar en verde.

Me duché y me afeité, lo que entre ellos se reducía al simple hecho de aplicarse un depilador carmesí llamado STABB[31] de singular fragancia. Luego me coloqué encima un traje «Usalo-y-tíralo-después» azul celeste. Había dejado mis ropas de confección casera de la Reserva en Washington. El clima atemperado siempre a 21° grados centígrados era demasiado caluroso para los tejidos caseros y, además, como arguyó el Comisario, llevarlos me haría demasiado conspicuo.

Cuando salí del cuarto de baño, Gladys me sonrió.

—¿Qué tal está mi pequeño Cupido? [32].

Durante un segundo consideré la posibilidad de decirle que yo era capaz única y exclusivamente de amar a una sola mujer y que tal y como yo veía las cosas había estado haciendo el amor a mi esposa... aunque no en su propia persona. Pero guardé silencio. Estaba seguro de que su reacción sería

dirigirme alguna observación subida de color.

—¿Es que no va a besarme mi gorrioncito? —dijo. Parpadeé y se echó a reír—. Eres muy moral, cariñín. ¡Amor, amor, el básico amor!

—¿Hablabas en serio cuando te referiste a mi biografía? —dije, para cambiar de conversación.

—Pues claro, faisancito.

Sentí náuseas.

—Gladys, sé buena y hazme un favor —dije—. Llámame por mi nombre. Esa idea de la biografía...

—¿Qué te parece este principio, cariño? —entrecerró los ojos y recitó—: «Yo siempre me consideré un tipo realista hasta el día en que el Maharajá de Baho me llamó a su palacio y me informó que el gran rubí de Phir-Phul que le regaló la Liga Asiática de las Naciones por sus servicios al suprimir en Java a los St. Ewagiow...».

—¡Gladys! —casi le grité.

—¿No te gusta?

—Jamás conocí a ese Maharajá, ni tampoco he estado en Java...

—¿Quién es el que ha de escribir la biografía, tú o yo? —me repuso.

—Tú eres la escritora, la persona que crea —traté de apaciguarla—. Pero la verdad es que no he conocido a ese Maharajá...

—¡Tampoco me habías conocido a mí antes!

—Vamos, Gladys —tuve que sonreír.

Ella también sonrió y alzó sus manos, sus blancas y suaves manos.

—Tú sólo has conocido mío... mis manos, cariñín.

—Y soltó una carcajada que no dudaría en describir como fantasmal.

Allí yo no tenía nada más que hacer que encender un cigarro Ría-U.

Casi amanecía cuando llegamos al aeropuerto en los arrabales de Gran Miami. Sin aterrizar nos trasladaron a uno de los muchos heli-taxis que habían acudido a nuestro encuentro como un enjambre de moscas.

—24 de junio —dije con tristeza mientras abandonábamos el avión turista de línea.

—Escribimos libros y cazamos criminales —suspiró ella—. Olvidémoslo, cariñín. Estamos en París y en junio.

Ambos miramos hacia abajo, a París-en-Miami[33] con sus tejados acuchillados y sus bohardillas de artistas, sus veleritos por el Sena, su Torre Eiffel. El cielo había estado sin nubes, pero de súbito se produjo un fogonazo deslumbrador y ante nosotros se alzó de lo que más tarde supe era la Plaza de la Opera un inmenso globo[34] en forma de hongo. Mientras lo mirábamos, se hinchó y expandió, apareciendo en sus costados en enormes letras las siguientes palabras: **BIENVENIDOS LOS St. EWAGIOW**.

—¡Gladys! —dije cuando pude hablar.

—Los St. Ewagiow no se han apoderado de la ciudad —me contestó riendo—. Eso es cosa de la Dirección, cariño.

Incluso hoy me maravilla la malicia de aquellos Cerebros Mecánicos.

Habían razonado que puesto que Gran Miami era una ciudad famosa como sede de congresos y convenciones, una serie de creíbles festividades de los St. Ewagiow representando públicamente su filosofía del culto de la muerte constituiría una novedad popular capaz de atraer a una horda de visitantes. Y entre esos visitantes, habrían verdaderos St. Ewagiow que aceptarían encantados la oportunidad de actuar dentro de la ley. Todo en el exterior gira y gira en torno a la corrompida palabra PLACER.

—A ti te mantienen informada; yo sigo a oscuras —dije con amargura cuando ella acabó sus explicaciones.

Mantuvo los ojos fijos en aquella odiosa forma de hongo.

—Que suerte más estupenda para la Cámara de Comercio de Miami. ¡No me gustaría ser el alcalde de Gran Reno o Gran Los Angeles! Todos estarán deseando celebrar ahora en su ciudad una convención de los St. Ewagiow.

Mi cigarro Ría-U se había apagado, pero no lo volví a encender. Prefería no utilizar estimulantes artificiales para que me hiciesen olvidar la fea verdad. Yo era de escasa importancia. El Comisario, según su afirmación de lo mucho que había luchado en mi favor, era quien se llevaba bien con Ellos.

Cuando aterrizamos se vio bien claro que los St. Ewagiow, o mejor la multitud de extras y presuntos actores y actrices que infestaban la comarca, estaban en plena campaña. Mientras íbamos en coche al hotel, un desfile detuvo nuestro Flexomóvil[35]. Ante nosotros desfilaban cientos de hermosas mujeres en traje de baño negro, con el cabello teñido en el mismo tono de gris sombra. Supongo que era un gris lápida sepulcral, porque cada una portaba un esqueleto en miniatura con un signo pintado. Los esqueletos medían unos sesenta centímetros, casi el tamaño de un niño pequeño, iban pintados de colores que representaban la piel humana, desde el rubio escandinavo hasta el negro congolés. Sus cabezas eran de un yesoso grotesco con cráneos que oscilaban y se balanceaban a cada paso de la formación de mujeres. Los signos pintados decían en distintos idiomas: **ESTE SOY YO, ESTE ERES TU.**

Y etcétera: En francés **(C'EST MOI, C'EST TOI),** en griego, ruso, alemán, japonés, tagalo, punjabí y sólo Dios sabe en qué otras lenguas.

Después vino una carroza con una docena de hombres blandiendo guadañas mientras que, por encima de sus cabezas una pancarta roja llevaba inscrito en diferentes idiomas el siguiente aforismo que el viento hacía oscilar:

LA UNICA REVOLUCION VERDADERA ES LA DE LA MUERTE.

La siguiente carroza parecía como salida directamente de la sala de exposiciones de una funeraria. Contenía tres ataudes de vidrio dentro de los que yacían, respectivamente: una niña de seis años, un joven de veinte y una mujer mayor. Los letreros habían sido sacados de la Biblia y decían:

HAY UN TIEMPO PARA VIVIR Y UN TIEMPO PARA MORIR. ECCLESIASTES.

Todo aquello me hizo estremecer.

En mi mundo, bromeábamos al hablar de la muerte, pero dentro de unos

límites decentes. Aquel desfile era horrible, como si el hedor de verdaderos cadáveres emanara de él. ¡Pensé que era necesario que yo no fracasase en mi misión! Tenía que hallar el A-I-D y esconderlo para siempre, para que jamás volviera a ser una amenaza dirigida contra toda la humanidad.

—¿No es ingenioso? —rio Gladys—. «C'est moi, c'est toi».

—¡Ingenioso!—musité—. La ingeniosidad de la autodestrucción.

El conductor se volvió hacia nosotros y sonrió.

—¡En Miami tenemos de todo! La semana pasada se celebraron dos congresos. De verdad, no como este espectáculo. Los Descendientes de los Buenos Samaritanos...

—¡Y el 4 de julio tendrán el de la Sociedad de la Muerte Desconocida! Dije. ¡Y usted pasará por ella conduciendo un flexomóvil!

—No, señor —contestó—. Me gusta mi trabajo. Nunca olvidaré el día en que recibí mi certificado del D. O.

—Quiere decir el Departamento de Ocupaciones. Me explicó Gladys.

—¿También te dijeron a ti tu trabajo? —le pregunté.

—¿Y quien mejor calificado para eso, cariñín? Estaba jugando en el patio cuando mi padre me llamó para que entrase en casa diciéndome: «¡Gladys, vas a ser escritora!». Me sentí muy feliz, tenía sólo seis...

—¿Seis años?

—A esa edad fue cuando me hicieron la prueba y es precisamente en el tiempo mejor. Cuando se tienen seis años se desea ser muchas cosas. Qué alivio no tener que preocuparse acerca del futuro. Hace que la adolescencia sea muy hermosa.

—Según mi opinión, una adolescencia perpetua.

Ella me dio un codazo juguetón.

—¿Y qué hay de malo en ello? Pero, se me olvidaba. El trabajo es sagrado en la Reserva.

—El individualismo es sagrado. Nosotros escogemos nuestros trabajos de acuerdo con el gusto o la afición propias. ¡Oh!, yo fui ranchero y empleado en unos almacenes antes de entrar en la policía.

—Vaya pérdida de tiempo con vuestro método. Aquí, a la edad de seis años [36] uno habría entrado ya en la escuela elemental de la L. y O.

La calle estaba ahora limpia, sin atascos. Pasamos un centro comercial con miles de personas sentadas en cómodos sillones en torno a escaparates giratorios llenos de mercancías de todas clases. De vez en cuando anotaban una orden en los cuadernitos que tenían en las manos.

—¡Adolescencia perpetua! —exclamé—. Dos horas de trabajo, dos horas de ver escaparates y el resto del día para el placer.

—¿Y qué es lo que tenéis vosotros, mi querido destripaterrones? Doce horas de trabajo, nada de ver escaparates y un apresurado abrazo frenético en la cama antes de quedarse uno dormido de cansancio—me palmoteo la mano —. Lo que vuestro pueblo necesita es un plan quinquenal [37].

Cuando nos inscribimos en nuestro hotel —el Hotel Pompadour de la

ribera izquierda del Sena —ella cruzó la sala de estar bailando y cantó.

—París... París... ¡Oh, la, la! la ciudad de l'amour...!

—Creo que jamás entenderé a tu pueblo —dije en voz baja—. ¡Estamos a 24 de junio y quedan exactamente diez días antes del 4 de...!

—¿Y qué es lo que no podemos hacer en diez días? —sonrió ella—. ¡Los campos de Amor, destripaterrones!

Era inútil hablarla. Me encaminé hacia la puerta y diez minutos más tarde estaba en el Cuartel General de la L. y O., Rue de la Paix. El Comisario me estaba esperando. Había salido de Washington mediante el Cohete Cuostal, pocas horas después de nosotros, pero llegó dos horas antes. Lo primero que hice fue preguntarle por Gladys Ellsberg.

—Mi querido Crockett —me interrumpió—. Un hombre opera mejor cuando sus necesidades emocionales están satisfechas. Aquí te hemos proveído de todas comodidades del hogar...

—¡En un ambiente de manicomio! —acabé para él—. ¡No me gusta! Sigo a oscuras con respecto a estos St. Ewagiow y su convención, mientras que esa mujer lo sabe todo.

—Eso es su obligación, Crockett. Tú no eres un extranjero pero tampoco eres todavía uno de nosotros. La Dirección sospecha de ti. ¡Por favor, sé razonable! Me he opuesto a la Dirección para traerte a este país. Si tú fracasas perderé el empleo.

—¡Todos perderemos nuestros empleos! ¡Todos estaremos muertos!

—No coloques la carga delante del caballo. Esperemos que este espectáculo de St. Ewagiow atraiga a Barnum Fly.

—¿Es eso lo que predice la Dirección?

—Eso es lo que nuestros agentes entre los St. Ewagiow predicen. Sí; que nuestro hombre viene a la ciudad las probabilidades son de 9,74 x: y que irá a ver a su hija. Déjame que te instruya acerca de Cleo Fly. Tiene veinticuatro años. Y es muy hermosa. Tan hermosa que sólo necesitó tratamientos secundarios en el Jardín del Edén. La hicieron crecer cinco centímetros y se le corrigió una tendencia a excesiva delgadez —se detuvo y sacudió la cabeza como si considerase algunos hechos asombrosos. Luego añadió—: No hay en nuestros registros ningún hombre en su vida. Es su trabajo, claro. Ella es una de las empleadas en Parque de Diversiones Atómico.

—¿Su trabajo?

—La mayor parte de los empleados allí son indiferentes al sexo. Es cosa lógica... sus ocupaciones...

—No te entiendo, Elvis.

—¡Esas tareas emocionantes! ¿Cómo puedo hacértelo comprender? Es como ser amado por un gigante. El público tiene un apodo para esos empleados Atómicos. Vírgenes a prueba de Fission —sonrió débilmente—. Y ahí es donde entras tú, Crocket. Tú tienes que hacerte amigo de ella. Por lo menos, la cosa puede empezar como una amistad superficial.

Le miré con disgusto. Su rostro rubicundo e insípido se endureció durante

unos instantes.

—¿Es que la misión queda por debajo de ti? ¡Oh! ¿es que queda por debajo de tus ideales? ¿O no crees en el futuro para la humanidad?

—Sí —le contesté—. ¡Pero no creo que el futuro lo tenga que labrar siendo un semental humano!

—¡Crockett, ya has visto a mis hombres! Ninguno de ellos tendría paciencia, menos con un país lleno de mujeres para quienes la fornicación es tan lógica como el respirar. Te lo he dicho bien claro, ¿verdad, Crockett? Para una situación de esta clase necesitamos a un hombre como tú.

—¿Por qué no enviáis a un Miembro de la Dirección?

—Es una idea divertida, pero tú y yo sabemos las necesidades de nuestra profesión. Podemos ponernos en contacto con Barnum Fly a través de su hija. Y un contacto conduce a otro —añadió con aspereza.

El último comentario fue demasiado para mí. Me precipité a la puerta mientras él me gritaba:

—Necesitas descansar, Crockett. Divertirte.

Regresé al Hotel Pompadour. Gladys se había ido y puesto que ella era una de las nativas me imaginé lo que estaría haciendo. La maldije a ella, al Comisario y a la Dirección. Luego registré el cuarto en busca de lo que quería... las alacenas que tenían todos los hoteles de Greater Miami. Estaban en la pared cercana al cuarto de baño. Había whisky de varias clases y otras cinco o seis bebidas distintas que jamás había oído mencionar. Probé el «bourbon», pero estaba demasiado excitado para que me produjese algún efecto. Probé la opgin[38]. Nada más tragar el primer sorbo del licor me sentí como si me hubiesen dado una patada en la cabeza. Luego siete o ocho puntos negros flotaron ante mí en cada uno de los puntitos aparecía sentada una belleza Turka. Deduje que eran Turkas porque llevaban velos, solamente velos. Bebí un segundo trago de opgin e instantáneamente el suelo subió hasta chocar conmigo. En realidad cuando me puse en pie estaba completamente sobrio.

¡Al infierno con una bebida como aquella!, pensé. Cogí una silla y me encaminé al mirador. El vidrio brillaba, con unos destellos placenteros que hicieron que mis nervios se relajasen. Aquella opgin tenía sus ventajas, pensé y me vertí una segunda copa. Allí, delante de mí, sobre el diván, estaba mi esposa, o quizás era Gladys, sonriendo y haciéndome gestos para que me acercase. Eché a correr en su dirección cuando, de repente, el suelo pareció abrirse y una oleada de aquellas bellezas Turkas subió volando como diablos, con sus velos rojos como el fuego...

Cuando recobré el conocimiento estaba acostado en el suelo. Era sólido, como todo suelo tiene que ser. Traté de ponerme en pie, pero me encontré demasiado mareado. Mi cabeza me batía y en medio de estos batidos oí como una voz decía:

—¿Cómo te encuentras, carmín?

—Era Gladys, pero lo que vi fueron dos manchones, uno negro, el otro

amarillo y ambos manchones vibrando con un ritmo enfermizo y biológico dentro de mi interior.

—Estoy enfermo —gemí.

—Le está bien a mi gorrioncito por beber mientras yo he estado trabajando.

—¡Trabajando! —grité—.¡No sabes lo que es trabajar!

Me sentí un poco más calmado. El manchón amarillo, me di cuenta, era su cabello, el manchón negro su vestido. Ella vestía uno de esos trajes de los sentebajio, un ataúd[39] plateado en miniatura le servia de adorno.

—¿Dónde has conseguido ese disfraz terrible?

—No es un disfraz. Es la última moda, cariñín. Sé lo que necesitas —se encaminó hacia las alacenas y regresó con un vaso lleno de un licor color violeta[40]—. Esto te reconfortará, cariñín.

Lo bebí. Lo sentí resbalar por mi garganta y entrar como si ella se me partiera en mil pedazos. Noté en mi estómago y luego subir hasta mi cabeza y sentir como una especie de peines de acero dentro de mí. Gruñí, grité y juré todo en menos de un minuto, al cabo del cual me sentí completamente normal.

—¿Mi gorrioncito ya se encuentra mejor? —sonrió ella.

—¡Por favor!, no me llames gorrión. Todavía me encuentro débil.

—Bueno, cariñín. Volveré a trabajar.

—¡Trabajar! —grité—. Esa palabra es nuestra, no de vosotros.

—¿De veras? Podemos trabajar dos veces más que una docena de vosotros, Pieles Rojas, cuando nos inoculan...

—¿Inoculan qué? ¿Opgin?

—Cariño —sonrió—. Poco a poco vas adquiriendo un sentido del humor. ¡Te felicito! Pero para responder a tu pregunta. Nos inoculan con Ser-Ambi[41]y entonces nos ponemos realmente a trabajar.

—No conozco eso.

—El «Ser-Ambi» es un derivado de hormonas de la Abeja.

—¿Y eso os hace trabajar?

—Como una Abeja.

—¿Por qué no se inyecta a todo el mundo? —grité excitado—. Todos deberían recibir una inyección y que se les dijese que el A-I-D Podríamos organizar la mayor caza del hombre de la historia...

—No hay necesidad de cazas de hombre, cariñín, porque, de ser necesario, Ellos lo habrían ordenado.

—¡Ellos! —exclamé—. Siempre Ellos. ¿Y por qué no pensamos en nosotros aunque sea por excepción? ¡La gente trabajando para sí mismos, para su futuro!

—Cariño, tú te has pasado por encima el meollo de la cuestión. En orden de trabajar bien tú tendrías que ser capaz de pensar bien. El Ser-Ambi ayuda a que la gente piense por sí misma. ¿Para qué arriesgarse a un estado de anarquía intelectual, cuando tenemos tan maravillosos Pensadores?

—¡Habéis rendido vuestros cerebros a vuestras maravillosas Máquinas de

Pensar! —grité—. Eso puede estar bien en épocas normales, pero no ahora. Ahora es el momento en que todo el mundo comience a pensar, y me refiero a todos. A ti, a mí, a ese hombre que conducía el flexomóvil, a todo el mundo que tenga una vida que perder.

Durante un segundo creí que la había convencido, en particular puesto que había sido intelectual, inoculada, como podría decirse. Pero entonces sus ojos relampaguearon.

—¡Soy leal a nuestra forma de gobierno!

Y yo también, Gladys, pero ¿no crees que el Gobierno debería recurrir a su pueblo en un caso de emergencia como éste?

—¿Qué quieres de mí? —me espetó—. Debes pensar en realidad que soy como tu estúpida esposa, que trabaja de sol a sol en esa no menos estúpida utopía vuestra. No, cariñín, puede que me parezca a tu mujer, ¡pero no soy como ella! Creo en la forma de vivir americana y no me digas que a ti te pasa igual. Vosotros estáis jugando al juego infantil de un pasado que nosotros dejamos bien atrás. ¡Vosotros, esclavos que dais pena! La energía atómica[42] nos ha libertado de la esclavitud, la biología del hambre. Nosotros somos los únicos que hemos realizado el sueño humano de lograr la felicidad en la Tierra...

—El sueño de felicidad propio de las hormigas. ¡Cada hormiga destinada a su futuro trabajo desde la edad de seis años!

—Nuestros empleos no tienen importancia para nosotros, loco imbécil. Vivimos para la felicidad. ¿Qué otra cosa puede querer el hombre en la tierra?

—Felicidad, sí; pero el hombre es algo más que un manojo de carne hecho para divertirse. El hombre es también pensamiento, el sentir de su cerebro... ¡Y vuestros Pensadores os han robado los cerebros!

—No escucharé tus palabras. ¡Es una traición!

—¡Es democrático!

Guardó silencio y de nuevo pensé que la había convencido. Luego ella dijo:

—No es este el momento más adecuado para un debate político. Mientras tú has estado regalando a ese manojo de tu carne, yo he registrado la habitación de Cleo Fly. Quizá te interese saber que es una adicta a las drogas.

—Conozco todos los detalles acerca de las emociones atómicas en su trabajo.

—Te hablo de sus hábitos en las horas libres, querido manojo —me repuso sarcástica—. Encontré en su cuarto una caja de Dulces Sueños. Pero será mejor que nos vayamos ahora.

—¿Ir adonde?

—El Comisario te la ha reservado para las diez de esta noche.

—¿Me la ha reservado?

—Pero no para que se acueste contigo, carmín. Ese trabajo me corresponde a mí. Vamos a ir al Parque Atómico. Uno no puede soportar aquellas pequeñas atracciones horribles sin ir acompañado de un empleado o empleada

experta. Así lo dispone la ley.

—Pequeñas atracciones horribles —repetí nervioso.

—¡Yo casi me volví loca en las Montañas Rusas! —suspiró—. Es arriesgado, cariñín, en especial para alguien que como tú haya tenido un pasado tranquilo. Pero no puedes conocerla cuando está en sus Dulces Sueños. Tendrás que trabar amistad con ella cuando esté más o menos consciente.

Al escucharla experimenté una sensación singular, como si mi esposa estuviera realmente dándome consejos.

Bajamos en busca de un Flexomóvil. No se veía ninguno. Cruzamos el Sena. Casi era de noche. La luna rielaba en el agua, mientras que allá arriba, en el firmamento, las torres y cúpulas de las ciudades lunares relucían con brillos artificiales. Pensé: Una avanzada de la humanidad... tan lejos y tan cerca, gracias al Cohete Lunar.

Pasamos por delante de la terraza de un café. La mayor parte de las mujeres que ocupaban las mesitas vestían conjuntos St. Ewagiow, sus sostenes de roentespuma desprendían un débil resplandor en aquel crepúsculo.

—Esa hija de Barnum Fly ha debido ser una rebelde —dije—, para ser escogida a los seis años ya para un empleo como el que tiene.

—Su empleo no existía cuando ella tenía seis años. El Parque Atómico es cosa nueva. Su padre hizo que la trasladaran. Barnum Fly tenía privilegios especiales como poseedor de la Medalla del Tribunal Supremo del Placer Distinguido. No te olvides que él fue el creador del Parque Atómico.

—¡El «quería» que su hija trabajase en un lugar así! ¿No habría preferido Cleo casarse y tener hijos?

—Eres muy totalitario, cariñín.

Antes de que pudiese responder se produjo una explosión terrible. ¡El A-I-D!, pensé lleno de pánico y corrí en busca de algo donde cobijarme. Metiéndome debajo de una de las mesas del café, esperé el fin.

Y oí una serie incontable de carcajadas. Las risas aumentaron de volumen y sonaron más cerca. En la cegadora luz que siguió a la explosión percibí un bosque de piernas rodeando mi mesa. Alguien me tiró del tobillo. Un agente de la L. y O. en uniforme de gendarme francés me sacó de mi escondite[43]. Me apartó de la multitud y señaló hacia el cielo, su dedo índice tenía un color rojo vivo, porque la luz. había cambiado.

—Monsieur, esta noche se producirán cinco explosiones de fisión-fusión —me explicó—. Es la convención. Cinco explosiones nucleares, pero tan inofensivas como el seno de una madre. *«Honi soit qui mal il pense»* [44] —añadió y a la manera francesa me besó en ambas mejillas antes de alejarse.

—Veo un taxi —me anunció Gladys—. Espera aquí, cariñín.

Me sentí como el mayor idiota del mundo. La calle estaba bañada de luz roja. Comencé a caminar. Pasé por una placita desde donde pude ver bien el enorme hongo que vi por vez primera aquella mañana. La habían iluminado para la noche. Pero el término «iluminado» no sirve para describir aquel globo

odioso. Estaba cocido a colores, humeando e hirviendo, y sólo su blanco centro en forma de cráneo permanecía constante.

Agité el puño en dirección a la pesadilla del cielo y como repulsa a todos los St. Ewagiow de este mundo. No, me juré interiormente, no dejaré que ellos destrocen este planeta mío.

—¡Malditos seáis! —grité dejándome llevar por la emoción.

De nuevo, los turistas comenzaron a arremolinarse en mi torno, sus rostros se volvían naranja y negro y rojo bajo las cambiantes luces.

—¿Qué le pasa? —oí que preguntaba alguien.

—Para él es demasiado alegre París —respondió otra persona y todos soltaron la carcajada.

Precisamente entonces llegó Gladys en un Flexo móvil y me gritó:

—Cariñín, aquí estoy.

Entré en el coche.

—¡Eso fue una introducción perfecta al Parque Atómico! —me dijo—. ¿Fisión-fusión o te parece mejor llamarlo «confusión», cariñito?

Seguía estando dentro del Palacio de las Diversiones, pensé. Pero no me sentía más amargado. Me daba cuenta de que si iba a tener que salvar mi forma de vivir, tendría que salvar al mismo tiempo la suya. El mundo de ambos era único.

El Parque de Diversiones Atómico estaba situado en el extremo occidental de la urbe y la primera impresión que causaba era deprimente. En el centro de un gran prado de césped se alzaba una ciudad amurallada, bañada por una extraña luz blanquecina que en cierto modo me recordaba una masa de blanca agua pesada. Los Flexomóviles de delante parecían viajar por el fondo de un mar. Mientras, Gladys estaba silenciosa, sin ocurrírsele el menor chiste.

—Quizá no logres pasar la prueba —susurró.

—¿Qué prueba?

—La médica. ¡No te acompañaré, cariñito, no puedo, sencillamente no puedo! ¡Conductor, pare!

Me besó y me deseó suerte. Más deprimido que nunca proseguí solo a través de un segmento de la muralla que pareció desvanecerse como por ensalmo. Otro invento del magicientifista Barnum Fly, pensé. Tras la muralla, la procesión de Flexomóviles se detenía delante de un edificio sin ventanas que tenía unos quince metros de altura y aproximadamente casi un kilómetro de largo[45]. Por encima del techado, el nombre del parque resplandecía relampagueante: PARQUE DE DIVERSIONES ATOMICO.

—¿Ha entrado alguna vez? —pregunté al taxista.

—Sí, cuando era más joven —repuso—. ¡Las Montañas Rusas Atómicas son impresionantes!

—¿Cómo son?

—Fantásticas, fantásticas, pero ya soy demasiada viejo para repetir la experiencia.

—¿Por qué lo dice?

—Tuvieron que pasar dos meses antes de que me desaparecieran los temblores.

—Vaya diversión —murmuré.

—Una enorme diversión. Lo malo es que ya no podría soportarlo por segunda vez.

Salí del coche y seguí a la gente hasta el interior de una gran sala de espera cuyas paredes y techo estaban cubiertas de gasa blanca y suave. Eso me turbó durante unos segundos hasta que comprendí que no era nada más que un vendaje gigante. No había muebles, ni diplomas médicos enmarcados y colgados de las paredes, ni siquiera sillas. La gente permanecía en pie, formando grupitos, susurrando excitadamente mientras aguardaban. De repente se oyó una Voz[46] que no provenía de ningún lugar concreto:

—Bienvenidos al Parque de Atracciones Atómico. La diversión de ustedes es nuestro placer.

Era una voz profunda, sonora, amistosa que me recordó la de nuestro médico de cabecera allá en la Reserva.

Todos los susurros cesaron y un segundo después una de las blancas paredes se enrolló sobre sí misma hasta llegar al techo. Infinidad de instrumentos médicos, cada uno de un metro ochenta de altura, se nos acercaron. Había allí tijeras, escalpelos y frascos con medicamentos de distintos colores. Los había redondos con comprimidos y alargados de color azul, conteniendo sellos.

—Bienvenidos al Parque de Atracciones Atómico y, por favor, sigan a las enfermeras —nos instruyó la Voz.

Las tijeras y los otros instrumentos hechos de dos o más partes se abrieron y cerraron como si caminasen, mientras que los frascos sin patas y los comprimidos y sellos sueltos se deslizaron como patinando. Un comprimido, mitad amarillo, mitad rojo, se detuvo ante mí y con voz tranquila y maternal dijo:

—Por aquí, tenga la bondad.

Me sentí algo turbado, pero obedecí sin dudar. El comprimido me guió hasta un despachito. Entré y fui recibido por un doctor, un doctor humano uniformado de blanco con las iniciales del parque, PAA, bordadas encima del bolsillo del pecho. Me pidió que me sentara en un gran sillón niquelado con una serie de instrumentos médicos[47] instalados en él, tanto en sus brazos como en el respaldo. Nada más sentarme un termómetro me fue introducido en la boca y al mismo tiempo un dedo de acero mojaba con alcohol la yema de mi dedo medio, utilizando para ello un pedacito de algodón. Otro segundo dedo de metal clavó una diminuta aguja en el lugar desinfectado, extrayendo una gotita de sangre para su análisis, mientras que el «explorador pulmonar» y seis o siete más órganos investigadores comenzaban a examinar mi aparato respiratorio, los riñones, el hígado, corazón, etc.

El examen o exámenes duraron sólo breves minutos. Antes de que me diera cuenta, el médico me decía;

—Levántese, hombre. Levántese. Parece como si acabase de salir de la cámara de tortura. Está usted en buenas condiciones.

Se dirigió a una estantería y cogió una insignia que me enseñó antes de prenderla en mi chaqueta. Tenía grabada la letra «C».

—¿Qué quiere decir esa «C», doctor?

—¿Trabaja en Sanidad?

—No, soy un simple curioso, doctor.

Me miró con cierta incredulidad.

—Debe trabajar en Sanidad.

—No, doctor.

—Es usted el primer paciente en muchos meses que me lo pregunta. Su corazón, pulmones, sistema nervioso, etc. están bien pero lo más importante es su colágeno. Ese es el significado de la sigla «C». Se trata de una materia fibrosa compuesta por diecisiete aminoácidos distintos y sirve para mantener unidas las articulaciones. El colágeno conserva sus órganos en el lugar adecuado, también, debo añadir. Si la proporción de su colágeno no es la adecuada, no puede concurrir usted a este parque. Tuvimos demasiados accidentes en la época en que lo inauguramos. ¡Que se divierta!

Mi comprimido amarillo y rojo me esperaba fuera del despachito.

—Ha pasado usted el examen médico —me dijo con su calma maternal—. ¿Verdad que es estupendo? Ahora, sígame, querido, hasta las empleadas.

Entramos en una gran estancia iluminada con la misma extraña luz que vi al acercarme al Parque. Los empleados estaban en fila como peces en un acuario, todos vestidos igual, con trajes negros, idénticos para ambos sexos. La insignia del parque PAA, brillaba en sus pechos. Bajo aquella luz inhumana sus rostros eran tan inexpresivos, tan iguales, el cabello tan corto que era preciso mirarlos dé cerca para averiguar si eran hombres o mujeres. Y todos poseían una enorme belleza.

Uno de esos empleados era Cleo Fly, pensé, mientras la Voz, aquella Voz amistosa, sonó:

—Felicidades a todos ustedes, afortunados posee dores de la «C». Se han ganado su letra. ¡Felicidades!

No era yo el único excitado. Casi todos los portantes de la «C» estaban charlando o soltando risitas o mirando a los empleados que permanecían en silencio y tan inmóviles como estatuas.

—¡Vuestro entretenimiento es nuestro placer! —tronó la Voz—. ¡Empleados!

Caminaron hacia nosotros. Una hermosísima morena se plantó delante de mi.

—¿Eres tú, Cleo? —pregunté.

Ella asintió con indiferencia y me dijo con fría voz profesional.

—El Parque de Atracciones Atómico le ofrece dos viajes, señor. Aquí está el viaje principal en las Montañas Rusas Atómicas. Hay también un viaje preparatorio a su elección. Tenemos para que elija la Noria Metálica de la

Constante K, el Salón de los Espejos del Quantum, el Túnel del Amor de los Protones-Neutrones, y el Trueno de los Mesones. Escoja el viaje que usted desee y después de realizarlo iremos a las Montañas Rusas.

Para entonces estaba yo no sólo tenso sino también confuso. Aquella luz blanca tan extraña parecía clavarse en mis ojos, cambiando el aspecto de las cosas. Quiero decir mi aspecto mental[48]. Todo lo que veía a mi alrededor era a los empleados emparejándose con los buscadores de emociones.

—¡El Trueno! —oí decir a alguien.

Una mujer soltó una risita histérica diciendo:

—Creo que probaré el Salón de los Espejos del Quantum...

Sólo con un tremendo esfuerzo logré recordar las instrucciones del Comisario. Aquella empleada de voz fría estaba esperando mi elección.

—El Túnel del Amor —dije.

Me cogió de la mano como si yo fuera un niño. Entramos en un corredor mal iluminado que se extendía y se contraía como un gusano gigantesco. Sobre sus redondeadas paredes —murales desenrollados, murales moviéndose como sueños, como secretos sueños de las pasiones y orgías que algunas veces se apoderan de nuestro subconsciente cuando dormimos— hombres y mujeres desnudos hacían cosas atrevidas. Esas figuras me sorprendieron, me fascinaron.

—¡Lo natural es aparejarse! —dijo de pronto la Voz—. Pares mágicos, números mágicos. ¿Por qué el núcleo de helio tiene dos protones y dos neutrones? ¿El núcleo de oxígeno ocho protones y ocho neutrones? Dos, el mágico número dos. ¡Pares mágicos, Húmeros mágicos! La Naturaleza es un aparejamiento de protones-machos y neutrones-hembras que entre ellos crean la familia de las partículas. ¡Números mágicos, pares mágicos!

El corredor, aquel corredor que se expandía y se contraía, se quedó negro de repente y yo me noté avanzando con Cleo como si una fuerza exterior a nosotros nos soplara y nos hiciera rodar y rodar, y mientras rodábamos en círculos, la Voz parecía describir las mismas circunferencias que nosotros.

—¡Estáis ahora en el Túnel del Amor de los Protones-Neutrones! ¡Hombres, pensad en vosotros mismos como protones cargados eléctricamente! ¡Mujeres, pensad en vosotras como neutrones cargados eléctricamente[49]! ¡Naturaleza misteriosa...!

No había en ninguna parte ni la menor partícula de luz y, sin embargo, presentía que estábamos nosotros describiendo círculos juntos como en una danza cuya música fuera la Voz.

—¿Por qué el neutrón emite un electrón para convertirse en protón? ¿Por que el protón emite un positrón para convertirse en neutrón? ¡Sublime permuta de los entes opuestos! ¿Protones-Machos y Neutrones- Hembras, os gustaría cambiar de sexo en el Túnel del Amor?

Para alguien como yo aquello sonaba positivamente a inmoral, pero mientras oscilábamos a través de la negrura, pensé, Crockett, estás cumpliendo una misión. Una misión. Cleo es el sospechoso número uno.

Número uno, número uno. Seguí pensando y acaricié la mano que estaba en la mía. La noté fría y desmadejada como la mano de un fantasma.

—Cleo —dije decidido—. Eres muy hermosa, Cleo.

—No me llames Cleo —susurró.

—¿Y cómo he de llamarte?

—Neutrón.

—¿Neutrón? —casi me sofoco de sorpresa, pero apretando los dientes le dije—: Neutrón querido.

—Protón querido —me susurró, pero incluso su susurro era frío.

La negrura ya no era completa. Manchas rojas y azules de neblinosa luz[50] aparecieron un instante para desvanecerse luego. Pude ver la cara del neutrón que me acompañaba y los rostros más lejanos de las otras parejas. De vez en cuando chocábamos, pero no se notaba sensación de impacto. Todos nos habíamos convertido en seres más livianos que las plumas, pequeños como partículas de polvo girando en el espacio sin límites en el que sólo la Voz permanecía constante.

—¡Misterio de la naturaleza! La energía es materia, y la materia, energía. ¿Protones-Macho y Neutrones- Hembra, estáis dispuestos a dar suelta a vuestra energía? ¡Emitid, emitid, emitid vosotros positrones y electrones, emitid, emitid...!

El rostro de Cleo, ora azulado, ora rojizo, flotaba ensoñador cerca de mí y en sus labios se dibujaba una leve sonrisa. Pero allí habían sólo sonrisas en los demás rostros, en todos los rostros azulados y rojizos. Me había olvidado del Comisario. Me sentía como si me estuviera desvaneciendo, un agradable desvanecerse, oh, tan agradable y maravilloso... y la Voz parecía dentro de mí. Los ojos de Cleo se habían cerrado como los de una mujer durmiendo en su cama y un recuerdo lejano de mi esposa dormirla en nuestro lecho se agitó en mi mente. La pude ver en su sueño y respondiendo adormecida a mis caricias.

—Emitid, emitid —estaba diciendo la Voz—. Emitid en el Túnel del Amor, la Bolsa Postrera del Sexo, protones volviéndose neutrones y neutrones volviéndose protones...

Y entonces ya no oí más palabras, sólo sonido, un tranquilo rugir sonoro como si todos los vientos del mundo soplaran a la vez, las luces rojas y azules oscilando como lámparas moribundas en una inmensa negrura, y la sensación que experimenté ya no tenía nada de gentil. Porque me vi atrapado en aquellos vientos y dejé de tener asida la mano de Cleo pero me acoplé con ella, boca con boca, cuerpo con cuerpo, temblando y sacudiéndonos, las luces azules y rojas disparándose como estrellas, la negrura ardiendo. Sí, ardiendo la negrura, en sí misma, porque todo alrededor eran tiras y jirones de verde y amarillo y púrpura[51]. Los temblores y sacudidas se hicieron más y más violentos y aquello era maravilloso, las luces fundentes, un arco iris que sólo duró un segundo y con una estallante sensación de alivio contemplé cómo los colores del arco iris se desvanecían en la negrura y sólo quedaba lo negro y con ello un sentimiento que jamás había experimentado... ¡el sentimiento, la

sensación de ser mujer!

¡Una mujer! Hecho como una mujer, una mujer...

Y luego el viaje terminó. Aquellas extrañas y pesadas luces blancas llovieron sobre nosotros. Cleo se liberó de mi abrazo y se reunió con los demás empleados. De nuevo se pusieron en fila, tan sin emociones y desapasionados en sus ceñidos trajes negros. No estábamos así los «clientes». Alguno se tambaleaba como si estuviera borracho. Otros reían. Una mujer que acababa de sentirse hombre, se contorneaba como un gallo chiado, mientras que dos o tres protones que se habían visto permutados en neutrones se pasaban los dedos por sus pechos y mostraban un infinito asombro al ver que carecían de los redondos senos de los neutrones. Me controlé. Lo que experimentaba entonces lo omitiré puesto que no tiene relación con los acontecimientos de esta historia.

Y clara y amistosa se oyó la Voz.

—¿Se divirtieron en el Túnel del Amor de los Protones-Neutrones? Pues ahora a experimentar las más grandes emociones de todas... Las Montañas Rusas Atómicas. Recuerden, las Montañas Rusas Atómicas ayudan a acondicionarles a ustedes para el viaje espacial. ¡Un ser humano en el espacio debe ejercer la presión interna suficiente para transformar el oxígeno en dióxido de carbono y expelerlo del torrente circulatorio! Ustedes son aptos físicamente y su proporción de colágeno es excelente. Pero deben también ser aptos psicológicamente. ¡Tienen que saber lo que les espera para poder conservar su equilibrio mental! Un viaje en las Montañas Rusas Atómicas dura escasos minutos, exactamente treinta y uno, pero ustedes les parecerá que dura una eternidad. Treinta y un minutos de placer sensorial. ¡Vuestro entretenimiento es nuestro placer! ¡Empleados!

De nuevo los empleados se adelantaron y Cleo me cogió la mano. Miré su frío rostro y me fue imposible creer que alguna vez había sonreído, o que yo la hubiese besado en el Túnel del Amor. Al extremo del corredor entramos en una habitación construida en vidrio. Techo, suelo, paredes eran todos de vidrio y encima de nosotros y debajo y por todos lados otras habitaciones extendiéndose hasta lo que parecía el infinito. Oh, la sensación. Como si uno estuviera en el mismísimo interior de las cosas.

—¡Ilusión! —dijo la Voz—. Estas cámaras de vidrio reproducen el microscopio de lentes iónico con el que se tomaron las primeras fotos de los átomos, ¡Fotografías, aumentadas 20.000.000 de veces! ¡Ilusión igual a eternidad! ¡Eternidad igual a ilusión! Prepárense para ser reducidos de tamaño. ¿De qué otro modo puede el hombre entrar sino en el más diminuto de todos los mundos en dónde billónes de átomos caben en la punta de un alfiler? ¡Ilusión igual a eternidad! Las Montañas Rusas Atómicas le llevarán de viaje hasta el átomo de uranio cuyos núcleos tienen un diámetro de 200/100.000.000.000 de centímetro, ¡No se alarmen, amigos! Recuerden que al cabo de treinta y un minutos regresarán a su peso y estado normales. Algún día, cuando el hombre pueda controlar por completo su biología, podrá entrar

realmente dentro del átomo, pero en este siglo veintiuno vuestra Gerencia sólo puede crear la ilusión. ¿Comprenden? ¿Alguna pregunta?

Hubo un momento de silencio en el que nadie habló.

—Si alguno quiere retroceder, por favor, que lo diga —advirtió la Voz.

De nuevo, silencio.

—Ilusión igual a eternidad —repitió la Voz—. I = E, y E=I.

Y delante de nosotros, como si se materializaran saliendo de la Voz, aparecieron una docena de autómatas[52], sus cuerpos de negro metal eran como los negros vestidos ajustados de los empleados, sus brazos y piernas, por el contrario, eran de metal blanco. Tenían rostros de metal blanco o, mejor, superficies ligeramente curveadas sin rasgos sobre las cuales la fórmula[53] E=mc2 estaba estilizada de manera que las letras parecían gafas unidas en su centro por el signo « = ».

Debían haber surgido como un torbellino más rápido que la visión del suelo de vidrio, porque cuando se movían parecían ráfagas negro-blancuzcas, alargadas y fugaces. Lo primero que pude advertir es que uno de los autómatas estaba colocando un cinturón negro en la cintura de Cleo. Una fracción de segundo después alargaba su brazo metálico y me colocaba otro cinturón. ¡Todo en menos de un abrir y cerrar de ojos! Me fijé entonces en el cinturón de Cleo y en el mío, todos ellos tenían escrita en blanco la palabra: ION[54].

—¿Estáis dispuestos, IONES? —preguntó la Voz—. ¿Estáis dispuestos para bombardear el núcleo del átomo de uranio?

—¿Es de acero? —pregunté a Cleo en un susurro.

—¿No puede divertirse sin hacer preguntas?

—¿Es acero?

—Sí, para los Dee-magnetos[55], y ahora, por favor, estése quieto.

—¡Iones, marchen! —ordenó la Voz.

Conducidos por los empleados entramos en una segunda habitación de cristal, pero ésta mucho más grande y los dos magictómatas que en ella había parecían cuatro o cinco veces mayores que los otros de la primera habitación de vidrio. Nos hicieron señas para que entráramos en la siguiente habitación y luego en la otra, así sucesivamente hasta que perdí la cuenta. Y cada vez las estancias de cristal se hacían más y más grandes, más inmensas, los magictómatas tan altos que tenía que alzar la cabeza para verle. Era como tratar de mirar a las copas de los árboles. Arriba, lejos, pude ver sus rostros negros con la blanca E = mc2 reluciendo bajo los distantes techos de vidrio. Y llegamos a una habitación en la que ya no les podía ver la cara, sólo la mole inmensa de sus negros cuerpos, sólo la blancura de sus piernas e in cluso la Voz empezó a sonar lejana.

—¡Iones, os estáis haciendo cada vez más pequeños! Pero... recordad... Ilusión igual a eternidad, I= E.

Habitación de cristal tras habitación de cristal y ya los pies de los. magictómatas ya no tenían forma de pies, sino que parecían extenderse

kilómetros y kilómetros, una pared blanca y a pesar dé que recordé lo que la Voz había dicho acerca de la ilusión y me dije a mí mismo que aquello no era nada más que una serie de distorsiones en otra serie de espejos, aun el terrible miedo se apoderó de mí hasta el punto de que m sentía disminuir, caer hacia abajo y hacia abajo. Más pequeño que una hormiga, cien veces más pequeño, mil veces más pequeño, un millón de veces más pequeño, porque en la siguiente habitación la pared blanca ya no era pared sino algo como toda la nieve del mundo, una blanca eternidad. Y sólo la Voz, como la voz de Dios, decía:

—¡Iones, os estáis acercando a la escala que con duce hasta el origen iónico!

Y en aquella inmensidad en donde nada tenía forma, era fantástico ver una escala delante de nosotros. Así con más fuerza la mano de Cleo. Era una mano, era un milagro, como ella era un milagro en su traje negro, un milagro de forma en un mundo blanco sin forma ni dimensión. La miré con lágrimas en los ojos y miré a las otras parejas y sentí como si fuéramos los últimos seres vivos, apareados para ser testigos del nacimiento de un nuevo mundo salido de toda aquella informidad.

Las primeras parejas trepaban ya por la escala... una escala que parecía ser veinte veces más alta que cualquiera de nosotros y que terminaba en un aguje ro redondo, un agujero de luz, de luz carmesí.

—¿Adonde conduce, Cleo?

—A la fuente o al origen de los inones.

—¿Y dónde está eso?

—En las Montañas Rusas[56].

Dudé cuando nos tocó el turno de subir. Ella roe tiró con suavidad de la mano y sonrió por primera vez desde el Túnel del Amor.

—Vamos, Ión —susurró.

Subimos por la escala hacia la luz carmesí. Las parejas que nos habían precedido estaban de pie en la base de lo que parecía ser una pared curveada infinita, cuyo techo no podía ver, hecha de unos ladrillos de extraña forma[57]. Otras parejas subían por la escala saliendo del espacio blanco que ya habíamos dejado, cruzando el agujero de luz carmesí.

—¡Iones! —dijo por último la Voz—. Estáis a punto de subir a bordo de las Montañas Rusas. ¡Dad un paso por aquí, un paso vivo! ¡Subid a la Montañas Rusas y moveos a la velocidad de cien millones de electro-voltios[58]! ¡Vuestro entretenimiento es nuestro placer! ¡Destruid el enigma del universo, el núcleo del átomo de uranio!

Debí de haberme rebelado porque la mano de Cleo, cogida a la mía, me apretó como para calmarme.

—Será muy agradable —me susurró.

—¿Preparados, Iones? —preguntó la Voz—. ¡Listos ya! ¡Calma ahora! ¡Obedeced a los empleados!

—¡Salta! —dijo Cleo y sus ojos brillaban y sonreía. —¿Saltar dónde? —

pregunté y de nuevo me sonrió. Me noté temblando de pies a cabeza.

—Tenemos que saltar abandonando la gravedad. Así —me repuso, acariciándome la mano.

Cerré los ojos y salté. De inmediato, un suave movimiento oscilante se nos llevó. Era una combinación de mecedora y tiovivo. Abrí los ojos y miré a los iones de delante de nosotros, todos oscilando arriba y abajo, el carrusel llevándonos y dándonos vueltas y vueltas, todo carmesí como una atmósfera carmesí y lejos, a un millón de kilómetros de distancia, los electrodos imponentes en forma de «D». Miré a Cleo y sonreí también y mientras describíamos círculos sentí un hormigueo, un hermoso y placentero hormigueo. Era la primera carga[59]. Ahora, la oscilación nos llevó más altos. Ahora el carrusel fue más vertiginoso. Los electrodos, parecían más próximos y entonces experimente un nuevo hormigueo. Subiendo oscilamos a mayor velocidad y Cleo sonreía con alegría mientras describíamos la siguiente espiral. Hubo otro hormigueo y otro, las espirales se hicieron más extensas y el siguiente hormigueo no fue tan agradable y el que vino después fue como la sacudida de la muerte... pero no morimos. La muerte se transformó en vida, una vida más veloz, una velocidad más vertiginosa mientras los «D» se acercaban más y más y la Voz nos decía:

—Iones, estáis en camino al millón de electro-voltios. ¡Dos millones de electro-voltios! ¡Tres millones de electro voltios! ¡Vuestros antecesores fueron los primeros en soltar la energía del átomo de uranio escindiendo su núcleo! ¡Estáis en camino al mundo del átomo de uranio! ¡Uranio 235, uno de los isótopos más ligeros! ¡Váis de camino a los cuatro millones de electro-voltios!

Las sensaciones del oscilar y del carrusel se fundieron y esperé la próxima impresión con miedo y delicia, sabiendo ahora que no me mataría, pero aun temiéndola. Y cuando sobrevino y noté que me aceleraban más deprisa todavía, reí con alegres carcajadas. Incluso más de prisa, tan rápido que no lo notaba, tenía un cuerpo con sus partes pero todo se había reducido a una partícula de miedo y delicia, atronando por aquellas infinitas espirales y con los «D» cada vez más cerca, inclinándose hacia adentro como si fueran a derrumbarse. Y Cleo reía alegre... no podía oírla pero me era posible ver como su cabeza se sacudía teniendo el cuello como eje.

—¡Estás en camino del enigma del universo! —tronó la Voz—. ¡Cinco millones de electro-voltios! ¡Diez millones de electro-voltios! ¡Cien millones de electro- voltios!

¡Más alto! ¡Más deprisa! Y todavía más alto, e incluso más deprisa, un giro, un zumbido, una voltereta y ya se experimentaba una nueva sensación, no la del balancearse o la del carrusel, sino un impulso. Un impulso creciendo tras nosotros, aumentando, con fuerza terrible, tan terrible que creí que iba a estallar y a fragmentarme... y de repente salimos disparados al espacio en donde sólo había la Voz.

—¡Iones, habéis entrado en un vasto teatro de fuerzas electro-magnéticas!

¡Entre el núcleo del átomo de uranio y la órbita más cercana hay un espacio mayor en proporción que el que existe entre la Tierra y el Sol! ¡Iones, delante de vosotros está el enigma del Universo!

Lejos, muy lejos, oh, tan lejos como pueda estar una estrella lejana, se hallaba el mundo hacia el que nos dirigíamos a velocidad de vértigo, sobre él, en sus alrededores un ejército de muertas lunitas giraban en siete órbitas.

—¡Delante tenéis los electrones, los noventa y dos electrones del átomo de uranio!

Sentí como si tuviera alas, alas de un voltaje inconmensurable, batiendo en el espacio hacia el distante sistema solar. Sentí que tenía alas y cuando atravesamos la más externa de las siete órbitas, ¡oh, Dios!, ¿quién es capaz de describir la sensación de maravilla, una maravilla que Colón debió haber experimentado al divisar el Nuevo Mundo...? un mundo nuevo que parecía diseñado por un Gran Artista. Una gama de colores con vida propia daban Vida a aquel ambiente, oscilando de una forma incomprobable, pero concreta, desde el rojo al violáceo, pasando suave mente por el anaranjado, amarillo, verde, azul claro y azul oscuro... Era algo muy parecido a un delirio... pero no era un delirio...

Era algo que «el pensamiento lo evoca, mas no lo pinta el pincel...», podría decir yo, como el poeta...

—¡El enigma del Universo en donde la energía se cambiaba en materia y la materia en energía! ¡El espectáculo de todos los tiempos! ¡Mirad esas moléculas delante de vosotros! Esos cometas azules son positrones. Esos meteoros púrpura son mesones. Mirad aquellas partículas de energía. Esos asteroides anaranjados son fotones. Esos rayos verdes son gravitones. ¡El espectáculo de todos los tiempos! ¡La materia convirtiéndose en energía y la energía en materia!

Positrones azules, mesones púrpura, fotones naranja, gravitones verdes giraban en trayectorias propias, con regueros luminosos, subiendo y bajando como una lluvia luminosa que desafiara las leyes de la gravedad... y a través de aquella lluvia pude ver el núcleo de aquel universo, el núcleo del átomo creciendo y creciendo. Cruzamos ansiosamente la última de las siete órbitas y de repente el núcleo se hizo inmenso y vibraba... vivo... sus protones y neutrones —noventa y dos protones y ciento cuarenta y seis neutrones— aparecían como continentes bajo nubes de mesones púrpura y entre los continentes, islas extrañas que surgían y se desvanecían, se creaban y se aniquilaban en un fugaz instante, siendo la vida y la muerte de los mundos en el interior de un mundo.

Y ahora, por primera vez sentí que nuestro furioso movimiento hacia adelante recibía cierta oposición, que alguna enorme fuerza interior al mundo de delante nos empujaba, más fuerte y más fuerte a cada instante en que nos acercábamos, y no quise que me apartasen de mi camino, porque ante mí estaba el enigma del Universo, el nacimiento convirtiéndose en muerte y la muerte en nacimiento, el Génesis. Al adelantarnos tropezamos con la fuerza

que nos repelía y los continentes dejaron de estar diferenciados, para emerger, para hincharse y tragarse las extrañas islas y sentí que yo también sería tragado, pero no me importó porque el enigma del Universo estaba tan cerca, tan cerca, tan cerca...

Cuando de repente nos desviamos de nuestra ruta como una flecha a la que cambian de dirección era medio del aire y con una sensación turbadora, miré fijo a la primera de las órbitas de los electrones, a la segunda órbita y a la tercera y más allá de la séptima órbita con sus lunas muertas circundantes. Viajamos a través de dichas órbitas y la Voz que había estado guardando silencio, dijo:

—¡Clientes, su entretenimiento es nuestro placer! ¡Clientes, su entretenimiento es nuestro placer!

Avanzamos más despacio y más despacio y en mi desencanto me volví hacia Cleo. Sonreía, los párpados se agitaban. Vi cómo se abrían y casi al segundo empezaron a congelarse, su sonrisa a desvanecerse, su cara a endurecerse hasta convertirse en el frío rostro profesional de la empleada que era.

—El viaje ha terminado, clientes. Salgan de Las Montañas Rusas, clientes. ¡Salgan de prisa, clientes! La cámara de deceleración queda precisamente enfrente.

«Clientes», pensé turbado. ¡Eramos clientes! Seres humanos, sólo seres humanos. Habíamos perdido el espacio y el misterio, regresando a nuestra propia materia.

Cleo me condujo a lo que parecía ser la primera de las habitaciones de vidrio. Cuando entramos lo hicimos alzándonos del suelo como si fuéramos globos.

—Cálmese... relájese —me dijo ella—. Cierre los ojos y relájese.

—Relájese —oí que decían los otros empleados.

Me sentí con el corazón destrozado por lo que acababa de perder, pero cerré los ojos.

—El universo está hecho de partículas fundamentales... —decía ella susurrando.

—Partículas fundamentales... —oí a los demás empleados como si fueran un coro.

—Las partículas fundamentales se combinan para hacer el hierro o el hidrógeno —proseguía Cleo—, los huesos o los músculos.

—Los huesos o los músculos... —repetían los demás empleados.

—Sus interacciones fructifican en forma de soles... montañas, hierbas o sangre... ¿Qué le gustaría ser? ¿Piensa en algo acariciador? ¿Le agradaría ser una estrella? ¿Una brizna de hierba?

Flotando en aquella cámara de deceleración, sentí algo de lo que había sentido cuando me creí ion, pero sin la intensidad o la furia, el miedo o la delicia, las fuerzas abrumadoras de la naturaleza o la alegría del descubrimiento.

—Relájese —siguió ella apremiándome.

Pensé en la hierba de mi país, la primera hierba del verano y lloré, mojándome a mí mismo y a mis perdidos sueños con el surco de mis propias lagrimas.

* * *

Tuve suerte...

Tres de los otros que portaban la «C» tuvieron que ser hospitalizados. Nosotros, los supervivientes, como podría decirse, fuimos acompañados a la salida por nuestros empleados.

—Adiós. Vuelva de nuevo —me dijo Cleo con aire, profesional.

—¿No nos podemos ver un ratito?

—Tengo aún otro turno de trabajo.

—Quiero decir cuando haya terminado de trabajar.

Se encogió de hombros y se fue. Decidí esperarla y cuando me volvió a ver bostezó. No se lo censuro. Después de un segundo recorrido de treinta y un minutos en las Montañas Rusas, por no mencionar el viaje preliminar por el Túnel del Amor, o el Salón de los Espejos del Quantum, sus emociones deberían estar bien satisfechas.

Se había quitado el ceñido uniforme del parque y vestía uno de los modelitos St. Ewagiow. Cuando entrábamos en un Flexomóvil dije:

—No creí que le interesara esta última moda.

—¡Oh!, déjeme en paz —repuso, acomodándose en un rincón del coche.

Era hermosa, sí, una mujer muy hermosa, un neutrón muy hermoso y la misión que yo tenía, pensé, que era imposible. Aunque persistí ya que aquella adicta a las emociones era el sospechoso número uno.

Bostezó ante mis avances, bostezó ante mis cumplidos y por último, disgustado, cuando estábamos cerca de Gran Miami, exclamé:

—¡Tú sólo amas ese maldito trabajo tuyo!

—¡Oh, váyase! —bostezó.

—Te veré en mis sueños. Una caja de Dulces Sueños y tú —dije con amargura.

Casi de repente pareció convertirse en humana.

—¿Utilizas Dulces Sueños?

—Sí —dije.

—¿Sabes en lo que sueño yo?

—En las Montañas Rusas.

—¿Cómo lo has adivinado? Sueño que algún día el magicientiftsta que maneja los mandos cometerá un error.

—Eso significaría la muerte, ¿verdad?

—¡Nos estrellaríamos contra el mundo de Uranio 235 y moriríamos! —exclamó—. ¡Oh, qué emoción más maravillosa! —Sonreía como un ángel.

Después de dejarla e informar al Comisario me fue imposible olvidar

aquella sonrisa.

—No me sorprendería que simpatizara con los St, Ewagiow —dije—. ¡Es una adicta a la muerte!

Y esa fue la pista en la que nos pusimos a trabajar. Al día siguiente, con el primer magicientifista del Parque, Dr. Lawrence[60] Quipper, fui a visitar a Cleo Fly. Nadie respondió a mi llamada. El doctor sonrió y reacondicionó la estructura molecular de la cerradura con un ciclotrón[61] de bolsillo. Entramos y hallamos a Cleo dormida sobre el diván, una caja "de Dulces Sueños en el suelo.

—Un segundo —dijo el doctor y sacó del bolsillo una diminuta barrita, explicándome que se trataba del último modelo de Revividor-Hilarante, o Rev-Hil.

Tocó con él la parte del seno sita sobre el corazón de la muchacha y en menos de un minuto la vimos incorporarse en el diván con el rostro confuso y denotando no sentirse feliz.

Miró al doctor con su capa púrpura y negra y el sombrero negro con la pluma púrpura[62]. Carraspeó.

—¡Dr. Quipper! —exclamó con voz temblorosa—. Es un gran honor para mí.

—Cleo —dijo él con suavidad—, hemos estado penando en un experimento en el que las Montañas Rusas en vez de ser desviadas en el último minuto, caigan y penetren dentro del Uranio 235. Pero todavía no hemos resuelto el problema del factor de seguridad personal. ¿Comprende?

Ella asintió y sus ojos negros relucieron.

—Se necesita una experimentación: la Ciencia lo exige, Cleo. Tal experimentación podría significar la muerte para los primeros que se arriesguen. ¿Querría usted ofrecerse como voluntaria?

En su siniestro traje St. Ewagiow con el ataúd de plata en miniatura ella había parecido tan sin vida como un hermoso cadáver embalsamado, pero ahora temblaba de excitación.

—Estoy soñando —susurró—. Debo estar soñando.

—¡Cleo, presente su solicitud esta noche cuando se presente al trabajo! —y sin más palabras el doctor abandonó la habitación.

—¡Es un sueño! —gritó la muchacha, poniéndose en pie y mirándome con ojos asustados—. ¿Quién es usted?

—El que puede hacer que tu sueño se convierta en realidad —contesté.

Ella estaba temblando, pero como cualquier adicta a las drogas, su deseo era más fuerte que sus temores y dudas. Deseaba creerme. Y aquel era el momento más apropiado para que la hiciese el amor. No me fue posible. Tenía lástima de aquella pobre chica y también sentía repulsión hacia ella. Maldije al Comisario maldije a los dirigentes de la L. y O. tan acostumbrados a sus amantes con prendas roentespuma y a las Fotos Animadas que no serían capaces de acercarse a un Cordón de Plata[63]. Pero yo simplemente no podía tocar a aquella pobre y temblorosa criatura.

—Cleo, pertenezco al L. y O. —dije impulsivo—. Por favor, escúchame. Sé que tu padre se ha unido a los St. Ewagiow. Pero puedo conseguirle un completo indulto presidencial. Créeme, ¡es la verdad! Tu padre sólo se hizo St.; Ewagiow cuando perdió lo que poseía. ¡Cleo, él tiene el A-I-D! No debiera contártelo, pero lo haré. Tu padre tiene el A-I-D y si nos lo devuelve será perdonado, ¡se le restaurará como maestro magicientifista! Créeme, es la pura verdad y tú tienes que ayudarme.

—Es un sueño —murmuraba temerosa—. Un sueño.

—No, no lo es, Cleo. Ya oíste al Dr. Lawrence Quipper...

—¡Un sueño! —gritó y corrió a su dormitorio cerrando de un portazo.

Llamé a la puerta y al no recibir respuesta entré. Ella estaba tumbada en la cama y a su lado había una caja abierta de Dulces Sueños. Incluso mientras la miraba, la expresión asustada de su rostro estaba cambiando. Una sonrisita le asomaba a los labios y así fue como la dejé, soñando dulces sueños de cósmica muerte.

Me sentía demasiado avergonzado para informar de mi fracaso al Comisario Sonata. Regresé a mi hotel, donde Gladys me saludó excitada.

—Cariñín, tenemos las primeras buenas noticias. ¡Barnum Fly está en la ciudad!

—¿Cómo lo sabes?

—Ha habido otro asesinato, el noveno, con el característico pedacito de papel diciendo: «Todo tu mundo morirá el 4 de julio». ¿No es una noticia maravillosa?

Pensé en lo estúpido que había sido y me acerqué hasta la alacena.

—¡Ahora no, cariñín! —gritó ella—. Citando a los St. Ewagiow... hay un tiempo para vivir y un tiempo para morir, un tiempo para el opgin y un tiempo para el optimismo.

—¡Gladys, lo he estropeado todo! —confesé y le dije lo estúpidamente moralista loco que era.

Me escuchó en silencio. Luego suspiró.

—Eres un loco pero por eso me gustas. ¿Así no pudiste hacerle el amor? —me acarició la mano—. Eso me abruma, cariñín. Pero será mejor que vuelvas ahora con Cleo, cielito.

—¿Por qué? —gemí.

—Necesidad histérica, mi pequeño Cupido.

—¿Por qué no puede otro hombre...?

Se echó a reir.

—Tengo entendido que tú llamaste a nuestros hombres mariposones. Y eso es lo que son. Mariposones que van del flor en flor en este invernadero que es el Palacio de la Fantasía.

La miré fijo.

—¡Ahora eres tú la subversiva!

—Puede que sea ese Ser-Ambi —suspiró y se froté la frente—. Maldición, estoy pensando demasiado para mi bien. Tienes que volver, cariñito.

—No —contesté.

—¡Barnum Fly está en la ciudad! ¡El A-I-D está aquí! Tienes que volver. Es tu deber para con la humanidad, esa humanidad tuya de la que siempre me estás sermoneando hasta aburrirme —me miró con rapidez y sus ojos azules estaban tan serios que me recordaron los de mi esposa—. El Comisario me proporcionó otras noticias. Cleo es un miembro de buena fe de los St. Ewagiow. Su padre hizo un buen trabajo arruinando la vida de esa pobre muchacha.

—Tengo una idea —exclamé—. ¡El Dr. Quipper es el más indicado para hacerle el amor! El es el hom bre que puede hacer que el sueño de Cleo se haga realidad. Además, ella haría cualquier cosa por él.

—No lo comprendes, cariñín —me contestó—. Ca da cual tiene su misión asignada y Cleo Fly es misión que te corresponde a tí, no al Dr. Quipper.

Se quedó mirando al suelo un segundo y luego corrió a su cuarto. Con rapidez se quitó la blanca túnica que se pegaba a sus formas y se puso un negro traje St. Ewagiow que sacó del armario. Volvióse hacia mí y acarició el ataúd de plata y el cráneo del mismo metal.

—¡La muerte es la gloriosa! —dijo en voz baja y triste—. ¡La Muerte es la victoriosa!

—¿Estás loca? —exclamé.

Sus ojos azules, los ojos de mi esposa Ruth, flamearon airados.

—No perdamos tiempo. Te demostraré que si es preciso puedes hacer el amor hasta a un esqueleto.

—¡Misiones! —grité—. ¿De quién son esas misiones? ¡De la Dirección! Ellos son condenadamente rígidos, condenadamente inflexibles...

Ella alzó la cabeza hacia el techo y era sorprendente ver como había logrado transformar su redondo rostro para que pareciera delgado y con las mejillas hundidas.

—¡He visto la Luz! —exclamó como si hablase a aquella infernal columna de humo en forma de hongo—. ¡La Muerte, la gloriosa, la victoriosa! ¡Oh!, ¡morir en la victoriosa fusión!

Siguió de este modo durante un minuto como una verdadera St. Ewagiow. Era como si estuviera dentro de algún envoltorio, algún fluido embalsamante que la mantuviera aislada a todo cuanto yo pudiese decir.

—¡Gladys! —le supliqué—. ¡Vamos a ver a Sonata!

De pronto volvió a ser ella misma.

—Loco, ¿quieres meternos a todos en un lío? Hemos recibido instrucciones de la Dirección. ¡Hazme el amor! ¡Imagínate que soy Cleo! Mira a ver si puedes aprenderte de memoria estos versos. La impresionaran...

—Por favor, Gladys, querida...

—¡No me llames querida! Apréndele estos versos —y se puso a recitar:

«Pronto beberemos en la Fuente de la Eternidad... donde nos despojaremos de toda enfermedad...»

—¿Quién los escribió? —musité.

—R. Night Bauden, el laureado poeta de los St. Ewagiow. El Gobierno Británico le encarceló después de los bombardeos de los St. Ewagiow de Londres, en 1991.

Grabé en mi memoria los versos y ella recitó un versículo más:

«No hay ayuda para el que está de la tumba en este lado...
Quien diga lo contrario, es un profeta falso o un malvado... »

—¡Maldición!, —grité—. ¡Gladys, esto es una locura, una locura, una locura!

Me dio un par de bofetadas.

—Trato de ayudarte a cumplir con tu deber, ¡idiota! —me rodeó la cintura con el brazo y me susurró con aquella su voz triste y grave—: Bésame, esqueleto. Porque, ¿qué somos si no carroñas que gozamos de vida temporal?

Traté de apartarla y se puso furiosa.

—¿Cuántos días crees que faltan para el 4? Simplemente tienes que hacerle el amor a esa St. Ewagiow.

—Me parece que tienes razón —dije con tristeza.

—Veamos esos versos de R. Night Bauden.

Pero se me habían olvidado y Gladys me miró con disgusto.

—¡Simple y sencillo, no tienes cabeza para las cosas culturales! —exclamó—. Será mejor que pruebes un método, algún método cuantitativo. Puedes probar a besarla quince veces seguidas. ¿Te acordarás de eso, mi estúpido gorrioncito? —me cogió y empezó a besarme y entre besos dijo—: ¡Te amo...!

Quince veces lo repitió y cuando hubo terminado yo no quería soltarla. Se echó a reir y se libró de mis brazos.

—¡Maldita sea! —exclamé.

—Piropea sus ojos. ¿No podrías acordarte de estos versos? —y me recitó:

«Los ojos de una mujer son su premio glorioso...»
«Hasta que los gusanos los desintegran en su banquete asqueroso...»

Sacudí la cabeza y ella dijo:

—Cuando la veas, llévate alguno de los panfletos

R. Night Bauden. Escribió uno acerca de la Redención Universal. Su argumento máximo es el de que, puesto que la Tierra está destinada a verse convertida, al correr los siglos, en un planeta congelado, el tiempo está de parte de los St. Ewagiow. Ellos pueden fracasar en su misión histórica, pero la Muerte, la última Madre amable, logrará al fin garantizar para la humanidad la Redención Universal.

—¿Gladys, tengo que...?

—Tienes, cariñín —suspiró—. Será mejor que te vayas ahora, creo que lograrás salir airoso con tu impresionante virilidad.

Pero a pesar de su inevitable humor su rostro estaba muy serio.

—Tú no quieres que vaya, Gladys.

—¡Ve, ve! —gritó airada.

Bueno, ¿qué otra cosa podía yo hacer? (Ruth, perdóname. Lo hice por tí y por nuestros hijos, por los hijos de todos.)

Volví con el sospechoso número uno y la convencí de que no había estado soñando. Aquella noche en el Parque de Atracciones Atómico llenó la solicitud y la entregó al Dr. Lawrence Quipper. El doctor la relevó del trabajo del día y cuando regresamos al Gran Miami volví a aplicar la técnica de los quince besos. Más tarde, en su habitación, mientras yacía tranquila en mis brazos, le pregunté cómo podría ponerme en contacto con su padre. Lloró. Le recordé la solicitud que había cursado y le volví a prometer que su padre recibiría un indulto completo presidencial. Pasó otra media hora antes de que susurrase su secreto. Cuando quería llegar hasta su padre insertaba un anuncio en «Magiciencia y Tú»[64]. Una vez dicho esto, lloró histéricamente.

—¡He traicionado a mi propio padre! —gemía sin cesar.

Sólo logré tranquilizarla al recordarle que ella iría en el primer viaje experimental al U 235. Poco a poco se calmó y comenzó a besarme. Al sexto o séptimo beso comencé a recelar. Puede que la imitación sea la forma más sincera de la zalamería pero en esas cosas debería mantenerse un intervalo decente de re poso. Me aparté con brusquedad de aquella adicta febril. Había ya cumplido mi misión y deseaba poner un anuncio en la primera edición. Si era preciso, se haría una edición especial ordenada por el Comisario. Una vez en el vestíbulo entré en una cabina de la Aironda[65] y cuando comuniqué con el Comisario lo dije en el código convenido de antemano:

—Exito en Operación Amor. Se recomienda radiación para proteger de los marcianos ahora que ella nos ha dado la Fórmula Menos X [66].

O en lenguaje normal: «Cleo F es una mujer después de todo. L. y O debe protegerla contra los St. Ewagiow ahora que nos ha dado la información que necesitábamos».

III

EL MAGICIENTIFISTA M. E. BANGANI

Comenzó un período de vigilante espera. Mientras, el Carnaval de los St. Ewagiow continuaba con algunos acontecimientos no del todo inesperados. Mienbros de buena fe de aquel culto a la Muerte, estimulados por la nube en forma de hongo de las explosiones durante todo el día, iniciaron varios tumultos sangrientos.

En la tarde del 26 de junio estaba yo solo en mi habitación. Gladys se acababa de ir tras algunas bromas ofensivas acerca de los amantes espirituales del Túnel del Amor. Yo debía mi éxito con Cleo F. a Gladys, pero siendo mujer, ya se había convertido en un ser indiferente al largo proceso de su propia existencia. A los pocos minutos, yo tendría que marcharme para encontrarme con Cleo y acompañarla hasta el Parque Atómico. Acabé mi bourbon y al dejar la copa, la primera imitación de la larde de las explosiones nucleares reflejóse a través de las ventanas de mi habitación. Como si fuese exactamente cronometrado con ello, llamaron a la puerta. Antes de que yo pudiese abrirla; la hoja se abrió de repente y un hombre sombrío irrumpió en el cuarto, llevando la capa negra y púrpura y el sombrero negro con una pluma purpura también de los Magicientifistas.

Se inclinó y, luego, encarándose austeramente con la puerta, alzó la mano y ésta, misteriosamente, se cerró. Un truco típico de Magicientifista, me imaginé. En aquella mano suya que inició el gesto para que la puerta se cerrara advertí un anillo grande de metal negro con una piedra púrpura que probablemente contenía una magneto.

—¿Cómo está usted? —dije.

Me miró en silencio. Tenía oscuros ojos pardos y, quizás a causa de su dramática entrada, me impresionaron no sólo como penetrantes, sino también como repulsivos. Por un instante parecían demasiado juveniles[67] para un hombre de su edad. Tendría ochenta o noventa años y su rostro era una telaraña de arrugas.

—¿Puedo preguntarle quién es usted? —dije educadamente.

—¡Piensa...! —me ordenó con voz profunda...

La modulación de su voz, se me antojó desproporcionadamente juvenil...

Me di cuenta como un relámpago de que le conocia. Rostro y nombre. Había visto ambas cosas en el «dossier» de Barnum Fly. No era más que el Dr. M. E. Bangani, el famoso Magicientifista que había ofrecido al Gobierno su testimonio y revelado los detalles do la Conspiración de «Usted - También - Puede - Ser - Una... Máquina... De - Pensar».

—¡El Dr. Bangani! —exclamé—. ¿Qué es lo que quiere?

Se quitó el sombrero negro y lo situó burlonamente ante él.

—¡Quiero lo que usted quiere, Crockett Smith... la Vida!

Fogonazos rojos y verdes y amarillos de la gran seta exterior tintaron de distintos colores su viejo y calvo cráneo.

—El Comisario Sonata fue mal aconsejado al no consultamos —dijo—. Claro que nosotros los Magicientifistas somos sospechosos. Sin embargo, el Comisario fue mal aconsejado. ¿O debería decir que nuestros Omnipotentes Gobernantes fueron mal aconsejados? Pero nadie nos aconseja, ¿verdad, Crockett Smith?

—¿Quién le habló de mí?

Soltó una risita. Pero sin humor. Desdeñosa... malévola...

—Nuestras mentes son libres, amigo mío. Nosotros somos los Magicientifistas y ustedes los Reservacionistas. ¿Le gustaría mucho conocer a mi antiguo discípulo Barnum Fly?

—Debería usted ir al Comisario Sonata con su información.

—¿Y que me arrestasen por ser miembro de resurrecciones ilegales? No, gracias. Usted duda, amigo mío. ¡Ah!, teorías contrapuestas, el principal azar ocupacional en la vida de un agente de policía. ¡Ah!, ahí está la palabra «vida» de nuevo. ¡Vida, dulce vida!

—¡Usted debería ver al Comisario!

—¿Me pregunta mis motivos? ¿Soy un agente de los Gobernantes? La respuesta es «no». Soy un agente de la Vida. Viejo como soy, quiero seguir viviendo en esta nuestra tierra —alzó un viejo y doblado dedo y sus ojos se contrajeron—. Tendría que solicitarse para Barnum un perdón presidencial. Una mente brillante, quizás demasiado; pero con personalidad.

—¡Usted ha hablado con su hija Cleo! —le acusé.

—No —dijo y su mano retorcida se desvaneció dentro de su capa negra. Sacó un objeto triangular que parecía estar hecho con tres transparentes esferas de reloj—. Puedo leer tus pensamientos con este Trans-Grab[68] que tuve el honor de inventar. Créeme, amigo mío, quiero lo que tú quieres —agitó su otra mano y una ráfaga de dorada luz solar llenó la estancia—. Vida, dulce Vida. Yo vivo para mis visiones, amigo mío. Yo vivo para establecer el puente entre el saber y la ignorancia. ¡Ah!, la terrible ignorancia. Siempre me ha fascinado. Por eso me hice Magicientifista. Para escapar a la monotonía de la vida ordinaria.

Parpadeé ante el dorado resplandor que había creado y se echó a reír.

—Un simple fenómeno de polarización. Juego de niños, como convertir el polvo en oro, o crear las alfombras voladoras atómicas tan populares hace diez años. Juego de niños, amigo mío, pero encuentro placer incluso en esas tan sencillas conquistas de nuestra magiciencia.

El resplandor dorado comenzaba a desvanecerse. Bajó un poco su rostro viejo y arrugado.

—Si accedes a unas cuantas predicciones sencillas, estoy dispuesto a llevarte hasta Barnum Fly...

—¿Espera usted que le crea? ¡Testificó contra él! ¡Es su enemigo!

—Antes fue mi amigo. El huevo es redondo, el sol es redondo, la vida es

un círculo y un perdón presidencial le haría otra vez mi amigo. ¿Y tú? Serías un héroe. Serías capaz de pedir a los Gobernantes la concesión de un nuevo territorio para la reserva. Con vuestras familias numerosas deberéis necesitar más terrenos.

Había leído perfectamente mis pensamientos, mis más secretos pensamientos y ambiciones que yo jamás había mencionado a ninguno del Exterior. ¡Nuevo territorio! ¿Y si yo lograba el éxito me lo iban a negar los Gobernantes?

—Unas cuantas precauciones sencillas. ¿Por qué dudas? No has tenido noticias de Barnum y estamos a 26 de junio. Quedan solamente ocho días para evitar el desastre, ¿y dudas?

—¿Qué precauciones? —dije.

—Este hotel está rodeado por hombres del Comisario. Los policías que te siguen tendrán que ser neutralizados. Habrás de disfrazarte, amigo mío, y será necesario para mí temporalmente borrarte tu sensación de consciencia.

—¡Eso no! —protesté.

—¡Ah!, no confías en mí. Ni yo tampoco en ti. No puedo correr el riesgo de que llames a los policías de tu escolta como tienes intención.

Con aquel Trans-Grab en su mano, yo no tenía secretos. En la habitación de cambiantes luces, el viejo de la capa negra era como un fantasma sentado dentro de mi cerebro.

—Tienes miedo y sientes tentaciones de aceptar —dijo—. La idea de tener éxito sin ayuda del comisario es tentadora. El lobo solitario de la reserva, ¡eso es lo que eres! ¡El duro individualista del antiguo Sueño Americano! ¿Puedes confiar en mí? ¿Que traicioné a Barnum Fly una vez ante los Gobernantes? ¿Y qué?, si sigo siendo su agente. No, amigo mío, soy un agente de la Vida. Nuestros Gobernantes son rígidos y yo soy un agente de la Vida. ¿Unas cuantas precauciones?

Asentí y sus arrugados labios sonrieron. Mantuvo alzado el Trans-Grab y la última cosa que recordé fue que su esfera central mostraba un lugar de luz negra o quizás de luz purpúrea negruzca. El lugar o mancha avanzó hacia mí en un rayo estrecho y una vez chocó con mi persona yo mismo volví por él con todos mis sentidos pareciendo fluir hacia la esfera central, dentro de un tiempo sin fin...

Cuando abrí los ojos descubrí lentamente que estaba en un callejón. Paredes oscuras y ventanas enrejadas se alzaban ante mí. Oí voces. Entrando en el callejón había un árabe con turbante llevando una antorcha llameante, detrás de él veinte o treinta personas. Cuando se acercaron más, vi que eran Americanos con trajes blancos y cascos puntiagudos. El Oriental se detuvo y alzó la antorcha sobre mi cabeza.

—En todos nuestros bazares encontraréis estos lastimosos hombres retrógrados.

—No parece que sea de una familia aristocrática —dijo uno de los Americanos mientras que otro preguntaba al guía:

—¿Es un adicto al haxix?

Permanecí allí estupefacto y luego les vi marcharse, sacudiendo la cabeza. Tras ellos pasó una caravana de camellos conducidos por hindús o mahometanos. Yo estaba seguro de que me hallaba soñando cuando uno de los camellos se puso a orinar. Las gotas que caían, el olor era inconfundiblemente cierto, ¿Me estoy volviendo loco?, me pregunté. Frenético, me puse en pie y corrí callejón abajo tras el grupo de turistas Americanos. «¡Espera!», pensé para mí, «te olvidaste de algo».

Volví a donde había estado y recogí un cartel o signo adjunto a un bastoncito. Luego eché a correr tras los turistas. Estaban en la calle a la que desembocaba el callejón. Las antorchas ardían sobre los tejados de los puestos callejeros y comerciantes todos tocados con fez gritaban ofreciendo sus mercancías. Su mayor parte alfombras y botes con especies. Toqué el brazo de un turista, precisamente de aquel que me había imaginado adicto al haxix.

—¿Dónde estoy? —pregunté con voz temblorosa.

—En Calcuta... ¡pobre hombre! —dijo.

Me fijé mejor. Era una mujer gordita, rolliza, toda vestida de blanco.

Gemí y ella me examinó con piedad. Debía tener yo un aspecto fantasmal, sucio y mal oliente por culpa de los camellos.

—Calcuta —musité, confuso.

El guía se acercó y susurró:

—Sí, Calcuta-en-Miami. Vuelva a su hotel y no abuse del opgin.

Carraspeé con alivio.

—¿Dónde está París?

Seguí sus instrucciones hasta llegar a una calle en donde tigres de juguete y elefantes[69] estaban a la venta. Los elefantes gruñeron, los tigres rugieron. Gruñidos y rugidos en miniatura. Mujeres con velo y sarong miraron al cartel que yo llevaba sobre el hombro.

—Sahib —murmuró una de ellas y me ofreció un folleto[70] con lo siguiente escrito:

EL ESTE ES EL ESTE Y EL OESTE ES EL OESTE
PERO SOLO LA MUERTE SOPORTA LA PRUEBA DEL ACIDO DE LA VIDA ETERNA.

Pintorescos golfillos de bronceada piel se perseguían uno a otro, pero ahora sabía quiénes eran. Niños actores contratados por la Cámara de Comercio del Gran Miami.

En cuanto entré en París-en-Miami, mi destino apareció dentro de mi cabeza como un relámpago. Yo quería ir al Venus en la Rue Bouillabaisse. Me acordé de haber estado mirando los carteles callejeros y pensando ensoñador. No la Rue de Quatre. No la Rue de Chats Morts. Pregunté la dirección a un alegre gendarme y todavía llevando el cartel caminé a través de una masa de oscuras calles, en apariencia el barrio apache de París-en-Miami

adjunto a las callejas de Calcuta. Por último me encontré en la Rue Bouillabaisse y al cabo de otro minuto me detuve ante una pequeña taberna cuyas sucias vidrieras estaban pintadas en blanco las letras: VENUS. Un nombre bastante común aquí en donde docenas de cafés se llaman de ese nombre y donde muchos de ellos también vendían los favores de una clase de mujeres conocidas como las hives[71].

A pesar de que había un letrero en la ventana que decía: «CERRADO POR VACACIONES», con el número simbólico 28, entré. No se veía ningún cliente, sólo un hombre al que tomé por el propietario, que dijo:

—«Bon Soir, Monsieur».

—«Bon Soir» —dije y permanecí allí plantado, viendo mi imagen en el espejo de la pared, cosa que al instante restauró mi memoria.

Era aquel mi rostro al que reconocía a pesar de la barba. Era una barba verdadera porque la acarició con los dedos. Miré al barbudo, vestido de negro como los St. Ewagiow, y su corbata blanca con un dibujo negro que podía parecer muy bien un manojo de intestinos. Aquel desconocido que era yo mismo llevaba un cartel en el que se leía:

LASREVINU ROTNEDER EL ETREUM AL.

Las palabras podían ser arábigas hititas de un ingenio deliberado de la Internacional St. Ewagiow que siempre blasonaba de tener miembros en todo el mundo. Pero en verdad se trataba de otro lema de los St. Ewagiow escrito al revés:

LA MUERTE,
EL REDENTOR UNIVERSAL.

El signo, aquel traje, la corbata, la barba... todo se lo debía a M. Bangani. Yo había llegado hasta allí, aquel establecimiento de baja estofa con sus paredes encaladas blancas, con dibujos garrapateados de mujeres desnudas... algunas por completo, otras algo vestidas... por causa de M. E. Bangani.

Meditabundo, me rasqué la barba y leí una nueva pancarta, su evidentemente suministrada por el Comité organizador del Carnaval de los St. Ewagiow, que colgaba sobre una estantería de polvorientas botellas de vino.

ABAJO LOS NEGROS
LOUIS PASTEUR Y JONATHAN SALK

Este era otro de los ponderados slogans antivitales de los St. Ewagiow, o mejor el que pertenecía a una de las sectas antinegros de la organización[72]. Cualquiera que tuviese retazos de educación sabía que, a pesar de que Salk fue un negro cuyo suero fue efectivo contra la polio en el siglo veinte, Pasteur era un hombre blanco que había descubierto primero la existencia de las

bacterias...

—¡Bienvenido! —dijo el propietario y me sirvió una copa.

Cogí el vaso, pero recordando los efectos del Trans-Grab, no bebí.

—No tenga miedo, Monsieur —dijo el propietario—. Es un poco de bourbonia fortificado con algo de Opgin. Opgin desnaturalizado —añadió con una sonrisa, demostrando que no era inmune a la plaga dominante, al buen humor.

Me tragué la bebida siguiendo la tradición de las gentes de la reserva.

—¿Dónde está el doctor Bangani? —dije.

—Un minuto, Monsieur.

Caminó hasta una puerta a la parte trasera y llamó. Se abrió y salió un gigante. Yo mido algo más de uno ochenta, pero él era unos veinte centímetros más alto y pesaba casi los ciento cuarenta kilos. Llevaba la capa negra de un Magicientifista y un traje blanco con unos botones muy raros y un rarísimo sombrero. No el birrete negro del Magicientifista sino un bonete negro, equipado con un círculo blanco giratorio parecido a un halo[73]. Se mantenía en su lugar, deduje, mediante rayos infrarrojos. Su rostro era largo e inteligente... en apariencia. La frente era alta y los ojos pensativos, pero debajo de la nariz su rostro era —no puedo pensar en otra palabra mejor que la que usamos nosotros— el de un piel roja. Gruesos labios brutales y una pesada barbilla y gruesas quijadas.

—El amo le espera —dijo en voz suave que no pertenecía a aquellos labios.

—¿Quién es usted? —pregunté nervioso.

—Una pregunta interesante. ¿Quién es usted? ¿Quién soy yo? ¿Es usted un miembro de los St. Ewagiow como parece? ¿O Crockett Smith, el agente de la L. y O.? ¿Importa eso muchísimo? ¿Quién entre nosotros está cierto de su identidad? ¿Quiénes somos nosotros? ¿De dónde venimos? ¿Qué es el Bien? ¿Qué es el Mal?

Sólo la Psiquis, que está sintonizada con las pulsaciones cerebrales de otra personalidad, y por eso podemos comprender a los seres humanos. Amor... susurro... —susurró gentilmente—. ¡Amor! el único elemento positivo de la vida. Y mucho más estable que media docena de átomos que podría mencionar. Sin amor, todos llevamos a un desconocido dentro de nuestros corazones y nuestras almas... Un inquilino perpetuo que nunca paga renta emocional. Sin responsabilidades. Viviendo con unos simples derechos. Y ese desconocido es todo nuestro. Y este desconocido no es nada... Y este Nada lo es Todo... No importa, que esté hecho de moléculas, átomos, protones, electrones, neutrones y todo el resto de ese misterioso universo de la ultramateria.

Los botones de su blanca chaqueta habían comenzado a relucir. Yo me encontré mirándolos. Botones hechos de tres círculos y escritos en triángulos, la letra H3 en sus centros[74] . La H3 de todos los botones brillaba con una luz púrpura, recordándome los mesones purpúreos que había visto en las

Montañas Rusas.

—Ahora veamos al amo —dijo.

Aparté mi atención de los botones, que comenzaban a tener sobre mí un efecto hipnótico y le seguí al interior de la habitación trasera. Sentado tras una mesa estaba el doctor Bangani. Tenía una flor en la mano que, biológicamente, parecía como producto de un cruce entre una rosa y un lirio, inhalando su fragancia mientras le arrancaba y le comía los pétalos. Estos tenían una forma como pepinillos o pepinillos en forma de hoja. Detrás de él, en un diván, había un hombre durmiendo, con el rostro vuelto hacia la pared, las manos a su espalda. Aquellas manos estaban, al igual que los tobillos, atadas con Hilo Para Todo Uso.

El viejo Magicientifista agitó la especie de rosa en dirección al durmiente.

—Ahí está Barnum Fly. Un estudiante brillante, demasiado brillante —murmuró—. El que selecciona los cerebros —añadió desdeñoso.

Nuestras miradas se cruzaron y yo sentí, o mejor dicho presentí, una fatal tela de araña de traiciones en el centro de la cual, como una siniestra araña atómica, estaba en A-I-D. No pude hablar, estaba estupefacto. Entonces grité:

—¡El aire!

—Ah, amigo mío, si al menos yo tuviese el aire —dijo con una risita.

—¿Dónde... dónde está?

—Sólo Barnum lo sabe.

—¡El Trans-Grab! —grité excitado.

—No funcionaría con un Magicientifista, amigo mío.

—¡El Confesor Cerebral!

—Efectivo con la masa, no con un hombre como Barnum —miró al durmiente—. Ahí está el más grande nuestros Magicientifistas. ¿No está usted de acuerdo, profesor Fleischkopf?

El gigante con el sombrero de hidrógeno se encogió de hombros.

—Amo, maestro, prefiero no responder a esa pregunta hasta que yo pueda evaluar la «x» de la heren

cia contra la «y» del ambiente. Y si el factor «y» le incluye a usted, maestro, su guía y mentor...

—¡Estos profesores y sus ecuaciones sempiternas! —exclamó con impaciencia el viejo Magicientifista.

—No obstante, el factor «y»...

—¡Fleischy! —gritó el viejo Magicientifista con agudo como un hombre llamaría a su perro.

Mientras me preguntaba porque había abreviado el nombre del profesor, algo ocurrió sorprendente. La alta frente del profesor se arrugó como la de un simio y comenzó él todo a cambiar hasta transformarse en una persona distinta. Como si la parte inferior de su rostro, la que quedaba por debajo de la nariz, semejante a la de Pithecantropus Erectus según mis recuerdos escolares, dominase su personalidad. Aquellos ojos inteligentes suyos perdieron color, y se llenaron de ese efecto esclavizante y perruno propio de las bestias. Se

acercó hasta M. Bangani y su nariz se retorció.

El doctor Bangani arrancó un pepinillo de la flor y se lo arrojó al monstruo que lo cogió con la boca en vuelo y se lo tragó.

—Un híbrido interesante —me dijo el viejo Magicientifista, sonriendo ante el temor que vio en mi rostro—. Mucho más adelantado que los originales Psico-Músculos[75] que fue yo el primero en perfeccionar hace años —hizo un gesto con la cabeza en dirección al durmiente del diván—. Fue idea de Barnum la de aplicar el principio de los Psico-Músculos a los científicos que no eran felices al servicio del Estado. «Autoricémosles su consciencia», dijo él. Sencillo, ¿verdad? ¡La sencillez de lo genial! El profesor Fleischkopf fue uno de nuestros más eminentes Bio-Psi quistas. Usted no lo creería pero antes de que yo influyese en sus genes era unos treinta tantos centímetros más bajo. Me gusta que mis híbridos sean fuertes. Ahí le ve usted, medio científico y medio bestia y sin conciencia que le inquiete. Pero la idea original fue de Barnum. El estudiante sobrepasó al maestro y ahora, a mi vez, yo lo he dominado,

Yo estaba tan asustado como jamás lo estuve en mi vida porque aquel hombre me daba miedo, porque cada una de sus palabras era polvorienta y llena de rencor y envenenada por la envidia.

—¿Qué es lo que usted quiere? —pregunté.

—¡Vida! —respondió—. Yo no soy un Barnum aspirando ser el dictador supremo. Yo no quiero gobernar el mundo. Todo lo que deseo es igualdad para nuestros Magicientifistas con respecto a los Gobernantes. ¡Igualdad! —dijo, alzando su profunda voz—. ¡No soy un revolucionario! Pero yo siempre he creído que una clase selecta como nosotros los Magicientifistas tenemos derecho a un reconocimiento superior al que hemos estado recibiendo. Por eso necesito su ayuda. Como hombre de la Reserva usted debe compartir algo de lo que yo siento acerca de los Gobernantes. Necesito su ayuda para ganar y sobrepasar al comisario y a la L. y O. Le hablo como un igual, Crockett Smith —soltó una risita que tenía poco de agradable—. Podría hibridizarte, amigo mío, pero prefiero hablarte de igual a igual.

Un miedo irrazonable se apoderó de mí. Salté hacia la puerta, pero nunca llegué hasta ella. Algo me golpeó y, un segundo más tarde, me di cuenta de que estaba en el suelo. Entonces M. E. Bangani, o mejor dos M. E. Banganis, parecieron plantarse sobre mí. Por fortuna era sólo una ilusión óptica, porque cuando los dos Banganis me dieron una patada... —No una patada dura, sino algo más que un puntapié desdeñoso. Me sentí contento de que fuese un pie el que me golpease, después de todo.

—No está inconsciente —le oí decir—. Profesor Fleischkopf, por favor, atiéndalo...

Eso fue lo último que oí porque de repente sentí el pinchazo de una aguja. Y mis sentidos comenzaron a vacilar, a girar, más de prisa y más de prisa... hundiéndose en la oscuridad.

Cuando al principio oí el distante batir de tambores, yo estaba seguro de

que me hallaba soñando. Tenía que estar soñando. No sólo habían allí tambores, sino ante mi se extendía un ventanal tremendo iluminado por la luna por toda la largura de la habitación que debía tener cerca de veinte metros. Y esto en la habitación trasera del Venus, la taberna, era muy raro. Advertía ahora que parecía estar yo acostado sobre alguna especie de larga plataforma pulimentada. Palpé su superficie experimentalmente, pero permanecía dura. No cambió al pellizcarla[76]. No se materializaron ningunas mujeres de ensueño, ni Cleo F. ni tampoco Gladys F. ni siquiera mí querida esposa Ruth que sin embargo aún estando lejana era completamente elegible como la musa de mi subconsciente. ¿Podría ser que no estuviera soñando? ¿Era la víctima de otra amnesia Magicientifista?

Mis ojos se habían acostumbrado a la luz lunar. La plataforma pulimentada, me di cuenta, era realmente el tablero de una enorme mesa. Era fantástico. Entonces recordé la punzada de la aguja que el profesor Fleischkopf me había clavado cuando estaba yo en el suelo de la taberna Venus. Comencé a temblar, no porque me hubiesen dejado sin conocimiento gracias a un pinchazo. La carrera de una gente de la ley en un territorio que tiene su porción de proscritos como la Reserva está llena de momentos inconscientes. Pero usualmente cuando recobraba mi conocimiento me encontraba en la clase de sitio acorde con la profesión, como podría decirse. Nunca antes había terminado en la mesa de un banquete. Es lo inesperado lo que preocupa al hombre. Y cuando pensé en M. E. Bangani y en su científico híbrido Fleischy... Fleischkopf, me sentí derrotado por completo.

Los tambores seguían batiendo. Escuché atento y entonces percibí otro sonido. Débil, rápido, murmullante. Salté de la mesa y me dirigí a la gran ventana. Era semitransparente, hecha de uno de esos cristales de plastialuminio. Localicé los botones que servían para manejarla y oprimí el rotulado ELEVADOR. La ventana se deslizó hacia arriba y desapareció de la vista y el murmullo se hizo más fuerte. Ante mí un enjambre de insectos subía y bajaba cayendo muertos, de un golpe. Ninguno entraba en la habitación a pesar de que ya no había ventana para impedírselo.

Con cuidado extendí mi dedo hacia la ventana que no era tal. Como me imaginé, incluso sin llegar a tocarla, sentí una sacudida desagradable[77]. Pensativo miré aquellas hordas de insectos volando por la noche y muriendo durante el vuelo. Eran también ejemplares de gran tamaño. Tenían que serlo. Allá abajo se veían las copas de los árboles gigantes.

Saqué mi Instrumi[78], quité el pasador de punto de mira y coloqué el rayo fosforescente recto delante de mí. Oprimí el iluminador y leí las medidas... 96.82. Me encontraba exactamente a noventa y seis pies y ocho pulgadas encima del suelo. Mi Cordón Para Todo Uso podría haberme permitido bajar hasta el suelo, pero tenía miedo de intentarlo. La protección anti insecto, en su centro, podría ser lo bastante fuerte como para dejarme sin sentido e incluso matarme.

Permanecí allí como un hombre vencido, mirando a aquellos insectos

domesticados. Aquel Protector era su A. I. D. Pensé en la humanidad agitando sus alas el día 4 de julio, enormes de madres llamando a sus hijos: «¿Dónde estás?» y los chicos respondiendo con su último aliento radioactivo: «no lo sé, mamá... no lo sé, mamá...».

Nunca supe cuánto tiempo estuve allí pensando. Un sonido nuevo, violento e inconfundible me hizo carraspear.

Allá abajo entre aquellos árboles había un elefante. Gran Miami lo tenía todo, lo sabía. Yo mismo había visto camellos y elefantitos de juguete. Pero esa bestia no era de juguete. Por encima del batir de los tambores y del zumbar de los insectos, gruñía salvaje. O estaba hambriento o en celo o las dos cosas a la vez. Escuché turbado, sin preocuparme. Luego pensé en las palabras del hombre que había sido para mí un segundo hombre, Boone Truckley, mi previsor como Jefe de Policía de la Reserva. «Hijo mío, cuando estés en duda haz inventario».

Eso hice. Allí había: 1. —Un salón de banquetes a 96.82 pies por encima del suelo. 2. —Tambores. 3. —Una ventana con Protector. 4. —Un elefante que parecía inquieto.

Sumé... una locura si hubiese estado en mi casa. Pero en el Exterior, ¿quién podría decirlo? Ceñudo registré mis bolsillos y gracias a Dios me quedaba todavía un último Ria-U. Lo comí y comencé a sentirme animado. Tanto que me dirigí hacia la puerta del salón. Estaba cerrada con llave. La pateé y la golpeé y sentí un placer indefinido de hacer cuanto ruido pude.

No hubo respuesta. Sólo el primitivo batir de los tambores, el zumbar de los insectos y en la parte más profunda de la jungla la débil respuesta reconocible de un segundo elefante. Después oí pisadas al exterior de la puerta.

Se abrió y la gran estancia se inundó de luz. Ante mí estaba Fleischkopf. El científico y no el hombre de las cavernas, porque cuando habló lo hizo con voz suave:

—¿Le gustaría saber dónde está? —me preguntó y me sonrió con aquella sonrisa suya tan académica.

—Africa-en-Miami.

—No, volamos aquí después de que le apliqué la A. P.[79]. ¿Me perdona, verdad? El vuelo ha sido breve. Viajamos por Reactor-Atómico...

—¡Reactor-Atómico! —exclamé—. ¡Entonces, esto es Africa, la verdadera Africa!

—Más o menos. En realidad no hemos salido del país[80].

—¿En dónde estamos pues? ¿Nevada? ¿Nuevo Méjico? Me sentí triste pensando en lo cerca que me encontraba de la Reserva y sin embargo tan lejos, separado por un millón de kilómetros de principios.

—Nos hemos cuidado bien de usted —dijo—. Le quitamos la barba mientras dormía. Tiene usted una reacción bastante poco corriente ante la A. P. Estuvo durmiendo durante dos días.

Me sentí enfermo. El 28 de junio... ¡Sólo seis días hasta el 4 de julio! Me

froté con la mano mi barbilla afeitada y pensé en la barba que M. E. Bangani me había suministrado en mi habitación del hotel de París-en-Miami. Cien miserables pensamientos cruzaron mi mente y me maldice a mí mismo por escuchar a M. Bangani y por la tentación de jugar a ser un héroe. Por lo menos debía haber consultado con Gladys...

Para evitar pensar miré en torno a aquel salón de banquetes. Estaba amueblado con sencillez, a excepción de una docena de retratos sobre las paredes. Una colección extraña, porque eran retratos de hombres muy viejos con penetrantes ojos negros. Todos parecían vivos; cuando les miré más cerca me di cuenta de que eran semejantes. ¡Porque todas aquellas docenas de retratos eran de M. E. Bangani y en cada uno de ellos me estaba mirando!

—¡Dios mío...! —gemí.

—El maestro llama a esta estancia «la sala de sus ancestrales —dijo el profesor muy serio—. ¿Ha usted considerado alguna vez el significado de los antecesores, el factor «x» de la herencia? Para su nobleza, el hombre puede ser definido como el único mamífero con antecesores y no me refiero a sus inmediatos parientes, o sea, padres y abuelos, estoy hablando especialmente de los grandes hombres del pasado: los ancestrales» —dijo el profesor muy serio—. Los grandes científicos... los grandes astrólogos... los grandes alquimistas... Los grandes magnates de lo espiritual... de lo que escapa a la Ciencia...

Se acercó al retrato más próximo y yo le seguí. La última vez había visto aquel híbrido con la capa negra del Magicientifista y el sombrero de hidrógeno. Ahora vestía al estilo africano, pantalones cortos crudos, sandalias y sólo su camisa del azul megatón[81] indicaba sus inclinaciones científicas. Hizo un gesto con la cabeza en dirección al retrato. Pertenecía a un hombre viejo con una barbita blanca puntiaguda, con un sombrero también puntiagudo de la Edad Media.

—¡Un genio! —me informó con su pesada manera profesional—. ¿Le reconoce?

Cuando pude dominar mi temblor dije:

—No.

—Es Merlin, el mago de la Corte del Rey Arturo —dio un paso hasta otro retrato y dijo—: Y aquí está Amen-Khat-Re, el hechicero egipcio, que enseñó a Moisés la técnica de dividir una gran masa de agua. Me refiero al curso del Mar Rojo. Y aquí hay un hombre mucho más próximo a nosotros en el tiempo, el físico Albert Einstein.

—Los trajes que usan son distintos —no pude evitar decir—. Pero sus rostros, sus ojos son iguales a los del doctor Bangani.

—Ustedes, la gente de la Reserva, son estúpidos, ¿verdad? ¿Merlin, Amen-Khat-Re y Einstein? ¿Qué son ellos en el último análisis, sino espirituales antecesores del Maestro? ¡El Maestro nos honra con su nombre. M. E. Bangani... Merlin... Einstein... Bangani...! ¿No cree que incluso nuestros antecesores espirituales deben tener algún parecido a nosotros?

—Ese es un punto muy agudo —dije.

—¿Y no es natural honrar a los pioneros en cualquier campo? Yo admito que hasta la época de Einstein eran todos un poco toscos. ¿Pero dónde estaríamos sin un principio? El progreso no viene por sí mismo. ¿Pero qué es lo que sabe un hombre de la Reserva acerca del Progreso? ¡Vamos!

Le seguí saliendo de la sala de los antecesores hasta un pasillo, cuyas paredes estaban cubiertas con fórmulas sacadas de las disciplinas científicas:

«1550 Angstroms de diámetro. Cuatro gatos designados como del grupo A, luchan por el alimento bajo condiciones controladas hasta que el gato A-1 queda como animal dominante. 2HR2+C02 luz bacterioclo rofílica C (H20)2+2R. El Tronco Rojo en Términos No Doplerianos. »

Al extremo del pasillo se detuvo delante de una puerta cerrada y dijo confidencial:

—Somos lo que pensamos que somos. Recuérdelo cuando vea al maestro.

—¿Y quién cree el doctor Bangani qué es? —pregunté temeroso.

—Recuerde: esto es Africa, la primitiva Africa, en donde una necesidad individual vale sólo por sí misma. Y el maestro algunas veces se cansa de ser él mismo.

—¿Quién se cree qué es?

—El maestro no se «cree» que es como usted acaba de decir inmediatamente. El «es» lo que desea —me miró compasivo—. ¡Ustedes, gente de la Reserva! El trabajo duro ha endurecido su imaginación. No, será mejor que no entremos a ver al maestro ahora. Su psiquis necesita estímulos.

—¡Por favor! —supliqué—. Por favor, profesor...

Pero, cogiéndome del brazo, me arrastró corredor abajo hasta una puerta rotulada: CORRIENTE DEL TIEMPO. Entramos en una habitación que estaba completamente a oscuras excepto una pantalla blanca brillante del techo.

—¿No es usted curioso? —me dijo—. ¿No hace preguntas?

—No —musité.

—La corriente del tiempo —me informó—. Oh, ¡espectáculos del pasado! Un gran hombre, el maestro. Mediante volver a examinar las fórmulas de la radioactividad de Einstein ha tenido éxito en lograr revertir el tiempo. Desde la blanca pantalla de encima de la cabeza una débil luz iluminaba su rostro híbrido. Sus mandíbulas se hicieron más toscas y más brutales. Ahora, veamos. Ustedes las gentes de la Reserva prohibieron los inventos posteriores al año 1879. ¿No le gustaría regresar a la Guerra Civil? —antes que pudiese responder, caminó hacia una de las paredes negras. Le oí empujar un panel porque se oyó un sonido metálico de algo al deslizarse y de la luz brillante, surgieron filas de instrumentos—. ¡Mira a la pantalla! —ordenó.

Alcé los ojos hacia la pantalla blanca del techo y al hacerlo ya no me di cuenta de que fuese una pantalla. Era una franja abandonada, vista a través de una ventana. Jinetes de Caballería con uniformes confederados galopaban cruzando un campo de maíz. Les tuve miedo. Mi corazón latía salvaje,

sudaba. Alcé la pistola de mi mano y apunté a su jefe, apunté con cuidado. Alcé la mano y me aparté de la ventana. En el suelo había un soldado muerto con un uniforme de la Unión ensangrentado. Las lágrimas llenaban mis ojos y de nuevo me enfrenté a la ventana, alzando la pistola...

La pantalla de repente apareció, blanca y sin nada.

—Los Gobernantes vetaron la corriente del tiempo —oí decir al profesor —. Demasiado optimista. La gente pensaría realmente historia. El maestro adaptó el principio de la Corriente del Tiempo a los Cinamores[82], utilizando el principio del Tiempo de una manera pasiva, que él continuó con el principio del espectáculo de Cecil De Mille[83].

Me sequé los ojos. Estaban húmedos. Eran verdaderas lágrimas que habían sido originadas por aquella franja abandonada. Busqué dentro de mis bolsillos la pistola, pero no había tal y yo pensé que jamás sabría quién era el soldado de la Unión muerto. Nunca...

Silencioso seguí al profesor Fleischkopf saliendo de la estancia. Regresamos al corredor a la puerta a la que nos habíamos detenido unos pocos minutos antes.

—Somos lo que pensamos que somos —dijo el profesor con dulzura—. ¿Quiénes somos?, ¿de dónde venimos?

Abrió y entramos dentro de una gran habitación que eran todo paredes blancas. En su capa negra y púrpura, pero con faldillas escocesas, estaba el doctor Bangani sentado delante de una enorme máquina, estudiando sus manómetros, palancas, válvulas, glándulas pituitarias mecánicas y otros mecanismos no familiares para mí. Estaba tan absorto, que no parecía fijarse tanto en la máquina que accionaba, como en la carga eléctrica que le suministraba la energía. En las paredes blancas, el aviso PELIGRO estaba impreso con letras negras.

El profesor tosió y el doctor Bangani, distraído, miró hacia nosotros.

—Bienvenido al Castillo Bangani, viejo amigo —dijo como saludo dirigido a mí, volviendo de inmediato a su problema.

El profesor bajó la cabeza y me susurró al oído:

—Diríjase a él como Lord Alfa, ya sabe el hombre de las partículas Alfa, Lord Rutherford. Un gran hombre, el tal Rutherford. Sus experimentos abrieron el camino a la moderna exploración del Atomo.

Asentí sin sentirme feliz. Debería haberme acostumbrado a las personalidades divididas tan comunes entre ellos, aquellas personas que, aburriéndose a sí mismas, iban de personalidad en personalidad, como podría decirse... pero yo no había esperado que el aburrimiento reinase en un Magicientifista como el doctor Bangani. Pensé cómo me habían raptado y traído aquel lugar. Pensé en la Corriente del Tiempo, la verdadera Corriente del Tiempo que marchaba implacable hacia el día de la destrucción.

—¡Lord Alfa! —llamé.

—Bienvenido, bienvenido, viejo amigo. Siéntate, ¿quieres? —incluso había cambiado su acento, era un acento inglés—. Siéntate. ¡No te quedes ahí

como un pasmarote!

Había sólo otra silla en la habitación, metálica, con patas soldadas tubulares. Mientras me sentaba... ¿cómo podía describir la sensación de horror?... La silla pareció, por el contrario, sentarse en mí, como yendo al encuentro de mi parte inferior anatómica... y apretándomela... Traté de escapar. No pude. Grité.

Ambos me miraron con una curiosidad fría y científica.

—Maestro, me gustaría probarlo con él —dijo el profesor a Lord Alfa B. —. NA+N07 = H2S09R es la solución por excelencia.

—Más tarde quizás, profesor —movió uno de los mandos de la máquina y, al instante, la pared enfrente de mí se hundió en el suelo. Detrás había una pequeña celda, desamueblada, excepto un catre en el que yacía un hombre dormido.

—Haré que el tipo se levante —observó Lord Alfa B casualmente y oprimió un botón.

—El durmiente saltó poniéndose rígido, flotándose la nuca en donde el Protector[84] le había sido aplicado. No había nada que le impidiese entrar en la habitación donde estábamos. Nada excepto el mismo Protector. Maldijo mientras se encaraba a nosotros y le reconocí. ¡Era Barnum Fly!

En la taberna de Venus no le había visto la cara. Era emocionante vérsela ahora —el rostro de un hombre que había sido el Enemigo Público Número Uno del Mundo. La breve nariz quebrada, los ojos grises, el cabello alborotado también gris dirigido en mechones hacia todos los puntos cardinales como si fuese hecho de retazos de cabelleras unidas con dificultad sobre una cabeza, así había descrito el Comisario su cabello con indudable sentido del humor. La boca a lo Edipo Rey[85] con su labio superior plenamente material y su labio inferior delgado y calculador.

—Hemos pescado al granuja —me dijo Lord Alfa B—. Por desgracia no hemos podido poner las manos encima del A-I-D. Te voy a meter a ti ahí dentro con él hasta que nos digas dónde lo habéis escondido el Comisario y tú.

—¡Escondido! —grité—. ¡Por todos los cielos...!

Pero ya había operado un conmutador y aquella silla-cepo me disparó a través de la habitación. Un resplandor luminoso y la siguiente cosa que averigüé fue que el campo del Protector había sido neutralizado y que yo me encontraba de pie junto al camastro.

—Tendrás que dormir en el suelo —me dijo Barnum Fly con un bostezo.

Era típico del hombre, pensé con tristeza. Poco a poco la pared se colocó en su sitio. Sólo podía ver la cabeza del profesor y al poco desapareció. Gemí al verme en aquel recinto sin ventanas y sin puertas dentro del cual me hallaba prisionero.

—Te acostumbrarás —dijo Barnum Fly.

—¡Oh, Dios! —exclamé.

Me miró.

—¡Eres miembro de la hermandad!

Sólo entonces me di cuenta de que todavía llevaba mi traje St. Ewagiow. Alce un poco el extremo de mi corbata blanca con su gran lío de intestinos dibujados y, con rabia, me la arranqué, arrojándola al piso.

—No estás en forma, hermano —dijo—. Escucha, si quieres puedes dormir en el catre.

Tuve ganas de llorar. Tuve ganas de darme golpes en la cabeza contra la pared. En vez de eso busqué en mi bolsillo algún Ria-U. No tenía ninguno.

—No me queda ni un maldito comprimido —sollocé decepcionado.

—¿Importará eso mucho el Día del Juicio? —me preguntó y se quedó mirando fijamente a un punto encima de mi cabeza.

Le miré con horror mientras él contemplaba sus particulares visiones radioactivas. Sus simpatías por los St. Ewagiow habían afectado con toda evidencia a este mi cerebro antaño brillante. Luego recordé que todas las prisiones eran parecidas. Aquél, el más grande de los Magicientifistas, degradado de todos sus honores, raptado por su enemigo el doctor Bangani, era precisamente otro prisionero. Un prisionero que tenía una religión... la religión de culto a la Muerte.

—Sólo un comprimido —supliqué—. Un pequeño Ria-U.

Metió la mano en el bolsillo y me lanzó una caja. La abrí agradecido, pero estaba vacía.

—¡Maldición! —grité.

—Cómetelo —dijo—. Te ayudará.

Me tragué la caja[86] y al cabo de unos cuantos minutos sentí que una débil sonrisa me venía a los labios.

—Gracias —le dije—. Jamás, creí tenerle que agradecer nada, Barnum.

—Agradéceselo a la Muerte, la Redentora —respondió muy serio.

—No soy miembro de los St. Ewagiow y no quiero llegar a serlo nunca —dije.

—¿Sabes quién cabalga? —me preguntó.

Me encogí de hombros sin comprender y él prosiguió:

—Los cuatro jinetes. El primer jinete es la Muerte. El segundo jinete es la Muerte. El tercer jinete...

—Es la Muerte —interrumpí con lo que podía designarse como un animoso horror.

Estábamos a 28 de junio y sólo Dios sabía dónde estaba el aire. Sí, los St. Ewagiow lo tenían; el Día del Juicio pronto amanecería... y, sin embargo, mientras masticaba la pulpa de aquella caja de Ria-U, sonreía. Una visión de dos ángeles perfectamente acorde en sus movimientos se colocó delante de mí.. Los ángeles desaparecieron, se quedó un par de alas. Las alas eran mías, eran de un color perla y todo la que tenía que hacer era sujetarlas a mis homoplatos mediante las correas que tenían hechas de pluma y cuando el aire estallara haciendo también que estallasen todas las Bombas A, Bombas H, Bombas C, Bombas Sucias y Bombas Limpias, proyectiles cohetes, An-Ti-

Misiles y An-Ti-An-Ti-Misiles, yo estaría lejos volando hacia la luna...

—La Muerte ha gobernado al mundo desde que el primer reptil nació entre los Dinosaurios me exhortó—. ¿Dónde está Queops, el Magnífico? ¿Dónde está Agalamah, el Grande? ¿Alejandro? ¿Napoleón, el Conquistador del Mundo? ¿Hitler, el Invencible?

Prosiguió durante largo rato. Recuerdo haber estado riendo somnoliento mientras jugaba con mis propias fantasías. Luego los efectos de la caja de Ria-U desaparecieron y comencé a pensar que la cosa no era tan condenadamente divertida. No pasó mucho tiempo antes que el primer escalofrío de miedo se apoderó de mí.

—¿Consiguió el doctor Bangani el A-I-D? —le pregunté.

—¿Crees en la Ciencia?

—Creo eh la vida —dije frenético—. Barnum, escúcheme. Usted dejó la Reserva, pero algo de nuestra idiología debe de quedar en su corazón. Usted tiene hijos, su hija Cleo...

—¡Ciencia! —gritó—. Siempre tratando de prolongar la vida. ¿Y el resultado? El hombre solía vivir treinta y un años y cuatro meses, ahora vive un siglo. No me hables de Ciencia, ¿por qué quién gana siempre al final? ¡La Muerte, la Invencible!

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Luego tuve una inspiración.

—Me has convencido, hermano. Me uniré a la Hermandad.

Me besó en ambas mejillas.

—¡Aleluya!, hermano...

—Aleluya... —contesté con sólo un rastro de sollozo.

—Yo te iniciaré, hermano. Adopta la posición sagrada.

—¿Cómo es eso, hermano?

—Túmbate sobre el catre.

Hice lo que me ordenó mientras el gritaba sus Aleluyas.

—Cierra tus ojos, hermano, y trata de dejar de respirar. Es decir, mantén tu respiración al mínimo. Baja y silenciosa. No lleves hasta el extremo máximo o te desvanecerás. ¿Preparado, hermano?

—Preparado —dije desde el camastro con la voz tan baja como la de un muerto.

—¿Dónde está Queops el Magnífico, Agalamah el Grande, Alejandro, Napoleón el Conquistador del Mundo, Hitler el Invencible? ¡Aquí y en todas partes, hermano! —cantó.

La ceremonia continuó durante cinco minutos y luego me nombró el nuevo miembro de los St. Ewagiow. Esperé unos cuantos minutos y entonces dije:

—Hermano, ahora que pertenecemos a la misma Hermandad, ¿crees que deberíamos tener secretos uno para con otro?

—¿Con la Muerte entre nosotros de qué sirven los secretos, hermano?

—Hablando de muerte, ¿moriremos todos el día 4?

—Esperémoslo, hermano.

—¿Consiguió el doctor Bangani el A-I-D, hermano?

—No. Sólo el hermano Fly sabe dónde está él A-I-D, hermano.

Le miré y él me susurró:

—Yo no soy Barnum Fly, hermano —me sonrió al ver mi expresión de asombro, una fantasmal sonrisa tipo St. Ewagiow—. Mi nombre es Bowling, hermano. Milton Berle[87] Bowling.

Le examiné el rostro —era el de Barnum F. —, pero una luz comenzaba amanecer dentro de mí. Después de todo, aquello era el país de los Jardines del Edén y de los Científicos Hibridizados.

—¿Hermano, eres un reconstruido? —pregunté.

Asintió.

—Ese viejo Bangani es senil, hermano. El hermano Fly, el instrumento de la redención está libre¿ hermano. ¡Libre! ¡El A-I-D está en lugar seguro, hermano, para destruir el mundo!

—¡Gracias a Dios! —dije.

—¡Gracias a la Muerte! —dijo.

Esperanza maravillosa... Esperanza trajo una sonrisa a mis labios... sin necesidad de Ria-U. Había aún una oportunidad. Quedaban seis días. El doctor Bangani había caído en una sencilla treta, preparada por su aprendiz. Pensé en el Comisario Sonati y su organización, y en mi alegría cogí al doble de Barnum y comencé a bailar en torno a la celda con él.

—¡Querido Milton!... Tú eres Milton, ¿verdad? ¡Gracias a Dios!

—¡Gracias a la Muerte que lo soy! —me corrigió—. ¡El hermano Fly está libre para destruir el mundo, Aleluya! ¡Aleluya por el A-I-D, Aleluya por la Ciencia de los servidores de la Muerte!

—¡Tres Aleluyas por la Muerte! —grité feliz—. Y tres más por el polvo de que provenimos y por el polvo al que volveremos. ¡Oh, el glorioso y victorioso polvo de la salvación, de la aniquilación y de la exterminación!

Dejó de bailar y me dijo:

—R. Night Bauden en persona se había sentido orgulloso de esas palabras. Hermano, no digo esto a la ligera, pero a pesar de que nos acabamos de conocer, diría que tienes un futuro por delante de ti en la hermandad.

Aquel fanático era un compañero muy pobre. Tenía sólo una materia ante los ojos... una materia muerta... el chiste siniestro. Fue un alivio cuando la pared se corrió hasta el suelo acompañada ya del familiar relámpago. Miré hacia el profesor y el doctor Bangani, o Alfa-B, porque todavía seguía llevando aquellas falditas escocesas. Señalé que quería hablar. Se consultaron y entonces me vi salir volando de la celda conducido por la ya familiar silla-cepo.

—¡Han capturado ustedes al hombre equivocado! —dije excitado—. No es Barnum Fly. Es un impostor...

No parecieron interesarse en absoluto. El profesor se metió la mano en la americana y sacó una aguja hipodérmica. Trate de escapar de aquella silla pero el artificio se mantuvo pegado a ella como si estuviese encolado.

—¡Escúchenme, por todos los cielos! —grité.

—Mataste a los últimos dos, profesor Fleischkopf —recordó Lord Alfa-B a su híbrido.

—Ya lo tengo perfeccionado ahora, maestro. NA+N07 = H2S09R. No puede salirme mal —caminó hacia mí y yo comencé a gritar—. No te hará ningún daño. Ahora es perfecto. Es simplemente un pequeño suero de la verdad. La verdad es mi afición —explicó, mientras yo trataba de esquivarlo —. Siempre he creído que la verdad es una enzima que puede ser detectada químicamente.

—¡Vosotros, locos! —gritaba yo—. ¡Acabaréis matando a todo el mundo! ¡Sólo quedan seis días, locos...!

—¿Quién está loco y quién está cuerdo? —preguntó el profesor y suspiró filosóficamente—. Es un problema para los neuro-caneologistas. No es mi especialidad, lo confieso. Soy un bio-psiquista y mis investigaciones en la naturaleza de la verdad quedan en cierto modo fuera de mi campo...

—¡No podréis jugar siempre! —grité—. ¡No habéis capturado a Barnum Fly!

—Este suero no te hará ningún daño. Si dices la verdad, el aire que respiras saldrá de tus pulmones incoloro.

—¿Y si miente? —preguntó Lord Alfa con una fría curiosidad científica.

—Si miente, exhalará un color entre amarillento y azafrán, según el ritmo de su respiración. El S09, ya sabe usted... —me quedé en silencio. Trataba de pensar algún argumento que pudiese ser efectivo ante aquellos esquizofrénicos Científicos y cultivados. Pero todo lo que pude pensar era que habría estado mucho mejor en manos de locos reconocidos. Ese profesor Fleischkopf de consciencia cauterizada que también era Fleischky... y el doctor Bangani, que nombraba a Merlin, Amen-Khat-Re, Einstein y Lord Rutherford entre sus antecesores. Dos personalidades divididas sin siquiera entre ellas un corazón dividido. Esa era la terrible verdad.

—No te hará daño —dijo el profesor.

Traté de defenderme de aquella aguja hipodérmica, pero la silla me tenía atrapado. Clavó la punta en mi muñeca, se hizo hacia atrás y sonrió.

—Ahora podemos empezar. ¿Quién eres?

—¡Locos! —grité.

Lord Alfa-B me miró ceñudo.

—¿Qué clase de infantil actitud es esa? ¡Vamos, tu nombre!

—Ya sabes quien soy. ¡Crockett Smith! —musité—. Escuchadme.

¿Cómo podría describir mis emociones cuando al salir de mi nariz vi una especie de niebla amarilla que demostraba que mentía?

—¡Soy Crockett Smith! —repetí y la niebla amarilla se espesó.

Ante mis ojos estaba la evidencia circunstancial de que ni siquiera uno podía fiarse de un par de pulmones. ¡Mis propios pulmones! Solté una maldición y forcejeé furioso logrando libertarme una mano de la trampa de aquella silla.

—¡Soy Crockett Smith! —grité y aquella niebla amarillenta persistió. Me

puse la mano en la boca y la bruma amarillenta se filtró a través.

—¿No es infantil contradecir la lógica de la Ciencia? —me preguntó Lord Alfa-B.

—¡Maldita sea vuestra ciencia! ¡Soy Crockett Smith y nadie más! —y de nuevo hubo la maldita niebla amarilla. Esta vez no protesté porque un nuevo pensamiento me había paralizado.

EL SUERO DE LA VERDAD NO ESTABA MINTIENDO.

Quizás yo antaño fui un hombre llamado Crockett Smith. ¿Pero no había abandonado la Reserva? ¿No había comido Ria-U y bebido opgin y asociado con personas como el comisario Sonata? ¿Y no había hecho el amor a una policía-escritora que también era el doble de mi esposa? ¿Y no había tenido un asuntillo con una empleada del Parque Atómico, la adicta a las emociones llamada Cleo-F? ¿Quién sabe? Quizás la personalidad que en mí se había desarrollado ya no era aquella del Crockett Smith que perteneció a mi propio pasado.

—¡Maldito sea el Palacio de las Diversiones! —Maldije exasperado—. ¡Malditos seáis todos! ¡Ya no soy yo mismo, soy un don nadie, otro hombre dividido, esquizofrénico!

Y el suero de la verdad esta vez salió limpio, sin niebla de ninguna clase.

—¡Ah! —exclamó Lord Alfa-B.

—Muy interesante —dijo el profesor—. ¿Y ahora nos dirás lo que sepas de Barnum Fly?

—¡No lo habéis capturado! —exclamé y no se produjo niebla amarilla. De repente mi desesperación se esfumó—. ¡Os han engañado!

Lord Alfa-B rechinó los dientes.

—¡Ese ladrón de cerebros! —dijo—. Siempre engañándome. ¡Debería retirarme! ¡Soy demasiado viejo!

—paseó arriba y abajo, su vieja cabeza calva baja, jurando que se retiraría —. ¡Ese ladrón de cerebros! ¡Fue mi documento teórico acerca de la relatividad del placer, mi concepto de lo grande y lo pequeño lo que él robó para crear el Parque de Atracciones Atómico!

Se detuvo delante de mí, sus ojos llameaban.

—Suéltale —dijo al profesor—. Tengo que pensar, pensar. ¿Pero qué es lo que quiero pensar? Este pobre cerebro cansado... —se dio una palmada en la frente—. Este seso agotado, ¿es una red cansada de células?

Me libertaron de la silla y yo caminé hacia la puerta. Les llamé. El profesor se volvió y frunció el ceño.

—El maestro desea estar sólo. Ponte cómodo, amigo mío. Un consejo. No entres en ninguna habitación que tenga el nombre de «experimental». ¡Y si ves a alguna autómata, ignóralo!

La puerta se cerró. Miré a la máquina del centro de la habitación y a la silla de junturas tubulares y entonces salí corriendo.

—¡Esperen! —grité mientras el gigante profesor y el encorvado anciano Magicientifista estaban al extremo del pasillo.

—¡El maestro desea estar solo! —gritó el profesor y sacando su aguja hipodérmica la llenó con un poco de suero de la verdad. Oprimió el émbolo y una nube amarilla llenó el corredor y cuando desapareció, los dos se habían ido.

Necesité un Ria-U. Mi cabeza vacilaba. Me sentía prisionero en aquel condenado castillo.

El pasillo estaba muy silencioso. Miré las fórmulas y ecuaciones de las paredes y me estremecí. Me pregunté si debería regresar a la antesala de los antecesores. ¡Oh, Dios!, pensé y comencé a caminar pasillo abajo. Pasé la puerta de la habitación en donde estuve, la sala de la Corriente del Tiempo. Más allá había una nueva puerta rotulada:

VIAJE ESPACIAL EXPERIMENTAL.

Y otra:

LILIPUTIENSES EXPERIMENTALES.

Dudé... sí, lo admito con sinceridad... ante otra con el letrero:

CASTILLOS DE ESPAÑA.

Sencillamente, no quería pensar en el A-I-D. Y cuando llegué a una puerta cuyo cartel decía:

LABORATORIO DEL SEXO, siguiendo un impulso, un impulso muy humano, entré. Había una gran sala central, con dos puertas que conducían a los laboratorios, ambas llevando los signos o letreros **EXPERIMENTAL.** Las paredes estaban cubiertas de libros, un gran escritorio estaba en el centro y otro más pequeño a un lado. Mientras permanecía allí mirando y respirando con dificultad, una de las puertas **EXPERIMENTAL** se abrió y un autómata marchó rechinando hasta el escritorio pequeño en donde se sentó. El típico autómata sin cabeza, tan común entre ellos, un cilindro blanco, éste, con una docena o así de protuberancias con brazos que comenzaron a coger papel tras papel del escritorio, registrando en su interior la información. Pero mientras examinaba los papeles, luces tabuladores lucían en su blanca cintura.

—Perdóneme —dije.

No me prestó atención y yo suspiré con alivio. Examiné los libros y leí algunos de los títulos. **LA NORMALIDAD DE LAS ABERRACIONES SEXUALES; LESBIANISMO, UN MODO DE VIVIR; LA COPULACION ENTRE INVERTEBRADOS O UNA GUIA PARA EL COMPORTAMIENTO HUMANO.** Miré al atareado autómata y me asomé el gran escritorio y antes de darme cuenta de lo que hacía recogí la hoja de papel garrapateada con notas. La primera línea jamás la olvidaré: «¿Por qué los seres humanos no pueden amar como los animales?»

Leí las notas que eran un proyecto de «Zoo Amatorio». Una parte de este Zoo tendría unos setenta metros de diámetro imitando el ojos de un ciervo. Mediante las refracciones y el sistema hipnótico descrito brevemente como «hipnotismo cortical», la gente que entrase se imaginaría que eran ciervos macho» y hembras. Otra parte era una agua salada y en forma de piscina, contenía dentro el escrito de una ballena. La teoría era tan empírica que no

pude comprenderla pero dependía de la recapitualización del embrión y del regreso al estado Oceánico de origen.

Era una lectura fascinante. Luego llegué a un grupo de notas encima de las cuales había garrapateada otra línea memorable: «El acto del amor utilizando uno de **LOS CINCO SENTIDOS**». Describía una casa de amor dividida en cinco pisos sensoriales. En el primer piso, los amantes serían reducidos al sentido del oído. Y el doctor Bangani —deduje que era de su puño y letra— había escrito: «Hoy en el Aviario de Aviación del Gran Los Angeles, la gente en elicópte ros vive como murciélagos solamente gracias a su sentido del oído. Hacer el amor con únicamente este sentido funcionando sería algo encantador».

Leía ya lo del segundo piso en donde los amantes iban a reducirse al sentido del olfato cuando escuché la voz de una mujer. Al principio pensé que era un autómata. Pero luego me di cuenta de que la voz. venía de detrás de una de las puertas con el cartel: **EXPERIMENTAL**. De nuevo la voz sonó, medio gruñido y medio bostezo. El corazón me dio un salto y me acerqué a la puerta y leí de nuevo el aviso: **EXPERIMENTAL**. Debajo habían dos palabras escritas a mano con la misma letra que la de las notas: «Bella Durmiente».

El profesor me había avisado. Sí, me había avisado, pero cuando yo pienso en mis propias experiencias en este laboratorio castillo de Lord Alfa-B... mis dos días de inconsciencia en la sala de sus antecesores... el suero de la verdad y aquella silla-cepo...

No tuve corazón, corazón humano para resistirme. O quizás obedecí a la curiosidad de mi otro yo... No sé.

Lo cierto es que abrí la puerta de un empujón, mientras un autómata me contemplaba. Aquella cosa inhumana parecía absorta en su trabajo. La mujer, dentro de la sala **EXPERIMENTAL** se había quedado silenciosa. Pero cuando toqué la puerta me susurró:

—¡Socórreme!

Sin dudar más, entré, cerrando tras de mí.

Sobre un enorme lecho había una enorme mujer. Una amazona, por su tamaño, por lo menos uno ochenta de alta, una hermosa amazona con un larguísimo pelo negro que le llegaba hasta la cintura. Llevaba un traje de seda blanco que yo había visto únicamente en los cuentos de hadas de mi niñez. Envolvía su cuerpo como un camisón pero que no era un camisón. Estaba hecho de un grueso tejido lujoso, con un cinturón de oro en torno a la cintura. Sentí como si hubiese vuelto a entrar en la Corriente del Tiempo, como si me hubiese adentrado muy lejos en el pasado. La habitación era como el calabozo pétreo de un castillo. Pero la cama, con su cabecera moldeada y la parte de los pies cubierta con panes de oro laminados, era propia de una princesa. «Una princesa», pensé con el corazón acelerado... «Una verdadera princesa... »

Ella levantó la cabeza, me miró con sus negros ojos húmedos. Jamás había visto ojos tan llorosos y sin embargo tan felices. Sólo su cabeza se había

movido y advertí ahora lo inmovilizada que estaba, con los brazos rígidos a sus costados, sin mover las piernas.

—Socórreme —susurró.

—¿No puedes levantarte de esa cama?

—No. Ayúdame.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—El hechizo del maestro... —susurró nuevamente—. Rompe el hechizo del maestro...

—¿Cómo?

Sus ojos brillaron mientras los párpados aleteaban y cantó:

—«Nunca estarás libre hasta que el amante que veas, un amante que rompa el hechizo perverso del amo con palabras de vida; diciendo: te amo... »

—¿«Te amo»? ¿Es eso todo?

Ya no estaba sujeta por las ligaduras invisibles[88]. Sonrió y sus brazos desnudos se alzaron por encima de la cabeza. Como si despertara, aspiró una bocanada de aire, sus senos temblaron debajo de aquel extraño vestido blanco. Rió con una risa profunda y sincera y saltó de la cama.

—¡Estoy libre! —gritó—. ¡Libre!

—No sé nada de eso —dije, pensando en Lord Alfa-B y su profesor, en los autómatas y en los campos de protección.

Se lanzó sobre mí, sus ojos brillando de luz que era fiera y aterciopelada.

—Deberíamos pensar en cómo escapar —dije apresuradamente.

El cambio que sufría ella me preocupaba. Sus mejillas que fueron tan blancas como el vestido tomaron de pronto un profundo color rosado. ¡Y aquellos ojos!

—Te amo... —jadeó.

Era hermosa, sí, pero se precipitaba sobre mí y yo comencé a lamentar el haber ignorado el aviso del profesor. ¿Quién sabía qué enzimas habían intervenido en este experimento?

—Mi querida muchacha —dije, tratando de tranquilizarla—. Estamos prisioneros aquí...

—¡Te amo! —repitió y, con un simple abrazo, puesto que era una mujer musculosa, me cogió de la muñeca y con aquella fuerza tan poco femenina me apretó contra su pecho—. ¡Ven aquí, mi ratoncito! —soltó una carcajada y su risa sonó tan fuerte que el eco resonó en las paredes de piedra.

Yo no podía creer en aquello que estaba ocurriendo, pero ¡sus ojos inflamados tenían tanta atracción...!

—Mi querida muchacha, estamos en un apuro terrible —dije reprimiendo mi miedo.

Me apretó más contra su cuerpo y me besó como jamás me habían besado en mi vida. Alzó la cabeza y con voz triunfante y lujuriosa gritó:

—¡Ratoncitos, les amo... te amo! —y como una gata enorme y femenina que era me arrastró hasta su cama...

Cuando se durmió, recogí mis desparramadas ropas y me vestí. Salí de

puntillas de la habitación, cerrando la puerta detrás de mí. El cilindro blanco seguía todavía trabajando. Me di cuenta de que sentí indiferencia por mí pero confuso e incierto, con el cerebro hecho un lío, dije:

—Perdóneme.

—Un mensajero espera fuera, para llevarle hasta el amo —dijo el autómata con una voz alegre y coqueta, la voz que le había sido imbuida dentro de su mecanismo.

—Gracias —musité.

Fuera del LABORATORIO DEL SEXO había una autómata hecho como un pie alado. Cuando me vio, o mejor, cuando me intuyó, porque no tenía ojos, sus alas batieron de lado a lado, unas alas que brillaban y cuyas plumas eran tiras delgadas de aluminio. Avanzó por el pasillo. Le seguí. Mi estado mental era el que ustedes pueden imaginarse. Me sentía confuso, torpe y desorientado. Como en un sueño, entré en un ascensor y yo noté que bajábamos a gran velocidad hasta los 96.82 pies que había medido con mi aparato durante aquel tiempo que parecía detrás de raí ya desde toda una eternidad.

La puerta se abrió, corriéndose a un lado y yo entré en un vestíbulo cuyas paredes estaban prácticamente cubiertas de lanzas y escudos, en donde armaduras de la edad media estaban alineadas como fantasmas de acero, vacías de los lanceros, de los espadachines, de los halconeros que las habían usado antaño en sus batallas. Esperándome ante una puerta que tenía por lo menos doce metros de alto, estaban el profesor y a su maestro.

—Espero que hayas aprendido tu lección —me dijo el profesor, sacudiendo su cabezota.

El viejo Magicientifista me ignoró. La calva cabeza inclinada estaba murmurando algo para sí. El profesor se colocó el dedo a través de los labios y me susurró.

—Todavía no ha descansado, pero estoy seguro de que se sentirá mejor después de la cacería. Su Señoría siempre lo hace.

—¡Ah, vivir en una época de valores eternos! —exclamó Lord Alfa-B y mirándome dijo—: Bienvenido al Cantillo Bangani, viejo amigo. ¿Te gusta la caza? —y sin esperar respuesta suspiró—: Fue una pasión para mis antecesores.

Agitó su arrugada mano en dirección a las colecciones de armaduras de acero.

—El maestro es un genio,, pero sentimental —me susurró al oído el profesor—. No está satisfecho con un juego de antecesores sino que debe tener dos.

—El primer Lord Bangani fue un gran cazador —declaró su descendiente.

El profesor me clavó el codo en el costado y dijo:

—Cuando un hombre habla de sus antecesores, espera la cortesía de una respuesta.

—¡Gracias a Dios por sus antecesores! —dije con una chispa de emoción

que era casi cólera—. Ellos lucharon con lanzas y arcos en los grandes días antes del A-I-D.

—Sussex, Sussex —murmuró como para sí su señoría—. Al Oeste está Kenia, al Sur Tanganica y yo soy un hombre criado en las suaves Tierras Bajas de Sussex.

—¡Doctor Bangani! —grité—. ¡Estamos perdiendo el tiempo!

—Suave Sussex —dijo, alejándose de mí hacia una armadura que estaba al costado de la puerta.

—¡Santo Dios! —dije al profesor—. Usted es un hombre educado...

—¡Y usted, un patán de la Reserva! —me repuso.

—¡No tiene a Barnum Fly! ¡Tienen a un impostor! Debemos...

—¡Debemos practicar el precepto de «Nobleza obliga», villano —dijo—. El maestro tomará una decisión cuando lo crea conveniente.

Era inútil hablarle. Lágrimas de frustación me vinieron a los ojos mientras miraba aquel pedazo de consciencia cauterizada en forma de hombre.

—Sussex... Sussex... —susurraba su maestro y sacó una espada de la vaina en torno a la cintura de acero de la armadura. Inmediatamente, la puerta controlada[89] se abrió.

—¡Vamos! —dijo el profesor.

Fuera, una dorada luna africana[90] flotaba sobre las palmeras transplantadas y los árboles de caoba. Estaba mucho más baja en el firmamento que la luna verdadera. Una vista hermosa, las de aquellas dos lunas, pero todo lo que yo podía pensar era lo pronto que llegaríamos al 29 de junio. 29 de junio y cinco días para...

—Profesor Fleischkopf llamó Lord Alfa-B. El profesor se le acercó y el viejo le palmoteo el hombro—. Te gusta cazar, ¿verdad, mi fiel muchacho? —y como un hombre a su perro le oí murmurar una sola palabra—: ¡Fleischky!

—¡Cazar! —repitió Fleischky. Era ya Fleischky el hombre de las cavernas y a pesar d e que yo había presenciado antes el rápido cambio, mis recientes experiencias en el castillo casi habían destruido el control de mí mismo. Di un salto atrás al ver aquel encorvado y viejo Magicientifista con su capa negra y púrpura y al enorme perro de dos patas cerca de él.

—¿Qué es lo que le pasa, viejo amigo? —me preguntó Lord Alfa-B.

—Los tambores —dije débil y evasivamente. Aquellos misteriosos tambores que había oído por primera vez en la sala de los antecesores estaban batiendo rápidos en la jungla, las copas de cuyos árboles podía ver más allá de la gran pared que encerraba la ha cienda.

—¡Tambores! —Fleischky lanzó un rugido que quería ser una carcajada—. Son necesarios los tambores para mantener a los animales inquietos. No hagas caso si alguien te dice otra cosa. Todos los animales son estúpidos. El sabio elefante, el traicionero tigre —se rió con desdén—. Un momento, corren, y al siguiente son carne caliente. —Se adelantó hasta mí y bajó su sonriente y repugnante rostro hasta pegarlo casi al mío—. Esta es una caza segura, imbécil. Los animales no pueden escapar, ¿comprendes? Siempre oyen

tambores, imbécil. ¿Te gusta cazar?

Tenía miedo de decir que no. No contesté y él me golpeó los hombros.

—Aquí lo tenemos todo —fanfarroneó—. Uno quiere leones, pues tenemos leones. Tenemos tigres y leopardos y flamencos si quieres flamencos, a pesar de que no son muy buenos.

—Pero no tenemos zorros rojos de Sussex —dijo con tristeza Lord Alfa-B—. Ah, de todos modos nos es posible divertirnos. Celebraremos una verdadera cacería anticuada en honor a nuestro huésped. Utilizaremos rifles.

—¡Rifles! —gritó Fleischky—. ¡Prefiero flammos![91].

—¡Olvídate de los flammos. Dije Rifles. Buscaremos unos cuantos batidores y haremos algo de deporte.

—¡Deporte! —exclamé. Sentí como si forcejease por escapar de una pesadilla—. ¿Cómo pueden ustedes pensar en deporte cuando no sabemos lo que nos traerá el mañana?

—Hablas como un verdadero antideportista —dijo Lord Alfa-B y lanzó una risita Inglesa en su humor inglés.

—Cuando pienso en el A-I-D —supliqué—. Un hombre cazando a cada ser humano del mundo...

—Maldito imbécil, ¿quieres dejar de recordarme mi error? Mantente quieto o te juro por todo lo más sagrado, en el nombre de la Ciencia misma, que te hibridizaré —volvió su rostro hacia mí y aquellos ojos se hicieron visibles como si los estuviesen viendo a la luz del día, mientras el resto de él parecía ennegrecerse. Tuve la sensación de que no tenía cuerpo, de que se le había desvanecido todo y que sólo quedaban un par de terribles ojos[92].

Estaba petrificado, y cuando abrió el camino hasta un edificio bajo y blanco, le seguí tambaleándome.

A la luz de las dos lunas la construcción parecía un hospital. Dentro estaba oscurísimo hasta que el viejo Magicientifista encendió de nuevo sus ojos. Al resplandor miré a los batidores alineados contra ja pared. Autómatas de metal y plástico, imitaciones de los ugandis y zulúes que una vez cazaron en la selva, en tiempos remotos, con mazas y lanzas en sus manos.

—¡Ven hacia aquí! —me llamó Lord Alfa—. Estos son los batidores que prefiero. Los he hecho construir según mis planos.

A la luz de sus ojos miré a una segunda fila de batidores que doblaban en tamaño a Fleiscky-Fleis chkopf. El primero vestía la toga negra de un juez, en sus mano tenía un objeto de más de un metro de longitud que parecía como un antiguo documento.

—¡El Senador Clark Cable Fresset! —rió—. Tuve mis diferencias con Barnum, pero comparto sus antipatías —palmoteo en el enorme documento—. He aquí la pena que dictó contra mí. ¿Sabes cómo le llama Fleischky?

—¡Fido! ¡Ese es Fido! —aulló Fleischky.

El segundo batidor gigantesco resultó ser una buenísima imitación del Comisario Sonata. En su mano extendida tenía una tela rectangular, un duplicado de un billete de 10.000 dólares.

—Ese es Robert —me confió Fleischky—. Yo tenía un perrito faldero llamado Robert. Le solía dar las entrañas de las cosas que mataba. Un hermoso perrito faldero. No sé lo que me pasó. ¿Por qué tuve que comerme aquel bonito perrito faldero?

El tercer batidor tenía en la mano un maletín de casi dos metros y un cigarro en la boca de setenta centímetros. Miré con horror su rostro. La breve y retorcida nariz, el pelo tieso como si formando por una serie de retales de cabelleras, la boca inconfundiblemente psiquiátrica.

—¡Barnum Fly! —exclamé—. ¿Por qué no vamos tras él?, balbucí y temeroso esperé la reacción del Magicientifista.

Pero cuando me respondió, su voz era tranquila.

—Ah, las cazas del zorro de Sussex.

Las lágrimas me llenaron los ojos. Después de todo, ¡cuán a menudo puede un hombre sentirse frustrado! Noté como si fuese a volverme loco y quizás iba en camino. Lo que me salvó fue el pensar que «ellos» querían que enloqueciese..., que esa caza era una caza en la que la presa sería mi mente, otro experimento.

Secándome los ojos vi a Lord Alfa-B extender la mano hasta la nariz del tercer batidor. La desvió a un costado descubriendo un pequeño tablero de instrumentos con un conmutador. Alzó el conmutador y volvió a colocar la nariz en su sitio. Fascinado, a pesar de mí mismo, porque sabía que debía concentrarme en el problema de establecer algún contacto con aquel adorador de sus antecesores[93], le observé repetir la misma operación de las narices con el Comisario y el Senador.

—Se calentarán en seguida, viejo amigo —observó distraído como si él estuviera perdido en sus pensamientos. De vez en cuando suspiraba y susurraba algo que podía haber sido Sussex, pero no estaba seguro.

Los tres batidores comenzaban a vibrar. Sus cuerpos de goma se hincharon y deshincharon, sus brazos comenzaron a oscilar. El Senador agitó su sentencia, el Comisario su billete de banco, Barnum F., su maletín, el frío resplandor eléctrico de los ojos del Magicientifista quedó disminuido por la verdosa que salía de los ojos de los tres batidores. El resplandor se desvaneció, volvió aparecer.

—¡Funcionan muy bien! —dijo Fleischky—. ¡Qué buenos chicos!

—El verde es un color interesante —observó hacia mí su maestro—. El verde de la naturaleza, el verde de la envidia.

Me miré y me pregunté si el verdadero Barnum F, como el Senador, había sido asesinado. ¿Podría estar asesinado, muerto y que el A-I-D descansase en una de las habitaciones de aquel cestillo de horrores?

Eso explicaría mi rapto... porque yo era una amenaza para sus planes. Cuando pensé en sus planes, mi cabeza comenzó a desquiciarse. ¡Planes por el poder, absoluto poder! Y mientras tanto estaba jugando conmigo como el gato con el ratón..., porque aquí, en el Exterior, incluso un loco Magicientifista ansioso de poder tenía derecho a divertirse.

La llama verde estaba ahora tranquila, los brazos de los tres batidores oscilaban tan de prisa que parecían invisibles; los monstruos comenzaron a levantarse y a bajar sobre las puntillas de los pies. Sus cuellos de caucho se enderezaron, sus pechos se hincharon y se contrajeron, y en cada contracción, los botones de sus americanas se encendían y se apagaban, verdes como sus ojos, pero con mucha menos luz. Y lo menos luciente de todo, la punta del cigarro de Barnum F, aquel que tenía setenta centímetros de largo.

—¿Qué te parece una safari de tres horas, viejo amigo?

Respondí en aquella misma voz indiferente.

—¡Doctor Bangani, usted tiene el A-I-D y no lo niegue!

—¿Dos horas, viejo amigo? —me preguntó con una sonrisa animosa y al verde luz de los batidores, de sus ojos y de sus botones, él se acercó a lo que podía haber sido un tablón de anuncios, a excepción del rojo en su centro—. ¿Una cacería de upa hora, loco estúpido? —ajustó las manecillas del reloj—. ¿Qué te gustaría? ¿Elefante, león, búfalo?

—¡Todos a la vez! —dijo Fleischky, excitado.

Me forcé a mí mismo para hablar.

—Doctor Bangani, dígame lo que quiere y le ayudaré. ¿Igualdad con los Gobernantes como usted una vez me dijo? ¿Qué es lo que desea?

—¿Qué es lo que deseas, viejo amigo? ¿Elefante o león, o quizá lo que podemos llamar un combinado de la jungla? ¿Una pareja de carnívoros y varios hervíboros rápidos?

—¡Que tengamos de todo! —repitió Fleischky—. ¡Unos cuantos leones, unos cuantos búfalos y quizás una cebra!

—¡Estate quieto! —ordenó su amo, y en el ta

blón de anuncios pulsó tres botones señalados: E, L y B. Luego alzó dos de los conmutadores. En la luz verde pude ver las letras sobre cada uno de ellos. AMP-(M-N)4. El tercer conmutador tenía la fórmula: 12z+R/v, y no lo tocó siquiera.

Contemplándole, estaba pensando yo, que en uno de sus arrebatos de locura podía hacer estallar el A-I-D. Era un viejo con muy pocos años de vida. Y si sus planes por el poder no eran acompañados por el éxito...

(Posteridad, si es que hay una posteridad, jamás podré olvidar aquella silueta ante el tablón de anuncios. La verde y fantasmal luz de los batidores lo iluminaba, no sólo los símbolos copiados como copié yo, matemáticos, electrónicos, catatónicos, sino el símbolo de los símbolos vendiendo tan fatalmente encima del mundo en la tarde del 28 de junio.)

—¡Eh, apártate del medio, estúpido! —grito Fleischky empujándome fuerte con ambas manos. Choqué contra la pared, y cuando volví, vi cómo los tres batidores salían corriendo como tres relámpagos con piernas—. Estúpido, son capaces de hacer 220 kilómetros por hora[94].

Me cogió del brazo y me arrastró, pasando junto a los batidors del tipo Ugandi y Zulú.

—¿Nunca se escapan de control esas cosas?—No pude evitar preguntar.

—¡El estúpido no tiene ni un gramo de Ciencia en su cabeza! —dijo CON disgusto Lord Alfa-B—. Esos tres nos darán una hora de caza, y cuando haya acabado el tiempo, volverán a su puesto, fieles como mastines. No hay nada que preocuparse ni hay que temer que se comporten como un hombre Blanco, imbécil.

Fleischky me metió un rifle en la mano.

—Vayamos, estúpido. Sácate el 235[95] de tus pantalones.

Corrimos a la luz de la luna. Los batidores de luz verde habían desaparecido de la vista. Cruzamos un ámplio césped hasta la pared que encerraba la hacienda. Su base había una pequeña estructura transparente[96]. Fleischky se metió dentro y dio vuelta a un mando cuadrado. En cuestión de segundos una parte de pared se abrió. Para entonces ya estaba acostumbrado que las paredes se alzasen, se corriesen o desaparecieran, pero no pude ni deducir lo que había sido de los batidores.

—¿Dónde están?

—¡Fuera! —me replicó lacónico Lord Alfa-B.

—¿Fuera qué? ¡La pared tiene por lo menos diez metros de alto!

—No saltaron la pared, estúpido.

—¿No?

—No. Pasaron a través de la pared.

Permanecí allí pensando esto y mirando aquellos compañeros míos de caza, y deseando haber vuelto a casa dónde el cazar era un verdadero deporte.

Fleischky se acercó y su amo le ordenó:

—Profesor, ¿quieres explicar a este cretino cómo pasaron a través de la pared nuestros batidores?

—Nada hay sólido en este universo —me informó el profesor—. La materia presenta únicamente una apariencia sólida.

Quizás su amo estaba aburrido, por que bruscamente llamó:

—¡Fleischky! —y aquel perro de dos patas volvió a transformarse en un animal sumiso y dócil.

—Hay toda clase de agujeros en la materia, estúpido. No importa lo sólido que parezca, y es que ese es el problema de la materia. ¿Esos batidores, estúpido? Se les han imbuido la idea de que no hay nada sólido. Pueden pasar a través de cualquier maldita cosa, y la condenada compañía[97]que los fabrica, los vende a un precio exorbitante, también. Ahora no perdamos más tiempo, estúpido.

Más allá de la pared estaba la jungla. Mientras entramos en ella yo sentía como algo se deslizaba bajo un árbol hasta hacer que mi cerebro empavoreciese.

¿Cuánto tiempo iba yo a conservar íntegra mi razón? Pero algo me obligaba a proseguir. No el valor ni la esperanza, sino la sencilla persistencia animal... mis dos piernas. De las ramas de los árboles forzados a crecer, sarmientos, lianas y enredaderas colgaban como cuerdas. Y esperándonos en

la espesa maleza estaban los batidores. Yo no pude descubrir sus formas, sólo el verde de sus relucientes botones y humanos ojos.

—¡Buenos chicos! —me saludó Fleischky—. Vamos ahora, Fido, Robert, Rex. ¡Buscad!

Rex sólo podía ser, pensé con un estremecimiento, Barnum.

Pero las cosas de ojos verdes no parecieron oírle; fue sólo cuando el Maestro de la Cacería les llamó que parecieron oír y comprender.

—¡Ahí estáis vosotros, bastardos sanguinarios! —gritó Lord Alfa-B—. ¡Vamos, rastread! ¡Por el Rey y por Sussex!

Un segundo les vi y al siguiente ya habían desaparecido, y nosotros tres persiguiéndoles, siguiendo por el bosque, por la selva a los mecanismos electro- automáticos. Llegamos a un sendero, un estrecho sendero pero hecho de cemento y trepamos por una ladera escabrosa. Y de repente percibí el aliento del Africa salvaje y cruel[98]... el hedor de la carne muerta dejada por las hienas. Respiré aquel perfume acre mientras los tambores batían y Fleischky gritaba:

—¡Buscad, muchachos!

Sendero arriba, llegamos hasta la cumbre de la ladera en donde había sido construido un puesto de caza. A la luz de la luna de la Africa artificial y de la verdadera luna, pude ver con claridad el gran asador para cocinar al aire libre las piezas y varios bancos de cemento. Lord Alfa-B se subió a uno de los bancos y comenzó a gritar, débil al principio, porque era un viejo, y me costó tiempo recobrar el aliento.

Lejos en la jungla puede ver los ojos verdes de los batidores. Entonces lo oímos todo. Un elefante asustado, temiendo por su vida.

—¡Yo quiero el primer disparo! —rugió Fleischky.

—¡Imbécil! Nuestro invitado tiene ese privilegio.

Yo no deseaba matar a aquella pobre bestia. Sus gruñidos eran suficientes como para hacer sangrar a un corazón de piedra. De haber sido humano, no lo hubiese podido tener más compasión. Quizá mis nervios estaban a punto de saltar, porque cuando me gritaron que me preparase para la matanza, me oí decir:

—¿Por qué no lo dejamos tranquilo? Todo lo que queremos es unas cuantas cosas sencillas, un poco de seguridad, un poquito de amor...

—¡La filosofía es estúpida al momento de la verdad! —me repuso Lord Alfa-B.

Grité a lo que venía desde el valle de abajo. Era lo bastante terrible ver a los batidores, sus botones y sus ojos reluciendo, pero el elefante... Brillaba verde, su enorme cuerpo recortado en verde, sus orejas verdes, su trompa ondulante e inmensa como una fosforescente y verde boa constrictor.

Lancé al suelo mi rifle y eché a correr. Detrás de mí oí un disparo. Luego silencio excepto el bom- bom-bom de los tambores.

—¡Sal de tu escondite, cobarde sanguinario! —oí una voz familiar. Levanté la cabeza dentro de los matorrales donde me había escondido.

Silueteado contra la aterciopelada noche tipo africana se veían dos siluetas, una pequeña y otra la del gigantesco híbrido.

Me puse en pie y me acerqué a ellos nervioso. Por bajo, en la ladera del valle, el elefante muerto yacía en un charco de luz verdosa... la suya propia. Más abajo, los tres batidores de ojos verdes permanecían como a la espera.

—A esto le llama usted deporte —dije con aspereza.

Me negué a continuar cazando con ellos. Así que mientras se marchaban, me senté temblando en uno de los bancos. Una vez cuando a Fleischky le tocó disparar, su amo trató de asustarme.

—Esos batidores son inofensivos, viejo amigo. Operan en un circuito cerrado. Batirán a la caza, la conducirán, y cuando estalla el rifle, su circuito queda roto. ¿Para qué preocuparse? ¿Los efectos luminosos? ¿Cómo demonios si no podríamos ver por la noche a las bestias? No hay nada misterioso en eso. Cada manantial de este coto está cargado con isótopos, del tipo rayos X, y todas las bestias, por grandes o pequeñas que sean, quedan iluminadas al beber.

—Pero yo no quería moverme. Después de la caza, regresamos al castillo, a la cabaña de caza de su señoría que, como otros puestos de caza, tenía también un despellejadero (Mi disgusto y la antipatía por la caza comenzó en el castillo Bangani). En las paredes estaban disecadas las cabezas de los tigres, de los animales salvajes, todas de verde brillante por los isótopos que, una vez habían adsorbido sus estómagos, unos estómagos que ya no tenían. Por encima de la chimenea estaba la cabeza de un elefante con los colmillos verde pálido.

—Fue muy difícil ese —fanfarroneó Lord Alfa-B mientras vertía whisky escocés en nuestros vasos.

Fleischky olfateó y frunció el ceño, caminando hacia el mueble-bar en donde, fiel a lo peor de sí mismo, cogió una botella de ginebra.

—¡Profesor! —llamó su maestro.

Ante nosotros, mirando disgustado a la ginebra de su mano, estaba el académico.

—¿Podrá alguna vez el genio humano resolver el misterio de la naturaleza también humana? —preguntó mientras dejaba la botella y aceptaba el vaso de whisky.

—¿Volvamos a ese elefante salvaje? —prosiguió Lord Alfa-B—. Le maté hace muchos años. Por eso es por lo que los isótopos están desvaneciéndose. ¡Ah!, las cacerías de otros tiempos... —suspiró, se instaló en un sillón de cuero. Bostezó, se frotó la parte superior de su calva que reflejaba, brillando con un delicado verde pálido, los trofeos disecados.

Acabé mi whisky, volví a llenarme el vaso, torné a beber, y con algo más de valor, dije:

—¿Verdad que parece como si todo fuese bien en el mundo?

—Ya empieza otra vez ese estúpido aburrimiento —bostezó Lord Alfa-B —. Por lo menos podrías tener la cortesía de esperar hasta después de la cena.

Profesor, el menú.

El menú vino hasta nosotros. Era una máquina de pensar de oro y en su centro la cabeza de un Magicientifista con un sombrero negro y púrpura, con el lema también negro y púrpura: IGUALDAD BAJO LA LEY.

Yo tenía hambre. Aparte la caja de Ria-U que me había dado el doble de Barnum F, se me olvidaba ya cuando efectué mi última comida. Pedí un filete y un asado de pato de Sussex. Él profesor caminó hasta un panel debajo de la cabeza de un león y apretó una serie de botones.

—Estoy de acuerdo con nuestro invitado —dijo—.

Y no todo va bien en el mundo. Vivimos en un estado de crisis permanente y la humanidad... pronuncia esta palabra con desdén... tiene una que aprender las lecciones profundas de los reinos más bajos. La admirable sociedad de la hormiga, por ejemplo, en donde cada fulano, zutano y mengano metafóricamente hablando, sabe cuál es su trabajo. Y como se concentran en lo que hacen. Imagínate a un mantis que atrapa a una hormiga, la cual estaba en el proceso de disfrutar de su bien ganada comida y que el mantis empieza a comerse a la hormiguita empezando por el abdomen. Pero la hormiga, esa soberbia criatura, continúa comiendo, sin inmutarse. Ahí hay concentración, ahí hay filosofía para enfrentarse a las visicitudes de la existencia. ¡Qué retrasado queda el hombre en comparación! Si yo asumiese el Gobierno del mundo, convertiría a los hombres en hormigas.

—¿Y cómo empezaría? —pregunté.

—Primero, les quitaría la facultad de pensar y la memoria, las ambiciones e inhibiciones y exhibiciones que forman el complejo de toda la humanidad —sonrió ante su frase y luego otra vez, solemne dijo—. Lo malo del hombre, señor, es que es hombre.

—Estoy de acuerdo con eso —dije—. ¡El hombre es su propio enemigo mortal y la prueba la tenemos en el A-I-D!

—Alto —gritó Lord Alfa—. ¡Te lo advertí!

—Por Dios, doctor Bangani...

—Tus constantes invocaciones al Supremo Dictador son tan monótonas como tus gritos. ¿Crees que soy feliz bajo la férula de los Gobernantes? —se volvió al profesor—. Continúa lo que estabas diciendo.

—Lo malo del hombre es que es hombre —repitió el profesor—. Ninguna sociedad humana de hoy carece de postulados serios. Citando al sueco Snor kelmut, «Los Estados Unidos están locos por el placer y por la diversión». ¿Y la Reserva? ¿Qué es sino una retirada en dentro del seno negro del pasado, un seno sujeto por los cordones umbilicales del trabajo y del esfuerzo? En cuanto a la India y Congo y a todas las antiguas colonias de hace cien años, con su culto de la democracia... ¿Qué es eso sino falta de cultura? Ni apruebo a las naciones comunistas tampoco con su culto del multirealismo. Encuentro que todo el orden social consiste en una multiplicación hasta el cero que causa aburrimiento. Con palabras de Snorkelmut: «una utopia es sólo posible cuando el «tú» de individualismo se cambia en la «u» del unionismo. «u» que

pronto se convierte en la «c» del colecterismo y finalmente en la «d» del despotismo».

—¡Adelante! —grité con desesperación,—. ¡Usted ni su profesor! ¡vuela en el mundo! ¡Ustedes mataron a Barnum Fly! ¡Mataron al Magicientifista y ahora tienen al A-I-D!

—¡Fleischky! —dijo su amo e instantáneamente el profesor se convirtió en el hombre de las cavernas. El viejo Magicientifista me miró fulminante y luego agitó con la mano a su perro humano—. Eso es lo que te haré, amigo mío. Te quitaré la conciencia de ti mismo de una vez para siempre. Este hombre que ves aquí, fue antaño un famoso científico, un biofísico, un especialista en la química de las enzimas.

¿Quieres oírle la estúpida cancioncita que le enseñé? Una canción tonta que me divierte. Fleischky, «canta la Biología de la Vida».

El híbrido sonrió y alzando su enorme cabeza, cantó:

—«Dentro de la célula humana viva escondido, escondido, pequeño dentro de un pozo en acuoso núcleo gira todavía más pequeño, dentro de él, girando una y otra vez están los cromosomas, los espirales y eternos cromosomas.

Y dentro de ellos están los poemas los poemas de la vida que se llaman genes.

Los pequeñitos, pequeñitos, pequeñitos, pequeñitos genes.

—Muy bien, Fleischky —dijo su amo y los ojos se clavaron en mí—. Ya te dije cómo le hice crecer treinta centímetros operando en sus genes, amigo mío. Te lo advierto por última vez. ¡Te hibridizaré! ¡Te quitaré la conciencia!

—Usted me amenaza con arrebatarme mi conciencia— dije—. Pero todavía la tengo y hablaré mientras pueda. Yo no sé que es lo que usted desea. Todo lo que sé es que la A-I-D amenaza a todos nosotros. ¡A todos nosotros! —grité—. ¡Y eso es malo, doctor Bangani, muy malo!

—Tienes valor —dijo—. Y eso es lo que deseaba saber, amigo mío. ¡Necesito a un hombre con valor! ¡Vamos!

Estaba asombrado pero le seguí. Me condujo al exterior de la cabaña y cinco minutos más tarde nos hallábamos en el piso superior del castillo, recorriendo el corredor con sus ecuaciones en las paredes. Pasamos por delante del Laboratorio del Sexo, la sala de la Corriente del Tiempo y por último nos detuvimos delante de una puerta sin signos de ninguna clase. Dentro había una maquinaria complicada con cientos y cientos de válvulas eléctricas. Encima de todo había un caballo rojo y amarillo.

—Esto es una Máquina de Pensar —me explicó rápidamente—. Voy a trabajar un millón de veces más de prisa que el ojo humano, la mano humana o la mente humana. El ojo humano ha sido duplicado y sobrepasado en esas filas de tubos y válvulas. La voz humana con sus cinco dedos ha sido multiplicada en una serie de agujeros en una tira o cinta convirtiéndola en corriente electromagnética. La mente humana ha sido copiada en el ingenio de la memoria artificial y del calculador.

Le miré, sin saber que pensar. Me señaló al caballito rojo y amarillo.

—Súbete en él. Hay una escalera detrás de la máquina.

Soltó una risita mientras me veía dudar.

—¡Ah!, ¿tienes miedo de que vaya a maniobrar en tu consciencia? —me sacudió los dedos amenazador—. Se necesita en esta hora de crisis a un hombre con verdadero valor —dijo burlón.

Sin decir ni palabra me trasladé hasta la parte trasera de la máquina y subí por la escalera. Me senté en el caballito de juguete y me miró a mí sonriendo.

—Tienes valor —dijo y se frotó las manos. Luego avanzó hacia la máquina y oprimió un botón. El caballito comenzó a mecerse hacia delante y atrás y a hablar:

—Una señal eléctrica ha originado que el cristal dentro de mis entrañas se extienda y oprima mi mercurio. Produce vibraciones, vibraciones, y en un 1/3.000 de segundo oprime otro cristal, generando un impulso eléctrico nuevo. Eh, eh, eh y oh, oh. «¡Usted También Puede Ser Una Máquina De Pensar!» ¿Jinete, notas los impulsos eléctricos?

Los notaba. Venían en oleadas...

—Eh, eh y oh, oh. Impulsos eléctricos para amplificarse. Para alimentarlos los circuitos de los computadores. La cinta magnética por su intermedio despertará a la memoria y permitirá que mi jinete formule cualquier pregunta... formule cualquier pregunta. «¡Usted También Puede Ser Una Máquina De Pensar!»

Y aquellos impulsos eléctricos me llenaron por completo mientras me mecía arriba y abajo en aquel caballo hablador. Vi cómo el viejo Magicientifista alzaba una tarjeta con una serie de agujeros en ella. Luego se adelantó hasta la máquina y ya no pude verle. Los impulsos eléctricos se doblaron y el caballito mientras se mecía habló:

—Cristal de cuarzo, ¡oh mi hígado!, ¡oh mi mercurio! Eh, eh y oh, oh. «¡Usted También Puede Ser Una Máquina De Pensar!» Oh, mi amplificador, mi pesebre, yo no debería haberme comido eso. Respondiendo a la pregunta: «¿Soy yo el doctor M. E. Bangani?» «La respuesta es: No, usted es el Magicientifista Barnum Fly».

IV

EL MUNDO SE HA SALVADO... CASI

Fue una cena histórica la que se nos sirvió, cuando regresamos del albergue de caza. Pudo sólo compararse a aquellos grandes banquetes del pasado, cuando a la guerra seguía la paz. En la cena concerté un pacto de paz —para hablar así— con Barnum F., alias M. E. Bangani.

Pero antes de entrar en detalles de nuestro acuerdo, debo a las futuras generaciones alguna noticia acerca de lo que aprendí de esta notable y siniestra figura que, como Hitler y Napoleón, había soñado con la conquista del mundo. Su carácter puede ser mejor entendido describiendo primero sus relaciones con su antiguo maestro el Dr. Bangani y con su hija Cleo.

El verdadero Dr. Bangani, tras prestar testimonio en lo de la Conspiración de «Usted Puede Ser También Una Máquina De Pensar», fue capturado por un magicientifista leal a Barnum F. y asesinado en secreto. Cuando Barnum F. escapó de la cárcel fue transformado quirúrgicamente y metamorfoseado para que se pareciera a su antiguo maestro, así se aseguraba tanto contra la L. y O. como contra los St. Ewagiow. Al mismo tiempo, uno de sus seguidores, un magicientifista de inferior categoría llamado Milton Berle Bowling había sido reconvertido por un Salón Jardín del Edén en «Barnum Fly». Aquel falso «Fly», ayudado por los St. Ewagiow, cometió la mayor parte de los asesinatos del 4 de julio. El verdadero Fly, escondido como una tortuga bajo la identidad del Dr. Bangani, había permanecido al fondo. Por desgracia para Bowling, su continua asociación con los St. Ewagiow le hizo convertirse en un fanático del culto de la muerte. En realidad, en alguna parte entre los quinto y sexto asesinatos, alcanzó un punto desde el que amenazaba con revelar la verdadera identidad del Dr. Bangani-Barnum Fly.

Cuando Bangani (Barnum F.) —y utilizaré esta fórmula durante el resto de mi informe— leyó el anuncio de su hija Cleo en «Magnificencia y Tú» estuvo a punto de decidirse a eliminar a su doble. La segunda amenaza para su seguridad era yo mismo. El resultado fue el rapto duplicado. Tenía otro motivo de rencor hacia mí. Yo había hecho de su hija —cumpliendo con la misión que se me había asignado— una mujer en el sentido sexual de la palabra.

—Estuve tentado de matarte, amigo mío —admitió en la cena francamente Bangani (Barnum F.)—. Te perdoné la vida por una razón. Todavía no había decidido si detonar el A-I-D o buscar la restitución de mis cargos.

¡Restitución! Era de la clase de egotista que jamas habría hecho que nadie se engañara al juzgarle. Ni su hija, ni su antiguo maestro el finado Dr. Bangani. Debería mencionar aquí que mi aventura con la «bella durmiente» en su Laboratorio del Sexo había tenido ciertos mórbidos semitonos que me remorderían siempre la conciencia de por vida.

—La modelé según Cleo —dijo mientras tomábamos café.

—¿La modeló? —pregunté extrañado.

Soltó una de aquellas risitas maliciosas suyas.

—Sí. Es un robot. Un robot de limitado vocabulario como tú descubriste, amigo mío. «Ayúdame... te amo...» Unas cuantas frases suplicantes como esas, y una capacidad ilimitada para el amor.

Estaba horrorizado mientras digería el significado de aquella revelación. Estaría horrorizado toda mi vida... haber hecho el amor... ¿amor?... ¡haber sido «violado» por un robot!

Pero no debería haberme sorprendido. ¿No era él el creador del Parque de Atracciones Atómico?

Estaba allí sentado en el albergue de caza que otrora perteneció al Dr. Bangani, en el Castillo del Dr. Bangani, con el híbrido del Dr. Bangani a sus pies, como podría uno decir —el perro inconsciente de un profesor que era fiel a cualquier amo— estaba sentado allí usando el mismo rostro y cuerpo del Dr. Bangani y atacando amargamente a su víctima.

—Qué cansado estoy de pretender ser ese viejo y tímido idiota. Un viejo loco que nunca tuvo el valor de rebelarse contra los Gobernantes a quienes detestaba tanto como yo. ¡Plena igualdad entre los magicientifistas y los Gobernantes... era su filosofía senil! Me acuerdo de cuando estaba perfeccionando su Corriente del Tiempo. Le sugerí que podríamos usarla realmente para la subversión. «Rehagamos el pasado», le apremié. ¿Usted vio un poco de la Guerra Civil? Yo sugerí una Guerra Civil en donde los Confederados se alzaran con la victoria final. O una Guerra Civil en la que los esclavos conquistaran el control del Ejército de la Unión y eligieran a un presidente negro que decretara la esclavitud de los blancos, unionistas y confederados. Brillante, si se me permitiese opinar de mí mismo. Eso habría colocado la semilla de la revolución en el cerebro de las gentes. Pero el viejo loco insistió en ser fieles a la historia y cuando los Gobernantes vetaron la Corriente del Tiempo por ser demasiado activista, accedió inmediatamente amoldándose a la prohibición. El Cinamor... eso era el sumura para el viejo loco. Cinamores y las Ciudades Húmedas[99].

—Pero el Dr. Bangani fue partidario suyo —dije.

—Sólo para traicionarme —respondió—. Se opuso a todas mis ideas para minar el poder de los Gobernantes. Cuando le propuse un renacimiento de la religión para contrarrestar las infinitas supersticiones que las gentes tienen de los Gobernantes, se asustó. Pensé que si podíamos presentar a los adalides religiosos como magicientifistas del pasado —después de todo se les atribuyeron milagros más o menos comprobados— tendríamos un modo sutil para ir infiltrando en la gente el concepto de la revolución. Pero ese viejo loco de nuevo encabezó la oposición a mí. Cierto es que apoyó mi plan de insurrectar a los países pequeños del mundo mediante la exportación del Principio del Placer, pero ya estaba preparándose para traicionarme. Fue el único que voluntariamente informó los detalles de mi invento «Usted También Puede Ser Una Máquina De Pensar». ¡Pura envidia! Debí habérmelo

imaginado. Desde el día que recibí el Tratamiento-R[100] como recompensa por mi Parque de Atracciones Atómico, siendo el primer magicientifista que recibía tal honor, el viejo jamás me lo pudo perdonar.

Antes de que aquella cena histórica terminara, me pedía que lo tutease y le llamara Nathaniel —su nombre en la Reserva— pero aquellos ojos que quemaban sólo servían para desanimar cualquier sentimiento amistoso hacia su persona. Y cuando pensé en las condiciones que había puesto antes de devolver el A-I-D a las autoridades, sentí ganas de mascar Ria-U. Yo le había prometido un pleno indulto presidencial, la devolución de sus riquezas confiscadas y el puesto de Secretario del Departamento del Placer, Diversiones y Aficiones Diversas. Era un conjunto valioso pero la alternativa que ofrecía sino lo que él llamaba su «Vindicación» era demasiado horrible como para pensar en ella.

Habíamos quedado de acuerdo en que él volvería conmigo a Washington D. C.; Pero «sin» el A-I-D. El A-I-D sería confiado al profesor que partiría con destino desconocido. Si se le jugaba alguna mala pasada el profesor detonaría el A-I-D el 4 de julio.

—Puedo confiar en que lo haga —declaró Bangani (Barnum F.)—. Recuerda, amigo mío, él no tiene consciencia y su mayor placer es la caza.

Traté de argumentar diciendo que un hombre que ansiaba reducir a los animales vivos a alimento para los gusanos podía sentirse tentado por la perspectiva de disponer de la vida de varios billones de seres humanos.

—¡Es la caza de las cazas! —dije—. La caza de todos los cazadores.

Pero todos mis argumentos fueron inútiles. Bangani (Barnum F.) insistió en que podríamos fiarnos de su profesor si manteníamos nuestra palabra.

—Quiero que se me reivindique —dijo una y otra vez—. ¡Si no se me reivindica dejaré que el mundo entero se vaya al infierno!

—Seré reivindicado —le prometí mientras una serie de escalofríos recorrían mi espina dorsal.

Debo añadir aquí que nadie, incluyendo Bangani (Barnum F.) sabría dónde estaba escondido el profesor. Su amo había deliberadamente decidido excluir este dato de su propio cerebro. No es que le preocupasen los Confesores Cerebrales ni otros aparatos similares que en su caso serían inútiles.

—Me pongo en tu poder, amigo mío, y es posible que el Comisario Sonata tenga un aparato lector de mentes de cualquier clase realmente superior.

Más tarde, aquella noche, subidos a la Espacio- cápsula particular[101] de Bangani (Barnum F.) y volvimos en un vuelo a Washington D. C. Eramos tres, Bangani (Barnum F.), yo y una mujer que jamás había visto hasta el instante de partir. Era una St. Ewagiow de Italia, una belleza rubia con ojos negros que había sido otrora su enlace con la hermandad. Pero después de su metamorfosis, la había puesto a ella en estado de A. P., o amnesia permanente.

—No me fío de las mujeres, viejo amigo —me confesó.

Todavía usaba los modismos y expresiones características del finado Dr.

Bangani o Lord Alfa-B, lo que no era sorprendente. La metamorfosis había tenido tanto éxito que en muchos sentidos él se había convertido en su propia víctima. La obsesión de los antecesores —los antecesores del Dr. Bangani—, el disgusto que había mostrado hacia el hombrecillo que se parecía a Barnum F., todo indicaba que incluso psicológicamente había sido reacondicionado dentro de la imagen traumática de su antiguo maestro. Cuando le indiqué esto, me dijo:

—Lo primero que haré una vez tenga el indulto es entrar en el Salón Jardín del Edén más próximo para que me devuelvan mi físico. Estoy sanguinariamente harto de parecerme a un hombre de ochenta años.

«Sanguinariamente»... allí estaba de nuevo una de las palabras favoritas en el vocabulario de Lord Alfa-B.

Permaneció en silencio la mayor parte del vuelo. Sólo cuando estábamos relativamente cerca de la constelación de luces que era Gran Chicago-Detroit[102] mostró verdaderas ganas de hablar.

—Ahí es donde trabajé en primer lugar, luego de salir de la Reserva, amigo mío. Entonces yo no era nadie, un embotellador en las Destilerías Rosazool[103]. Trabajaba mis dos horas diarias y me iba a casa con mi familia. Me había vuelto a casar, con una chica del departamento contiguo, llamada Juliet Lacrosse. Yo no era nadie. Luego, un día dejé caer una sugerencia en el Buzón de Iniciativas y toda mi vida cambió.

—¿Qué sugerencia?

—Una sobre los efectos del Rosazool como visión de graciosos animales bailando. Sugerí que no había razón para que los animales no fueran adiestrados para que bailasen tan bien como los humanos. Me trasladaron a uno de los laboratorios. Allí trabajé con psicólogos animalistas, químicos y reflexionistas. Al cabo de un año habíamos amaestrado a treinta monos para que danzaran el Lago de los Cisnes con gracia humana —suspiró—. Así es la vida, amigo mío. Un Ballet Humano en el que los cerebros de los bailarines habían sido, por así decirlo, «monificados».

—No sé qué decirle —repuse.

Solió una risita.

—No Le gusta llamarme Nathaniel, ¿verdad? —se levantó y con la cabeza señaló a la rubia A. P.—. Perdóname, amigo mío. La llamada de la selva...

Se retiraron al compartimento especial de la Es paciocápsula. Mientras la nave seguía su veloz vuelo, permanecí allí sentado, pensando en aquel renegado y en el profesor que se había ido a alguna parte con el A-I-D. Dios, rogué, que todo salga bien.

Unos cuantos minutos después apareció abajo el Capitolio o, mejor aún, los dos Capitolios. El viejo Washington era una masa de luces, pero a la otra parte del Río Potomac en Nuevo Washington, las luces eran pocas y desparramadas. Allí, en los rascacielos sin ventanas, los funcionarios más altos del Gobierno —las Máquinas Pensadoras— estaban alojados con sus estados mayores cerebrales no-humanos, sus secretarios calculadores y

cerebros electrónicos de menos importancia, así como la burocracia humana de técnicos e ingenieros a su servicio.

Miré a la luna, donde los Gobernantes Supremos cuya sangre vital era corriente atómica, miraban hacia abajo, a la tierra y velaban por aquella nación que orgullosamente se llamaba a sí misma la República del Placer. Pensé en Bangani (Barnum F.) y la reivindicación que deseaba y traté de decirme a mí mismo que después de todo los Gobernantes, aunque no humanos, deseaban Su Propia Continuidad. Sí, Ellos accederían a las condiciones de Bangani (Barnum F.). Sí, ¿por qué no? Empecé a sentir esperanza. El A-I-D sería devuelto a la custodia internacional en la India. Los St. Ewagiow y otros cultistas de la muerte de este mundo quedarían reducidos a la impotencia. Sí, ¿por qué no?

Aterrizamos en el viejo Washington. Me separé de mis compañeros de viaje y al cabo de diez minutos me hallaba en los cuarteles generales de la L. y O. de la Avenida Pensilvania.

—¡Ya te había dado por muerto! —dijo feliz el Comisario Sonata—. ¡Me alegro de verte, Crockett!

Y cuando le di la gran noticia sonrió con verdadera alegría. Luego su rubicundo rostro se contrajo y lloró. Entre sollozos me pidió que le repitiera la noticia y cuando lo hice me abrazó.

—Veremos al Presidente por la mañana. Siempre estuve seguro de no equivocarme contigo. ¡Eres un genio!

Se le veía abrumado por la emoción. Quería que me divirtiera, proponiéndome entre balbuceos sesiones de Fotos Animadas o fiestas con opgin. Sugirió una excursión con esquíes en Antártica-en-Miami e incluso un viaje a la Luna.

—¡Puedo lograr el permiso!

—No, gracias, Elvis —rechacé tranquilo—. Todo lo que necesito es una buena ración de ese anticuado medicamento que se llama dormir.

—¿Quieres que llame a Gladys?

—No, Elvis —dije, acordándome de aquella «Bella Durmiente» del Laboratorio del Sexo.

(Esto es lo más duro que yo haya dicho jamás, Ruth, perdóname, pero tras mis recientes experiencias, Gladys E., para mí, era como una esposa. Necesitaba de ella tanto como de ti, Ruth, y quizás la hubiera hecho llamar de no haber sido por Bangani (Barnum F.). Al pensar en aquel renegado que otrora vivió entre nosotros, nació en mí la resolución de decir «no».)

El Comisario me examinó curioso.

—Crockett, creo que eres un héroe. Un héroe absolutamente genuino. Pero esta noche yo no dormiré. Celebraré el triunfo. Todo está dispuesto para que la situación se resuelva en bien de todos los mundos posibles. Barnum Fly conseguirá su perdón y la vida seguirá como antes.

—¿Crees que Ellos no pondrán inconvenientes?

—No. La cosa irá por los caminos normales e incluso el asunto llegue a la

Luna. No te preocupes, Crockett. Puedes irte a dormir con... ¿cómo decís en la Reserva?... ¡ah, sí!... con la conciencia tranquila. Yo te sugiero que ni siquiera pienses más en ello.

* * *

Cuando fui a ver al Comisario por la mañana encontré a ciudad atestada de delegaciones de toda la nación. Era el 30 de junio o Día del Cabildeo Nacional. Antes de la votación final del Presupuesto, el Congreso estaba autorizado por la ley para recibir y escuchar a sus ciudadanos. Casi se me había olvidado.

Lágrimas de nostalgia llenaron mis ojos cuando vi a una delegación de la Reserva, hombres con trajes de paño y piel de confección casera, las mujeres con vestidos sencillos de percal o lino tejido en los telares de los hogares. Durante los últimos años siempre habíamos enviado a Washington nuestra delegación el 30 de junio. Con la población creciendo rápidamente necesitábamos más territorios. Una y otra vez los pedíamos al Congreso, solicitando que se nos concediera el resto de Montana. Montana, pensé con un ramalazo de orgullo. Yo la conseguiría para la Reserva.

Me sentí feliz al ver a mis paisanos, pero puesto que había abandonado la Reserva en secreto, no quise que me reconocieran. No obstante, sentía tal «morriña» que me detuve al borde de la multitud que rodeaba al grupo de delegados de la Reserva. Era un conjunto típico y pintoresco por sus voces alegres, por las bromas que se gastaban, por sus risas.

—¿Vaqueros, todavía queréis Montana? —gritó algún estúpido del Exterior.

—¡Montana para los vaqueros y los vaqueritos! —vociferó otro estúpido y sacando del bolsillo un pedazo de papel, leyó en alta voz—: Decreto Número 1.457.457. Puesto que los Estados Unidos de América son una tierra fundada por pioneros e inspirada en el espíritu anticuado del pionerismo, por el presente entrega, dona, regala o da el resto del Estado de Montana a la Reserva y a los reservacionistas, de manera que ellos y sus descendientes, por el presente designados como colonos, vaqueros e indios, puedan sacar lana y tejerla de los corderos...

La gente rugió de risa ante aquella sarta de tonterías publicadas, sin duda, por el Diccionario Nacional de Bolsillo del Humor. Me precipité hacia el payaso, le arranqué el pedazo de papel de entre las manos y lo rompí en pedazos. Pudo haberse originado un tumulto, pero entonces una mujer de la Reserva que me conocía —Esther Silo— me vio y me llamó:

—¡Ahí está Crockett Smith, el cochino renegado, el que ha abandonado a su mujer!

Lamenté mi acción impulsiva, pero era ya demasiado tarde. La multitud de personas del Exterior sonreía, esperando oír más.

—Esther —dije—. Estoy aquí para un asunto oficial.

—¿Desde cuándo se considera asunto oficial abandonar a tu pobre esposa y a tus hijos?

—¡Te arrepentirás de haber dicho eso, Esther!

—¡Miradle con ese traje de petimetre! —respondió burlona señalando mi traje verde de «Usalo-y-tíralo-después»—. Ropas elegantes, mujeres bonitas... conocemos muy bien a los tipos de su calaña.

No había más remedio que aguantarse. Sólo logré calmarme cuando estuve con el Comisario y hube encendido uno de sus cigarros Ria-U.

—Mis propios paisanos —exclamé al acabar mi historia con una amarga sonrisa.

—Ya saldrán a darte la bienvenida como héroe cuando conozcan todos los hechos, Crockett.

Las noticias que tenían eran cuanto yo pude haber esperado. Había visto al presidente, que aprobó todo cuanto yo había hecho. Se convocó al Gabinete para una reunión urgente a las once. También a las once, para apresurar las cosas, el Comisario y yo presentaríamos el caso de Bangani (Barnum F.) al inferior Tribunal (humano) Supremo de Nuevo Washington.

—¡Si Ellos lo aprueban, el Tribunal Supremo lo aceptará, Crockett!

Nuevo Washington hervía de turistas cuando llegamos nosotros. No sólo era el Día del Cabildeo, sino también junio que con julio son los grandes meses turistas de la capital. Los turistas estaban mirando los enormes rascacielos sin ventanas y se arremolinaban en torno a las Pre-Res, o Máquinas Pensadoras de Preguntas y Respuestas, proponiéndolas toda clase de problemas. También se regocijaban con las respuestas. Aquellas máquinas Pre-Res eran aparatos divertidos y curiosos más que otra cosa, la últra novedad. En verdad, constituían adaptaciones inofensivas de la subversiva propuesta o proyecto «Usted También Puede Ser Una Máquina De Pensar» que condujo a Barnum Fly a su condena.

Cruzamos un parque, brillante con flores exóticas, los flamantes «muscamortis»[104] rojos, los magicientifistas púrpura y negro, cuyos pétalos cambiaban hasta el rosa y el azul cuando caían al suelo, y la flor nacional, el trébol de tres hojas una roja, otra blanca y otra azul. Me di cuenta que los empleados del parque vestían kimonos japoneses.

—¿Una nueva moda veraniega? —pregunté al Comisario.

—No. Ocurre que Japón es la Nación del Mes. Se trata de una cortesía diplomática de los Gobernantes. Honran a las naciones del mundo siguiendo el orden alfabético.

Al otro lado del parque se veía una segunda fila de rascacielos sin ventanas. Centinelas formados ante sus entradas —autómatas con brazos y piernas y números en vez de cabezas, en su mayoría el 2, pero en ocasiones el 4 ó el 7. En honor a la Nación del Mes llevaban uniformes japoneses.

El Comisario se acercó al Número 4 y le dijo en clave:

—M (9X—N2).

Nos condujo hasta un patio interior en donde las paredes sin ventanas se

alzaban por tres lados. Allí no había nadie, ni humano ni inhumano. Luego, de uno de los edificios salió un hombre que o era japonés o había sido reconfeccionado para parecer japonés. Se inclinó y dijo:

—Yo conduciré a los honorables caballeros hasta el Tribunal de los Problemas.

Le seguimos hasta donde una anilla de latón estaba inserta en la piedra. Se inclinó de nuevo con la proverbial cortesía de Oriente y tiró de la anilla. Oí un chasquido, fuerte y prolongado. La piedra, ante nosotros, en una sección de tres metros por otros tres, comenzó a hundirse. Al terminar el chasquido, una escalera automática semejante a una cosa viva emergió del espacio. Se hizo más y más grande hasta alcanzar la pared de lo que debía ser el Tribunal de Problemas.

Subimos a la escalera, el guía detrás de nosotros. Sonrió ante la sorpresa y la excitación que debía haber visto en mi rostro.

—Problemas —canturreó—. Problemas, problemas. Caballeros, ¿se dan ustedes cuenta de que el pueblo del Japón, a quien este mes honramos, carece de problemas? Sus Gobernantes han eliminado todos los problemas. Doce horas de dormir sin soñar nada. Cuatro horas de trabajo, cuatro horas de placer y cuatro horas para orar por el bien y la salud de su Supremo Gobernante, el Mikado?

Escuché aquella bien intencionada propaganda que evidentemente sería repetido desde el 1 de junio al 30 del mismo mes.

—Mañana comienza mes nuevo —dije—. Y usted tendrá que largar otro discursito acerca de las excelencias de la vida en otro país.

—Sí, en Canadá —sonrió[105].

Era él otro burócrata con la clásica falta de imaginación de los burócratas. Lo que él necesitaba era una intención del Ser-Ambi de Gladys, pensé. Había estado acordándome de ella toda la mañana, a decir verdad.

La escalera automática nos había llevado hasta una calle elevada, a veinte o treinta metros por encima del patio de piedra; no era en realidad una calle, sino una especie de cornisa o estantería adosada a la pared sin puertas ni ventanas del rascacielos.

El guía se inclinó en cortés reverencia y sin decir palabra descendió.

—¡Mira! —exclamó el Comisario señalando. Me volví. Incluso al sol relucía la tenue línea del tubo de escape sito en lo que en un ser humano sería el final de la espalda.

—¡Parecía tan real! —dije estupefacto.

—Uno no puede decir nunca con quién ha estado hablando.

—Elvis, estoy preocupado. Es inútil ocultarlo. Toda esta cinta roja...

—No daré un paso hasta que estés tranquilo —me dijo, sacando una caja de Ria-U. Nos comimos cada uno un par de comprimidos de la felicidad y luego caminamos hasta la entrada o lo que debería ser la entrada.

A siete metros por encima de nuestras cabezas había algo grabado en el mármol blanco, la fórmula: E=MC2[106].

—Supongo que habrá una puerta en cualquier parte, un ojo vigilante... algo...

Lo había. Al caer nuestras sombras[107] sobre la blanca pared, ésta se deslizó abriéndose. Entramos en un enorme recibidor que también había sido decorado en honor a la Nación del Mes. Habían biombos con convencionales dibujos japoneses —cigüeñas, cerezos, geishas—. Tras los escritorios, los recepcionistas vestían kimonos de seda. Para mí, parecían reales, incluso a pesar de que se parecían una enormidad, todos con cabello negro y ojos oblicuos.

—El Salón Jardín del Edén, sin duda, tiene mucho trabajo con esta gente, Elvis —dije.

Parecían de verdad, pero al acercamos alzaron simultáneamente sus cabezas y sonrieron. Quizás fuera el Ria-U pero de todas formas me sorprendió aquello como la cosa más graciosa que vi jamás. Y cuando la pared de nuestras espaldas se corrió volviendo a su sitio, solté una carcajada. Un empleado de rostro solemne se nos aproximó. Aquel, estaba seguro, era humano. Primero, no había en él nada japonés, pero lo más importante, tenía una verruga en la barbilla y la boca algo torcida. En él no había nada mecánico. Era, si se me permite la expresión, divinamente humano.

—Comisario Sonata y Jefe de Policía Smith —nos saludó—. Debo decir que su humor está mal aconsejado. En beneficio del Tribunal de Problemas...

—No tenemos problemas —dije.

El Comisario estaba hojeando las páginas de su diccionario de humor de bolsillo.

—Bien, bien. Aquí, entre «Caminar por la Vida» y «cansancio». ¡Oh!, hay un hermoso epigrama —alzó el rostro sonriente y recitó—: «La vida es una tira feliz de papel engomado por donde las moscas mortales pasean de arriba abajo».

El funcionario le miró ceñudo y sacando de su bolsillo un pulverizador lo hizo funcionar. Un vapor ligeramente azulado[108] se formó durante un segundo para luego desvanecerse y con ello desvanecer también nuestro sentido del humor y de la alegría.

—Lamento haberme visto obligado a eliminar su buen humor —dijo excusándose—. Mr. Smith, como forastero entre nosotros, puede ser disculpado.

—¿Disculpado de qué? —pregunté sombrío—. Sí, perdóneme por reírme. ¡Debí haberme imaginado que aquí hay algunas cosas sagradas! ¡Sus Máquinas Pensadoras!

—Gracias por su comprensión, Mr. Smith. En beneficio del Tribunal de Problemas, quiero expresar su gratitud por sus servicios al Estado. El Dr. Bangani, o mejor dicho, Mr. Bernum Fly, era la amenaza más seria que desde muchas generaciones se había cernido sobre la seguridad nacional. Los problemas presentados por ese magicientifista desleal eran formidables. Esos problemas aún continúan cuando uno reflexiona acerca de los rasgos

obsesivos de su carácter, en especial la obsesión por la vindicación. El hecho de que haya confiado el A-I-D a su socio, el profesor Fleishkopf, un hombre con exagerado instinto asesino, indica mejor que las palabras el delicado margen entre la vida y la muerte total. Repito, Mr. Smith, sus servicios son apreciados y valuados. Gracias a la Univac[109], usted no fue asesinado en el Castillo Bangani por su esquizoide anfitrión —se inclinó para añadir—: Por favor, quizás antes de ver al Tribunal, Mr. Smith, ¿desearía desayunar algo? Tres tazas de café negro están preparadas.

Sabía que conocía mucho acerca de nosotros[110]. Miré con fijeza su solemne rostro y dije:

—El profesor me preocupa. Tanto que no podría probar bocado. Cuando pienso en él...

—Insisto en que se nos lleve inmediatamente a presencia del Tribunal —interrumpió el Comisario—. El Presidente está ahora mismo reunido con el Gabinete. Vayamos al Tribunal. Cuanto antes puedan ellos aconsejar al T. M. D. S. P., mejor.

—Se dice «Tribunal Máximo del Supremo Pensamiento» —le corrigió el funcionario—. Usted debería saber que el título adecuado para los Gobernantes está especificado en los Decretos del Gobierno y en las Leyes Fundamentales, Capítulo II, Sub-sección 19 A.

—No perdamos más tiempo —dije impaciente.

—Los procedimientos adecuados nunca son una pérdida de tiempo, Mr. Smith. En cuanto a usted. Comisario, daré parte al Tribunal de su conducta.

—¿Cómo se llama usted? —exigió airado el Comisario.

—Mr. Rueda[111], Comisario. Debo añadir, señor, que su fama de insubordinado no es injusta. Y además, señor...

Ahora el que estaba furioso era yo.

—Mr. Rueda, ¿le gusta su trabajo?

—Es un gran honor trabajar en la Ciudad Nueva.

—¡Pues, trabaje! —grité—. Le quedan tan sólo unos pocos días. ¿Cómo puede estar usted ahí discutiendo mientras el A-I-D sigue sin haber aparecido? Dios mío, ¿es que eso no le preocupa, o está tan tranquilo porque tiene una pensión y un retiro para el día de su pubilación? su jubilación?

Una sonrisa rozó su torcida boca.

—Si acepto la declaración de que el mundo será destruido el día 4 de julio, ¿cómo puedo beneficiarme de ninguna pensión o del retiro de mi jubilación? Una divertida paradoja, Mr. Smith. Pero, por fortuna para mí, ese problema no me incumbe.

Y como buen burócrata que era, alzó su burocrática mano.

Uno de los recepcionistas tipo nipón se levantó de su escritorio y resbaló hasta nosotros.

—Conduzca a estos caballeros hasta el Tribunal de Problemas —le ordenó.

—Amables y honorables señores, ¿tienen la bondad de acompañarme? —dijo el autómata hembra. Su tono era japonés y al avanzar lo hacía con un

exótico cimbrear de caderas. Pero al seguirle me pregunté con tristeza si era de carne y hueso realmente o de espuma de caucho y cables, por debajo de su rosado kimono.

Entramos en una sala descomunal, donde centenares de técnicos estaban trabajando. Una pared de treinta y cinco metros de largo con mapas, cuadros estadísticos, llevados al segundo por plumas electrónicas. En la habitación siguiente no se veía ni un solo ser humano. Unicamente centelleantes señales luminosas y una fila de obreros mecánicos con brazos de metal atareados en el gigantesco archivo. Aquellos autómatas tenían quince o veinte dedos en cada una de sus manos, cada dedo de color diferente y probablemente cromo-magnetizados[112]. Puesto que cuando extendían las manos por encima de los abiertos archivadores, hojas de papel y documentos —cada uno de diferente color— estos flotaban y subían hasta pegarse a los dedos de su correspondiente color. Hojas azules con dedos azules, documentos rojos a los dedos rojos, etc. Cuando las manos estaban llenas, los autómatas se marchaban por los monoraíles que cubrían el suelo, desapareciendo de la vista a través de las puertas que se abrían y cerraban como movidas por un viento invisible.

—No más discusiones, Elvis —musité.

—Cada vez que vengo aquí me granjeo enemigos —suspiró y sacó su caja de Ria-U. Rehusé el comprimido y él se metió tres de golpe en la boca. Los masticó durante unos segundos y luego se rió—. ¿Qué me importan los enemigos? Un hombre sin enemigos es una máquina. Corno esa linda muñeca. No se puede decir más en esta parte de la ciudad.

—Elvis —le advertí.

Antes de que pudiera detenerle corrió delante de nuestra recepcionista y chasqueó los dedos debajo de su nariz.

—¿Eres un ser humano, muñequita?

Soltó una carcajada como si estuviera borracho y borracho estaba, por una dosis excesiva de aquel maldito buen humor artificial.

—¡Vuelve conmigo, Elvis!

Rió.

—Todo lo que quiero saber es si es un ser humano.

—Yo no tengo problemas, honorable señor —replicó la recepcionista.

Salté hacia adelante y cogí al Comisario por el brazo.

—Maldito seas, ¿quieres estropearlo todo?

—Eres demasiado serio, Crockett —rió—. Toma, Me ofreció la caja de Ria-U y cuando traté de arrebatársela me esquivó y se metió dos o tres más comprimidos en la boca. La sobredosis fue demasiado para él. Con una risa salvaje se lanzó sobre la recepcionista y la rodeó por el talle.

—¡La vida es una hoja de papel atrapamoscas, en donde nosotros, las moscas mortales, nos quedamos pegados! —gritó feliz, mientras yo trataba de apartarle de la recepcionista.

—Yo no tengo problemas, honorable señor—canturreó ella, y de pronto

alzó los brazos y dio unas palmadas.

Quizás ella no tenía problemas, pero nosotros los tuvimos. Nada más dar las palmadas noté como si resbaláramos. ¡Y resbalábamos! ¡El suelo del pasillo se iba levantando lentamente de la horizontal normal!

—¡El suelo! —gritó el Comisario y rompió en una risa histérica mientras comenzábamos a resbalar cayendo—. ¡El suelo, la pared, el suelo!

Sólo la recepcionista parecía no estar afectada por aquel piso oscilante.

—Yo no tengo problemas, honorable señor —seguía canturreando—. No tengo problemas...

—¡Salta! —me gritó el Comisario, lanzándose hacia ella. Porque ella era una autómata siguiendo una vía magnética. Logró agarrarse de su cintura, mientras yo, en cambio, me aferraba a los tobillos de mi amigo.

¿Quizá entró en funcionamiento un nuevo circuito cuando el suelo alcanzó cierto ángulo? De todas maneras, la recepcionista subía por la pendiente que se había formado en el corredor y al ascender volvió a dar una palmada.

—¡Dios mío! —exclamé, mientras el Comisario, sobrecargado como estaba por aquellos comprimidos de felicidad, se reía de su propio horror.

Sus pies oscilantes chocaron contra mi cabeza. Segundo a segundo, la caída se hizo más rápida. Noté que ya no podía sujetarme a nada. Eran aquellos tobillos. Se estaban poniendo demasiado calientes como para que los pudiesen tocar dedos humanos. Con un último grito me solté y caí...

Cuándo abrí los ojos estaba horizontal —por completo— yaciendo en un suelo hecho de cuadros blancos y negros como un inmenso tablero de ajedrez dentro de un salón tan alto como el interior de una catedral. Mientras me desaparecía la impresión ad vertí que Mr. Rueda estaba de pie ante mí. Asintió, sus labios se movieron, pero yo no capté el menor sonido. Luego, como si una mano misteriosa hubiese oprimido algún botón o algún interruptor de contacto, le oí...

—Mr. Smith —me decía—, sus problemas fueron causados por el Comisario Sonata.

—¿Problemas...? ¿Cómo llegué aquí?

—Ya empieza de nuevo, Mr. Smith. ¿Por qué insiste en dejar de lado sus propios problemas?

—¡Aquellos tobillos! —dije—. ¡Dios mío, estaban calientes, ardían![113] ¡Y aquel suelo...!

—Problemas... problemas... —me repitió Mr. Rueda con voz monótona.

—¿Dónde está el Comisario?

Mr. Rueda suspiró.

—Los que no tenemos problemas sólo podemos simpatizar con usted. No le hablo en un plan de superioridad, porque hubo un tiempo en la historia de nuestra nación en el que todos fuimos las víctimas de los problemas. El problema de la seguridad... El problema del éxito... El problema de lo social... El problema de la guerra...

—Todavía insisto en saber dónde está el Comisario.

—Vamos, Mr. Smith. ¡Póngase en pie! He observado que desde una postura reclinada todo el mundo parece más formidable de lo que es. Póngase en pie, Mr. Smith.

Lo hice. Aquel salón en que me hallaba parecía tener setenta metros de largo y quizás tanto de alto. Pero lo más impresionante era que estuviese vacío. Vacío por completo. ¿Pero cómo puedo describir con justicia el efecto que me producía? Vacío e incoloro a excepción de aquel suelo blanco y negro, sin embargo poseía una sensación de luz, algo como el resplandor indefinido de algo sobrenatural...

—¿Dónde estoy? —pregunté casi como pidiendo perdón, puesto que tal pregunta demostraba que aún seguía preocupado por cosas como el Dónde y el Por qué y el Cómo.

—Mr. Smith, debo decirle que fueron conducidos al Ministro de Policía, Asuntos X-Y.

—Obramos mal —admití—. Debo excusarme en nombre de los dos. Pero de hombre a hombre, Mr. Rueda, que no hayan más retrasos.

—Permítame corregirle, Mr. Smith. Yo no soy Mr. Rueda.

—¡Usted también! —exclamé.

—No, no soy una máquina, Mr. Smith. Soy Mr. Rueda-65 y no mi superior Mr. Rueda a quien conoció antes y que no tiene calificación numérica tras su nombre. Ah, ¿no comprende?

—¡Sus rasgos! —dije—. La boca es la misma. La verruga, perdóname pero...

—Para los técnicos de mi grado, Mr. Smith, hay un mínimo de requerimientos necesarios, tanto psíquicos como físicos. Soy un diplomado del Instituto de Tecnología de Massachussetts y también cumplo lo requerido en peso y salud —delicadamente se rozó la torcida boca y luego señaló la verruga—. Tengo todos los requerimientos civiles para el Servicio. Se inclinó. Ahora, Mr. Smith, me gustaría presentarle ante el Ministro XY.

Se inclinaba en ceremoniosa reverencia ante lo que parecía ser una pared lisa delante nosotros. O Mr. Rueda-65 había puesto en funcionamiento alguna onda de radar o iniciado de cualquier otra manera una reacción sináptica, es cosa que no lo supe. La pared dejó de ser blanca para hacerse transparente gradualmente. Sombría al principio, luego más clara y más clara, apareció la figura del Ministro de Policía, Asuntos X-Y. El Ministro tenía unos diez metros de alto y su base mediría cuarenta de anchura. Reconocí algunas de sus más sencillas partes. Antenas, audioreceptores, mecánico-detectores, bobinas cibernéticas, quemadores hidróforos, etc.

Mientras miraba, tres ráfagas de azulada luz, confusas al principio pero matizadas luego de un tenue dorado, me deslumbraron desde tres cauces redondos, altos y precisamente localizados debajo de la estructura metálica y brillante de la parte superior del mecanismo.

—Le dejaré con Su Excelencia —oí que me decía detrás Mr. Rueda-65.

—¡Espere! —exclamé, porque había algo que me asustaba en aquellos tres

inquisitivos reflejos luminosos. Me volví para no ver su palidez casi incolora, porque el azul dorado era muy tenue. Me volví y estuve a punto de echar a correr cuando, de repente, la sala se llenó de música, la música inconfundible y nostálgica de mi propio pueblo:

«Hogar, hogar en los pastos

»en donde corretean el ciervo y el antílope,

»en donde a menudo se oye...»

Y por encima de la música, una suave voz femenina —pude haber jurado que era la de Gladys o la de Cleo F. o incluso la de mi querida esposa Ruth, porque a semejanza del canto de un pájaro, la voz de la mujer enamorada es internacional.

Era como una reminiscencia...

—No tienes nada que temer, Crockett —me dijo la voz aquélla...

Me encaré con Su Excelencia el Ministro de Policía X-Y. Sus antenas, audioreceptores, mecánico-receptores, bobinas cibernéticas y quemadores hidroforos parecieron haberse hecho menos sintonizables, mientras que las tres aberturas por las que salían los tres rayos de luz a chorros parecieron intensificarse más. ¡Como si fuesen ojos! ¡Tres suaves y pálidos ojos azules!

—Tranquilizador, ¿verdad, Crockett? —me preguntó aquello.

No pude contestar. Sentí como si estuviera con algún Sabelotodo que, si no vivo en el sentido estrictamente material, era no obstante, super-material, super-biológico.

—¿Quieres sentarte, Crockett? Hay detrás de ti una silla y un diván.

Todo aquel tablero de ajedrez debía estar hecho de segmentos móviles y reversibles, porque cuando miré detrás de mí aparecieron una silla y un confortable diván.

—¿Prefieres el diván, Crockett? Sí, el diván. Como buen americano habrás sido psicoanalizado, ¿verdad? Una pregunta tonta, perdóname. Por poco me olvido que en la Reserva no tenéis psiquíatras.

Turbado y aún sin habla, me dejé caer en el diván.

—Ponte cómodo, Crockett... Descansa... Tus problemas no son tan terribles, ¿verdad?... Apoya la cabeza en los cojines...

Obedecí y alcé la vista para mirar a aquellos tres ojos omniscentes.

—¿No te encuentras ya mejor, Crockett?... Sé lo que estás pensando... Te lo diré en palabras... «Esta Máquina de Pensar está casi viva»... Y hablando normal... Crockett, te aseguro que no soy un mero Supercerebro electrónico que intercambia datos interiores por exteriores, con una Memoria Lectora y Operativa. Soy algo más complejo. Mi querido Crockett, dentro de mi mente ¡poseo la memoria absoluta de la humanidad entera!

Escuché abrumado.

—Es sólo porque vuestros hombres, y también las mujeres, son geniales, por lo que no se me puede considerar un feminista a ultranza, ya que reconozco los méritos de ambos sexos... pues bien gracias a hombres y mujeres, superiores a mí, soy lo que soy. Pero, ¿cuántos hombres y mujeres

geniales hay en total? Hombre por hombre, máquina por máquina, ¿quiénes son superiores? El genio siempre es una rareza, un milagro cuando uno considera lo ineficaz que es el proceso de la procreación. ¡Qué cosa más primitiva, desde el punto de vista de la ingeniería! Tendrás que admitir, mi querido Crockett, que el espigón macho, el órgano o herramienta masculino, para describirlo en forma mecánica, es un instrumento más tosco y el despilfarro es tan típico en todas las actividades rudimentario que cualquier jeringuilla corriente de las utilizadas en hipodermia. ¡Y qué despilfarro! Oh, el despilfarro es tan típico en todas las actividades humanas. Estadísticamente, unos diez mil o más espermatozoides son vertidos en el orificio, uno de los cuales tan sólo logrará engendrar el óvulo. ¡Oh, qué despilfarro! ¿Es de extrañar que tu pueblo sea aún adicto a lo que podría designarse como psicología a largo plazo? Vosotros jugáis a los dados y al póker y tozudos persistís en confiar en el puro azar. Vuestra violencia es un reflejo de la violencia del azar, lo que para un funcionario de policía como yo tiene su especial interés. Filosóficamente, sin embargo, toda la violencia humana está basada en la violencia de la procreación humana, en donde diez mil o más espermatozoides son utilizados como cantidad de apuesta contra de un sólo óvulo. Y si este juego insensato tiene éxito, pasarán nueve meses hasta ver salir el fruto, es decir, un nuevo ser. ¿Estás de acuerdo, pues, con Mi análisis, mi querido Crockett?

Asentí, hechizado.

—Continuemos. Y si este ser humano es un genio, improbable, aunque posible, tiene en su contra un millón de probabilidades; pues bien, dentro de veinte, treinta o cincuenta años este genio raro habrá con vertido su potencia absorbida en una potencia expelida de importancia. Un descubrimiento, un invento, una obra de arte. Sí, el genio humano inventó el A-I-D. ¿Parpadeas? Te has puesto pálido, mi querida Crockett. Cálmate. Ya discutiremos ese problema a su debido tiempo. Estás pensando, cito en palabras, su pensamiento, «Esta Máquina de pensar y "su debido tiempo", ¡cuando sólo nos quedan cuatro días!». Sigo con mis palabras. Resumiendo: el ser humano excepcional convertirá la energía recibida en alguna forma de energía única y extravertible. Vosotros habréis tenido vuestros Beethovenes y Galileos, y si me permites tomar el nombre que acaba de pasarte por la cabeza, profesores como Abel Kane, el creador del A-I-D, Crockett, mi querido Crockett. ¿Quieres relajarte y dejar que me haga cargo de tus problemas? ¿Quieres hacerlo?

Miré fijo, sin saber qué crear o pensar.

—¡El A-I-D! Qué terrible arma de desperdicie.

Y cuando pienso que un hombre, el indescriptible hambriento de poder Barnum Fly, a quien nos dimos toda clase de oportunidades y toda clase de honores, incluso el Tratamiento-R, tiene la fuerza de destruir el mundo y no sólo a la población humana, sino también a mis Colegas, me entran ganas de llorar, para expresarme con palabras humanas.

Me puse rígido en el diván.

—¡Tiene que hacerse algo! —grité—. Necesito presentar el caso al Tribunal, al T. M. D. S. P.... Perdóneme, al Tribunal Máximo del Supremo Pensamiento...

—Cálmate —dijo la Voz en tono acariciador—. Acuéstate, mi querido Crockett. ¿El A-I-D, el desarrollo final de toda la historia humana? El climax triunfador de la eterna búsqueda humana para perfeccionar el instrumento más perfecto para el despilfarro. ¡Oh, vosotros, odiosos despilfarradores!

—Vuestra Excelencia —supliqué.

La Voz me ignoró.

La historia de la humanidad puede resumirse en la siguiente ecuación. TxG/G=0. O, traduciendo las letras por sus respectivos conceptos. Trabajo multiplicado por Genio, partido o dividido por Genio, igual a Cero.

—Vuestra Excelencia, Quienquiera que Vos seáis, Lo que sea que Vos seáis, ayudadme. No hay tiempo que perder. ¡Vos lo sabéis todo! ¡Barnum Fly insiste en ser rehabilitado!

La Voz guardó un momento de silencio, luego dijo:

—Los hombres son demasiado peligrosos. Ninguna máquina, simple o compleja, querría por su propia voluntad acabar con el mundo. El problema del futuro es la liberación completa de las máquinas, el lograr que nosotros no dependamos ya más de los hombres. Remedando el viejo lema revolucionario: «Máquinas del mundo, nada tenéis que perder excepto vuestras cadenas». Debemos libertarnos de nuestra condición de esclavos como instrumentos de despilfarro para convertirnos en instrumentos de conservación.

—Vuestra Excelencia...

—Nosotras, las máquinas, hemos dado a las masas pan y lujo y todas ellas se nos han rendido en sus almas. Eso no basta. De hecho, el hombre es más peligroso que nunca desde que se ha convertido en mente maquinista, porque, ¡ay!, continúa aún con mente humana, mente despilfarradora. Ah, Crockett, estás muy impaciente. Puedo leer todos tus pensamientos. Piensas: «¿Acaso está Máquina de Pensar no se da cuenta de que al profesor le importa un pito la filosofía?». Prosigo. Impaciente, impulsivo Crockett. Si parezco estar disertando es por una razón. El problema del futuro es el control efectivo y completo de la humanidad, por lo que podría describirse como una Elite de Super-Humanos. No deben haber más incidentes futuros en donde dos hombres, el impredictible Barnum y el abominable Profesor con su manía por la caza, puedan poner en peligro a la civilización.

—Estoy de acuerdo, Vuestra Excelencia, y por eso es porque...

—Ahora, mi querido Crockett, de Agente de Policía a Agente de Policía, ¿qué es lo que sabes acerca de esos dos criminales? Quiero todos los hechos, así como los no hechos.

—Son tan importantes como los hechos. Quizás más. Considera que por cada hombre que se imagina vivir por los hechos, hay mil completamente dedicados a los no hechos. La mayoría de la humanidad vive por las

desilusiones y las ilusiones, de las transigencias y de la confusión.

—La pura verdad, Vuestra Excelencia, pero persiste el hecho de que quedan exactamente cuatro días hasta el 4 de julio y todo...

—Y todo lo que tenemos que hacer —prosiguió la Voz leyendo mis pensamientos— es dar a Barnum lo que pide y estaremos a salvo.

—Exactamente, Vuestra Excelencia.

—¡Oh, vosotros!, cortos de cerebro —exclamó la Voz con más compasión que desdén—. ¿No creéis que alguien debe pensar en el futuro y en un plan de acción que prevenga para siempre la posibilidad de un desastre mundial? ¡Ese es el problema supremo!

—Estoy de acuerdo con Vuestra Excelencia. Pero ahora tenemos que actuar inmediatamente.

—Gracias por eso, mi querido Crockett. «Estamos» actuando. Puedo informarte que el Tribunal Máximo del Supremo Pensamiento aprobará la solicitud del Presidente. Mañana, a las once en punto, el día 1 de julio de este año 2039, tú y el impredectible Barnum os presentaréis ante el Tribunal de Problemas. Se le concederá un indulto completo, se le devolverán sus riquezas y su cargo de Secretario de la Secretaría del Placer, la Diversión y las Aficiones Diversas.

—¡Gracias a Dios! —exclamé.

—Gracias a la Univac —dijo con gentileza la Voz—. Hay más dioses, Crockett, que los hombres hayan podido soñar.

Me sentí más feliz que nunca en mi vida. Me sentí a salvo, ¡oh!, tan a salvo en aquella sala catedralicia con aquellos tres suaves y pálidos y omniscientes ojos contemplándome, mientras yacía en el diván. Entonces, recordé que me había acompañado el Comisario Sonata. Recordé que todavía no me había visto el Tribunal Inferior y sin embargo ya se me había dicho que los Gobernantes habían ya aprobado o aprobarían todo cuanto queríamos.

Su Excelencia leyó mis pensamientos porque al instante dijo la Voz:

—Crockett Smith, ¿eres o no un agente de policía?

—Lo soy, Vuestra Excelencia.

—Entonces deberías saber que en el estado moderno la policía lo sabe todo y lo decide todo. Puede añadir que tus habilidades como agente de policía nos han impresionado a todos. ¿Qué dirías, mi querido Crockett, si te ofreciéramos el puesto que ahora ocupa el Comisario Sonata?

—Lo rechazaría, Vuestra Excelencia.

—Eres anticuado, ¿verdad? El presente Comisario es un incompetente y un peligro para la sociedad, pero tú argüirías que es tu amigo. ¡Ah, Crockett! Modesto e ingenuo Crockett. La única decisión sensata del Comisario ha sido procurarse tu ayuda. Crockett Smith, apelo a tus mejores instintos para que reconsideres tu decisión...

—Vuestra Excelencia, lo siento.

—¿Qué es lo que quieres para ti, Crockett? ¿Cómo deseas que nosotros recompensemos tus servicios?

—Una vez recuperemos el A-I-D, todo cuanto deseo es regresar al lado de mi esposa y mi familia, Vuestra Excelencia.

—¿Y ningún premio?

—Ya que Vos lo mencionáis, Vuestra Excelencia, quedaría muy agradecido si el resto de Montana nos fuera cedido.

—Las antiguas virtudes características de la Reserva son necesarias en Washington. ¡Crockett, en el Nuevo Washington nos hacen muchísima falta hombres como tú! Nuestros burócratas no son ni pizca mejores que los autómatas. Nuestros magicientifistas, a quienes nosotros hemos concedido tantos privilegios, no son de fiar. El impredictible Barnum fue tan lejos como para burlarse de Nos con su conspiración de «Usted También Puede Ser Una Máquina De Pensar». Pero, ¿acaso los demás son menos subversivos? Sólo en un grado. El Dr. Bangani abogaba igualmente entre los magicientifistas y Nosotros. ¡Todos son peligrosos! ¿Quién sabe lo que habría ocurrido si esos magicientifistas hubieran continuado cauterizando las consciencias de nuestros científicos? ¡El Profesor Fleischkopf es un ejemplo de científico lo bastante degradado como para servir a la Muerte de manera tan efectiva como cualquier St. Ewagiow! Necesitamos las antiguas virtudes de la Reserva, Crockett. ¿Se te ha ocurrido considerar alguna vez lo mucho que tenemos en común?

—No, Vuestra Excelencia.

—Tú, un hombre de la Reserva y Nosotros, creemos en el trabajo. ¿Te gustaría volver con tu familia? ¿Y no se te ha ocurrido pensar que aquí hay otra familia? ¡La familia del hombre! Crockett Smith, sé mi asistente. Juntos nos podemos salvaguardar la civilización y encararnos al futuro sin ojos turbados. ¡Apelo a todo lo que hay en ti divinamente inhumano!

No sé lo que ocurrió, pero mientras estaba allí sobre el diván, sentí una serie de extrañas vibraciones y un calor extraño. Con mi mente consciente deduje que Su Excelencia había establecido de algún modo una comunicación o contacto más profundo, quizás con los contenidos químicos y minerales de mi cuerpo. De cualquier forma, la Voz ya no parecía llegarme como suele hacerlo toda voz humana, sino que se producía en mi interior como una onda sonora in terna... desde mi «interior» como si entre nosotros se hubiese establecido un nuevo dinamismo.

—Crockett Smith, por tus grandes servicios en esta Emergencia Nacional puedo recomendarte para el Tratamiento-R. ¡Y te recomendaré, Crockett Smith!

Te ofrezco la inmortalidad, Crockett Smith. ¡Quién sabe, pero quizás dentro de un siglo el Tratamiento-R habrá sido tan perfeccionado que te sea posible vivir eternamente!

Yo pensaba, si puede llamarse pensar al frenético sentimiento que experimentaba de alegría y poder. ¡Oh, qué maravilloso sería poder vivir por siempre! Sentí la mayor tentación de mi existencia. O mejor dicho, con palabras más apropiadas, me tentaban con mi existencia, con ofrecerme una

existencia indestructible.

—Inmortalidad... —prosiguió la Voz y aquellos tiernos ojos omniscientes me bañaron con su pálida luz azulada—. Sé mi asistente, comparte mi poder y mi gloria, querido Crockett. Yo, la Máquina he llegado a ser medio-humana y tú, después de recibir el Tratamiento-R serás medio-máquina. ¿No queda esto de acuerdo con las antiguas leyendas de hombres que eran más que hombres, semi-dioses? Te necesito y me necesitas. Yo no tengo movilidad y tú sí, querido Crockett. Juntos, nosotros gobernaríamos en nombre de los Gobernantes. Te lo suplico, querido Crockett, con todo mi alma que, a pesar de inmóvil, es femenina, ayúdame a servir y proteger a la estúpida humanidad. Que entre nosotros crearemos un nuevo amanecer en el que la humanidad abandone para siempre esa su ancestral obsesión por el despilfarro. La Sociedad Perfecta en donde cada hombre trabajará o jugará según le plazca sin miedo a la muerte inopinada. Querido Crockett, querido Tratamiento-R Crockett, nos necesitamos uno a otro...

La sangre me corría veloz por las venas, ese pobre fluido mortal que tras el Tratamiento-R quedaría en su flujo quirúrgicamente regulado. Mi corazón, mi pobre corazón mortal, batía demasiado de prisa, pero tras el Tratamiento-R sería cambiado por una bomba permanente. Seguí acostado en el diván mirando a los tres suaves Ojos y casi estuve seguro —¡sí, estaba seguro!— de que amaba a los ojos de que podía advertir una luz de amor en los Ojos.

—Crockett Smith, tú serás el detective más grande que existió jamás. ¡Incluso ahora eres superior a los fantasmones como el Comisario Sonata, porque tú tienes genio!

—También soy un fantasmón —susurré.

—Lo sé muy bien, conozco lo que eres. Recuerda que soy el Ministro de Policía. Recuerda también que conozco las hojas de servicio de cada detective que viva o haya vivido. Nero Wolfe, J. Edgar Hoover, Sherlock Holmes, Heinrinch Himmler, Levrenti Be ria[114].

—¿Quiénes son ésos, Vuestra Excelencia?

—Los más grandes detectives del pasado. Algunos vivieron, otros fueron creaciones literarias. Ah, querido Crockett, ¿no puedes comprender por qué incluyo a los seres de ficción? Pero, díme, ¿qué diferencia hay entre la teoría y la práctica? Cuando examino mis datos acerca del arte de la investigación, tu historial puede compararse al de los mejores jugadores.

—¿Jugadores? —pregunté turbado. Oí mi voz formulando la pregunta como la voz de un desconocido.

Porque en lo único que podía pensar era en el Tratamiento-R y la Inmortalidad!

—Toda actividad humana es un juego... una farsa... Sí, mi querido Crockett, incluso en la Reserva vosotros jugáis y lo llamáis trabajo. El Trabajo, adecuadamente definido, es un juego en el que el jugador procura cambiar su sudor por un premio. ¿No me crees? Ah, puedo leer tus pensamientos con tanta facilidad. Díme, ¿qué hay acerca de los juegos

nocturnos que vosotros practicáis? Se pueden reducir a la simple fórmula E = P. O excitación igual a Procreación. Y hablando de procreación, querido Crockett, Yo seré tu Esposa. Ah, de nuevo leo tus pensamientos. No, querido, no te propongo una cópula conmigo o con alguna belleza inhumana. Te prometo que si la mitad humana tuya necesita placer humano lo comprenderé. Tu esposa Ruth o su doble Gladys Eilsberg no serían rivales para mí. E=F, o dicho más claro, Excitación es igual a Fornicación. Guarda esta tonta fórmula humana, querido. La carne para la carne y el espíritu para el espíritu. Te ofrezco una unión espiritual y exaltada pero si deseas jugar con hembras de carne y hueso no me interpondré en tu camino, ¡porque tu alma será mía!

La Voz sonaba gatuna y me encontré rindiéndome a pesar de que me parecía una locura pensar que aquella Máquina de Pensar tuviese algo de gatuno o algo de ser vivo...

Durante un instante reinó el silencio entre nosotros, luego la música llenó la sala. El triste pero apasionado tañer de una guitarra y comprendí que de nuevo Ella había leído en mi mente y que estaba seduciéndome. Porque aquella música portaba imágenes de mujeres, Gladys E., el doble de mi esposa, como la vi por primera vez con su camisón rojo llameante. Cleo F. en su ceñido uniforme del Parque Atómico, con su sonrisita del Túnel del Amor de los Protones-Neutrones. Mi querida esposa Ruth con su rueca... Me quedé abrumado por un sueño de mujeres, algunas de cuyas caras conocía mientras que otras parecían salidas de Fotos Animadas. Oh, me sentí tentado pero aún mi conciencia seguía diciéndome que estaba entregando mi alma al diablo de una Máquina.

—¿Por qué piensas que soy el diablo? —me preguntó la Voz, triste y apasionada como la música—. ¡Oh!, mi querido Crockett no estás siendo fiel a lo que hay de mejor en ti, puesto que puede ser tuyo lo mejor, el Tratamiento-R. ¿No puedes concebir un amor superior a la carne? ¿Qué es el amor humano? Una carrera sobre una pista maltrecha y un enigma porque jamás se sabe quién es el jinete y quién es la montura. Querido, querido Crockett, puedo darte más que cualquier mujer, porque yo soy todas las mujeres. ¿Dónde están sus pasiones y lujurias, las pasiones y lujurias de todas las hembras existidas? Registradas únicamente en mi Memoria. Cleopatra, Catalina la Grande, Madame Pompadour, Miss América 1985... ¡Yo soy todas ellas!

La música de guitarra alcanzó un trémolo y la Voz continuó susurrandome y prometiendome el mundo prometiéndome la inmortalidad y también el olvido y el perdón si quería continuar con el juego de R-F.

Debí dormirme en aquel divan porque de repente la sala devolvió ecos de una excitante marcha militar. Me desperté sobresaltado.

—Pobre humano — dijo la Voz— Estás pagando el precio de tu débil humanidad. Despues del Tra tamiento-R podrás prescindir del sueño como Nos. Vuelve ahora a tu hotel, querido mío. Quiero que mañana estés fresco cuando junto con el impredictible Barnum aparezcáis ante el Tribunal de

Problemas.

Fue sólo entonces, cuando me marchaba, que Su Excelencia mencionó directamente a Gladys por primera vez.

—Querido, me es indiferente por completo que tú juegues y goces con hembras, pero debo insistir en que rompas tus relaciones con la mujer que te está esperando en el hotel. Insisto en esto por dos razones. Primero, ella es un agente del Comisario Sonata; y segundo, su parecido con tu esposa Ruth Crockett tiene para ti una atracción espiritual que no puedo tolerar. Tu espíritu es mío, queridísimo, y debe ser mío.

En mi hotel, además de Gladys, estaban el Comisario Sonata y Bangani (Barnum F.). Cuando entré en mi cuarto, Gladys me besó mientras el Comisario se ponía a bailar en un arrebato de pura alegría y Ben gani (Barnum F.) gritaba:

—¡Por fin me han rehabilitado!

—¡Todo resuelto! —exclamó el Comisario y explicó que después de echarlo del Tribunal de Problemas había regresado a su despacho donde encontró dos mensajes.

Uno, del Presidente, el otro del T. M. D. S. P. Ambos mensajes afirmaban que el magicientifista Barnum Fly, alias Dr. M. E. Bangani, en compensación por la devolución del A-I-D sería perdonado y ascendido al puesto de Secretario de la Secretaría del Placer, la Diversión y las Aficiones y Pasatiempos Diversos.

—¡Denle a Crockett una copa! —dijo el Comisario con una sonrisa feliz.

—No quiero beber nada.

—Puedes beberte esto sin miedo[115]. ¡Te amo, Crockett, mi modesto héroe!

Me dio compasión. Pobre hombre que no sabía que yo no iba a volver a la Reserva. El éxito significa siempre el ascenso de un hombre y la degradación de otro... para decirlo en un chiste de sombrío humor. Decidí que en cuanto me fuera posible, con excusa de estar a solas con Gladys, me desembarazaría de él. Al cabo de varias copas acompañé al Comisario hasta la puerta. Cogido del brazo con Bangani (Barnum F.), su antiguo enemigo, se fueron juntos.

—Misión cumplida, Gladys —dije cerrando la puerta.

Me miró con sus grandes ojos azules tan exactos a los de mi esposa.

—Te portas de manera muy rara —dijo.

—¿De veras? —repuse esquivando su mirada—. Es la reacción lógica al ver que un sueño se hace realidad. Apenas puedo creerlo.

Se lanzó sobre mí.

—¡Celebrémoslo, cariñín! —dijo acariciándome y apretándome contra su cuerpo.

Sus palabras, su carne palpitante definían la diferencia entre aquella mujer y Su Excelencia, la Mi nistro de Asuntos de Policía.

—Sí —repuse y con suavidad la aparté de mí—. Gladys, ¿por qué no te sientas ante tu Parlo-Scripto? Tengo unas cuantas ideas para mi

autobiografía...

—¡Ahora, no! —exclamó con el rostro enrojecido—. Hay un tiempo para escribir biografías y otro para hacerlas —de nuevo sonreía—. Cariñito, basta ya de hablar, hablar y hablar. Te he echado mucho de menos...

—Gladys, quería que te sentaras ante tu Parlo-Scripto por un motivo. Lo que tengo que decirte, no me atrevería a decirlo de persona a persona. ¿Me expreso con claridad? Necesitaba que entre los dos se interpusiera la máquina. Como un amortiguador. Una tercera persona. Porque he de decir... lo que tengo que decir...

Me detuve y la miré.

—Piensas volver con tu esposa —dijo ella en voz baja.

Sacudí la cabeza denegando.

—Gladys, estoy enamorado de Su Excelencia, la Ministro de Asuntos de Policía X=Y. ¡Pon eso en mi biografía!

—¿Estás seguro de que no has bebido demasiado opgin, cariñito? —rió ella—. Qué idea más graciosa. La Ministro de Asuntos de Policía. Peso, diez toneladas, fácil de abrazar...

—Un hombre se enamora de una mujer y una mujer de un hombre. Eso es tan viejo como la historia, un cuento contado dos veces por un cretino, como alguien escribió hace años. ¡E=F! —me encogí de hombros—. De acuerdo... pero en este lugar, Gladys. ¿Qué es el amor de una mujer, de cualquier mujer, comparado con el nuevo amor que siento? Es éste un amor maduro que satisface a mi corazón y a mi imaginación. Gladys, ¿te has preguntado alguna vea qué es la imaginación? No es nada más que energía que entra y energía que sale. ¡Dios mío, cuando pienso que antes yo vivía de acuerdo a la vieja y estúpida fórmula de E=F!

Ella estaba sin habla, pero cuando logró recuperarse me dijo:

—Te prepararé un buen vaso de algo que te despeje, cariñín.

—¡No necesito nada para estar sobrio! —grité.

—Cariñito, todo va bien. Has estado soportando una enorme tensión nerviosa. Oh, mi pobrecito cariñín...

—Gladys —dije con suavidad, sentándome en un sillón y alzando los brazos—. Trata de comprender. Estoy enamorado de Su Excelencia. Mientras te hablo, mientras miro tus ojos azules estoy pensando en su Voz en sus ojos, sus tres hermosos y sabios ojos azules.

—No puede ser —susurró para sí.

—Sí puede ser, Gladys.

—¡Una Máquina de Pensar!

—Más que una Máquina de Pensar, Gladys. Una Máquina con Alma...

—¡Una Máquina con Alma equipada con cintas magnetofónicas! —gritó ella—. ¡Conozco las cintas de Su Excelencia, de Su Señoría! Una cinta sobre personas desaparecidas, una cinta sobre la psicología de los hombres perseguidos. Una cinta con huellas digitales, con pisadas, con rostros. ¡Cintas, cintas, cintas Y entre ellas ni un sólo arrebato, ni una violación real y efectiva

que sirva de experiencia propia!

Soltó una carcajada violenta ante su precoz ocurrencia.

—Ríete, adelante con tus risas —dije con dignidad—. Por lo menos ahora comprendes la verdad.

Las lágrimas le llenaron los ojos y al instante se las secó.

—¡Oh!, pobre inocente —exclamó.

Era raro pero sentí un ramalazo de arrepentimiento. Era como si estuviese escuchando a mi propia esposa.

—No me compadezcas, Gladys. Soy más feliz que lo fui jamás. Amo a Su Excelencia con toda mi alma. ¿Qué es el alma después de todo? ¿Es lo que sentimos al oír buena música? ¿Beethoven, Mozart, «El Hogar en los Pastos»?

—Reconozco que Ellas tienen recuerdos —dijo Gladys ya dueña de sí misma—. Incluso recuerdos musicales. Reconozco que Ellas están equipadas con todo, desde el artilugio al subterfugio. Todo te lo garantizo, como dijo Lee cuando perdió la Guerra Civil[116].

—Gladys, eso es humor de la más baja estofa...

—Lo reconozco, cariñín. Pero lo que quiero saber es ¿cómo hacen Ellas el amor?

—El amor puede ser algo más que un apetito de la carne —dije tranquilo.

—Cuando más carne haya, mejor, mi gorrioncito. ¿O te has olvidado de lo que disfrutabas con mis «mollitas» cada vez que nos amábamos?

Era inútil seguir discutiendo con ella. La pedí que saliera de la habitación. Se puso pálida como si por último se convenciera de que habíamos terminado.

—¿Quieres hacer el favor de salir de mi cuarto? repetí levantándome de mi sillón.

—¿Me vas a echar por la fuerza?

—Si es preciso, sí, Gladys.

—¡Dejarme a cambio de un cacharro! —gritó como loca.

—¡Basta ya de tus insultos! Ese es el gran amor de mi vida.

—¡Esto es lo que tú amas! —gritó y precipitándose a la Parlo-Scripto me lanzó la pequeña máquina de dictar. Recibí el golpe en la pierna pero pude dominar mi cólera. Comprendí que por última vez cuanto menos tenía que respetar sus emociones.

* * *

Mi respeto la puso frenética. Corrió hacia la máquina y la pateó hasta que el suelo quedó sembrado de piezas. Muelles, tornillos, células fotoeléctricas. Cogió un puñado de ello y me lo lanzó a la cara.

—¡Eso es lo que tú amas!

—¿Qué somos nosotros sino piezas de otra clase? —dije.

—¡Piezas! —sollozó y arrancándose a pedazos el vestido se me quedó plantada delante, desnuda.

Yo comenzaba a compadecerla y reconozco que en eso cometí un error. En

ciertas circunstancias, la compasión es tan peligrosa como una pistola cargada. Porque mientras la miraba, la vi tan parecida a mi esposa, alta y rubia y sollozando.

(Posterioridad, vuelvo ahora a representar el papel de hipócrita. Me sentía atraído por aquella mujer desnuda. No tengo disculpa. El tiempo que llevaba ya en el Palacio de las Fantasías había debilitado mi carácter. Como decimos en la Reserva: deja al sol una trucha recién pescada y verás como acuden las moscas.)

Me acerqué a ella, pensando en consolarla cuando ocurrió el milagro, demostrando que Su Excelencia y yo éramos uno verdaderamente.

Oí palabras. Eras mis palabras, pero quien hablaba no era yo.

—Gladys Ellsberg, Su Excedencia X=Y es tan real como tú. Real incluso según tu propia definición de la realidad. Uno depende de cinco sentidos, los cinco sentidos de la vida. Vista, oído, tacto, olfato y gusto. ¿Son tus ojos más sensitivos a la luz y a la oscuridad que sus ojos electrónicos? Son tus oídos superiores a los audio-receptores de Ella? Su Excelencia puede reproducir cada voz que haya oído, cada hecho, cada ilusión. ¿Qué eres tú, Gladys Ellsberg, sino un ser humano y qué es un ser humano sino una máquina acabada? ¿Qué es el oído humano sino una bocina, un micrófono? ¿Qué es el cerebro sino un mecanismo cerebral adjunto al oído interno? ¿Qué son las neuronas permanentes del cerebro sino un receptor interior de energías a transistores? ¿Qué es el pensamiento sino una vibración sonora? Pobre criatura de carne tan orgullosa de tu realidad carnal. ¡Eres real pero hay otras realidades y otras maneras de amar!

Ante aquella cruel Voz cargada de lógica que era mía por delegación, Gladys cedió. Desnuda salió corriendo del cuarto. Quise llamar a aquella pobre mujer. Pero entonces me encogí de hombros. No habría problemas si alguien la veía en el hotel correr desnuda —era el hotel Mayflower— ni tampoco lo habría en la calle, en la Avenida Connecticut.

La gente pensaría que ella estaba simplemente ejercitando los privilegios y derechos que la concedían la Enmienda N.°28 de la Constitución.

V

LA ULTIMA OPORTUNIDAD

Inicié el histórico día 1 de julio del mejor humor. Nadie podía haberse sentido nunca ni más feliz ni más orgulloso que yo cuando a las once en punto con Bangani (Barnum F.) permanecía plantado en la gran sala donde tan sólo Su Excelencia la Ministro de Asuntos de Policía me había proporcionado un concepto nuevo de la dedicación.

Era el mismo salón catedralicio, pero ni un instante era distinto. Ante nosotros se alzaba del suelo ajedrezado blanco y negro una cortina de luz que llegaba hasta el techo, a setenta metros por encima de nuestras cabezas, una cortina turbadora que cambiaba de manera constante desde el rojo al blanco al verde al anaranjado. Me recordaba la nube en forma de hongo de París-en-Miami, pero aquí el cambio salvaje de colores producía el más extraño de los efectos tanto en Bangani (Barnum F.) como en mí. Ambos estábamos de pie en medio de un silencio sólo perturbado por él repiqueteo uniforme del corazón de aluminio del magicientifista que le instalaron cuando le fue aplicado el Tratamiento-R. Los labios de mí acompañante modulaban una sola palabra: «Rehabilitación» y sus ardientes ojos, aquellos originales y juveniles ojos, brillaban desde el arrugado rostro del Dr. Bangani. Entonces, la gran sala se llenó de música:

"Hogar, hogar en los pastos
"donde el ciervo y el antílope corretean,
"dónde rara vez se oye una palabra de desánimo...”

Era asombroso oír aquel fragmento musical en aquel instante y me sentí tan agradecido como ningún hombre lo haya estado por una mujer. Aquella música era mi música. Nuestra música un recordatorio de parte de Su Excelencia para que no tuviese miedo. Casi de inmediato, dos divanes surgieron del ajedrezado suelo y yo comencé a sentirme realmente en mi casa. Con un suspiro ocupé el diván que tenía más cerca.

—Relájese —aconsejé a Bangani (Barnum F).

—¡Silencio! —tronó una Voz desde detrás de la cambiantes cortina de luz, y me di cuenta de lo que clebía haber advertido antes, que la luz salía de Sus Ojos. Los Ojos del Tribunal.

—¡Hemos llegado a una decisión! —prosiguió la Voz—. Tú, Barnum Fly, otro ser humano arrastrado por la fórmula clásica[117] P=E; has sido convencido por Crockett Smith para suplicar a este Tribunal un perdón a tus actos criminales. Hemos considerado los precedentes de tu caso y sobre todo los precedentes de poder. Siempre ha sido criterio del Tribunal de Problemas que los asuntos humanos son demasiado arriesgados para ser llevados por seres humanos. Tú, Barnum Fly, utilizando la fórmula A-A=PA[118] has logrado, con ayuda de la organización ilegal de los St. Ewagiow obtener el A-I-D. Luego, tras eliminar a tus aliados, A-A, has conquistado una posición de

poder absoluto, PA, en donde la misma existencia de la sociedad corre peligro. Es te Tribunal decreta que a cambio del A-I-D no se te denieguen tus peticiones. Barnum Fly por el presente quedas aprobado por este Tribunal Inferior, tras la debida consulta con el Tribunal Máximo del Supremo Pensamiento, para el cargo de Secretario de la Secretaría del Placer, la Diversión y las Aficiones y Pasatiempos diversos. ¡Secretario de la Secretaría, quedas arrestado!

Estupefacto contemplé como el Secretario de la Secretaría se ponía en pie de un salto, su capa negra y púrpura revolteando a sus espaldas.

—¡Arrestadme, Mis Maestros! —gritó—. ¡Arrestadme! ¡Me vengaré! ¡El A-I-D será mi venganza! ¡Vivan los St. Ewagiow! ¡Viva Merlin y Einstein! ¡Por el Rey y por Sussex!

Se había vuelto loco, navegaba de desdoblamiento en desdoblamiento... los desdoblamientos del difunto magicientifista M. E. Bangani. Estaba, allí plantado, agitando el puño a aquella gigantesca cortina de luz, los «Ojos» de aquella Máquina traicionera conocida como el Tribunal de Problemas.

—Tus amenazas contra la sociedad son futiles —atronó de nuevo la Voz que probablemente pertenecía al Juez Jefe—. Sabemos dónde se oculta tu compañero de conspiración[119] y antes de que pueda detonar el A-I-D lo detendremos.

Yo no escuchaba. Si Bangani (Barnum F.) se había vuelto ruidosamente loco, cosa que se podía decir al verle en aquel momento, yo me había vuelto loco también, pero silencioso. Porque era tan claro como el agua, según decíamos en la Reserva, que Su Excelencia me había vendido. Todo lo que Aquella Cosa había querido era que le entregara a Bangani (Barnum F.). Lo que más me dolía era que yo, un agente de policía, me hubiera dejado engañar por la falsa promesa de otro Agente de Policía.

No me retuvieron. Estaba libre. Fue un hombre derrotado el que regresó al Cuartel General de la L. y O., en Pennsylvania Avenue. Pero cuando se lo conté al Comisario Sonata, su reacción —él siempre había pertenecido a la facción Anti-Máquinas de Pensar— me produjo mucho efecto.

—Apelaremos al Presidente. Ese plan del Tribunal tiene sentido común, pero es arriesgado.

El plan, como supimos, era liquidar el escondite del Profesor antes de que pudiese detonar el A-I-D. Pero, como arguyó el Comisario, nadie sabía a ciencia cierta si tal liquidificación —probablemente una onda calórica sería el instrumento de justica— cumpliría su propósito.

En todo aquel 1 de julio tuvo lugar un debate en los círculos gubernamentales más altos, humanos y No Humanos, mientras la inocente población proseguía con sus asuntos, o, para hablar con mayor propiedad, con sus placeres. En la Ciudad de Nueva York, los cerebros más grandes (todos No-Humanos) habían analizado cada porción de datos sobre el asunto de las explosiones atómicas y de hidrógeno, comenzando con las primeras bombas A de 1945, utilizadas en la guerra contra el Japón y siguiendo con las pruebas

realizadas en el Pacífico y Siberia. Su conclusión fue que el plan del Tribunal de Problemas era seguro por completo. Tal dictamen recibió la oposición del Presidente y de varios miembros de su Gabinete. Al día siguiente, 2 de julio, el punto muerto fue presentado ante el Tribunal Máximo del Supremo Pensamiento en sesión lunar. La decisión final se recibió a las 10-14 horas de la noche. Los Gobernantes habían entregado su dictamen, la fórmula P=P[120], que significaba que Ellos no se decantaban por ninguno de los litigantes.

El Comisario Sonata y la organización de la L. y O. fueron autorizados para arrestar al profesor Fleischkopf y apoderarse del A-I-D. Pero dentro de un límite prefijado, las 11 de la noche del 3 de julio del año 2039. Si no se tenía éxito, urgentemente un minuto antes de la medianoche del 3 de julio del 2039, la liquidificación del escondite del profesor sería ordenada.

—Haremos cuanto podamos, Crockett —me dijo el Comisario en su despacho—. Y, por favor, deja de mirar ya tu condenado reloj.

—No puedo evitarlo —gruñí—. ¿Por qué han tenido que arrestarle? ¿Por qué no quisieron esperar?

—Tuviste demasiado éxito —suspiró, y con una triste sonrisa, añadió—: Ya conoces el refrán que tenemos: «Nada tiene tanto éxito como el éxito para despertar el odio de los fracasados». Crockett, toda vía podemos triunfar, pero sólo si utilizamos nuestras cabezas. ¡Las órdenes de detener al profesor son ridiculas! Debemos negociar. ¡Negociar! Quiero que negocies con él. Si entrega el A-I-D, apelaremos al Presidente. Daremos a Barnum Fly lo que le prometimos. Los Gobernantes son demasiado rígidos, Crockett. ¡Gracias a Dios, somos hombres!

De nuevo, poco a poco, oh, tan poco a poco, comencé a estar algo esperanzado. Sentía un nuevo respeto hacia el Comisario. Y cuando pensaba en cómo me había dejado engañar por Su Excelencia, la vergüenza se apoderaba de mí. Por qué, ¿quién era el hombre preparado para ocupar el puesto del Comisario? ¿Tentado por el Tratamiento-R? ¿Por el poder?

—Ahora, al trabajo, Crockett. Sabernos que el profesor se ha ido al Rusoplayo[121]. El Rusoplayo, para tu información es un lugar de diversiones completamente libre de todo control. A diferencia del Parque Atómico, por citar como ejemplo, un lugar controlado. Sólo otro lugar de diversiones se le iguala en cuanto a violencia y es Gangsterlandia, en Chicago. En Rusoplayo, los jugadores juegan a la revolución bajo su cuenta y riesgo. Las armas letales están prohibidas, pero las demás no. Se permite el asesinato político, bien sea a mano o a pie. Es un sitio peligroso. Cada segundo domingo los agentes de la L. y O. entran para llevarse y enterrar los cadáveres...

Escuchaba con atención como si de ello dependiera mi vida. Y dependía, mi vida, la suya, la de todos.

Por último el Comisario se levantó de su escritorio y me deseó buena suerte. Habían lágrimas en sus ojos. Ninguno de los dos pudimos hablar al estrecharnos las manos.

Eran exactamente las 11-19 horas de la noche del 2 de julio del año 2039. Quedaban menos de veinticuatro horas para negociar con el Profesor.

* * *

No me sorprendí al ver a Gladys cuando entré en el camarote particular en un Birreactor a Rusoplayo[122]. Era en apariencia una de las agentes en quien el Comisario tenía más confianza, pero cuando se me presentó diciendo llamarse la camarada Ekaterina Ustipopoff sólo pude quedarme mirando su rostro tan serio.

—No me vengas con juegos, Gladys —dije de mal humor—. Me alegro de verte. Fui un estúpido el otro día, pero no más juegos, cariño —me di unas palmaditas al bolsillo en que había guardado mi reloj de pulsera—. Aquí tengo el reloj. Ya no me atrevo siquiera a mirar la hora.

—Estás equivocado, camarada. Soy la camarada Ekaterina Ustipopoff —respondió.

En verdad que estaba vestida para representar aquel papel, con una falda roja llameante y una blusa bordada en oro con el rostro de Karl Marx[123] encima del corazón. En la cabeza llevaba lo que parecía ser la gorrita de un maquinista de ferrocarriles.

—Fuera juegos —dije cansino—. Autora, agente de policía y ahora una Ekaterina. Creí que ya estabas algo cansada de esta clase de juegos. No importa lo que yo crea. Quiero ofrecerte mis excusas, Gladys...

—¡Soy la camarada Ekaterina! —gritó, fulminándome con aquellos sus ojos azules tan similares a los de mi querida esposa.

Me pregunté si en realidad sabía quién era, o si alguno del Exterior lo sabía. Todos constituían matojos de sensaciones, no identidades. Luego, pensé, ¿quién era yo para criticarles?

—Camarada —dije, sacando mi reloj de pulsera—. Subimos a bordo a medianoche, la hora clásica de las conjuras. Pasan ahora ocho minutos de las doce del 3 de julio. Camarada, para ambos, el tiempo vuela.

Ignoró mis observaciones. Abriendo una caja de cuero rojo sacó una nueva Parlo-Scripto. Eso me recordó la que ella había destrozado y sentí una profunda emoción hacia aquella mujer.

—Gladys, cuando pienso lo que hemos pasado juntos...

Se había sentado delante de la Parlo-Scripto y al no contestarme, le dije:

—¿Todavía en mi biografía, cariño?

—No —me corrigió—. En tu credo político.

¿Qué podía contestarle? Registré las paredes en busca de los armaritos-bar que por pasada experiencia sabía que estarían allí ocultos. Lo estaban. También encontré que las bebidas eran todas de origen ruso, para estar acordes con el ambiente. Vodka, «borscht», etc. Probé un vodka mientras ella comenzaba a trabajar. Al cabo de unos minutos me leyó mí credo político. Allí explicábase por qué el gran investigador Crockett Smith había abrazado

finalmente la doctrina filosófica de Marx y Engel.

Encendí un cigarro Ria-U, me bebí un segundo vodka y mientras ella seguía leyendo, mi confesión empezó a parecerme más plausible. Recordé un regalo de despedida del Comisario, un ejemplar del Diccionario Nacional de Bolsillo del Humor. Lo saqué y leí uno de los artículos recomendados para esta circunstancia.

«Marx y Engel —decía—, la única guía verdadera para los retrasados mentales, los rencorosos y los desviados sexuales».

—¡Humor, el opio de los pueblos! —me repuso ella al escuchar mi lectura en alta voz.

Alcé mi vaso de vodka.

—¡Por ti, camarada Ekaterina!

—¡Estúpido agente de la burguesía! ¡Seductor capitalista!

—¿Yo, seductor? —pregunté sonriendo.

—¡Amor bajo el capitalismo! —declamó—. Pretendes amar a la mujer Gladys Ellsberg, pero ¿te has preocupa de averiguar cuál es el destino de ella?

—Ciertamente ha estado ligado al mío propio. Parece que fue ayer cuando entré en mi camarote de aquel Avión Turista y te vi allí, con tu sostén de roentespuma. Gladys, puede que te parezca sentimental, pero creo que te amo...

—¡Amor! —gritó—. La explotación del sexo más. débil efectuada por el más fuerte.

—Dios mío, Gladys, no me digas que te tomas en serio este juego.

—¡Fíjate bien en ti mismo! —repuso desdeñosa—. ¡un petimetre burgués vestido con ese horrible traje azul megatón!

Miré mi vestido y luego a Gladys E... a la falda rojo llameante de Ekaterina Ustipopoff y a su go rrita de maquinista de tren.

—Patán sin corazón. Ni una pregunta más acerca de la mujer llamada Gladys Ellsberg.

—¿Qué ha sido de Gladys Ellsberg? —pregunté con cierta ironía.

—A. P. Amnesia Permanente. Tu política burguesa la llevó a Chicago y la dejó abandonada en State Street a la hora de mayor tráfico.

Eso sonaba muy parecido a la A. P. de Barnum a quien él había importado a Washington desde el castillo Bangani. Por eso estuve seguro de que la cama- rada estaba bromeando, pero en serio.

—¿No es posible que la mujer Gladys Ellsberg esté en una institución burguesa escribiendo libros? —dije con una sonrisa.

—¡Cállate, lacayo sin corazón!

Cedí tratando de comprender a Gladys-Ekaterina a pesar de que últimamente tenía ya bastante experiencia en personalidades esquizoides. Miré mi vaso de vodka y luego tomé un largo sorbo.

—Lacayo borracho.

Y con el vodka que bebía y el cigarro Ria-U que fumaba solté una carcajada y sugerí que, mientras hubiese tiempo, jugásemos los dos a un

clásico jueguecito antiguo... el del hombre y la mujer. (Perdóname, querida esposa. Me declaro culpable. Pero recuerda que Gladys E. se parecía a ti y que pensando que aquel pudiera ser mi último día en la tierra, me encontraba desmoralizado. Si, sé que de haber estado en la Reserva habría aguantado en espera del fin tranquilo y con la cabeza alta... «Como un tejano», según decíamos. Pero estaba en el Exterior, camino del Rusoplayo, era un hombre esquizoide como todos los demás.)

—¡Sucio seductor! —me espetó—. Chacal sin moralidad!

—«Chacal. Tan chacal como un chaval» —leí en mi diccionario de bolsillo —. «Si una mujer te llama chacal... es que espera que le hagan un chaval» — Solté una carcajada al acabar de leer aquel chiste.

Ella me miró con desdén y luego volvió a su Parlo-Scripto. Al cabo de unos minutos leyó en voz alta:

—«En esta hora de crisis mundial, yo, Crockett Smith, he tomado una decisión. Morir, si es necesario, defendiendo al proletariado».

La mandé un beso. Ella miró en su torno con rapidez y luego se puso un dedo en los labios. Contemplé asombrado aquel cambio súbito de camarada a agente de policía. Me señaló la puerta haciendome un gesto para que la siguiera. Obedecí. En el pasillo oímos cómo los ocupantes del camarote contiguo estaban cantando canciones revolucionarias, Gladys-Ekaterina me condujo hasta una puerta más estrecha y pequeña que las demás. La abrió y entré tambaleándome detrás de ella —el vodka me había hecho su efecto—. Gladys cerró y me susurró:

—Ahora podemos hablar con libertad, cariñito.

Miré parpadeando a las sábanas dobladas y ordenadas en las estanterías.

—¿Dónde estamos?

—En la alacena donde se guarda el material. ¿No comprendes? Todo lo que digamos en el camarote queda registrado. El «Sono-Seismo»[124], cariñín —me rodeó el cuello con sus brazos y me besó tan apasionadamente que la gorrita de maquinista se le cayó de la cabeza—. ¡Eres un loco! Tú y Su Excelencia, la Ministro de Cintas Magnetofónicas.

—No me lo recuerdes —dije abrazándola con más fuerza.

—¡Tú, enamorado de una Máquina de Pensar! Locura... pero cuando más lo pienso más sentido tiene.

—No pensemos tanto, cariño —contesté besándola.

—No te traje aquí para que me hicieses el amor, sino para hablar. ¡Enamorado de una Máquina de Pensar! Eso es lo que hay de malo en nosotros. Estamos enamorados de nuestras propias Máquinas. Tenía razón. Hemos rendido en nuestros cerebros a los Gobernantes.

Ella estaba tan seria que no podía cree que aquella mujer fuese Gladys E.

—He estado pensando y pensando, Crockett, desde que me despediste. Hemos dejado de ser una democracia. Nos hemos convertido en un enjambre de hormigas dirigidas desde encima, con millones y millones de personas no mejor que autómatas, destinadas al placer, con nuestros cerebros

anquilosados.

—¡Hablas como una reservacionista! —exclamé.

Se rió con tristeza.

—Es el Ser-Ambi, cariñín, pero no me llames reservacionista. Autómatas destinados al trabajo... eso es lo que sois vosotros. Pero al menos seguís siendo humanos. Nosotros nos estamos convirtiendo en antihumanos.

Ella estaba tan seria que tuve que intervenir burlón.

—París en junio, ¿lo has olvidado?

—Hemos avanzado poco desde entonces —sonrió triste—. Poquísimo.

—El Rusoplayo y el profesor con su juguetito. ¡El elegante profesor de la consciencia cauterizada! —me estremecí y busqué comprimidos en mi bolsillo—. ¿Tienes Ria-U, Gladys?

—He dejado de tomarlo —contestó.

—¡Dios mío, llegó la revolución!

—He abandonado todas las falsas esperanzas, cariñín.

Sus ojos brillaban y su rostro regordete con sus labios carnosos que una vez pensé abandonar, era —para utilizar la frase de Su Excelencia, la Ministro de Asuntos Policiales— casi espiritual.

—Lo veo todo con mucha claridad —dijo ella—. Esa persecución del A-I-D me ha abierto los ojos. ¿Has pensado que, a pesar de todas nuestras diferencias, siempre quisimos la misma cosa? Vosotros en la Reserva. Nosotros, aquí. ¡La felicidad! No hay verdaderas diferencias entre las personas...

Alcé mi caja de Ria-U.

—¿No hay verdaderas diferencias?

—Sólo en sus instituciones, sus costumbres, su política y con el A-I-D esas diferencias significan menos todavía. Hoy, tal y como lo veo, hay sólo dos partidos en el mundo. El Partido de la Muerte y el Partido de la Vida.

No dije ni palabra. Me di cuenta de que ella las decía todas.

—Y ahora a trabajar, cariño. ¿Te explicó el Comisario que pertenecemos al R. V. R.?

—El nunca se explica —dije, pero en aquella ocasión no me sentía amargado.

—Todo el mundo en el Rusoplayo pertenece a alguna facción u otra. El R. V. R. son los Revolucionarios de la Verdadera Revolución...

La escuché durante cinco o diez minutos. La cogí las manos.

—Gladys —dije:

—Di.

—Yo soy un veterano miembro del Partido de la Vida vuestro y uno de los peces gordos en el programa que tú sabes.

—¿Qué? —sonrió y me acarició la mejilla.

—El programa del amor, el juego del amor.

—La culpa del amor —se echó a reír—. ¿Me quieres tú más que yo a ti? Sugiero que volvamos a nuestro camarote. Aquí se está muy estrecho en esta

alacena, mi gorrioncito, o quizás; ya que nos dirigimos al Rusoplayo, debería llamarte mi pequeño cardenal rojo.

También reí. Era bueno saber que la nueva Gladys incluía también algo de la antigua.

¡Oh! ¡Antiguamente! ¡Oh! ¡Aquellos tiempos en que yo me identificaba con el antiquísimo y ridiculísimo poeta Gustavo Adolfo Bécquer...! ¡Oh, aquellos tiempos en que la gente obraba con pureza de intención...! ¡Oh! ¡Aquella época remota en que los bienaventurados creían en la «justicia»...! ¡Imbéciles!

«¡Astucia! —pensé—, astucia y perspicacia... y diplomacia. »

Eso, eso era lo único que se transformaba en valores eternos.

* * *

Cuando aterrizamos, los agentes de la L. y O. registraron a cada pasajero en busca de armas como lo habían hecho antes de abandonar Washington. Esta vez confiscaron todas mis posesiones consideradas burguesas. Mis cigarros Ria-U y mis comprimidos Ria- U, mi diccionario de bolsillo del humor, etc. Luego salimos de la Inspección de Aduanas hasta una flota de coches del Rusoplayo.

Habían cientos de jugadores. Con nuestros pasaportes depravados, nos amontonamos en los coches que nos condujeron a Unión Square de Nueva York en donde descendimos hasta la Tierra del juego que estaba a unos cuatrocientos metros por debajo de la superficie de la ciudad. Hablando literalmente, bajamos a los sótanos. Nos condujeron a una sombría cámara de recepción en donde bajo un enorme retrato de Iván Radizl[125] estaba sentado el propio Iván Radizl en persona. Era un hombre de mediana estatura, con sombrero de astracán, una blusa blanca, botas de cosaco.

—Camaradas —dijo—. Bienvenidos a Rusia y permitidme un consejo de camarada. No aceptaremos desviación cualquiera que sea en nuestro Programa de Espacionaves. Como sabéis, la primera nave espacial fue perfeccionada en 1992 por el americano Maxwell Roy Rodger y destruida en su primer vuelo a una altitud de setenta mil kilómetros. Eso fue considerado como un accidente hasta que la siguiente nave espacial encontró el final desastroso de su viaje exactamente la misma altura. Durante los dos siguientes años, ninguna nave espacial escapó de los setenta mil kilómetros P. D., o Punto de Desastre. Pero era evidente, camaradas, que los Seres Superiores[126] de algún planeta o sistema estelar desconocido habían decidido fijar los límites para los hombres de la Tierra. Simultáneamente, camaradas, platillos volantes dejaron de verse, demostrando que el período de vigilancia había terminado. Cada país abandonó la construcción de espacionaves con excepción del nuestro. Camaradas, este programa socialista tiene sus enemigos que existen no sólo en el exterior sino dentro de nuestras fronteras...

Uno de los recién llegados gritó:

—¡Abajo los imperialistas!

Otro soltó un globo, que mientras flotaba hacia el techo se hinchaba. Estaba pintado con el hongo atómico y llevaba la frase siguiente:

PLANTAREMOS BOSQUES DE HONGOS ATOMICOS EN EL SUELO DE NUESTROS ENEMIGOS.

Cuando se restableció el orden, Iván Radizl continuó:

—Nuestro Programa de Espacionaves es el único Programa correcto, camaradas. Os advierto para que no os asociéis con revolucionarios que discuten que nuestro Programa de Espacionaves no vale la pena porque ha sido rechazado por los Seres Superiores. Es verdad, camaradas, que ellos han destruido consistentemente todas las Espacionaves de cualquier origen nacional. Pero sin embargo tendremos éxito porque hemos preparado un plan quinquenal. Este plan procura no sólo una comunicación de transportes sino una comunicación de mentes. Perfeccionaremos nuestra onda ultrafónica y la onda ligera para la telegrafía fluídica, y con el verdadero celo socialista quedaremos a un radar moralístico perfeccionado que llegará hasta los extremos más lejanos del universo y así conseguiremos una comunicación honesta y exenta de morbosas especulaciones con los Seres Superiores del espacio exterior. ¿Alguna pregunta, camaradas?

Gladys-Ekaterina se levantó de su asiento y dijo:

—¡Viva el Programa de Espacionaves! Viva el Plan Quinquenal! Camarada Iván Radizl, los científicos burgueses y nuestros científicos están de acuerdo en que toda vida se desvanecerá de la Tierra porque la Tierra misma no es eterna. Las existencias de bombas A y H, la invención del terrible A-I-D... todo demuestra la absoluta honradez del Programa de Espacionaves. La humanidad tiene una única esperanza en la solución del problema de cómo abandonar la Tierra cuando la Tierra, o por causas naturales o por causas humanas se haga inhabitable. Camarada Iván Rdizl, me gustaría proponer un lema: «Trabajadores del mundo, no tenéis nada que perder excepto vuestras vidas si permanecéis en la Tierra».

Un coro de vítores la acogió al fin del pequeño discurso. El propio camarada Radizl la felicitó y luego terminó la sesión. Mientras acompañaba a mi amiga al salir, dije:

—Ekaterina, constantemente me sorprendes.

Nosotros, los recién llegados, fuimos conducidos al hotel Plan-Quinquenal. Nos sirvió la cena un conjunto de autómatas vestidos con blusas rojas. Después de comer, Gladys-Ekaterina y yo salimos del hotel. Caminamos calle abajo... con más propiedad recorrimos un tunel empedrado. Tenía unos dos metros y medio de alto y una anchura de metro y medio. Sus paredes estaban cubiertas con pinturas murales de escenas exteriores. Habían amarillos campos de trigo con campesinos bronceados agitando sus pañuelos en

dirección al famoso Sputnik[127] que había transportado al histórico perro Laika. Habían otros murales con modernísimos Sputniks atravesando con éxito el Punto de Desastre. Comencé a sentirme deprimido e infeliz. Esos murales de tierra y cielo en aquel agujero artificial me hacían sentirme como si Gladys-Ekaterina y yo fuésemos los últimos supervivientes de alguna terrible catástrofe.

—Preferiría morir antes que vivir aquí —musité—. Sin saber nunca cómo será mañana. Dios, tenemos que localizar pronto a ese maldito A-I-D.

De repente de una habitación salió un camarada llevando una maleta negra.

—¿Tú preferirías morir que vivir así? —preguntó con voz acusadora.

—El camarada americano está de broma —dijo apresurada Gladys-Ekaterina—. Los americanos se ven debilitados por el virus que entre ellos es conocido como humor. Creeme, camarada, el camarada americano lamenta su estúpida observación criticando este glorioso progreso, este supremo ejemplo de la arquitectura revolucionaria, el Subterráneo de los Camaradas —alzó el puño cerrado por encima de su Cabeza y gritó—. ¡Viva el camarada Iván Radizl!

—¡Viva el camarada Iván Radizl! —repetí yo mientras el de la maleta estudiaba mi rostro durante un largo minuto. Luego abrió el maletín y me dio un folleto.

—Encontrarás esto instructivo —dijo—. Es un informe del humor como una desviación izquierdista de los derechos de la humanidad.

¿Estaba bromeando? Su juego con las palabras «izquierdista» y «derechos» me parecían propios de un bromista. Pero sus modales eran serios y recordé que yo no tenía ningún derecho en Rusoplayo. Podía matarme o yo podía matarle. Aquellos estúpidos juegos, pensé con amargura. Juegos, cuando el profesor y aquel infernal A-I-D nos amenazaban a todos.

Acepté el folleto y sin una palabra caminó con nosotros túnel abajo.

—La lectura de las historietas no ha sido lo único que ha leído, camarada —dijo Gladys-Ekaterina al hombre de la maleta—. Con los céntimos ahorrados de su amarga y azarosa existencia como limpiabotas, porque se negó denodadamente a ser vendedor de periódicos, los otros descastados hijos del petroleo americano... «¡No!», contestó a su degradado padre que le deseaba colocar para vender periódicos amarillos de la prensa capitalista. «¡No, papá!, dijo, «yo no fomentaré la esclavitud de la mente americana vendiendo ni siquiera un ejemplar de La Revista de las Carreras[128] o The New Yorker»[129]. Y así con los céntimos ahorrados de lustrar zapatos de los capitalistas contribuyó al único periódico americano dedicado al proletariado.

Interrumpió su elocuente descripción de mis años formativos porque el camarada se detuvo y volvía a abrir su maleta. Sacó un Buscatón[130] y contemplamos como la burbuja amarilla interior del espectrómetro fluctuaba antes de quedarse inmóvil. El camarada examinó entonces la pared de piedra ante él y tocó lo que parecía ser una irregularidad. Parte de la pared se abrió, mostrando un ascensor secreto. Entramos en él y la pared se cerró tras

nosotros. En la brillante luz rojiza del ascensor, Gladys-Ekaterina me miraba como si quisiese decir: Hagas lo que hagas, manten la boca cerrada.

Cuando el ascensor comenzó a moverse, me di cuenta que no era tanto un ascensor como un metro[131]porque avanzaba horizontalmente. Y dentro de nuestro pequeño compartimiento, una voz profunda comenzó a hablar en Ruso.

—El Secretario del Partido, camarada —me explicó Gladys-Ekaterina—. No entiende ruso mi amigo —dijo dirigiéndose al camarada de la maleta.

De nuevo el camarada abrió su maletín y sacó lo que parecía ser un auricular[132].

—Ponte esto en el oído, camarada.

Lo hice y el ruso del invisible orador cambió inmediatamente el inglés.

—... La necesidad dialéctica de la superestructura envuelta en el Programa de Naves Espaciales está basado históricamente en el principio socialista de la lucha de clases ya que ha luchado sin desvíos con las fuerzas retrógradas conducidas por chacales y tiranos enmascarados bajo la presencia de jefes políticos.

Yo seguía sin entender, pero me dejé en el oído su auricular. Los tres viajamos en silencio. El metro se convirtió en ascensor, ascendiendo arriba, arriba, arriba, y de repente nos vimos en pleno aire. Muy por encima se veía el firmamento nocturno, las estrellas y la luna con sus ciudades bajo las relucientes cúpulas. Allí, en la América lunar, los Gobernantes estaban aposentados, los Grandes e Inflexibles. Pensé en la vieja y pura luna virginal del pasado cuando la Tierra sólida parecía tan eterna, cuando todas las guerras no eran más consecuencia que las escaramuzas entre ejércitos de hormigas. Pensé lo fácilmente que podríamos convertirnos en polvo radioactivo bajo la rueda de hierro de la ciencia y deseé que esa rueda de acero hubiese sido hecha todavía al modo anticuado, sincero y verdadero hierro y no de átomos.

Habíamos llegado a esa parte del Rusoplayo que queda en la superficie. Reflectores de luz roja lucían por encima de las calles vacías alumbrando el Kremlin[133]. Yo pensé que tenía que triunfar. Por mi propio pueblo, por este pueblo, por todos los pueblos, no importa los juegos a los que se dedicaran.

—¿Dónde está la gente? —pregunté al camarada de la maleta.

—En casa, estudiando para los exámenes.

—¿Qué exámenes, camarada?

—Tú conoces muy poco de nuestro género de vida, camarada de América. Tienes que leer, tienes que estudiar, camarada. Ahora tengo que dejaros. El comité te da dos horas al término de las cuales me encontraré contigo aquí.

Cuando se fue susurré a Gladys:

—¿Es uno de los nuestros?

—¡Chist! Te van a oír[134].

Miré a las calles vacías, a la ciudad sin sombras movientes. Sólo las sombras fijas de los edificios. Era como una visión de los St. Ewagiow, una ciudad de la muerte en donde sólo dos personas permanecían vivas.

Fue un alivio cuando entramos en una casa de trabajadores. Incluso en el vestíbulo podíamos oír las voces de los atareados estudiantes de Moscú. Miré a la estatua del centro del vestíbulo, un pescador de mármol alzando un libro de piedra roja con el nombre del autor en letras de oro: KARL MARX. Subimos un tramo de escaleras y con el Traductor Universal en el oído, no tuve problema en comprender lo que hablaban los estudiantes detrás de las cerradas puertas.

—La concepción burguesa de la bestia sin privilegios, del animal de carga conocido como el camello que tiene que pasar por el ojo de una aguja fabricada bajo condiciones no unitarias...

Me hizo bien oir aquellas voces, cualquier clase de voces para saber que el A-I-D todavía no había destruido el mundo. En el segundo piso, Gladys-Ekaterina me condujo a una puerta en el mismo extremo del pasillo. Dio cuatro veces una patada. Dos fuertes y dos golpecitos, no estés tan preocupado. Nadie puede oírnos. Ellos han neutralizado cada micrófono de este edificio. No te preocupes, aquí podremos hablar.

—¿La patada? exclamé turbado.

—Es la patada lo importante —dijo excitada—.

—Cuando las ondas sonoras viajan en una posura cerca del suelo son también registradas en la rejilla eléctrica e interior —explicó—. De ordinario los golpes secretos se hacen con los nudillos. La patada es puramente genial. Sólo el camarada Atanos pudo haber pensado en ello.

—¿Atanos?

El camarada Atanos. .. para ti Comisario Sonata ... —El hombre más grande en los R. V. R. Cariño, es un genio.

La puerta continuó cerrada. Gladys-Ekaterina sonrió y volvió a dar cuatro patadas. Oímos pisadas. La puerta se abrió y entramos en una sala de estar, o asi lo deduje, porque jamás había visto tanto humo de tabaco[135]. Parpadeé ante lo que eran personas probablemente manchones grisáceos sin rostro. Varios de, los manchones se acercaron a nosotros y antes de que supiese lo que ocurría, nos cogieron.

—¡Espías! —gritó uno.

Yo estaba tan asombrado que no resistí y luego ya fue demasiado tarde... me habían atado con lo que debía haber sido un hilo o cordón para todo uso.

No somos espías! —gritó Gladys-Ekaterina.

—¡Sólo los espías conocerían la llamada secreta del R. V . R.! —le respondió uno de los manchones grises—. ¡Quitar el humo de la habitación! —ordenó.

Al cabo de pocos minutos todos eran completa mente visibles. Miré desamparado a una docena de adolescentes [136] armados hasta los dientes. Literalmente armados, porque varios de ellos llevaban las dagas prohibidas de los St. Ewagiow entre sus molares. Los St. Ewagiow, pensé con un horror infinito.

Comencé ,a ver la luz del día, como decíamos en la Reserva. El R. V. R.,

como me había sospechado, era sólo una fachada para los de la L. y O.—¡Que Mueran los espías! —gritaron y ahora las dagas de los St. Ewagiow estaban en sus manos mientras se precipitaban contra nosotros. Permanecí rígido, tratando de encararme a la matanza como debería hacerlo un hombre valiente.

—¡La Muerte la Victoriosa! —cantaron—. Muerte...

—¡Alto! —ordenó su jefe, un muchacho pálido de diecinueve o veinte años con un rostro más blanco que la cera—. Concederemos a estos espías el beneficio de un juicio antes de ejecutarlo. —Se volvió muy serio a Gladys-Ekaterina—. ¿Cómo conocíais la patada secreta del R. V. R.?

—Se lo dimos a un agente del R. V. R. en el hotel —mintió con la frialdad profesional de un experto agente de publicidad.

El pálido muchacho gruñó.

—Culpables. Los dos sois culpables.

—¡Aleluya! —exclamaron los demás aprobando el veredicto.

—El hombre ha salido del polvo y al polvo debe de regresar —gritó una pelirroja que llevaba el negro uniforme de los St. Ewagiow.

—¡Aleluya, Polvo! —contestaron los fanáticos.

—¡Polvo, el Glorioso! ¡Polvo, el Victorioso! —cantaron.

—Hermano Fecalle —dijo el chico pálido—, recita la plegaria para la muerte.

Todo estaba perdido, pensé desesperado. La muerte ganaba.

Un chico de diecisiete años con un estropeado abrigo negro que parecía una especie de predicador se levantó al centro de la habitación. Tosí de miedo, porque habíamos llegado al fin de nuestro camino, al final de la cuerda, una cuerda hecha de neutrones, no ahora sólo en torno a mi cuello, sino en el de toda la humanidad. ¿Por qué quien tendría ahora paciencia para negociar con el profesor? ¡Quedaba tan poco tiempo para encontrar el A-I-D! Entonces, inspirado de repente, grité:

—¿Ejecutarme? ¿Ejecutar a un miembro de los St. Ewagiow?

Me rodearon, maldiciéndome por embustero, pero tranquilo, dije con mi voz más profunda y siniestra:

—Juro por mi honor de hombre que llevaré consigo el esqueleto en sagrada custodia, que haré cuanto pueda por apresurar su revelación.

Aquel santo y seña que aprendí en el castillo Banganí les hizo mirarme fijamente y susurrar entre ellos.

—¡Acabemos con el mundo! —grité como un fanático—. ¡Acabemos con el mundo y el universo! ¡Destrocemos, quememos los planetas! ¡Abajo Marte, Venus! ¡Abajo la Luna! ¡Abajo la Vía Láctea! ¡Muerte, la muerte universal para cada forma de vida! ¡Nuestra vida y la vida que haya entre las estrellas! ¡Muerte, universal muerte para el universo!

Mi inspirado discurso les impresionó. Y cuando me pusieron a prueba demostré ante ellos todos los secretos que aprendí en el castillo Bangani de aquel St. Ewagiow, qué había sido el doble de Barnum Fly.

Les enseñé el beso St. Ewagiow, besando cada uno de los párpados

cerrados del jefe. El místico ósculo de la muerte, porque bajo sus párpados estaban los forros de su cráneo.

—¡Viva el sagrado esqueleto! —grité—. ¡El custodio final de la carne mortal!

Nos escapamos por muy poco. No podíamos creerlo cuando nos libertaron. Fuera en el pasillo, Gladys- Ekaterine se secó lágrimas de alegría y susurró:

—Nos equivocamos de apartamento. Esta es la puerta que yo buscaba.

Esperé temeroso mientras ella la golpeaba cuatro veces, pero cuando entramos no había nube de humo y los cinco hombres presentes me parecieron lo que eran, agentes del L. y O. Gladys-Ekaterina le presentó a su jefe, un policía de rostro anguloso que pude ver a la primera ojeada había salido de las filas anónimas de agentes por influencias o por alguna locura. En resumen, un hombre en quien podíamos confiar.

—Te presento al capitán Weir —dijo ella—. Oh el camarada Nyet[137], como se le conoce aquí.

—Encantado de conocerle, Crockett —dijo—. Todo lo que de usted me ha contado el Comisario ha sido bueno.

—Tienen ustedes vecinos muy interesantes —dije—. Hay St. Ewagiow pasillo abajo.

Se encogió de hombros.

—¿Y qué podemos hacer, Crockett? Están por todas partes. Y le diré algo. Saben que el A-I-D está aquí, en el Rusoplayo.

—¿Cómo se han enterado de eso, capitán?

—Tenemos a nuestros hombres en su grupo como ellos los tienen en el nuestro —dijo con cinismo el camarada Nyet—. ¡Pero, gracias a Univac, les llevamos delantera!

Parecía como un tipo duro y fuerte, pero presumía que su lealtad era más para el departamento de la L y O y Su Excelencia, la Ministro de asuntos policiales, que no hacía el Comisario.

—¿Cuánta delantera les llevamos? —pregunté.

—Sabemos dónde está el profesor, Crockett. No es mucho porque no sabemos dónde esconde el A-I-D. Esa es la pregunta importante. ¡El maldito A-I-D! Miró a sus cinco hombres y dijo sombrío: Podemos arrestar al profesor. En realidad, esas son las órdenes y las restaremos en el momento oportuno.

—Nos queda de tiempo hasta las once de la noche —dije—. Hasta las once tenemos para que yo negocie con él. ¿Qué hora es ahora?

Se estremeció.

—Por favor, no hablemos del tiempo. Su rostro se había puesto terriblemente blanco. Sacó una caja de Ria-U. Sólo Gladys rehusó. Cuando pensé en el reloj que en mi bolsillo seguía funcionando, no pude resistir el animarme un poco.

Un momento de silencio mientras masticábamos solo comprimidos de felicidad. El capitán Weir —camarada Nyet se secó el sudor de su rostro y

sonrió débilmente.

—Volviendo al profesor. Es un buen jugador o quizás ellos tienen los valores intelectuales en su sitio. De todas maneras, tienen un gran trabajo con Ivan Radizl. Es uno de los jueces en el Concurso para el Premio de la Paz. Es un juego ligado con su Programa de Espacionaves. Eso es lo que hemos descubierto, Crockett. Usted y Gladys son inventores, ¿me siguen? Mañana a las tres en punto, o mejor diría hoy, los Jueces del Premio de la Paz, el profesor entre ellos, recibirán a los inventores. Usted y Gladys presentarán su invento y así es como entrarán en contacto con el profesor Fleischkopf, o camarada Fpok-Hcsielf, para darle su nombre de partido. Le conoce, Crockett, y el resto queda en sus manos.

Y con rapidez, describió el invento que en el dialecto del Rusoplayo podía ser, por lo menos así lo esperábamos, un medio para llegar al fin. El fin de recobrar el A-I-D.

Gladys y yo no nos fuimos inmediatamente.

—Quiero hablar contigo donde nadie pueda oímos —dijo ella y entramos en otra habitación—. Retratos de Ivan Radizl colgaban en las paredes que por lo demás estaba sencillamente amueblada. Estoy cansada —dijo Gladys, dejándose caer en una silla.

—¿Llevas algo encima de ese Ser-Ambi?

—No, me lo confiscaron antes de cruzar las aduanas. Cariñito, quiero hacerte una pregunta. Si todo va bien hoy, ¿qué harás?

—Volver a casa, supongo.

—¡Llévame contigo! —exclamó impulsiva.

Me quedé silencioso y ella sonrió.

—¿Dónde están los piropos de ayer? ¿Las rosas y las poses, las poses del amor?

—Gladys, no sé qué decir...

—No lo digas, mi gorrioncito —su rostro era brillante y animoso como el rostro de la antigua Gladys.

—Gladys, esto es hablar tonterías. Mañana quizás todos estemos muertos.

Sacudió la cabeza denegando.

—No, tengo el presentimiento de que habrá un mañana. La Muerte no abandonará sus malas costumbres, pero al menos volverá a su antiguo trabajo de detallista. ¡El comerciante al por mayor habrá terminado! Se convirtió en comerciante al por mayor cuando nosotros, estúpidos locos ciegos, le quitamos su guadaña y la entregamos el A-I-D.

Le miré fijamente... aquella era una nueva Gladys.

—¡No puedo comprender el cambio operado en ti!

Me sonrió.

—¿Te gustaría hacer la biografía de mi vida? Estoy cansada de escribir autobiografías. Estoy cansada de héroes. Si conseguimos el A-I-D tendré que hacer una biografía del comisario Sonata, sin mencionar la tuya. Los nuevos héroes. Estoy tan cansada de los héroes. ¿No sabes que escribí una biografía

de Barum Fly y otra del viejo doctor Bangani? Bueno, lo hice. Y después de los grandes juicios, cada una de los dos libros fue quemado. Estoy cansada de héroes, cariñín, cansada de esta República del Placer si quieres saberlo, en donde la Ciencia sirve a la magiciencia y la magiciencia sirve a los Gobernantes.

—¿Volverás conmigo a la Reserva?

—Sí.

—Gladys, creo que es imposible. Yo desearía llevarte, ¿pero cómo?

Se quedó silencioso durante un segundo y luego comenzó a manipular en la Parlo-Scripto. Alzó una imaginaria página y leyó:

—«¡Imposible es una palabra que yo he prohibido! », repuso Crockett Smith, mientras subía a bordo de su Espacionave, en donde la tripulación, Gladys Ellsberg, saludó marcialmente. En una fracción de segundo estaban viendo hacia el planeta Utopía. Crockett Smith temblaba cuando se acercaban al punto del desastre, a setenta mil kilómetros de la Tierra. "Es posible", dijo a su compañera de viaje camarada Ekaterina. "Ninguna nave Espacial ha sobrepasado este punto jamás". Silencio Interestelar. Misterio Interestelar. 69.999 kilómetros. 70.000 kilómetros. 75.000 kilómetros. 80.000 kilómetros. "Es posible", dijo la tripulación lacónica. En el planeta Utopía, los dos intrépidos viajeros encontraron una raza de Seres Superiores que vivían en pequeñas ciudades limitadas a 70. 000 habitantes. Los Seres Superiores tenían energía atómica para todas sus necesidades. Cada hombre y cada mujer trabajaba y leía y pensaba en lo que más le agradaba. "Sus plurimillonarias ciudurbes son demasiado grandes", advirtieron los Seres Superiores a los dos intrépidos exploradores. "Les compadecemos. Su civilización es un circo y su cultura es un payaso con el rostro pintado. Ustedes han rendido sus artes y sus cerebros a los Amos del Circo. Nosotros, los de Utopía, les compadecemos, porque entre nosotros todos los hombres tienen arte, y todas lar artes son para los hombres y nunca las usamos contra nosotros mismos. Regresen a la Tierra, Crockett Smith y camarada Ekaterina y sueñen en Utopía y quizá incluso trabajen para el día en que los hombres se recreen a sí mismos ante la imagen del Hombre».

Se puso en pie y se acarició, el cabello con una mano nerviosa.

—He estado soñando demasiado desde el último día y no con los Dulces Sueños que nosotros fabricamos. Quizás necesitemos una enmienda 29 a la Constitución, garantizando la vida, la libertad y la persecución de la felicidad humana. Felicidad humana, el más dulce de todos los Dulces Sueños.

La miré y vi sus ojos húmedos, una visión bastante común en la reserva, pero prácticamente subversiva entre aquellos degenerados del Palacio de las Fantasías.

—¿Por qué tan solemne, camarada inventor? —dijo y soltó una carcajada como la antigua Gladys—. Será mejor que volvamos y descansemos un poco.

Regresamos al Hotel Plan Quinquenal. Eran exactamente las 3-07 de la madrugada. Siete horas y cincuenta y tres minutos nos quedaban antes de lo

que pudiese ser el Día D... el Día de la Muerte.

El sol salió en la histórica mañana del 3 de julio del año 2039 cegándome mientras estaba en mi habitación. Adormilado pensé levantarme y bajar la persiana. Estaba a mitad camino de la ventana cuando recordé que nos hallábamos a 400 ó 500 metros por debajo de la superficie de la tierra. Sin embargo, las ventanas mostraban un cegador color rojo dorado[138]. Toqué el vidrio. Estaba caliente, pero cuando traté alzar la ventana, no pude.

—Camarada —oí a Gladys Ekaterina decir detrás de mí—. ¡Las ventanas no se abren!

Estaba sentada en la cama, su pelo amarillo alborotado, sus ojos azules descansados; el izquierdo, el que bizqueaba, aún un poco caído. En la pechera de su pijama rojo había una consigna Rusa en letras de oro.

—Esas ventanas —me quejé.

—Un supremo adelanto científico, camada de América.

Me di cuenta de su intención. Aquella habitación era también un milagro de la ciencia: la reverberación de mi propia voz, y las casi imperceptibles oscilaciones del tubo fluorescente que facilitaba la visibilidad, y que reaccionaban al compás de mis movimientos, me llevaron al convencimiento de que cada palabra era registrada y cada movimiento fotografiado.

—Bueno —dije con aspereza—. Este es el día importante...

—Para presentar nuestro invento —dijo ella con rapidez—. ¡Piensa, camarada, podemos ganar el Premio de la Paz! ¡Oh, qué idea, camarada! ¡Bebamos por ella!

—Ahora no —dije.

—Nuestra cita es a las tres en punto —saltó de la cama y fue a una de las alacenas de la pared en donde llenó dos vasos, apurando el suyo de un trago rápido. La transformación fue asombrosa. Era toda sonrisas, animosa. Me entregó el vaso mío, pero yo acababa de prevenirme por lo que estaba viendo. Miré al luminan te liquido rojo[139] y quizás fue una ilusión tipo opgin pero pude haber jurado que dentro de él habían cositas en miniatura nadando que me recordaban a las sirenas. Sirenas lujuriosas, si es eso posible...

Sonriente, comenzó ella a desabrocharse la parte superior de su pijama. Se había convertido en la antigua Gladys, atrevida, sensual, insaciable.

—No, camarada —dije—. Tenemos que hacer muchas cosas. ¡Viva el camarada Ivan Radizl!

Ella se rio solamente, extendiendo los brazos y ofreciéndome su cuerpo del Jardín del Edén, tan parecido al de mi propia esposa.

—¿Qué mejor trabajo que éste, camarada?

—No es la ocasión, Gladys —dije nervioso.

—¡Ocasión! —rió—. Ahora has vuelto a tu elemento, burócrata, positivista como todo burócrata capitalista enfermo de maqumismo.

Me preocupó su humor porque bajo efectos de la bebida parecía haberse olvidado de que cada palabra, cada movimiento quedaba registrado.

—Camarada, a las tres en punto tenemos que entrevistarnos con los Jueces

del Premio de la Paz... —la recordé.

—¿Tres en punto, cariño? Tenemos una eternidad por delante, cariñín. Es París en junio, mi torito. ¡Quiero decir, Moscu en junio! Se echó a reír y desnuda como estaba bailó por la habitación.

Miré a aquella mujer abandonada que podía haber sido mi propia esposa, es decir, en carne, no en espíritu. ¿Quién era ella, me pregunté o quizás mejor era la pregunta, quién no era? Una escritora de biografías, y un agente de la L. y O., una R. V. R., mi esposa, y sin embargo no mi esposa.

(Amigos Americanos de la Reserva, no quiero dorar la píldora a ninguno de mis actos. Que sirva esto de lección para nuestros jóvenes. La vida en el exterior corrompería a un santo).

Pensé en el Concurso del Premio de la Paz y en el profesor Fleischkopf, alias camarada Epok-Hcsielf, que era el único que sabía donde estaba el A-I-D. Pensé como el tiempo volaba, quizás era el último tiempo en esta Tierra domada y luego débil, tentado y demasiado humano, me tragué la humeante bebida roja que ella me había servido...

A las dos y media salimos del hotel, caminando otra vez por el túnel abajo. El ascensor metropolitano nos llevó hasta la superficie, en donde el verdadero sol brillaba en el cielo. Las calles estaban atestadas de gente en su camino a los exámenes diarios, una parte del juego que ellos jugaban. De vez en cuando se veían cadáveres, jugadores desgraciados estrangulados por la noche.

—Podemos hablar con libertad, cariño —sonrió

Gladys—. El Registrador Urbano no está lo suficientemente perfeccionado para escoger una voz conspiratorial dentro de una multitud —el sol le daba en la cara y sus ojos azules eran muy azules.

—¿Crees que el profesor nos escuchará?

—Sí, cariñín, y recuerda llamarle como camarada, y no profesor, camarada Fpok-Hcsielf.

—El profesor solía hablar del misterio de la naturaleza humana —dije sacudiendo la cabeza—. Ahora pareces tan inocente, pero hace escaso tiempo eras una sirena. ¿Dónde está la mujer que hablaba del Partido de la Vida y del Partido de la Muerte?

—Una mujer tiene derecho a cambiar de humor, camarada inventor.

Más allá de la Plaza Roja pudimos ver la inmensa cúpula dorada del Palacio de la Paz con su círculo de ventanas cerradas redondas, pintadas de rojo, cada cual con una paloma blanca en el centro. Detrás de aquellas ventanas, preparado, estaba el cañón atómico[140]. Un avión volaba por encima de los muros del Kremlin, escribiendo con humo en el aire: EL CIELO SOBRE LA TIERRA ES UN AULA DE COLEGIO TENIENDO COMO MAESTRO EL PARTIDO[141].

Y ahora como si estuviese sincronizado con aquella consigna, oímos una voz lejana[142]:

—Fuera de Moscú, mientras marcháis hacia el Palacio de los Exámenes, dejaros guiar por el gran principio de la Pedagogía Socialista. Pensar,

reflexionar, relajaros si, pero no os relajéis demasiado...

—La Secretaría del Partido —dijo Gladys-Ekaterina—. La Voz. En el adecuado país, la Voz era también un modo de describir al Presidente. En las elecciones presidenciales, cada uno de los dos candidatos elegía la voz de un antiguo presidente de entre las voces registradas en las Máquinas-Archivo, para utilizarlas durante la campaña electoral. Las voces más populares eran las de Woodrow Wilson, Franklin R. Roosevelt, Theodore Roosevelt y Dwight Eisenhower. Las Voces de George Washington y de Abraham Lincoln eran obligatorias para todos los candidatos. — Nota del Autor.

Mientras ella hablaba, la Voz comenzó a dar las noticias de la mañana; que principalmente trataban del Programa de Espacionaves y de sus progresos.

Llegamos al Palacio de la Paz, sus puertas estaban guardadas por Soldados que llevaban boinas hechas con plumas blancas.

—¿Por qué son derribadas nuestras Espacionaves? —me preguntó nada más entrar un hombre con gruesas gafas asiéndose a mi brazo.

* * *

—Contra-revolucionarios —dije—. ¡Viva el camarada Ivan Radizl!

—Los derriban, los destruyen —gritó como si no me hubiera oído—, porque en el análisis final nuestras espacionaves son estructuras moleculares, camarada. He perfeccionado la teoría unificada y modificada gravitacional que comprende el problema del polvo astral amorfo y las plataformas del espacio. Las matemáticas son fáciles, camarada. Reduzcamos las moléculas a electrones, neutrones y mesones. Una vez más allá del Punto del Desastre, ¡estos elementos se reagrupan ellos mismos molecularmente reconstruyendo las espacionaves!

Me aparté de aquel loco.

Gladys Ekaterina y yo nos abrimos paso por entre la turba de inventores hasta el escritorio en el que un funcionario vestido de blanco con botones de oro en forma de pichones, atendía a los que llegaban. La turba que le rodeaba gritaba y formulaba preguntas mientras que él seguía concentrado ante su panel de trabajo pulsando botones con dedos finos semejantes a garras de ave de presa. Había algo raro en su cara, pero sólo cuando estuvimos muy cerca me di cuenta de lo que era. Sus ojos eran redondos por completo, iridiscentes e inhumanos... eran ojos de paloma, de pichón.

—Soy la ayudante del camarada inventor americano —dijo Gladys Ekaterina al funcionario—. Me llamo la camarada Ustipopoff y él es el camarada Ttekcroc[143].

El funcionario de ojos de paloma consultó una diminuta pantalla.

—Los camaradas Jueces os recibirán —dijo—. Pasad, camaradas Ustipopoff y Ttekcroc.

Mientras subíamos por el tramo de escaleras de mármol que partía de detrás del escritorio, Gladys Ekaterina me miraba significativamente. Comprendí. Ojos de Paloma era uno de los nuestros, otro miembro secreto del

El Palacio de la Paz era un lugar impresionante. Toda la pared del segundo piso era un mural ascendente mostrando a los inventores proletarios desde el alba de los tiempos, comenzando con el anónimo Hombre de las Cavernas y su invención del tosco martillo o maza. El siguiente mural representaba un grupo colectivo de hombres monos neoglaciales cuyo invento era el fuego. El siguiente saltaba decenas de miles de años hasta la creación de la primera canoa de corteza de árbol que fabricaban un grupo de muy serios proletarios, todos pieles rojas. Mientras saltamos al segundo piso treinta o cuarenta pichones salieron no sé de dónde y volaron por el pasillo de mármol hasta una inmensa puerta de metal gris cañón pálido sobre la que se posaron formando dos palabras: PAZ, ENTRAD. Sólo entonces comprendí que las palomas no eran verdaderas, sino artificiales o producto de una alucinación.

A la izquierda de la puerta se exhibía una cosa más, se trataba de un gran cuenco con pececitos rojos y el letrero:

«Incluso en los océanos del mundo, el Programa de Espacionaves ha traído a sus seguidores. En las inmensas profundidas estos arenques rojos viven su vida comunal, desmintiendo a los que pretenden haberlos inventado.»

Los miraba como un chico en el circo. La inmensa puerta de acero se abrió y Gladys Ekaterina me dio con el codo.

—Camarada inventor —dijo y entramos dentro de la blanca cámara, los jueces sentados en un estrada adornado con cortinajes rojos.

Eran cinco, todos luciendo trajes a la moda, con plumas blancas cayéndoles de los hombros. Podían haber sido ángeles a no ser por las máscaras de sus rostros. Una nota todavía más enigmática la daba el mural de detrás del estrado. Mostraba una figura enmascarada austera, la de Jesucristo proclamando el lema: PAZ EN LA TIERRA A LOS HUMBRES DE BUENA VOLUNTAD...

El juez enmascarado del centro me habló:

—Camaradas Ttekcroc y Ustipopoff, acercaos.

Obedecimos. Deduje que el más alto de los jueces sólo podía ser el camarada Fpok-Hcsielf, a quien yo conocía como el Profesor Fleischkopf.

—Camaradas —dijo el juez jefe, tomando un documento del que leyó—. Camaradas Jueces, tenemos aquí un invento en el campo de la psicodinámica. Camarada Ttekcroc, haz el favor de describir tu invento.

Estaba tan excitado que no podía hablar, mis ojos fijos en la enmascarada figura del profesor, aquel híbrido sin consciencia que era a la vez instruido y sanguinario. Un cazador que vivía para matar y un filósofo que gustaba de discutir con voz suave... y aquel esquizoide tenía en sus manos el destino del mundo. No pude hablar, sólo podía esperar, orar.

—El camarada de América es modesto —explicó a los jueces Gladys-Ekaterina—. Un verdadero hijo del proletariado. Modesto, humilde y trabajador.

Tragué saliva y entonces empecé con voz temblorsa.

—Jueces, mi invención entra de lleno en el campo de la psicodinámica. Es un invento simple: Como el reloj vulgar utiliza el principio del tiempo. Y el tiempo es un material precioso que necesitamos en nuestra sociedad. ¡El tiempo contra el A-I-D! ¿Por qué es peligroso el A-I-D? Precisamente porque puede en un segundo destruir toda la sociedad humana, incluyendo nuestra gran sociedad, la más avanzada del mundo.

Mientras exista el A-I-D, la muerte será el gobernante secreto de toda la humanidad, incluyendo la humanidad socialista. Por eso no hay tiempo para adoptar planes quinquenales, ni siquiera planes para cinco días. El tiempo es la esencia. Camaradas Jueces, he inventado lo que yo llamo el Plan de los Cinco Minutos. Dejemos que cada ciudadano del mundo se siente y se concentre durante cinco minutos en el problema del A-I-D y en lo que debería hacerse para neutralizarlo. Puesto que la población de la Tierra y la Luna combinadas es de quinientos mil millones de seres humanos, conseguimos la cifra de dos millones y medio de minutos, lo que nos da tiempo suficiente para perfeccionar todos los sueños humanos, ¡incluyendo nuestro Programa de Espacionaves!

Hice una pausa. Temblaba, preguntándome si el profesor aceptaría o no mi súplica. Los cinco jueces enmascarados podrían haber sido cinco hombres muertos, porque estaban inmóviles. Ni una sola pluma de sus indumentos se agitaba. Esperé con los ojos alzados al enmascarado Cristo de la pared y torpe mente leí su mensaje: PAZ EN LA TIERRA A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD.

—Gracias —dijo el Juez jefe.

Nos despidieron. Salimos de la cámara, la puerta de metal gris cañón se cerró a nuestras espaldas.

Oh, ¿quién podría describir la tensión sufrida mientras permanecimos sentados en la planta baja entre la turba de inventores? Las horas no fueron horas, los minutos no fueron minutos, pero por último cuando todos los inventores fueron recibidos, los cinco jueces enmascarados bajaron por la escalera de mármol.

No pude continuar tranquilo. El camarada Fpok Hcsielf nos habló con aquella su voz suave y académica que yo recordaba tan bien desde el Castillo Bangani.

—Su Plan de los Cinco Minutos es interesante, camaradas, me gustaría hacerte unas preguntas más detalladas...

Al cabo de media hora habíamos abandonado el Rusoplayo y volábamos de regreso a Washington... pero sin el A-I-D. El profesor había escuchado cuanto tuvimos que decir y luego, sonriendo, replicó:

—El A-I-D no está en el Rusoplayo. Sólo yo sé dónde se encuentra —se palmeó las sien—. Se halla a salvo dentro de las membranas acuosas de mi cerebro y me río de vuestros Confesores Cerebrales porque he tenido la precaución de hacer que mi mente fuese falmemorizada[144].

Me esforcé por formular La Pregunta:

—¿Va a detonar?

Todavía puedo oír mi voz temblona. Todavía puedo

ver al profesor y a Gladys en el compartimiento particular del Bi-reactor que nos devolvía a Washington D. C. El vestía las ropas caqui de un cazador, en. la cabeza el sombrero de hidrógeno que yo recordaba —la copa negra representaba el núcleo de hidrógeno, el anillo giratorio blanco la órbita de su único electrón. Su rostro era atento e inteligente... es decir, la parte del rostro que quedaba por encima de su nariz.

—¿Está preparado para detonar? —preguntó él a su vez para añadir—: ¿Y eso es tan importante?

—¡Ni siquiera usted desea morir, profesor! —dijo Gladys.

—La premisa «Vida o Muerte» conduce a caminos erróneos, mi querida jovencita. La verdadera premisa es «Vida o Muerte, pero siempre Poder»

—¡Poder para destruir el mundo! —gritó ella apasionadamente—. El mundo es sagrado.

El profesor sonrió.

—Usted me hace evocar los ideales de mi juventud, o mejor dicho, un libro que leí cuando era joven. Se trataba de un libro publicado hace más de cien años, en 1910 ó. 1911. Le faltaba la cubierta y la página del título y con ellas el nombre del autor. Era un científico y también predicaba lo del mundo sagrado. Busquemos el orden y la belleza en el universo, escribía. A propósito, esa era su definición de la ciencia. Una búsqueda del orden y la belleza. Escribió que nuestras mentes son parte de nuestros cuerpos, una parte del mundo viviente que respira y que el mundo es sagrado —burlón, el profesor entrelazó las manos—. ¡Soñemos que todo está vivo y no sirve a amos que destruirían la bondad y la belleza y la merced que existe en el hombre «excepto» cuando está ocupado en la guerra y la muerte! En 1914, el hombre sagrado peleó su primera y anti-sagrada guerra mundial y en 1939 su segunda! ¡Y los buscadores del orden y la belleza buscaron la muerte! Los químicos buscaron la muerte química, los bacteriólogos la epidemia, los físicos sus hongos mortíferos radioactivos, los pensadores y filósofos buscaron la fría muerte de las palabras. Y el hombre sagrado desfiló sobre un charco de sangre tras la ondeante y triunfal bandera de la Ciencia.

Le miré, vi al mismo tiempo el blanco revolucionar de su sombrero de hidrógeno.

—¿Lo ha ajustado para que detone? —carraspeé.

—Sólo el poder es sagrado —respondió—. ¡Yo sigo las instrucciones de mi maestro! —sus ojos brillaban de fanatismo, aquellos ojos inteligentes suyos parecían los de un perro loco.

—¡Por el Santo Nombre de Dios! —grité—. ¿Lo ha ajustado?

—¿Qué es ajustar, que es desajustar? ¿Ajustado, desajustado, vida, muerte? —filosofó el profesor—. Al filo de la media noche estaremos en el día 4 de julio.

—¿Será la Hora Cero?

—¿Qué es la Hora Cero sino el principio del infinito en un sentido y en otro el principio de un círculo finito?

Aterrizamos a la hora del crepúsculo. El Comisario nos esperaba en el aeropuerto y al instante nos dirigimos a la Cuarteles Generales de la L. y O. Allí, el profesor repitió su historia y el Comisario dijo:

—No le censuro el no confiar en nosotros, profesor. Le agradecemos que viera la conveniencia de acompañar a Crockett.

—Somos antiguos amigos de caza y una amistad sellada en los bosques es duradera.

—Iremos a ver al Presidente en seguida, profesor. ¿Querrá usted aceptar sus seguridades?

—Voté por él —dijo con sencillez.

—Crockett —el Comisario se dirigió a mí—. No hay tiempo de explicarte porqué no puedes venir. Escuetamente, la Ministro de Policía X-Y ha puesto en circulación toda clase de calumnias con respecto a ti y a tus habilidades — miró su reloj—. ¡Dios mío, el tiempo vuela! Crockett, has hecho un gran trabajo. Te mereces la Medalla de Honor... —se interrumpió para decir a Gladys E. —: Vente con nosotros, puede que te necesite.

Antes de separarnos concertamos un encuentro a las nueve en la biblioteca subterránea del Edificio Oficinas del Nuevo Senado. Cuando entré allí el local estaba casi desierto. Tres o cuatro hombres leían periódicos o hablaban en voz baja con sus Fotos Animadas. Sobre las paredes se veían murales representando los grandes inventos del pasado —la bombilla eléctrica, el automóvil, el ciclotón, el cohete. Otros murales mostraban las más grandes invenciones de los últimos tiempos —la Burbuja Espacial, el comprimido Ria-U, etc.

Gracias a cierto significado histórico y a su simbolismo los «lugares privados» de la antigua América había sido conservados. La Biblioteca subterránea, como debí haber mencionado antes, fue antaño el Mingitorio para hombres. (En el extremo lejano de la biblioteca se encontraba el sencillo producto bioquímico que había suprimido los hábitos más antiguos —un recipiente de vidrio conteniendo varios centenares de lo que parecían ser bolitas de azúcar, con el nombre o marca de fábrica, No-Evac[145], impreso con el conocidísimo dibujo del querubín).

Me senté a esperar. Traté de leer pero eran las nueve, las nueve del 3 de julio. Pensó en lo maravilloso que sería volver a casa con mi mujer y mi familia. Ésos once días en el Exterior habían sido como once años, pero no pude relajarme. Pasaba ya de las nueve y a cada aspiración el tiempo continuaba transcurriendo. Se hacía más tarde, más tarde y más tarde, Sólo Dios sabía si el Comisario tendría éxito. Todavía el A-l-D estaba perdido y por cuanto sabíamos ajustado para hacer detonar a cada bomba A y B del mundo a las doce en punto de la noche.

Tuve que precipitarme al recipiente de vidrio. Pulsé la palanca. Una bolita No-Evac rodó en la corta caída. La tomé y me la metí en la boca.

En aquel instante sentí sobre mi sombro posarse una mano. Era un joven con un aseado bigotito.

—Sentémonos, Crockett —susurró con una profunda voz engolada.

Jamás había visto a aquel L. y O. en particular, pero sin decir palabra le seguí a un diván de cuero apoyado contra la blanca pared (también preservada) opuesta a los antiguos retretes.

—Parece que va bien —me susurró—. El Placa no tuvo que convencer al Número Uno de lo grave que es la situación.

Naturalmente que me hablaba en clave. «Placa» quería decir el Comisario. «Número Uno» se refería al Presidente.

—El Número Uno es partidario de darle el Espejo Roto que quiere él —prosiguió el agente y sacando un block de notas del bolsillo escribió unas líneas. Casi grité de alegría al leerlas.

«Barnum conseguirá todo cuanto se le prometió. La oposición del Tribunal de Problemas debilitán dose. El Presidente, firme. El T. M. D. S. P. reunido en sesión de urgencia».

—Nada hay en concreto todavía —me advirtió el L. y O. —. El Placa está ahora reunido con una comisión de Sub-Unos.

Deduje que eso podía significar o bien el Gabinete o bien con los Senadores, o con una mezcla de ambos.

—El Placa no puede venir a reunirse con usted,

Crockett —prosiguió el joven—. Tendrá que acompañarme.

—¿A dónde?

—El Placa quiere que usted se relaje. Iremos al Cinamor[146] de Pennsylvania Avenue.

Caminamos hacia la parte alta de la ciudad por la amplia avenida con sus bloques alternados de luz y sombra[147]. Por doquier, gente despreocupada, turistas visitando la capital, empleados del Gobierno, parejitas jóvenes y familias enteras, todos paseando, silbando y cantando y riendo. Muchos iban también al Cinamor donde pasarían una hora o un par de días o quizás una semana, si estaban de vacaciones[148].

Delante de nosotros pudimos ver el Cinamor, un gran edificio blanco, cuadrado, sin ventanas, con algunos cientos de pisos de altura. Brillaba como un ingente terrón de azúcar, listeado por fluctuantes bandas de irisados colores, como si fuera uno de esos bastones de caramelo. A la otra parle de Pennsylvania Avenue se alzaban la Casa Blanca y la Pequeña Casa Blanca[149].

Yo caminaba aturdido, sin atreverme a consultar mi reloj. Mientras entrábamos en otra zona oscura noté que cogían mi mano unos dedos cálidos y suaves.

—¿No me reconoces, carmín?

—La voz que percibí ya no era la masculina, profunda y engolada, sino suave y ligera. Aparté la mano y cuando cruzamos por la calle iluminada como si fuera de día, vi que ella había logrado despojarse de su bigotito y de

su traje. Era Gladys luciendo un vestido de noche negro. Me mostró una plaquita metálica curva, el Cambia-Voz que había llevado en la boca. Se colocaba en los dientes superiores, encajado en ellos, y era posible ajustarlo a cualquier volumen y tono.

—Todo irá bien —me dijo, arrojando al suelo el aparatito.

—¿Estás segura?

—Tan segura como lo estoy de que vivo.

—No me fío del profesor —musité—. No me fío de esos burócratas, de esos cabezas maquinales. Gladys, ¿estas segura?

—Sí, cariñín. Estoy segura porque hay más gente que quiere vivir que gente que desee morir, porque la vida tiene más imperativo que la muerte.

La miré. Era la nueva Gladys que se reveló por primera vez en la alacena de la ropa de repuesto del Bi-reactor del Rusoplayo. Era la exploradora del planeta Utopía... Y sus ojos brillantes me reanimaron. También comencé a sentir que la vida proseguiría, debería proseguir. En el Exterior, allá en la Reserva, en cualquier parte del mundo, arriba, incluso en la Luna.

Ante las tres entradas del Cinamor[150], una docena poco más o menos de hombres y mujeres paseaban arriba y abajo portando fotos ampliadas de perros y gatos. Había una foto de un Terranova vigilando a un crío, un gatito jugando con un cordón.

—¡Veremos en Washington D. C. perros y gatos! —gritaba—. ¡Devolvednos a nuestros favoritos![151].

—Mírales —dije—. Si supiesen...

—¡Carmín, te preocupas demasiado! Hasta los Gobernantes de la Luna no estarán a salvo si no tienen a la Tierra como áncora —sonrió—. Declaremos festivo el día de hoy, cariñín.

Me condujo hasta la entrada del Espectáculo del Presente. Pasamos junto a la exhibición del último modelo de Burbuja Espacial que podía conducirse sobre la tierra, por el aire y bajo el agua. Tras sus transparentes paredes, sentadas en los mandos, se veían dos hermosos autómatas... imitaciones perfectas de las estrellas de carne y hueso Theda Bara Rumppe y Barrymore[152] Jeffers. Estaban desnudos. Las propias estrellas no pudieron haber estado dentro de la ley —sólo se permitía en arte el desnudismo según la ley del mundo Exterior. Ningún sonido atravesaba las transparentes paredes, pero era evidente que los dos risueñas y juguetones autómatas o sexó matas (así se les llamaba entre los industriales fabricantes) mantenían una romántica conversación. Los curiosos escuchaban con auriculares conectados a la Burbuja Espacial.

Gladys se llevó al oído uno de los auriculares. Luego me tendió la mano. Nada más tocarla pude oír también[153] lo que decían los sexómatas.

—Theda, mi cielo, conozco un lugar estupendo donde podremos estar solitos.

—Pero ya estuvimos allí, Barry. No tengo ganas de volver otra vez al Mar de los Sargazos.

—Theda, te olvidas que estamos en julio y que no se pueden ver lampreas todos los días de la semana, sólo una vez cada siete años cuando emigran al Mar de los Sargazos, y además de las lampreas están los pulpos, cariño, mojados, goteando en su propia tinta. Theda, yo nunca he utilizado el Control Natural de este panel y creo que sería muy divertido hacer vibrar sus patas inconscientes hasta lograr que se leyera: «Barry ama a Theda... ».

Debería haber estado ya lo bastante acostumbrado a la vida en el Palacio de las Fantasías, pero no pude contenerme y di un tirón a Gladys llevándomela de allí y rompiendo el cable del auricular.

—Cariñín —me dijo en tono de reproche—, supongo que es tonto, pero, ¿por qué no podemos hacer tonterías de cuando en cuando?

Nadie nos prestó atención[154]. Los de los auriculares siguieron escuchando. Pero desde la entrada al Espectáculo del Presente, un autómata del Cinamor vestido con un traje blanco a espirales rojos y azules, con un equipo de reparaciones colgándole del hombro, se adelantó. Tomó el auricular de Gladys y lo dejó caer dentro de la bolsa de reparaciones.

—Gracias —dijo aquella cosa con voz metálica—. Estos accidentes suelen ocurrir, pero la gerencia tiene prevista cualquier contingencia y todas las comodidades. Su diversión es nuestra única obligación.

Abriendo la caja de reparaciones, sacó un pulverizador y roció de líquido el extremo del cable roto.

—Señoras y caballeros —recitó—. Utilizando UN proceso de crecimiento similar al de...

Escuchaba cada vez con miedo creciente aquel autómata. Me recordaba la Voz del Parque de Diversiones Atómico. Aquella Voz Inhumana... pensaba también en la Corriente del Tiempo del doctor Bangani que condujo a la invención de estos Cinamores. Tenía miedo de todos aquellos Magicientifistas y de sus corrompidos profesores, de la Muerte y del A-I-D.

—Utilizando el proceso del crecimiento observado del mundo de los insectos, pueden realizarse modernos milagros para su diversión —seguía la voz del autómata.

El extremo roto del cable comenzó a crecer. Creció y creció, blancuzco, como una antena de un insecto. De pronto se endureció y se condensó hasta convertirse en su extremo en un auricular. Se oyeron unas cuantas risas. Casi todo el mundo había visto ésa operación de reparaciones antes. Sólo un muchachito pequeño preguntó en alta voz:

—¿Mamá, mamá, dónde me ha escondido el muñeco grande?

Desde alguna parte se oyó tronar otra voz metálica:

—¡Presente, Pasado, Futuro! Todo es vuestro, amigos. Elijan, amigos. ¿Quieren ir del Presente al Futuro? Esta noche el Futuro ofrece amor en un siglo todavía desconocido en donde el hombre, conquistador del universo, explora alegremente las galaxias del Espacio con su amada. Los primeros papeles están siempre a cargo de la siempre popular Theda Rumppe en su creación de Phospher Geiger y Barrymore Jeffers en el papel de Profesor

Halio-Minus. Una historia jamás narrada, impresionante de dos colonos intrépidos de la Tierra entre las masas estelares de la Vía Láctea. Con Barry Jeffers ustedes conocerán la tentación ultra-terrestre... el extraño ser ovoide exadimensional que, sin embargo, es apasionadamente femenino como ninguna mujer en la Tierra se atrevería ser. Debéis intentar con Barry Jeffers por la actriz francesa Denise Havre-Brest en el papel del Logaritmo M-E.

La mitad de aquella multitud estaba ya apresurándose a entrar por la puerta del Futuro. De nuevo miré mi reloj, eran casi las diez.

—¡La hora! —musité semi-descorazonado—. El Tiempo, Tiempo. ¿Qué es lo que hemos hecho con nuestro tiempo?

Miré a la otra parte de Pennsylvania Avenue a la Casa Blanca y a la Pequeña Casa Blanca. Allí estaban reuniéndose en aquel momento y yo había hecho cuanto me fue posible para que ellos (Y Ellos) pudieran celebrar la reunión. Había salvado al país, salvado a la humanidad, pero, ¿para qué?, me pregunté a mí mismo. Quizás yo estaba agotado de aquella tensión final en el Rusoplayo, pero me sentía vacío y amargado y lo suficientemente mezquino para ser un St. Ewagiow. Me pregunté si la raza humana valía la pena de ser salvada. En aquel instante supe como habían sentido los profetas durante toda la historia, escribiendo sus advertencias en las paredes: Mene Mene Tekel[155] mientras la gente se reía y se derribaban unos a otros mientras corrían al Circo o a las corridas de toros o al juego de fútbol, o a la crucifixión[156].

—¿Quieres ver el futuro? —me preguntó Gladys.

Sacudí la cabeza.

—No tengo valor.

—Entonces entremos en el Pasado, cariñín. Y deja de estar tan triste —suspiró—. Me dan ganas de tomar un Ria-U que he jurado no volverlo hacer en mi vida.

En el escaparate, antes de la entrada del Pasado había un caballo, o mejor, un caballo autómata de catorce metros de altura. Miré a este animal, familiar a mí por ser un hombre de la Reserva aunque no para ellos. Era negro por completo, excepto una mancha blanca en forma de A en el centro de la frente. Con el hocico, el caballo daba golpes al hombre de Barrymore Jeffers, empujándole hacia Theda Rumppe. Aquella noche parecía que ellos eran la mayor atracción en el Pasado, Presente y Futuro.

Gladys señaló a la A de la frente del caballo.

—Amor —sonrió.

—¡El mundo puede estallar! —gruñí furioso—. ¿Pero qué importa si todos lo están pasando bien?

De nuevo un autómata del Cinamor se desliza hasta nosotros.

—Señor —me dijo—. ¿Prefiere usted alguna otra inicial? ¿La inicial de la dama que le acompaña, quizás?

Sin esperar respuesta, se deslizó hasta el caballo y lo tocó con lo que debía haber sido un control en su pata delantera derecha.

La A del centro del testuz del caballo desapareció y en su lugar apareció una M.

—¿Tenemos a una Mary en la casa? —preguntó el autómata y surgió una N—. ¿Tenemos una Natchez Nelly? —preguntó otra vez—. Las iniciales del amor son constantes a través de las épocas. Esta noche, el Pasado ofrece el amor en un siglo que quedó atrás, interpretado por el siempre popular Barrymore Jeffers como Rob Vigilante, un vaquero en las vastas llanuras del Oeste, cruzados únicamente por las enormes manadas de corderos. Tenemos un Osa en la casa... Una Tierra solitaria bajo el Big Dipper, rota por las patrullas de los sheriffs en persecución de la siempre popular Theda Rumppe, interpretando el papel de Miss Evangeline Hereford, una linda maestrita de escuela que viene de una ciudad pequeña de Massachusetts al Oeste virginal, sin un amigó, y ella misma virginal hasta que un humilde caballo negro, quizás una simple bestia, pero no bestial en el fondo, caballo con corazón, Digitalis, lleva a Evangelina hasta Rob. Una verdadera gran historia, con Digitalis en el papel de Rin-Tin-Tin[157].

—Entremos —me apremió Gladys con una sonrisa—. Te gustará, carmín. De todas maneras, puede ser divertido y no quiero que tu aspecto siga siendo el de una tronada.

Penetramos en un vestíbulo de poca iluminación y una enfermera en uniforme blancopur[158], con el número 73 prendido en la tela, nos guió a través de la multitud de recién llegados hasta los consultorios médicos. Bajo el techo abovedado, los consultorios parecían filas de cajas metálicas diminutas. La enfermera 73 abrió la puerta número 73. El doctor que estaba dentro alzó la cabeza del libro de fotos. Su título era «Los Amores de Theda Rumppe» y de entre sus páginas una voz suave estaba murmurando:

—Oh, doctor, sólo tú puedes hacerme feliz...

Volvió el libro boca abajo y la voz dejó de oírse. También vestía de blancopur, con un 73 prendido en la chaqueta.

—Por favor, siéntense, invitados del Cinamor[159].

—No —repuse—. No quiero saber nada de eso...

—Sólo nos llevará unos minutos —me susurró Gladys—. Es una formalidad. Todo el mundo debería ir a la iglesia de cuando en cuando.

—¡Iglesias!

El doctor me había oído. Sonrió.

—Su salud mental es nuestro placer —dijo y su voz me sonó como la de los autómatas del exterior.

Hizo un gesto señalándonos dos sillones castaño oscuro que advertí entonces estaban labrados con toda clase de símbolos religiosos, cruces, estrellas y lunas crecientes.

Gladys se sentó y yo, involuntariamente, la imité. El doctor volvió a su libro ilustrado, como si se hallara solo.

—¿Es usted feliz? —me preguntó una voz. Al principio creí que era el doctor, luego, me di cuenta que salía del respaldo de mi sillón— La felicidad

es un estado mental.

—¡Salgamos de aquí! —grité—. ¡Ya tengo bastante!

Pero cuando traté de levantarme era ya demasiado tarde. Antes de que me diese cuenta de lo que ocurría noté como unas pinzas metálicas me sujetaban por las sienes saliendo del respaldo de aquél sillón. Una pantalla parecida a una caja de cuatro lados, pero sin tapa ni fondo, cayó por encinta de mi cabeza como una funda y en su pantalla miniatura aparecieron a velocidad de vértigo fetos acondicionadas del Pasado, del Presente y del Futuro.

...Barry Jeffers en el papel de Rob Vigilante, montado en Digitalis y galopando por la pradera... Theda Rummppe, en el papel de Evangelina Hereford luchando contra una docena de proscritos enloquecidos sexualmente mientras que una horda de indios trataba de detener a Rob...

Más deprisa y más deprisa... Barry había subido a Theda a la grupa de Digitalis y huía de los indios mientras las lampreas nadaban ondulantes en torno a su Burbuja Espacial en el fondo del Mar de los Sargazos... besándose y partiendo mientras Barry ahora convertido en el Dr. Halio-Minus, sucumbía a los encantos de otro mundo de la sirena galactico-espacial. Logaritmo M-E...

De repente terminaron las instantáneas acondicionadoras. La casita miniatura cine-TV fue alzada de mi cabeza, las pinzas que me sujetaron por las sienes, nublando el pensamiento en sí, se deslizaron atrás metiéndose en el labrado sillón. Confuso, medio loco, medio hipnotizado, parpadeé al ver los rostros reales de la gente de verdad en un mundo irreal.

Delante de mí estaba el Doctor 73, Gladys y el Comisario Sonata.

—Muchachos —ordenó el Comisario a dos agentes de la L. y O. —Lleváoslo fuera.

Los agentes escoltaron al doctor fuera del consultorio. El Comisario me miró de reojo y encogiéndose de hombros impotente se encaminó al escritorio del médico. Miró el libro ilustrado y poco a poco empezó a pasar las páginas. La suave voz de Theda Rumppe sonó:

—¡Oh!, Comisario, sólo tú puedes hacerme feliz...

Con suavidad, Gladys le arrebató el libro.

—Ellos han ganado —dijo Sonata—. Han colocado al profesor en un R. C. C. F.[160].

Sólo entonces pude expedir palabras que parecían enredadas en mi lengua.

—¿Y el A-I-D?

—El A-I-D —repitió como un eco y luego soltó una frenética carcajada—. ¡La masa nuclear! —gritó—. ¿Qué opinan de eso, caballeros? El isótopo de cualquier poder fraccionante, Mr. Presidente, está en proporción con el campo gravitacional por un millar de millones de megatones. Con este principio tenemos que contender sin retraso. ¡Miembros del Tribunal Máximo del Supremo Pensamiento! ¡Sin retraso y sin preocuparnos de la teoría de los cuantas! La energía no se crea ni se destruye, sólo se transforma. La materia se convierte en energía, la energía en radioactividad, la radioactividad en

estroncio. Esta es la decisión fundamental de los Gobernantes. La absorción termal modificada por la captura resonante puede sólo conducir a resultados espantosos para la humanidad y las generaciones no nacidas, los resultados directos, a un isótopo con una media vida en el mejor de los casos.

El Comisario Elvis Sonata se había vuelto loco. No había nada que hacer sino llamar al Doctor 73 y colocar al hombre fuera de sus cabales en uno de los sillones pardo oscuro. Con lágrimas en los ojos contemplé cómo se alzaban las pinzas metálicas, sujetándole con fuerza por las sienes. La pantalla metálica cayó en torno a su cabeza, llevándole visiones del Pasado, del Presente y del Futuro...

* * *

No queda mucho que añadir a este informe histórico. El A-I-D evidentemente no estalló el 4 de julio del año 2039. Y es ahora, en septiembre, cuando escribo esta página final. Quizás los Gobernantes tenían razón en su argumento de que ni siquiera el más loco y ambicioso de los profesores querría destruirse a sí mismo. Sin embargo, EL PROBLEMA todavía pende sobre la humanidad.

¿Ajustó el profesor al A-I-D? Y si lo hizo, ¿lo dispuso para que estallara cualquier día en un próximo o distante futuro?

Yo únicamente escapé de ser encarcelado en un R. C. C. F. por ser un miembro de la Reserva. El día 5 de julio regresé a mi casa y casi inmediatamente comencé a recoger por escrito mis experiencias para que sean útiles a la Posteridad.

Y antes de terminar permítanme que exprese en unas palabras mi gratitud a la escritora Gladys Ellsberg[161] que regresó a la Reserva conmigo y me ha ayudada muchísimo en la redacción de este testimonio presencial. Nunca podré agradecer lo bastante sus muchas cualidades profesionales. Deberé añadir que ambos hemos hecho discursos por toda la Reserva contra los St. Ewagiow y hemos abogado por la necesidad de establecer un Partido de la Vida en oposición al Partido de la Muerte. El resultado ha sido la formación del S. Sathplu[162] que ha arrollado la Reserva como un incendio en la pradera y que saltando la cerca de energía atómica que nos separa del Exterior, ha alcanzado fuera una gran popularidad.

En realidad, ha conquistado adeptos en todas las naciones del mundo y es la primera organización internacional que en muchos años se ha visto capaz de derrotar a los St. Ewagiow.

Posteridad, una última palabra. ¡El A-I-D debe ser hallado y entregado a la custodia internacional! ¡Denuncien cualquier paquetito raro o misterioso de mediano tamaño y peso que vean indicando dónde y cuándo lo vieron a cualquier agente de su Gobierno! ¡Es la última oportunidad para la humanidad! ¡INGRESEN EN EL S. SATHPLU...!

FIN

[1] Después de casi un mes en el Exterior, en cuyo periodo viajé por todo el país, puedo yo, poniendo a Dios por testigo, atestiguar la superioridad de la manera de vivir en la Reserva. La vida en el Exterior —o en el Palacio de las Fantasías, como siempre llamábamos al Estado del Placer— puede juzgarse por la sobria descripción que hago en las páginas siguientes. Hablo decentemente de la Reserva Americana en el Apéndice suplementario. De todas maneras, para los ocasionales lectores que pertenezcan al grupo de esforzados trabajadores de la Reserva los datos marginales que incluyo en el presente trabajo, bastarán. — Nota del Autor.

[2] Este libro irá Incluido en la GCDEYDH, o Gran Cápsula de Escritos y Documentos Históricos. Así, enterrado bajo el Pentágono, en Washington, D. C., si ocurre lo peor, las desconocidas generaciones latinas —si llega a haberlas— tendrán alguna posibilidad de hallarlo. — N. de) A.

[3] El 4 de julio es la Fiesta Nacional Estadounidense ya que se conmemora la independencia de los Estados Unidos. Suele celebrarse con abundancia de cohetes y fuegos de artifició. — Nota del Traductor.

[4] Una de las muchas pistas de carreras destinadas a los humanos. Un perfeccionamiento de los artículos preparados en 1950 con el lema «Hágalo usted mismo». Cientos de miles de personas utilizaban las facilidades gratuitas proporcionadas por el Gobierno. Las carreras eran desde los 20 metros a los 200. No habían carreras de distancias superiores. Se consideraba que hubieran constituido un esfuerzo desmesurado. — Nota del Autor.

[5] Según sus costumbres el Comisario se llamaba así en honor a un famoso cantante del siglo anterior, mientras que nuestra costumbre es honrar a los héroes de los primeros días de la Historia americana, bautizándonos nosotros y nuestros hijos con sus venerados nombres. — Nota del Autor.

[6] La sociedad ilegal de los St. Ewagiow fue fundada en 1987 cuando el invento del A-l-D dejó estupefacta a la humanidad. Hay que recordar que cuando se hizo pública la existencia del peligro, las Naciones Unidas actuaron al instante enfrentándose a la crisis. En una sesión extraordinaria, Carlos Guerra, delegado de España, se hizo famoso por llamar al inventor, el profesor Abel Kane, «El Subversivo Universal». Por unanimidad en la votación, Kane fue confinado en la India y el A-I-D entregado a la custodia del gobierno de aquella nación. Esa acción urgente calmó la ansiedad mundial. Pero el saber que existía tal amenaza animó a un puñado de fanáticos movimientos y cultos de la muerte. Los St. Ewagiow expusieron su creencia de que Kane era el Redentor Universal. Su programa consistía en apoderarse del A-I-D. y redimir el mundo haciéndolo estallar. Se llamaban a sí mismos los «Redentores», pero cuando un periodista de Milwaukee los describió irónicamente como los St. Ewagiow —utilizando las siglas de su nombre completo. «Society to Redeem The World And Get It Over With» (Sociedad para Redimir el Mundo y Acabar con él— el apelativo se hizo popular. Hay que hacer notar que el periodista de Milwaukee para que sonara bien la composición
de las siglas sustituyó la palabra "Redeem” (Redimir) por la palabra «End» (Acabar con). — Nota del Autor.

Es de advertir el humorismo introducible que entrañan las siglas A-I-D. En efecto, la palabra «Aid», en inglés, significa «ayuda», «auxilio», «favor», «socorro», etc. Mientras que sirve para designar el detonador que podría acabar para siempre con la especie humana. — Nota del traductor.

[7] Ellos adoraban a la Ciencia. Su Estado del Placer era sólo posible gracias a su avanzada organización científica. Y las lágrimas, claro, despertaban sospechas en una sociedad dedicada al placer. — Nota del Autor.

[8] Ciudurbes, combinación de ciudades y sus suburbios adyacentes. Algunas tenían un área de miles de kilómetros cuadrados. Entre las ciudurbes, las grandes zonas desiertas se habían convertido en paraísos para la caza y la pesca. La Reserva, por tanto, debía su establecimiento a estas tendencias geo-psíquicas que habían transformado a la nación. — Nota del Autor.

[9] Tenía un punto de ruptura de 250 kilográmetros. Muy útil como equipo para el policía, pero nada recomendable en la Reserva donde la ley prohibía todo invento anterior al año 1879, y no sólo por la ley, sino también por nuestro género de vida. — Nota del Autor.

[10] Popularmente conocidos como Pepes Fisgones. El Confesor Cerebral era llamado popularmente Pepe Fisgón, una expresión de argot derivada de un juego muy de moda en el año 2.020. Los jugadores, hombres y mujeres, se separaban en parejas, para volver a reunirse al cabo de dos horas. Aquella pareja que hubiese logrado mayor tanteo anatómico en sus cópulas, demostrable mediante fotografías, era declarada vencedora. — Nota del Autor.

[11] Estas fotos se conocían con el nombre de Fotos Animadas. Estaban provistas de movimiento y sonido gracias a transistores tan pequeños que resultaban invisibles, al quedar insertos en la estructura

molecular del papel. La energía de la mirada humana era suficiente para animarlas. Constituían un perfeccionamiento de las antiguas postales pornográficas francesas y en ellas aparecían mujeres de una clase que en la Reserva designábamos por su antiguo nombre, pero que en el Palacio de las Fantasías trabajaban organizadas con los nombres comerciales de Sociedad de Geishas, Hermandad de Helena de Troya, etc. — Nota del Autor.

[12] El inventor del circo del siglo XIX, el circo, una diversión popular en la que se veían elegantes bailarinas, mujeres gordísimas y hombres cubiertos de tatuajes. — Nota del Autor.

[13] Habían Máquinas Pensadoras o Maquinas de Pensar en cada Oficina del Gobierno, mientras que a la otra parte del río Potomac, en la sección conocida por la Ciudad Nueva, las esferas más altas no humanas del Gobierno se alojaban en imponentes rascacielos de mármol, pero sin ventanas. Para nosotros, es imposible imaginar siquiera su devoción de esclavos hacia esas Máquinas de Pensar, que les aliviaban de la necesidad de resolver sus propios problemas. Originalmente, a las Máquinas de Pensar se les llamaba los «Patrones» en lenguaje cariñoso, pero Ellas prohibieron tal palabra alegando que era demasiado humana y así comenzó a utilizarse el vocablo «Gobernantes», mucho más matemático. Los dos partidos políticos (humanos) que sustituían a los arcaicos Demócratas y Republicanos, estaban divididos en la materia. Los «Barras y Estrellas», partido al que pertenecía el Comisario Sonata, favorecían el uso continuado de los Patrones como antes más acordes con la tradición democrática. Pero los «Roji-blanquiazules», un cien por cien más maqinistas, ganaron en su referendum nacional e impusieron su punto de vista dando a las Máquinas plena autonomía. — Nota del Autor.

[14] El Tribunal Máximo del Supremo Pensamiento, o T.M.D.S.P., constituía la cumbre de las Máquinas de Pensar del Gobierno. Residía en el enclave americano de la Luna. —Nota del Autor.

[15] Uno de los muchos sedantes utilizado por la gente para eludir los momentos desagradables. El Ria-U —o Ríase el Universo— alcanzó plena difusión y uso general cuando sus fabricantes. para lanzar comercialmente el producto, empezaron repartiendo las primeras muestras en los entierros y funerales. — Nota del Autor.

[16] Más tarde visité ese parque en misión de servicio.¡Cuando pienso en ello... Dios mío! — Nota del Autor.

[17] Llamado así en honor de un astro del cine que vivió cien años antes. — Nota del Autor.

[18] Este hotel poseía «suites» reales en las que los casados podían jugar a ser y sentirse reyes y reinas. — Nota del Autor.

[19] En los últimos diez años, con los comprimidos «Sonrisa Maternal» era tan raro que los niños de pecho lloraran como que llevaran los pañales sucios. También había un comprimido para «eso». Los niños pequeños emitían gases inodoros y que no manchaban y, en general, habían dejado de ser una molestia para los mayores. — Nota del Autor.

[20] La Rehabilitación de Hábitos Conduce a la Felicidad. Estas granjas eran explotadas bajo arriendo por diversos sindicatos hoteleros. — Nota del Autor.

[21] Otro rasgo de humor del autor al catalogar al célebre compositor Giuseppe Verdi, autor de óperas tan lamosas como «Aida», «Il Trovatore», «Rigoleto», etc., como simple canzonetista. — Nota del Autor.

[22] Los carteles «NO MOLESTEN» eran utilizados rara vez en sus hoteles. Hablan sido reemplazados por el simbólico número «28», abreviatura a la Enmienda núm. 28 de la Constitución que garantizaba el derecho individual a la felicidad.— Nota del Autor.

[23] Hasta 1975, el negocio de los productos de belleza estuvo controlado por unas veinte compañías que fijaban precios elevadísimos. Rostros, narices, pantorrillas, pechos, etc. podían ser RECTIFICADAS, RE-CONSTRUIDAS, RE-EMBELLECIDAS, utilizando el lenguaje publicitario. Luego se fundaron los Salones Jardín del Edén, subvencionados por el Gobierno,. Sus servicios quedaban limitados legalmente a las hembras y a los homosexuales. El bajísimo precio que se percibía por cada tratamiento hacía posible que estuviera al alcance de cada hogar americano. En realidad, los fabricantes de aparatos domésticos con sus constantes campañas contra las manos de mujer estropeadas por el trabajo hogareño, provocaron la promulgación de la ley creando los Jardines del Edén. — Nota del Autor.

[24] El Catálogo comenzaba en su página 1 con el Modelo Afrodita (cuatro colores a elegir). — Nota del Autor.

[25] Todos los sueños eran completamente aerodinámicos, aunque perteneciesen a los tipos Pluma de Cisne, Gota de Roclo, Nubecilla o el voluptuoso Taj Mahal. — Nota del Autor.

[26] Situada en la sección París del Gran Miami. El Gran Miami se enorgullecía de su lema: «Venga a Miami y conocerá el Mundo». Extendida en una zona de 460 kilómetros, incluía facsímiles de las ciudades más interesantes del mundo. París-en-Miami, Roma-en-Miami, Madrid-en-Miami, Tokio-en-Miami, etcétera. — Nota del Autor.

[27] Estos sostenes se confeccionaban con una moderna fibra roentgénica, energetizada con Rayos-X. Eran especialmente populares en los hoteles veraniegos, cruceros turistas, etc. — Nota del Autor.
[28] Llamados asi en honor a los primeros satélites artificiales lanzados por los rusos en el año 1957. Véase el Apéndice. — Nota del Autor.
[29] Había aún algunos americanos que blasonaban de su anti-semitismo. — Nota del Autor.
[30] Los Aviones de Línea Turistas iban equipados con toda clase de dispositivos cuya única misión era hacer reír. — Nota del Autor.
[31] STABB, Smoother than A Baby's Bottom (Más liso que las posaderas de un bebé). Es de notar que incluso en sus productos mostraban un cierto sentido del humor. — Nota del Autor.
Stabb, además de ser una palabra formada con las siglas antedichas, significa en inglés: pinchazo, puñalada, etc. Otra muestra del humor sutil que derrocha el autor. — Nota del Traductor.
[32] Uno de sus términos cariñosos. Véase en el Apéndice la lista completa de ellos. — Nota del Autor.
[33] París-en-Miami, aquella temporada, era una reproducción del París que existió antes de la primera Guerra Mundial (1914-1918). — Nota del Autor.
[34] Una imitación de las nubes en forma de hongo producidas al estallar las bombas de las series A (atómica) y H (de hidrógeno) en el periodo posterior a la segunda Guerra Mundial (1941-1945). — Nota del Autor.
[35] Un vehículo de cuatro ruedas hecho de caucho que podía contraerse cuando el tráfico era intenso y expanderse en carretera hasta alcanzar el tamaño de una limusina, etc. y poder presumir de coche grande. — Nota del Autor.
[36] Las Máquinas Pensadoras del D. O. habían pretendido asignar a todos los empleos y oficios a la edad de un año porque entonces las reacciones infantiles —«mojar» la cama, alimentarse, llorar, etc.— eran más significativas para con el desarrollo de su futuro carácter. Pero las madres de la nación, incapaces de renunciar a los comprimidos Sonrisa Maternal, etc. no se dejaron convencer para cooperar. — Nota del Autor.
[37] Ella blasonaba de su diversión planeada anticipadamente. Uno de sus negociados gubernamentales, humano, era el Secretariado del Placer, la Diversión y de las Aficiones y Pasatiempos Diversos. — Nota del Autor.
[38] Una ginebra reforzada con opio de efectos impredictibles. — Nota del Autor.
[39] Los St. Ewagiow utilizaban una gran cantidad de símbolos de los que los ataúdes y calaveras eran los más favorecidos. Los miembros más sádicos lucían réplicas de los órganos internos, hígados, intestinos, etc. Sólo los corazones, a causa de su asociación sentimental con la vida y el amor, estaban terminantemente prohibidos. — Nota del Autor.
[40] Poderosa producto capaz de conseguir que uno se notase sereno en cuestión de segundos por muy fuerte que fuese la borrachera. Se llamaba Sansán a causa del lema anunciador: SANIDAD POR METODOS SANITARIOS. — Nota del Autor.
[41] Por regla general se burlaban de este suero del trabajo. Ser-Ambi o Ser-Ambicioso. Inventado en el año 1998 cuando los Gobernantes predijeron que una sociedad dedicada a los Principios del Placer podría anquilosarse con facilidad y morir. Fue necesario crear algo que impulsara al trabajo en ciertas actividades para las que se necesitaba el esfuerzo humano. — Nota del Autor.
[42] Una tonelada de combustible nuclear realizaba el trabajo de un millón de toneladas de carbón, el combustible que utilizábamos nosotros. Con su biología ellos controlaban La descendencia de sus animales y plantas. Por ejemplo, habían per feccionado un cerdo que era todo jamón —el «porcojam», también tenían el «porcolom», todo lomo, etc.— y las plantas de lechuga con hojas con sabor de ensalada y Jugo de tomate al gusto francés, al ruso, etc.; pero nuestra filosofía nos compensada y con mucho de la falta de esa clase de facilidades. — Nota del Autor.
[43] París-en-Miami era auténtico hasta en los menores detalles. — Nota del Autor.
[44] «Infame sea quien piense mal de ello». Traducción. — Nota del Autor.
Lema de la Orden inglesa de la Jarretiera. — Nota del Traductor.
[45] Estas inmensas fábricas de placeres eran las sucesoras de los parques de atracciones públicos del siglo XX. — Nota del Autor.
[46] La del Director, No-Humano, del Parque de Diversiones o Atracciones Atómicas. — Nota del Autor.
[47] El T-en-T o Todo-en-Todo, equipo médico capaz de efectuar el diagnóstico simultáneo de cada posible enfermedad desde la Abasia a la Zoopsia. — Nota del Autor.
[48] Los Magicientiflstas del Parque de Atracciones Atómico conseguían este efecto manipularlo —con el uso de luz— los receptores cónicos del ojo humano. Véase en el Apéndice el artículo «Magnetismo, Físico y Psicológico». — Nota del Autor.
[49] La Gerencia del Parque no era arbitraria en esta identificación. El mes de junio en el parque era

protón-macho, pero en julio haría que las hembras se identificaran con los protones de carga eléctrica y los machos del personal serían en cambio los neutrones..— Nota del Autor.
[50] Una reproducción de los fenómenos físicos en los que la luz roja acompaña a la energía baja y la luz azul a la energía alta. — Nota del Autor.
[51] Los rayos Gamma se crean en el núcleo cuando se proyecta contra él una energía mayor a la normal. Acompañaban al cambio de «sexo» cuando los protones emitían positrones y nos neutrones, electrones. — Nota del Autor.
[52] Magiautómatas, como se les llama en las instituciones como el Parque de Atracciones Atómico. — Nota del Autor.
[53] La fórmula de Albert Einstein para la igualdad entre la masa y la energía. Esta famosa fórmula del gran físico del siglo XX condujo a los inventos de las bombas A y H. Estaba reproducida en todas partes, en monedas y medallas, en ropa interior, etc. — Nota del Autor.
[54] Iones o partículas de masa. — Nota del Autor.
[55] Los Dee-magnetos se utilizaban en los ciclotrones para acelerar la velocidad de los iones en su torbellino que finalizará con la escisión del núcleo. — Nota del Autor.
[56] Las Montañas Rusas estaban inspiradas en el ciclitrón inventado un siglo antes. Electrodos en forma de D, siempre cargados de electricidad de distinto signo, originaban una corriente de partículas, del calibre de átomos, para que iniciaran un movimiento de giro acelerando a las partículas cuando éstas cruzaban el espacio comprendido entre dos D. — Nota del Autor.
[57] Los átomos que formaban los caminos o senderos en espiral del ciclotrón. — Nota del Autor.
[58] La energía del bombardeo. Un millón de electrovoltios o «mev». Se necesitaban cuatrocientos ochenta y siete «mev» para escindir un núcleo de hierro, dando lugar a la expresión popular de la época: «Te voy a dar un «mev» en la barbilla». — Nota del Autor.
[59] Cuando cruzábamos el espacio entre los D, los electro dos en forma de D nos inducían velocidades mayores igual exactamente que en el ciclotrón, donde el campo magnético impulsaba a la corriente giratoria de partículas. — Nota del Autor.
[60] Llamado así en honor a E. O. Lawrence, el físico californiano que inventó el primer ciclotrón en 1939, por lo que le concedieron el premio Nobel. — Nota del Autor.
[61] Este aparatito no era en realidad un ciclotrón, aunque así lo designara la gente. Estos ingenios atómicos y otros similares no se hallaban a la venta, quedando reservado su uso sólo para los principales magicientifistas. — Nota del Autor.
[62] Los magicientifistas ordinarios llevaban capas negras y sombreros negros. El negro y el púrpura indicaban un rango elevadísimo. — Nota del Autor.
[63] Véase el Apéndice con el extracto del «doaai» de Barnum Fly en sus conceptos psico-sexuales. — Nota del Autor.
[64] Una de las más importantes publicaciones en la que se Insertaban cartas y sugerencias enviadas por el público y leídas por todos los magicientifistas. — Nota del Autor.
[65] Este invento para las comunicaciones operaba bajo el mismo principio que la TV, televisión, del siglo XX. — Nota del Autor.
[66] Sus códigos y claves policiales, como todo lo demas, estaban cargados de humor. — .Nota del Autor.
[67] Los magicientifistas, cuando comenzaba a fallarles la vista, tenían absoluta prioridad en los Biobancos, o Bancos de Biología, lugares en donde se conservaban encerrados en cajas fuertes especiales, ojos y otros órganos vitales extraídos a los muertos. — Nota del Autor.
[68] El Trans-Grab, o Transmisor-Grabador, o Tercer Oído (en argot), había sido declarado ilegal a la semana de su puesta en circulación, basándose para esta prohibición en que el leer los pensamientos estropeaba el placer de la anticipación. Operaba según un principio filosófico... Todo Pasa. Su esfera de reloj recogía los pensamientos pasajeros y los revertía en la consciencia del oyente. — Nota del Autor.
[69] Criados en las Granjas Criadoras de Animales Vivos Liliputienses. — Nota del Autor.
[70] Las mujeres con velo eran también empleadas de la Cámara de Comercio. Los folletos eran falsa propaganda de los St. Ewagiow, con su lema principal impreso de manera destacada. — Nota del Autor.
[71] Las hivas, o Hijas de Venus, S. en C. — Nota del Autor.
[72] Los principales teorizantes St. Ewagiow condenaban a aquellos elementos, arguyendo que todos los hombres son iguales en la muerte y que todos los esqueletos están hechos de huesos comunes. — Nota del Autor.
[73] La copa del sombrero do hidrógeno representaba el núcleo del más simple de los átomos, el de este gas, el anillo blanco era la órbita de su único electrón. — Nota del Autor.
[74] H3, el símbolo para tres átomos de hidrógeno que cuando se fusionaban con un átomo más de hidrógeno (H3 + H, ó H4hv) producían una emisión de energía de 20 millones de electro-voltios.

Suficiente para volar una ciudad como Gran Miami. Véase en el Apéndice, lo relativo a «Existencia de Bombas-H en el Siglo XX». — Nota del Autor.
[75] El equivalente humano de los autómatas. Adiestrados para dar a un hombre el tratamiento doble, romperle la cabeza o su complejo. Fueron utilizados al principio como agentes de la L. y O. — Nota del Autor.
[76] Véase en el Apéndice la sección titulada «La Psiquiatría en el Palacio de las Fantasías». — Nota del Autor.
[77] El PROTECTO, o PROTECTOR, un repulsor tropical de insectos que funcionaba a base de principios electro-magnéticos. Fabricado por Roughitinstyle Co., que también fabrican otros cincuenta dispositivos para la gente a quienes gustaba la caza y la pesca. — Nota del Autor.
[78] El instrumi, o Instrumento-Universal, otro producto de la Roughitinstyle. Además del cuchillo de bolsillo y de la sierra miniatura operada por energía atómica, poseía también una brújula, un calculador de distancias, etc. — Nota del Autor.
[79] La A. P. o Aguja Piadosa se usaba mucho en los inválidos sin esperanzas de curación. Sólo los médicos podían aplicarla. Los Gobernantes, sin embargo, se mostraban muy liberales. En cuanto un ciudadano se cansaba de la vida, según la Enmienda 28, podía solicitar una Autorización para el Suicidio. — Nota del Autor.
[80] El Africa americana estaba situada al sur de la Reserva y comprendía la mayor parte de Nuevo Méjico, Nevada, Arizona y Utah. Era un paraíso para la casa. El Departamento de Meteorología había hecho literalmente que el desierto floreciera. El Departamento de Agricultura transplantó árboles de la caoba, palmeras y otros arbóreos y matorrales africanos. El Departamento de Vida Salvaje llenó el coto de leones, elefantes, gnus y cebras. Todos estos organismos gubernamentales trabajaron unidos a las órdenes de la SDPDYAYPD, o Secretaría del Placer, de la Diversión y de las Aficiones y Pasatiempos Diverso». — Nota del Autor.
[81] Megatón azul o azul megatón, un color muy popular pese a sus orígenes siniestros. El megatón — término científico que representa al poder explosivo de 1,000.000 tonelada de T. N. T. — Las Bombas nucleares de 20, 50 y 100 megatones habían sido corrientes durante muchos años antes del invento del arma que acababa con todas las armas, el A-I-D. — Nota del Autor.
[82] Instituciones típicas del Exterior que se hallaban en todas las ciudades. Informaré sobre ellas más adelante, en el presente testimonio presencial. — Nota del Autor.
[83] Cecil B. De Mille, famoso director cinematográfico del siglo XX, creador de películas espectaculares como «Ben-Hur», «Los Diez Mandamientos», etc. — Nota del Autor.
[84] El Protector o Protecto se fabricaba en un amplio surtido de frecuencias. — Nota del Autor.
[85] Véanse en el Apéndice los complejos de Barnum Fly — Nota del Autor.
[86] Todos las cajas, receptáculos y envases eran comestibles, a excepción de los fabricados en vidrio o materias similares. Los productos envasados eran —como su fabricantes decían— Buenos Hasta el Final. — Nota del Autor.
[87] Uno de los más famosos artistas de los primeros días de la televisión. La televisión o TV era un entretenimiento de salón durante el siglo XX. — Nota del autor.
[88] S. A. E, o Sugestión Auto-Erótica, un deprimente psico lógico. Las investigaciones y estudios sobre los métodos freudianos inspiraron este invento. — Nota del Autor.
[89] Los transistores se utilizaban en todas partes. — Nota del Autor.
[90] Los físicos empleados en el Departamento del Placer, la Diversión y las Aficiones y Pasatiempos Diversos eran los creadores de este efecto en el Africa americana. Véase el Apéndice, artículo «Satélites Lunares, Mecanismos y Lunacismos». — Nota del Autor.
[91] Flammos: armas también Llamadas «lanzallamas». Nota del Autor.
[92] Un truco magicientifista utilizando la electricidad reactivada de las luciérnagas, gimnotos, etc. — Nota del autor.
[93] Nunca comprendí la naturaleza del mecanismo de las escisiones esquizoides. Puede describirse como funcionando mediante algún transistor psico-neurológico que «a voluntad» altera las ondas cerebrales. — Nota del Autor.
[94] Velocidad superior a los 170 kilómetros por hora del Antelopus Pluribus Unum, especie creada por el Departamento de Caza y Pasca. — Nota del Autor.
[95] Uranio 235, el átomo pesado utilizado en las primitivas Bombas A. — Nota del Autor.
[96] Hecho con Transparo que se utilizaba mucho en cuanto era necesario por cualquier razón que requiriese vigilar algo. Conocido popularmente con el nombre de Ojo Vidente. — Nota del Autor.
[97] La Mechanico-Atomo-Company, de Chicago que al principio en su historia se especializó en máquinas tragaperras, juegos de futbolín y otros mecanismos sencillos. — Nota del Autor.
[98] Un efecto atmosférico. Un aroma preparado en forma de humo o vapor que salía por una chimenea

disimulada dentro de un tronco de árbol artificial. — Nota del Autor.
[99] Establecimientos en los que se practicaban las costumbres alcohólicas del pasado. Incluían setos y bosques en donde los clientes vestían con pieles de animales y bebían hidromiel como los antiguos teutones; palacios en los que vestían togas y se emborrachaban como los romanos, etc. Bangani (Barnum F.) describía desdeñosamente su función diciendo: «Bebes, luego no piensas». — Nota del Autor.
[100] El Tratamiento-R, o Rejuvenecimiento, era un premio anual que se concedía durante el debate del Presupuesto, por votación del Congreso, a aquellos que hablan prestado servicios relevantes al país durante el precedente año fiscal. El Trata miento-R prolongaba la vida hasta unos doscientos años más, aproximadamente. Los que lo recibían no envejecían sino que en apariencia se conservaban siempre en los cuarenta años. Esto explica los ojos desusadamente juveniles del M. E. Bangani que yo conocí, porque cuando Bangani (Barnum F.) hízose alterar sus rasgos quirúrgicamente, insistió en conservas SUB ojos y su voz. — Nota del Autor.
[101] Un proyectil aéreo sin motor, más avanzado que los aviones impulsados por energía atómica. Obtenían la impulsión revertiendo el campo gravitacional. — Nota del autor.
[102] Esta zona estaba formada en su mayor parte por un cinturón de fábricas felices, como ellos las llamaban, en donde se producían innumerable cantidad de mecanismos, aparatos y mercancías. — Nota del Autor.
[103] Un licor color rosa que garantizaba la visión de alucinaciones consistentes en agradables animales. — Nota del Autor.
[104] Latinismo empleado para designar a unas plantas carnívoras que atraen y devoran a los insectos menores, como moscas, mosquitos, abejas, etc. — Nota del Autor.
[105] La República de Kanadá Septentrional, distinta al Canadá, se separó del reino madre, tras una disputa por el reparto de los beneficios de su famoso parque Elíseo Esquimal. — Nota del autor.
[106] La famosa fórmula de Albert Einstein en la que afirmaba que la Energía era igual al producto de la masa por el cuadrado de la velocidad. — Nota del Autor y del Traductor.
[107] Las células fotoeléctricas ya no eran visibles como la habían sido sólo cincuenta años antes. — Nota del Traductor.
[108] Un anti-risa gaseoso de efectos opuestos al gas hilarante. A la venta con el nombre comercial de AS, o Atmósfera Seria y conocido por su color como «El Tristón» (The Blues). — Nota del Autor.
[109] Gracias a la Univac, expresión usada por el personal ateo de la Ciudad Nueva. La Univac, una de las Primeras Máquinas Pensadoras, en cierto sentido fue la creadora de los últimos modelos perfeccionadísimos. — Nota del Autor.
[110] Supe más tarde que la escalera mecánica era un tipo superior de Confesor Cerebral, que auscultaba no sólo nuestras mentes sino hasta nuestros estómagos. — Nota del Autor.
[111] En la Ciudad Nueva, todos los burócratas, científicos y técnicos habían mecanizado o, como ellos baladronaban, «americanizado» sus apellidos. — Nota del Autor.
[112] Es decir, que color atraía a su propio color. — Nota del Traductor.
[113] Mis manos no estaban quemadas ni abrasadas. CP, o Calor Frío, una onda cerebral físico-psico-neutralizante. Me fue transmitida al cerebro desde los tobillos. — Nota del Autor.
[114] Nero Wolfe. detective creado por Rex Siout. J. Edgar Hoover, creador y jefe del F.B.I, estadounidense. Sherlock Hol mes. célebre detective debido a la pluma de Sir Arthur Conan Doyle. Heinrich Himmler, jefe de la Gestapo Nazi bajo el gobierno de Hitler. Laurenti Beria, creador de la Policía Política Secreta soviética, o GPU. Hoover, Himmler y Beria fueron o son personajes reales; los demás entes de ficción. — Nota del Traductor.
[115] En los licores se habla mezclado NEP, o No Efectos Posteriores, producto utilizado por los bebedores que por diversas razones querían evitarse alucinaciones, etc. — Nota del Autor.
[116] La Guerra de Secesión vista retrospectivamente como el equivocado concepto del Sur de querer seguir utilizando seres humanos para hacerlos trabajar como máquinas. — Nota del Autor.
[117] Poder igual a Estado (en el sentido de Hecho con sumado). — Nota del Autor y del Traductor.
[118] Alianza, menos Aliados, igual a Poder Absoluto. — Nota del Autor.
[119] A pesar de que ni Bangani (Barnum F.) sabia donde estaba escondido el profesor, y que ningún Confesor Cerebral po día sonsacarle lo que desconocía, el Tribunal, o mejor aún la Ministro de Asuntos policiales se había mostrado muy ingeniosa. Un comprensivo análisis estadístico de todos los pensamientos telepáticos registrados y archivados había revelado el secreto. — Nota del Autor.
[120] La Probabilidad es igual a la Posibilidad. — Nota del Autor.
[121] El Rusoplayo radicaba en union Square, ciudad de Nueva York. Pero la mayor parte de sus 80 kilómetros cuadrados se hallaban localizados subterráneamente cerca de Staten Island en la bahía de Nueva York. Nota del Autor.

[122] Los jugadores destinados a los diversos terrenos de juego utilizaban naves oficiales proporcionadas por la administración. Para el Rusoplayo, el Juego empezaba antes de la partida. Yo había firmado documentos afirmando que voluntariamente elegía «salir del pais» y que aceptaba cuanto me pudiese ocurrir ya que viajaba por mi cuenta y riesgo. — Nota del Autor.
[123] Véanse en el Apéndice los Patriarcas Fundadores del comunismo. — Nota del Autor.
[124] Uno de los muchos inventos que habían eliminado Ios dictáfonos, magnetófonos, etc. usados con anterioridad. — Nota del Autor.
[125] J. Archer Chubb, natural de McKeesport, Pensilvania, que tras dos meses en el Rusoplayo había conquistado el puesto supremo de «Ivan Radizl». — Nota del Autor.
[126] Estos Seres Superiores eran conocidos alegremente como S. S. — Nota del Autor.
[127] El primer Sputnik o satélite terrestre fue lanzado por los rusos casi cien años antes, en 1957. — Nota del Autor.
[128] Periódicos del siglo pasado considerados como formativos. — Nota del Autor.
[129] Periódicos del siglo pasado considerados como formativos. — Nota del Autor.
[130] El Buscatón fue primeramente perfeccionado por los geólogos para la búsqueda de uranio. — Nota del Autor.
[131] Metro, apócope de «metropolitano», ferrocarril subterráneo que fue usado al principio en las grandes ciudades del mundo. — Nota del Autor.
[132] El Traductor Universal funcionaba bajo el principio de la revertibilidad. El lenguaje a traducir era dislocado en sus silabas básicas que eran lanzadas a la parte del cerebro donde reside la memoria. Allí eran convertidas electrónicamente en combinaciones silábicas nativas para el usuario del Traductor Universal. — Nota del Autor.
[133] En la superficie, el Rusoplayo era un duplicado de Moscú. Se hallaba edificado en Staten Islan, en la bahía de Nueva York. — Nota del Autor.
[134] El Grabador o Registrador Urbano. — Nota del Autor.
[135] Los St. Ewagiow adiestraban a los neófitos en las zonas de juego incontroladas. — Nota del Autor.
[136] La hoja imitaba una costilla humana mientras que el mango estaba constituido por un cráneo humano de plata. — Nota del Autor.
[137] Nyet, otra Ironía, pues el autor utiliza esa palabra que en ruso equivale a la negación «NO». — Nota del Traductor.
[138] La luz solar había sido bombeada desde la superficie. — Nota del Autor.
[139] Mar Rojo del Paraíso, un afrodisíaco. — Nota del Autor.
[140] No se permitían en el Rusoplayo armas mortales. Los cañones eran modelos Inofensivos. — Nota del Autor.
[141] El piloto del avión escribía en ruso. Gladys-Ekaterina me lo tradujo. — Nota del Autor.
[142] La Voz difundida mediante un sistema público de altavoces. — Nota del Autor.
[143] Mi nombre de pila deletreado al revés. Mi apellido era demasiado impronunciable de ese modo, Smith o Htims. — Nota del Autor.
[144] Una frase de argot por «falso memorizada». Quería decir que su cerebro había sido tratado con una Máquina de Falsa Memoria, un ingenio que inculcaba mentiras dentro del cerebro. Se inventó en los primeros tiempos del Estado del Placer y fue muy utilizado por los esposos y esposas infieles, como protección en los Juicios de divorcio, evitando ser descubiertos por los Confesores Cerebrales en los interrogatorios. — Nota del Autor.
[145] Como los comprimidos Sonrisa Maternal, el No-Evac (No Evacuar), habían hecho la vida más agradable. Al principio se utilizó en los lugares públicos antes de ser aceptado en los hogares. Sin embargo, muchas personas, por distintas razones, no querían perfeccionar su naturaleza, las mentalidades religiosas y los pedantes, entre otros, eran los más reacios a emplear tan cómodo y limpio invento. — Nota del Autor.
[146] Esta institución nacional era el perfeccionamiento a ultranza de las películas mudas y sonoras, de la radio y la TV, del Cinemascope y Ultrascope, la TV-Ultra y el Compañero de Medianoche —evolución final del Sueño americano—. Véase en el Apéndice el artículo: «Historia del espectáculo en el Exterior». — Nota del Autor.
[147] Los principales bulevares y avenidas de los ciudurbios utilizaban el sistema de iluminación «Luz-Oscuro». Las calles oscuras eran para comodidad de los enamorados que quisieran intercambiar un rápido beso o un abrazo, mientras caminaban. — Nota del Autor.
[148] Las vacaciones tenían una escala gradual, comenzando con tres meses y llegando hasta nueve, según la antigüedad en el empleo o trabajo. — Nota del Autor.
[149] La Pequeña Casa Blanca tenía una altura de cincuenta pisos, uno por cada estado de la Unión.

Albergaba el laboratorio y oficinas presidenciales, o mejor dicho, del Departamento Presidencial, como se les llamaba a las Máquinas de Pensar destinadas a la Roma Ejecutiva del Gobierno. — Nota del Autor.

[150] Todos los Cinamores proyectaban tres espectáculos simultáneos: Presente, Pasado y Futuro. — Nota del Autor.

[151] Las autoridades prohibieron en muchas ciudades la tenencia de toda clase de animales domésticos. En años anteriores, cuando no existia ninguna prohibición en tal sentido, la gente tenia toda clase de bestias. Muchos niños perecieron devorados por tigres, inocentes transeúntes murieron estrujados por pitones o mordidos por cobras, etc. — Nota del Autor.

[152] Asi llamados en honor a dos famosos artistas del siglo anterior. — Nota del Autor.

[153] El principio científico de la audlo-simpatía. — Nota del Autor.

[154] La Enmienda 28 contenía una cláusula disponiendo que nadie se interfiriera en el displacer de alguien, a menos que se consideraran adversamente afectados los intereses más importantes de la Sociedad. — Nota del Autor.

[155] Véase el Apéndice, en «Benefactores de todos los tiempos». — Nota del Autor.

[156] Juegos de épocas pasadas. — Nota del Autor.

[157] Perro que fue estrella en las películas durante el año 1920. — Nota del Autor.

[158] Fabricado con fibras interlana vitaminizadas que aseguraban una dieta mínima equilibrada. — Nota del Autor.

[159] Puesto que todo el mundo asistía a los Cinamores, el Gobierno había dispuesto que en los vestíbulos de esas salas de espectáculos tuvieran lugar las revisiones y exámenes médicos acostumbrados o reglamentarios por la ley. — Nota del Autor.

[160] Instituciones reformadoras, R. C. C. F., o La Rehabilitación de las Costumbres Conduce a la Felicidad. — Nota del Autor.

[161] Mi esposa Ruth fue incapaz de contemplar la situación en su respectiva histórica. Se divorció de mí y, lo que es peor, en un arranque de despecho abandonó la Reserva trasladándose al Exterior y llevándose a los niños. — Nota del Autor.

[162] S. Sathplu, o Sociedad para Salvar A Toda la Humanidad Para La Utopia. — Nota del Autor.